

UN FUTURO PROMETEDOR



Victor Xavier

BE

UN FUTURO PROMETEDOR



Victor Xavier



Yo solo creería en un Dios que supiera bailar.
—Friedrich Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra*

Índice

Prólogo
Halcyon Bay
Donovan
La secta verde
El chico prometedor
El mundo es un pañuelo
Míster Joyas
Epifanía
La bromilla
El dragón del rey
El asistonto
Fuera de forma
El misterio de los Becker
La feria
Sabotaje
Miami Vice
Boris
La prueba
El concurso
Sin rastro
Número de vida
Avistamiento
Queendom
El instructor
Dejándolo ser
Espejos
Halloween
Ilegítimo
Mer Girl

La estrella

Epílogo

Fitzverse

Acerca del autor

UN FUTURO PROMETEDOR

Victor Xavier

Un Futuro Prometedor

Victor Xavier

© 2024 Editorial Bien-et-re.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de este material por cualquier medio o método sin la autorización por escrito del autor.

Publicado por: Editorial Bien-et-re

Diseño y diagramación: Editorial Wallace

ISBN: 978-9945-647-64-8

Primera edición 2024.

BE BIENETRE
EDITORIAL

PRÓLOGO

Jamás iba a volver. Incluso si cambiaba de parecer, Santo Domingo ya no era mi hogar. Era parte del pasado ahora, como las cuentas metálicas brillantes que cayeron y rodaron lejos cuando Ashley se enteró de que me marchaba.

—Ahí va nuestra amistad de quince años —chilló mientras estiraba su brazalete hasta que el elástico cedió.

Algunos dirían que me había hecho un favor al librarme de tener que llevar el mío, ya que un brazalete de amistad era el accesorio menos masculino en el que podía pensar, pero mi relación con Ashley era algo que solo nosotros dos podíamos entender.

No le dije nada ni intenté detenerla al verla marchar porque sabía que sería inútil. Más adelante, decidí no comentarle sobre su cumpleaños ni del increíble regalo que le tenía preparado y del cual no le revelaría ni una pista hasta llegar ese día. Una invitación después de tan agitada reacción era algo difícil de imaginar.

Mi querido amigo, Lucas Fitzgerald, cordialmente decido invitarte a que te vayas directo a la mierda.

Fecha: Ni se te ocurra volver a aparecerte por aquí, traidor.

Hora: Te odio.

Lugar: Pásatela bien en Miami, espero nunca volver a verte.

Masajeé las cuentas de metal con las puntas de los dedos una vez más y hundí el accesorio en el apretado bolsillo de los jeans que, durante el viaje, me habían hecho descubrir que te puede dar calambre en las nalgas.

Canalizando una vibra a lo Horatio Caine, me di la vuelta y me retiré las gafas de sol. Los pasajeros que antes me acompañaban avanzaban dispersos hacia la banda de equipaje. En mi mente, se reproducía la canción favorita de mi padre, la cual había escuchado en la película que me mantuvo entretenido durante el vuelo, justo antes de que mis oídos volvieran a taparse por el cambio de presión.

No salía de mi mente la escena en la que ese sujeto de *Tropic Thunder* huía de su aburrida vida en helicóptero mientras imaginaba a la comediante de *Saturday Night Live* y David Bowie cantando *Space Oddity*. ¡Cinema! Incluso quería que la canción fuera la banda sonora de mi entrada al primer mundo, pero mis audífonos *bluetooth* habían muerto como mis relaciones interpersonales.

Al compás del ritmo ligero de mis pasos, casi sintiendo que flotaba como Major Tom, me uní a la corriente de cuerpos.

No necesito amigos. Tengo toda Magic City para mí ahora.

Con el entusiasmo floreciendo en mi pecho rasurado y listo para estamparse contra el sol del verano, me detuve delante de la banda para recoger mi equipaje, hice los procesos faltantes y salí triunfante hacia la frenética zona de tránsito llena de coloridas tiendas, pantallas y ruido.

Mientras avanzaba por una de las cintas transportadoras como una verdura del supermercado a punto de ser despachada en la caja, alcancé a ver a un hombre alto entre la gente que aguardaba de pie junto a una columna con un pequeño cartel que sostenía a la altura del estómago. A pesar de que me encontraba en movimiento, mi visión de halcón me permitió distinguir las letras inscritas con marcador en aquel trozo de cartulina.

Lucas Fitzgerald.

Me bajé de la cinta al final del tramo con el desalentador efecto de mi pequeño paseo llegando a su fin y la realidad de que ahora tenía que caminar de regreso casi la mitad del recorrido. Él ni siquiera me vio mientras me acercaba. Se movía desorientado en su misma posición. Era un hombre alto, debía tener unos treinta años. Llevaba una chaqueta gris, pantalones deportivos y tenía la mandíbula cubierta por una barba descuidada. Chasqueé los dedos para captar su atención.

—Hola —dije cuando sus ojos confundidos dieron con los míos—, me parece que es a mí a quien busca.

—¿Seguro?

Reí y guardé mis gafas.

—No lo sé, a lo mejor otro Lucas Fitzgerald decidió venir a Miami el mismo día que yo —le tendí mi maleta y seguí avanzando—. En todo caso, ese perdedor tendrá que buscar otro chofer porque necesito llegar al hotel lo antes posible. Mis tímpanos casi explotan un par de veces allá arriba, tengo que reponer fuerzas.

A pesar de mis intentos de ser amistoso, él no parecía compartir mi sentido del humor. Se limitó a seguirme hacia la salida en silencio. Opté por seguir comentándole sobre mis infortunios con la presión atmosférica.

—¿Ha escuchado sobre la maniobra de *Toynbee*... o de Valsava? ¿No? Pues yo tampoco hasta hoy —añadí y saqué mi teléfono—. Si me hubieran dicho que respirar por los oídos sería lo único que haría mi viaje tolerable, habría considerado... no sé... venir en ferry.

Antes de dejar el recinto, empecé a sacarme una copiosa cantidad de selfies en silencio para immortalizar el momento. Seguí adelante mientras escogía cuales se quedarían y cuales iban directo al infierno digital de la papelería de reciclaje. Me veía guapo en todas —por supuesto—, aunque llevando el pelo echado hacia atrás era difícil no verme más cabezón con la cámara delantera. Por un instante, uno muy breve, consideré pedirle al chofer que me tomara algunas fotos, pero podía detectar a la gente con buen ojo para la fotografía, y él no lucía como que tuviera buen ojo para muchas cosas.

Ya afuera, cuando me percaté del pequeño monovolumen donde el chofer tenía intención de meter mi equipaje, quise salir corriendo por mi vida. Sin embargo, el Fitz prudente que vive en lo profundo de mi conciencia me haló de un brazo y me zarandeó.

No te hagas ideas ahora, Fitz.

Este señor es un chofer como cualquier otro.

Se trata de un dulce gesto de las personas que te becaron.

Solo súbete al auto.

No vas a ser secuestrado hoy.

Todo estará bien.

Ya adentro, mientras esperaba a que él arrancara, decidí evitar todas las malas energías que amenazaban con invadirme desde que me bajé de la cinta y usar este tiempo para escribirle a un chico famoso de la ciudad con el que había interactuado un par de meses atrás. Su nombre era Liam. Se había hecho viral a través de una serie de videos que subía a internet: *Besando chicas desconocidas en la calle*. Nos habíamos topado en una fiesta en Punta Cana a la que se había presentado el año anterior. Incluso alcanzamos a intercambiar números, pero no pensé en escribirle hasta que conseguí la beca y recordé que lo tenía entre mis contactos. Tal vez el camino no era una vida sin amistades, sino crear nuevas.

No necesito tu amistad, Ashley. ¿Me oíste bien? Voy a empezar desde cero aquí y, en unas cuantas semanas, ni siquiera voy a acordarme de tu existencia. Y entonces aproveché que estaba en contactos y borré su número.

—¿A dónde vamos? —preguntó el chofer, mientras se ponía en marcha.

—¿La persona que lo envió no le dijo?

—Solo me pidió que lo pasara a buscar, no le pregunté porque supuse que usted...

—De acuerdo, déjeme buscar la dirección; la tengo por aquí... —salí del apartado de contactos y abrí la aplicación de notas—. Me parece que es en un sitio llamado Coconut Grove, pero no recuerdo el nombre del hotel.

Subí y bajé varias veces el dedo, moviendo filas de imágenes y caracteres. La noche anterior había llenado la aplicación con un montón de notas y capturas de pantalla, la mayoría de lugares y cosas que quería hacer o comprar en la ciudad. Las ansias del viaje, por supuesto, me habían llenado las venas y quitado el sueño, aunque para eso tendría tiempo de sobra cuando llegara al hotel.

—Coconut Grove... Eso es en el sur. Muy buena zona —comentó.

Como si no hubiera hecho mi tarea, ja. Seguí buscando entre las notas, hasta que mis ojos dieron con el espacio donde tenía apartada la dirección.

—Hotel Arya, dos mil ochocientos ochenta y nueve —leí—, Mcfarlane, frente a la bahía Vizcaína.

Pude ver por el espejo retrovisor que el chofer había alzado las cejas.

—¿Ha venido de vacaciones?

—Por ahora, solo serán vacaciones —asentí y apagué el teléfono—, a finales de agosto tendré que mudarme a Halcyon Bay para comenzar mi carrera o el gobierno me quitará la beca y tendré que volver a mi país tercermundista con mi pesada familia y mis amigos que me odian.

Igual que en la terminal, él no pareció encontrar cómo responder. Asintió muy despacio y enfocó su atención en el camino con las cejas alzadas.

Don chofer necesita mejorar sus habilidades conversacionales.

A medida que avanzábamos por la ciudad, empecé a dejarme llevar por el trance ardiente de las amplias calles lamidas por la pálida luz del mediodía. Los veladores repletos de elegantes mesas ceñían los frentes de las tiendas, y las delgadas palmeras se mecían en un ligero vaivén sobre las aceras... Miami era como Santo Domingo si fuera más lindo. Hasta empezaba a sentirme cómodo en el rudimentario vehículo.

—¿Y qué ha venido a estudiar? —preguntó el chofer, rompiendo el silencio.

—Medicina.

—Bueno... —soltó una risa breve—. Halcyon es una gran universidad.

—Lo sé, muy loco, ¿no?

El chofer tamborileó el volante y me lanzó una mirada de asombro a través del espejo.

—Para ser becado del gobierno, se me hace curioso que vaya a hospedarse en un hotel tan exclusivo de aquí.

Forcé una sonrisa.

—De donde vengo se toman la educación muy en serio.

Su respuesta fue un lento asentimiento con la cabeza. Se notaba a leguas que no me creía, aunque daba igual lo que le dijera. Al final del día solo era un tonto desconocido.

—Por supuesto que puedo costearlo —admití—, son como ciento treinta dólares la noche. Nada mal para cuatro estrellas.

—Bueno... Con suerte gano esa cifra en un día si hago la jornada completa; probablemente tendría que pasarme de hora.

—Se pasaría de hora, pero al menos recuperaría fuerzas para el día siguiente en una elegante suite con mantas suaves y vista a toda la bahía.

El chofer rio otra vez.

—Supongo que es de esas cosas que se hacen antes de morir, ¿verdad, joven? Pasarse una noche en la suite más exclusiva.

—Por supuesto, amigo, dese sus lujos —le animé y volví la atención hacia la pantalla de mi teléfono.

Empecé a buscar el número de Liam entre mis contactos. Quería escribirle para saludarle y ver si se acordaba de mí. Ahora que lo pensaba mejor, el chico parecía un poco ebrio en aquella fiesta. Mi último recuerdo de él era haberlo visto haciendo marineros con borlas pegadas de los pezones al ritmo de un dúo de chicas que hacía karaoke de canciones de Camp Rock detrás suyo.

En todo caso, si no se acordaba, podríamos conocernos desde cero.

—La vida es corta —añadí.

—Sí, pero... ni siquiera me llama la idea. A lo mejor en mi juventud me vería aventurando por ahí, un día durmiendo bajo un puente y otro en un yate de lujo... pero eso ya no es para mí. Cuando se case y tenga familia, va a ver cómo las prioridades cambian. Yo siempre voy a preferir guardar todo lo que pueda para que mis hijos vayan a una buena universidad algún día, así como usted.

Alcé la mirada del teléfono, desconcertado por esta respuesta. Siempre se sentía raro cuando alguien respondía mis ideas aleatorias con seriedad.

—¿Puedo saber cuál es su nombre?

—Ricardo.

Por un instante, nuestras miradas se encontraron a través del espejo retrovisor una vez más.

—Bueno, Ricardo, con un padre así, sus hijos se han ganado la lotería.

—No, no, eso es lo mínimo —rebatí—. Lo mínimo, joven.

—No sé si mi papá estaría de acuerdo, o muchos otros allá afuera —dije y solté un sonoro suspiro al tiempo que él giraba en una calle y un rayo de luz invadía mi esquina—. Usted es de los buenos, el hecho de que no lo reconozca solo me da más certeza.

El chofer inclinó la cabeza en una tímida señal de agradecimiento y se mantuvo callado. Volví a dirigirle la atención al teléfono para seguir escribiéndole a Liam.

—Usted será un prestigioso médico algún día, se le ve —agregó Ricardo.

Sentí mis mejillas calentarse.

—Gracias.

Por primera vez desde que bajé del avión, la sonrisa trazándose en mi rostro no era para nada forzada ni autoindulgente. Estaba sonriendo porque estaba feliz. Genuinamente feliz. Una generosa parte del miedo que sentía por entrar a aquella universidad pareció desvanecerse aquí dentro. Nunca imaginé que un desconocido podría desencadenar tal sentimiento en mí sin esfuerzo.

Mientras me explicaba entre risas lo que le había pasado al auto que usaba generalmente para trabajar y cómo la compañía del seguro ahora se lo estaba dejando como nuevo —mientras resolvía con el que le habían prestado sus suegros—, le agradecí al Fitz prudente de mi conciencia por no haberme dejado salir huyendo cuando pude. Me habría perdido del mejor recibimiento que pude tener.

Usted será un prestigioso médico algún día, se le ve.

Un prestigioso médico.

Un. Prestigioso. Médico.

Un.

Prestigioso.

Médico.

Después de esto, nadie volvería a subestimarme. En Santo Domingo no era más que un popi con apellido raro y experto holgazán. Incluso mis amigos de la escuela consideraron absurda la idea de que fuera detrás de una carrera tan seria y comprometedora. El eco de sus risas y bromas acerca de mi futuro matando pacientes todavía me acompañaba, pero si Ricardo estaba en lo correcto —y mi corazón me decía que lo estaba—, algún día vería sus caras torciéndose en muecas incómodas ante la presencia de un prestigioso médico.

1

HALCYON BAY

Siempre que un mechón me caía sobre la frente, era como si se trazaran rasguños en nuestra curvatura del espacio-tiempo. Podía escuchar las voces diciendo que llevar el pelo así de largo no era cosa de hombres que se consideren decentes, sobre todo tratándose de alguien que olfateaba una carrera de alto prestigio y no un aspirante a presidiario, o —en el mejor de los casos— un artista bohemio marginado.

No me importaba.

La corriente castaña que se deslizaba desde el borde de mi frente hasta caer detrás de mis orejas en una cascada aplastada con fijador era mi marca personal. Mi emblema, junto con mi estilizada barba de minoxidil, suave como el manto de una pradera. A lo mejor había abierto una puerta hacia otra dimensión mucho tiempo atrás, tan solo por existir.

Ya ni siquiera me reconocía de la persona que era antes de graduarme de secundaria a pesar de que la brecha no comprendía más que de un par de meses.

Tal vez mi ahora ex mejor amiga Ashley jamás me perdonaría por no haber aplicado con ella a esa universidad en España. Tal vez daba igual dejar ir nuestra amistad a pesar de que teníamos historia prácticamente desde que éramos fetos, ya que mi madre y la suya eran viejas compinches. Tal vez, si a Ashley le hubieran atraído los chicos, habríamos estado juntos en Barcelona en este preciso instante diciendo: «*Sí, acepto*».

Tal vez todo era como debía ser.

Mis ojos vagaban por la ventanilla medio abierta del autobús. Mechones sin fijador revoloteaban en mi cabeza con la brisa fresca y no dejaba de pensar en casa y en el hecho de que la fiesta de cumpleaños de Ashley, a la que deliberadamente no me invitó, haya sido en el Summit de Sambil. Ashley sabía mejor que nadie sobre la gravedad de mi obsesión por los trampolines. Una parte de mí incluso vislumbró la posibilidad de que lo hubiera celebrado allí a propósito, con la intención de que me doliera aún más no recibir invitación, pero casi siempre prefería pensar que la mente de mis seres queridos no era tan maquiavélica como la mía.

Opté por apartarla de mi mente y concentrarme en el desfile de palmeras que cruzaban frente a mí en esta carretera besada por las olas saladas del Atlántico. Cuando cruzamos junto al colorido mural que indicaba nuestra llegada a Halcyon Bay, el panorama pronto se transformó en una especie de paraíso suburbano. La carretera se había esfumado, reemplazada por calles más estrechas y lisas. Avanzamos entre casas chatas con jardines bien cuidados, tan elegantes y bien pintadas que parecían sacadas de esas revistas que encuentras en las salas de espera de los consultorios.

Pocos autos transitaban el área junto a nosotros. El calor del sol hacía resplandecer los pastos junto al camino, bañados por el agua que disparaban los aspersores en todas direcciones. Incluso el océano parecía estar más calmado allí. Siempre que se asomaba entre el desfile de casas, era como si no fuese el mismo que acaparaba toda la intención en las costas de Ocean Drive con sus atrevidas olas.

Recordaba lo bien que la había pasado los últimos dos meses por allá con mi amigo Liam. Desde que nos juntamos en esa coctelería cerca de Collins Park, supe que había elegido a la

persona correcta para mostrarme la ciudad. Vivía solo en un yate, muy cerca de donde yo me estaba quedando. Tomó la iniciativa de no permitir que me aburriera encerrado en aquella habitación de hotel. Incluso si no había nada interesante que hacer, no me dejaba abandonar el muelle. Era capaz de hacerme jugar *Mortal Kombat* todo el día si era necesario y de paso se detenía a enseñarme con mucha paciencia, porque era pésimo.

En otras ocasiones, nos poníamos a ver películas, aunque su gusto por las de Christopher Nolan, a sinceridad, rozaba la obsesión, y la mayoría del tiempo me tocaba fingir que no estaba más perdido que Nemo.

—Entonces... ¿todo fue un sueño o...?

Liam alzó el control y apagó la tele.

—Es que no se sabe, eso es lo asombroso del final. Nolan es un genio.

—Pero dejó la historia inconclusa... —reí—. Quiero decir... por supuesto, es un genio.

—¿No te gustó?

—Claro que sí, me encantó. Es solo que me habría gustado que no acabara ahí, no sabemos si el trompo iba a seguir girando o...

—Ese es el punto, Fitz.

—Ah, ya veo...

—¿Quieres ver otra?

No quería, pero tampoco tenía nada mejor que hacer, así que solo asentí con la cabeza. Por lo regular, nos manteníamos así mucho rato, recostados en su colchón viendo películas como hermanitos o jugando como frikis hasta que nos daba hambre y salíamos a buscar algún establecimiento o restaurante que pareciera merecer la pena. En Ocean Drive había mucho de donde elegir.

Al caer la tarde, sus amigos muchas veces venían al yate con botellas y porros. Consciente de que no tenía edad suficiente para beber en tierra americana, no me permitía más que un par de *shots* que me ofrecieran. Los porros sí que los evitaba como a la peste. Hacía lo que podía por no desentonar, pero no siempre era fácil.

Una sola noche llegué a embriagarme. Desperté la mañana siguiente en el suelo del yate con la ropa repleta de salsa para nachos y un montón de chicos inconscientes cerca de mí. Apenas reconocí a algunos de los amigos de Liam. Tomé el brazo de uno de ellos para ver la hora en el fulgurante reloj dorado que envolvía su muñeca y vi que eran casi las doce. Estaba tan avergonzado, mareado y confundido que no lo pensé dos veces antes de regresar al hotel.

—Esta vida no es para mí —me dije a mí mismo mientras removía lo que podía de esa salsa pegajosa sobre la tela de mi camisa con papel higiénico, antes de quitármela y meterla en el canasto con el resto de la ropa sucia.

Mientras tanto, los números que hacía Liam en internet no dejaban de subir. Incluso aproveché para grabar un nuevo capítulo por aquellos lares en Palm Beach. Me hizo jurar que no le contaría a nadie sobre lo que hacía, después de ver cómo les pagaban a las chicas que participaban en su dinámica de besos rápidos con desconocidas.

A decir verdad, esta información me valía dos hectáreas de caca de elefante.

De hecho, me sorprendía que a la gente en serio le interesara ver a un chico besar chicas aleatorias en la playa. No dudé en negarme cuando me propuso ser uno de los actores en su próximo video, cuyo título tentativo era «Reto: besando chicas en frente de sus novios en la playa».

Yo sería uno de los novios.

La naturaleza de sus conceptos era tan absurda que no podía evitar preguntarme si alguien en serio cree eso. Pero sí. Liam tenía casi doscientos mil subscriptores. Había gente allá afuera que se tragaba su teatro. Un día incluso me amenazó con no volver a hablarme después de que le pregunté por qué les pagaban si les saldría más barato pedirles los besos como se suponía que era la dinámica. Él era un chico italiano con barba de anuncio de peluquería y piel bronceada al dorado perfecto —si me preguntan—, pero aparentemente esto no era suficiente para que alguien accediera a frotarse la boca con la suya así sin más.

Duke, uno de sus amigos, quien también parecía estar algo harto de verlo grabar sus videitos, me invitó una tarde a alquilar un par de motos acuáticas.

Ni siquiera sé conducir una moto normal, ¿cómo pretende que vaya en una acuática?

Después de hacerle saber mi inquietud, el chico rio y se pasó el resto del camino explicándome lo fácil que era, lo cual me relajó un poco, aunque todavía no estaba del todo confiado.

Al llegar al lugar donde se encontraban las motos, Duke le alquiló dos a un señor calvo con cara de mafioso y, al cabo de unos minutos, las aguas de Miami Beach eran nuestras.

Íbamos de un lado a otro surcando las olas y compitiendo por cual era más rápido. Él me ganó todas las veces. No porque fuera mi primera vez usando una moto acuática —era superfácil—, sino porque estaba nervioso, ya que no podía evitar pensar en aquel episodio de *Los Simpson* donde unos chicos atropellaban a unos manatíes con motos iguales a esas.

Cuando terminamos y ya íbamos de regreso con los demás, no hablamos mucho. Duke se había comprado una cajetilla de cigarros y estaba concentrado en lo suyo.

—¿Quieres? —me ofreció uno.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué?

—Voy a empezar a estudiar medicina en unas semanas, creo que más bien debería aconsejarte que dejes de hacerlo.

—De acuerdo, doc, prometo que será el último —dijo antes de guiñarme el ojo y dar otra calada.

Como me empezaba a caer bien y no me sentía cómodo viéndolo llenarse los pulmones de humo —bronquitis, enfisema, úlceras, cáncer pulmonar, hemorragias, embolias...—, preferí cambiar de tema.

En su lugar, terminé contándole sobre mi boba preocupación con los manatíes.

—Nunca he visto ninguno por aquí —comentó entre risas—, aunque nadé con ellos el año pasado.

—¿Aquí en Florida?

—Sí —asintió—, en una laguna, pero está bastante lejos...en *Crystal River* —se detuvo a dar otra calada.

A medida que avanzábamos por la arena con pasos cortos, la brisa se llevaba detrás el humo que el chico expulsaba.

—No sé dónde es.

—Algún día vamos con Liam —propuso—, todavía no acaban las vacaciones.

—No creo que deba dejar la ciudad por ahora.

—Tal vez el próximo año —sonrió.

Los días siguientes volvimos a alquilar las motos y seguimos compitiendo por ver quién era más rápido. En una ocasión, unas turistas rusas nos vieron en eso y quisieron unirse. De pronto,

íbamos Duke, yo y las tres chicas dando vueltas por toda la playa, compitiendo casi muertos de risa.

Ojalá Ashley me hubiera visto.

* * *

La puerta del autobús se cerró y respiré hondo. El ruido del motor se desvaneció detrás de mí. Me giré y vi a una pareja de jóvenes que examinaba un panfleto en la acera de enfrente. Mi edificio se alzaba detrás de ellos como en las fotografías que salían en la página web, verde y robusto. Arrastré la maleta por el asfalto y le eché un vistazo de cerca.

Entonces aquí es donde empieza el futuro.

Los muros de la entrada estaban forrados de hojas como si fueran setos altos cuidadosamente cortados. Crucé la puertecilla roja que daba acceso y acabé en un estrecho sendero de adoquines que dividía en dos partes un pequeño patio delantero cubierto de césped.

Chicos de más o menos mi edad estaban dispersos por allí, conversando y riendo. Avancé en zigzag entre ellos hasta llegar a la puerta del edificio. Dentro, más jóvenes iban de un lado a otro, todos varones, y el ritmo familiar de una canción de reguetón se reproducía en algún lado. Plantas en macetas con hibiscos de múltiples colores se encontraban distribuidas en las esquinas, contrarrestando con el salmón oscuro de las paredes y llenando el lugar de un aire playero.

Me acerqué a la recepción, donde se encontraba sentado un chico rubio detrás de un ordenador.

—Nombre —dijo antes de darme chance de saludar, sin despegar la mirada de la pantalla.

Papeles estaban regados sobre la madera reluciente del mostrador. En la pared que le quedaba detrás, había un mural lleno de llaves colgando de ganchos dorados y marcadas con números. Carraspeé.

—Lucas Fitzgerald Marte.

—Fitzgerald —me propinó una mirada curiosa—. ¿Alguna relación con el famoso novelista Francis Scott Fitzgerald?

—No sé quién es.

El chico palideció.

—¿No has leído *El Gran Gatsby*?

Me sonaba familiar, pero en definitiva no lo había leído. Ni siquiera tenía idea de qué iba.

—No, pero sé que es una obra famosa.

—Es mucho más que una obra famosa —afirmó y devolvió la mirada a la pantalla—, probablemente una de las mejores novelas jamás escritas.

—Pues si es así, me alegro de compartir apellido con su autor.

Hizo una mueca rara, como si hubiera retenido una risa.

—¿Me dejas ver tu carnet?

—Oh, sí —saqué la identificación del bolsillo frontal de mi maleta—. Aquí está.

Él apenas lo miró.

—De acuerdo, Lucas Fitzgerald, tu habitación está en el segundo piso. Puerta con la placa número doscientos cincuenta y ocho —me pasó un folleto de bienvenida que mostraba toda la estancia y que tenía el número de mi habitación escrito con marcador en la portada—. Nos estaremos viendo de cerca.

—¿Estudias aquí?

—Sí —afirmó—. Estudio y vivo aquí, al igual que tú a partir de hoy.

Pronunció esto último con una sonrisa muy simpática. Debían estarle pagando bien o de alguna forma estaba genuinamente entusiasmado de darme la bienvenida.

—Me llamo Henry, por cierto.

—Mucho gusto, Henry —respondí mientras guardaba el carnet—. Puedes decirme Fitz.

—Un gusto, Fitz.

Asentí con la cabeza y casi me hago a un lado porque pensé que alguien más quería acercarse al mostrador, pero solo fue un chico que entró y cruzó de largo, así que no me moví.

—¿Y la universidad suele dar oportunidades laborales a estudiantes?

—No, no, lo mío es un caso aparte. Es que Eduardo, el encargado de la residencia, tuvo que irse de viaje a Cuba por un asunto familiar —explicó—. Pero me pagan bien por sustituirlo, eso sí.

Por supuesto.

—Bueno, me alegra saber que otro estudiante es nuestro encargado provisional.

Henry soltó una larga risa irónica y luego puso cara seria.

—Ni creas que porque estudio aquí voy a ser místico encargadito permisivo, mi querido amigo. Las reglas son las reglas. Nada de pasillar después de las once, las visitas se marchan antes de las diez, tienes que mantener tu habitación limpia, nada de drogas, incluyendo alcohol o cualquier cosa que se fume. Si vas a traer a alguien y deciden hacer... lo que tú y yo ya sabemos, asegúrate de consultarlo primero con tu compañero, y si este accede, cuando lo hagan deberán mantener la puerta cerrada en todo momento. Y. Por. Favor. Hacer la menor cantidad de ruido posible, ya se han visto situaciones. Hace unas semanas ocurrió que la novia de...

—Sí, sí, gracias, Henry, no me hacen falta los detalles —volví a sujetar el mango de mi maleta—. Voy a ir a instalarme entonces.

—Por supuesto, tu compañero es... —dijo y se detuvo a leer el nombre en el monitor— un tal Josh. Ya se registró, así que seguro lo encontrarás en el dormitorio.

Josh, repetí en mi cabeza.

—Gracias.

Henry inclinó la cabeza como diciendo «a la orden» y siguió con lo suyo. Me giré y arrastré la maleta hacia la escalera. Antes de subir, bajé el mango para colgármela como mochila. Estaba pesada, así que avancé por los escalones lo más rápido que pude. Ya en el segundo piso, volví a arrastrarla mientras buscaba la placa en la puerta marcada con mi número.

Los pasillos de la residencia estaban llenos de caras que seguro se me harían familiares las siguientes semanas. Un chico delgado en bata de baño se encontraba sentado en un banquito junto a una puerta de las habitaciones. Su fino pelo oscuro goteaba sobre sus hombros y tenía la atención fija en la pantalla de su teléfono. Por un momento, consideré acercarme para pedirle indicaciones, pero sus fachtas me hicieron sentir que no era oportuno.

Doscientos cincuenta y ocho... doscientos cincuenta y ocho... En algunas puertas me costaba ver el número marcado en dorado porque se encontraban abiertas en su totalidad, y si me acercaba mucho, temía que pensarán que andaba husmeando.

Casi al final del pasillo alcancé a ver a un joven solitario recostado del umbral de una de las habitaciones. Jugueteaba con un llavero al que le daba vuelta en el aire con un dedo.

—¿Josh?

El chico se volvió hacia mí de inmediato; era delgado y me quedaba unos centímetros más bajo. El llavero casi escapó de su agarre cuando se detuvo, pero consiguió atraparlo con las dos

manos como si fuera un mosquito, antes de clavarme su mirada ladina. El pelo castaño oscuro le caía libre detrás de las sienes igual que a mí.

—¡Ah, tú debes ser Lucas! —exclamó y se acercó con el brazo extendido.

—El mismo —le estreché la mano lo más cortés que pude—. Y, como me respondiste, asumo que tú eres Josh.

—Josh Carlson, siempre a tu servicio —asintió con una amplia sonrisa y voz caricaturesca—. Adelante, pasa.

Lo seguí hacia el interior de la habitación, un espacio que un vendedor describiría como «acogedor», sin duda. Sin embargo, ningún eufemismo iba a alterar la imagen a mi alrededor. Al igual que el resto que había alcanzado a ver en el pasillo, la habitación lucía como un potencial infierno claustrofóbico.

Bueno..., a lo mejor no tanto. Pero aun así, pese a que la tomaría de todas formas, nadie podría convencerme de que no era terriblemente diminuta y rudimentaria: cuatro paredes con una litera en el medio, una silla al lado de una mesa que hacía la función de escritorio —al parecer— y una pequeña ventana que dejaba entrar algo de luz. Eso era todo.

—¿Te gusta el dormitorio?

Me quité la maleta de la espalda y di unos pasos hacia la ventana. Dejé caer las manos sobre el pequeño alféizar y me arrepentí al instante. Estaba lleno de polvo y se me ennegrecieron las puntas de los dedos al tacto.

—Tiene buena vista —respondí mientras me quitaba el polvo negro a palmaditas, desde allí podía ver gran parte del campus e incluso el mar al fondo—, al menos es mejor que la que tenía antes en casa... en mi isla.

Pensamientos de Ashley pronto inundaron mi mente: las cientos de veces que bajamos al malecón a tomarnos fotos, comer helado y chismear frente al mar... Luché por hacerlos a un lado.

—¿Una vista mejor que en una isla? No te creo.

Sonreí y me di la vuelta.

—Vistas mejores había, pero no desde mi ventana.

Josh rio y se inclinó a tomar una caja grande que reposaba junto a la litera. Me daba curiosidad cómo sería compartir con alguien un cuarto más pequeño que el que una vez tuve para mí solo. La vista no era envidiable en ese entonces, pero sí las yardas.

—Bueno, Lucas, fue un verdadero placer darte la bienvenida, pero llegó mi hora de partir.

Creí haber escuchado mal.

—¿Qué dices?

—Te esperaba para dejarte las llaves, una del dormitorio, otra del baño y la pequeña es de la escalera de emergencia —respondió antes de señalar con la barbilla el pequeño llavero con el que jugueteaba antes, el cual ahora reposaba sobre el colchón de abajo en la litera—. El cuarto es todo tuyo por ahora, amigo, que lo disfrutes.

Seguía perdido. Después de decir eso, el chico simplemente salió como un bólido por la puerta.

—Hey, ¿a dónde vas? —lo perseguí por el pasillo—. ¿En serio abandonas antes de que siquiera empiecen las clases? Aunque sea date la chance.

Josh se detuvo y me arrojó la misma mirada con la que me había dado la bienvenida

—No abandono —aclaró—, me uniré a los novatos de *Omega*.

Otra vez creí haber escuchado mal.

—¿Omega?

—Omega Psi Rho —dijo con obviedad—, la fraternidad.

Negué con la cabeza.

—¿No la conoces?

—¿Qué es? —al menos mi curiosidad sí había despertado.

—¡La mejor fraternidad de este jodido campus! —exclamó con su voz idiosincrática—. En unos días empieza la *rush week* y me uniré a los novatos —volvió a darse la vuelta—. ¡Disfruta el dormitorio!

2

DONOVAN

—Estoy harto de esta estúpida gente —comentó Samuel, quien iba a mi lado y no parecía compartir mi emoción por ir a la primera clase.

Moviéndonos entre los sinuosos caminos del campus, no dejaba de deleitarme por la pulcritud ante mis ojos. No solo estaba en las inmediaciones, sino en la cara de los demás estudiantes. Todos aseados y vestidos con ropa de primera mano que de seguro habían comprado con las tarjetas de crédito de sus papis.

—Ni hemos ido a la primera clase... ¿y ya estás harto? —reí, pero Samuel no pareció encontrarle gracia.

Era mi más reciente conocido en el campus y también estudiaba medicina. De hecho, nos habíamos conocido solo cinco minutos atrás cuando nos topamos en el edificio de administración averiguando dónde daban las clases de Anatomía General del profesor Donovan.

Samuel era uno de los pocos allí que se veía igual a mí, ordinario. Esto respecto al estilo, por supuesto. En lo demás, era notorio que veníamos de distintas patrias. Él era más bajito, de piel muy pálida y cara redonda. Con un acento español crudo que me recordaba a las películas melosas que mi madre solía poner en las tardes en la pantalla de la sala. No tenía cara de muchos amigos.

—Para ti es fácil porque acabas de llegar a Hacyon —replicó—, pero yo ya los conozco a casi todos. ¿Ves a esos de allá? —me tomó del hombro y señaló no muy discretamente hacia un grupo de estudiantes reunidos en círculo bajo la sombra de un árbol robusto. Observaban atentos a otro chico que se encontraba de pie frente a ellos, quien parecía dar una especie de discurso.

—Sí, los veo.

—Son una panda de idiotas. ¿Ves a quien están escuchando?

—¿Quién es?

—Su nombre es Roger, estudiábamos juntos en la secundaria. Le encanta dirigir rebaños, era el presidente de la clase y ahora, en la universidad, tiene este proyecto ecológico donde ha involucrado a un montón de gente.

Desde donde estábamos, podíamos ver a los estudiantes asintiendo y aplaudiendo las palabras del susodicho. Llevaba puesto un jersey de cuello redondo sobre una camisa blanca con corbata y pantalones hasta la rodilla, oscuros. El tipo de atuendo que solo llevaría si tuviera la certeza de que no me lloverían comentarios sucios o que no sería víctima de un crimen de odio. Pero Samuel se movía de un lado a otro con seguridad, seguro aquí nunca había tenido que preocuparse por esas cosas. Su mirada era directa e intensa, como si en serio creyera en sí mismo y lo que predicaba.

—Parece que lo hace bien... —asentí—, eso de convencer a la gente.

Samuel bufó y nos unimos al gentío.

—¡No dejaremos que esos avaros sigan evadiendo con burocracia nuestras denuncias. Es momento de hacerles saber que ya no tomarán nuestro dinero si siguen callando nuestras voces! —exclamaba el tal Roger con el puño en el aire—. ¡Este es nuestro campus, nosotros somos Halcyon, y nuestro aire merece estar limpio!

Una algarabía se extendió por el grupo. Todos aplaudían y murmuraban comentarios en acuerdo, menos Samuel y yo, que estábamos ahí de pie inmutados.

—¡Esto no se quedará en palabras, mi propuesta caerá hoy en la oficina del rector! —agregó Roger y todos aplaudieron con más fuerza—. ¡El cambio es ahora, mi gente!

—Aghh, vámonos —soltó Samuel con cara de asco.

Asentí con la cabeza y seguimos nuestro camino.

—¿Viste eso? —preguntó casi indignado, un minuto después de habernos hundido en el silencio—. Esos tarados aplaudían como focas todo lo que decía.

Para enfatizar su punto, el chico empezó a aplaudir estrepitosamente con la lengua afuera y poniendo ojos viscosos. No pude evitar reír por tan arbitraria y bizarra imitación de una foca. Me pregunté con qué saltaría luego.

—Solo diré que me parece algo intenso que quiera hacer huelga desde el primer día —respondí—. Además, yo veo al campus bastante limpio y bien cuidado.

—No puede vivir sin tener atención, la necesita como el aire que respira.

Sabía bien qué era eso de necesitar atención, la mayoría de mis viejos amigos eran iguales. Siempre participaban en cualquier evento donde tuvieran que hacer algo delante de toda la escuela, ya sea una poesía, acróstico, baile, hasta sacudir el pandero en la misa que organizaban cada mes los hacía felices. Hubo un momento donde dejó de sorprenderme lo multifacéticos que podían llegar a ser.

Cuando llegamos al edificio que nos indicaron, entré detrás de Samuel, quien parecía saber a dónde iba. Allí solo había un escritorio vacío frente a un banco de espera, varias plantas solitarias en las esquinas y un cartel alargado colgado sobre la escalera que tenía escrito «BIENVENIDOS».

Subimos al segundo piso detrás de una chica rubia con bufanda y allí encontramos una fila que avanzaba hacia el interior de uno de los salones, el cual tenía una placa sobre la puerta que llevaba inscrita «Anatomía». Nos colocamos en la cola detrás de la chica rubia y empezamos a avanzar mientras otros chicos llegaban y se colocaban detrás de nosotros de igual forma.

Al entrar, la luz amarilla del salón me pegó tan fuerte que tuve que entornar los párpados. Alcancé a ver al profesor sentado en su escritorio mientras me movía por ahí detrás de Samuel con torpeza. El hombre nos observaba con una sonrisa muy serena, casi inquietante.

Los asientos del salón se encontraban distribuidos como en el cine, ascendían a medida que más atrás estaban. Muchos ya estaban ocupados, por lo que tuvimos que subir muy atrás, como en la octava fila de asientos. Al cabo de un rato, cuando ya no se encontraba nadie de pie y ningún otro estudiante aparecía en el umbral, el profesor le echó una rápida mirada al reloj en su muñeca y procedió a arrojar la puerta con un movimiento desganado. Luego se colocó frente a su escritorio y se detuvo a observarnos con los párpados entornados.

—Espero que tengan estómago para esta clase —dijo con firmeza, interrumpiendo el murmullo en el salón—. Debido a la naturaleza de nuestro pénsum, tendrán el privilegio de estar expuestos a, al menos, una materia específica de la carrera en cada periodo de este primer año.

Como un ninja, me armé con mi cuaderno, un bolígrafo y un lápiz a toda prisa. El momento de la verdad no se haría esperar, por lo que veía.

—Sé que la mayoría seguro ya lo sabe —prosiguió—, pero quiero aclarar que en mis clases se examinan cadáveres.

Me extrañó que fuera lo primero que nos dijera, pero no me distraje.

—Examinar —repetí mientras lo anotaba.

El profesor pareció detenerse a mirarme durante un segundo, como si me hubiera escuchado pese a la distancia.

—Examinar en esta clase es un eufemismo que uso para decir que eventualmente tocarán los cadáveres —explicó—, cortarán los cadáveres, retirarán órganos de los cadáveres y los descuartizarán si es necesario para que aprendan y así no maten demasiadas personas cuando ejerzan esta hermosa profesión que escogieron.

Me volví hacia Samuel, quien solo me miró de reojo con el rostro tenso, como si tampoco pudiera creer lo que escuchaba. El profesor tomó un marcador y escribió «Isaac Donovan» en la pizarra.

—Ahí les dejo mi nombre por si a alguien le interesa. En lo personal, me da igual que se presenten, olvidaré sus nombres de todas formas, pero si alguno desea hacerlo este es el momento de darse a conocer. Recuerden que solo hay una chance para una primera impresión.

Entre todas las almas que llenaban el salón, nadie parecía estar por animarse a romper el silencio. Todo lo que hacíamos era compartir miradas y sonrisas incómodas, viendo si saltaba algún valiente que quisiera tomar la palabra.

—Bien, como a nadie le interesa y a mí tampoco, seguimos... —el profesor se acercó a su escritorio y tomó una hoja de papel—. Debo admitir que fue una gran sorpresa ver que se habían inscrito más de sesenta estudiantes nuevos en este periodo, ¿quieren saber cuánto había sido el máximo entre los pasados? Si no recuerdo mal..., unos cuarenta y pico.

Un breve vocerío de celebración se extendió por el salón. El profesor se limitó a mostrar una ligera sonrisa.

—Es un salto notable, de eso no hay duda. Aunque no creo que vaya a seguir viendo a la mitad de ustedes por aquí los próximos dos... o tres cuatrimestres.

Me acaricié la barbilla con la borra del lápiz, pensando en lo desdeñoso que sonó aquel comentario.

¿Qué clase de bienvenida es esta?

Por las expresiones que veía manifestarse en los rostros de mis compañeros, supuse que debían pensar lo mismo. El profesor levantó la mirada del papel con el semblante hundido en una expresión de desconcierto.

—Difícil de tragar, ¿eh? Déjenme decirles a qué se enfrentarán estudiando aquí —prosiguió y se retiró las gafas—. En primer lugar, no dormirán de la forma en la que están acostumbrados. Les recomiendo que se tomen muchas fotos ahora para que suban a Instagram, Tumblr y todas esas redes sociales en las que tanto les gusta invertir su tiempo, porque les juro que habrá un punto donde no querrán ni siquiera verse al espejo. Esas caras limpias y frescas como tomates no perdurarán. Parecerán mapaches. Algunos días asistirán a esta clase con los ojos inyectados en sangre por haber estudiado toda la noche para mis exámenes, los cuales serán rigurosos... y pueden tomar eso también como un eufemismo. Créanme cuando les digo que pocos de ustedes conseguirán aprobarlos a la primera.

Alcé la mano, pero él no parecía tener intenciones de pausar su discurso.

—Los haré aprenderse tantos nombres de huesos, órganos y ventrículos que más de uno deseará haberse metido en la carrera de Comunicación...

—Disculpe, profesor —lo interrumpí, poniéndome de pie.

Todas las miradas en el salón se cernieron sobre mí como si hubiera soltado un león en la sala. Debían compartir el mismo pensamiento: *¿qué mierda hace este sujeto?*

Para mi sorpresa, Donovan no parecía enojado, más bien, me miraba con intriga, como si

estuviera ansioso por escucharme.

—Adelante —dijo en tono moderado mientras se volvía a colocar las gafas.

—No es mi intención interrumpirlo, solo quería recordarle que esta es la clase de Anatomía General, no Anatomía cinco mil. Imagino que su intención es prepararnos para lo que nos espera, pero creo que no soy el único aquí que piensa que su método podría ser un poco menos... desmotivador.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con los párpados entornados y el mismo aire de intriga.

—Creí que no era de su interés saber nuestros nombres.

Al instante, otro murmullo empezó a extenderse por el salón. Incluso me pareció oír algunas risas.

—Pues ahora me interesa que tú te presentes —replicó el maestro, cruzando los brazos.

Su voz volvió a espantar el murmullo y todos parecían esperar ansiosos por escuchar mi respuesta, pero ya no tenía una igual de creativa.

—Lucas Fitzgerald.

—Se ve que te divertiste mucho durante el verano —comentó con naturalidad, como si estuviéramos teniendo una conversación superjovial—; ese bronceado no se consigue fácilmente.

—Vengo del Caribe, prácticamente nací bronceado.

Una chica rubia de la fila de adelante soltó una risita siseante. Cuando el profesor le arrojó la mirada, ella disimuló inclinando la cabeza. Luego volvió a dirigir su atención hacia mí.

—Bueno, Lucas, no sé qué expectativas tenías antes de entrar a esta clase o elegir esta carrera, pero si esperabas encontrarte a la señorita miel pintándote todo de rosa y asegurándote que todo estará bien, no encontrarás eso aquí.

—No, no es lo que busco, profesor. Todos sabíamos lo de los cadáveres y que tendríamos que estudiar mucho. Usted simplemente parece querer... espantarnos.

—Por supuesto que quiero espantarlos, no quiero que nadie aquí se quede perdiendo su tiempo y el mío. Desde que los vi entrar tuve una clara visión de quiénes resistirían el trote y quiénes no. ¿Y sabes algo? —amplió la sonrisa muy despacio—. No vi un futuro muy prometedor para ti.

No podía creer lo que escuchaba. Otro murmullo empezó a extenderse por el salón.

—No es nada personal, solo dudo verte aquí el siguiente cuatrimestre —añadió—. He visto muchos estudiantes pasar por mi salón, pero muy pocos demostrarme que me he equivocado con mis conclusiones.

Traía el lápiz bien apretado en la mano y mi respiración estaba cada vez más acelerada. No recordaba la última vez que me había sentido tan incómodo y humillado. Apenas tenía fuerza para hacer una última pregunta.

—¿Por qué dice eso?

El profesor volvió a colocarse sus gafas.

—El simple hecho de que te hayas atrevido interrumpir mi clase para faltarme al respeto de esa manera me deja ver la clase de educación que te han...

—¿Qué? Pero si no le falté al respeto en ningún momento.

—Y vuelves a interrumpirme.

Empecé a reír.

Esto no puede estar pasando.

—Ah, entonces es un chiste.

—Maestro, disculpe —hice un esfuerzo sobrehumano en mantener la compostura y tragarme mi orgullo—. No fue mi intención faltarle al respeto.

—¿Puedo continuar mi clase?

Esbocé la sonrisa más ardua de mi vida y asentí con la cabeza despacio, mientras sentía que mis sueños y esperanzas amenazaban por deslizarse entre mis dedos como arena. No tenía forma de saber si el profesor en verdad pensaba así o si solo estaba siendo rudo porque no le caí bien. Era la segunda. Siempre era la segunda. Esta vez tenía que ser la segunda.

Donovan solo me alzó una ceja con desdén y siguió con su discurso como si nada. Ya no podía ni siquiera oír sus palabras. Muchos me miraban desconcertados y yo solo pensaba en su declaración que se repetía y se repetía en mi cabeza:

No es nada personal, solo dudo verte aquí el siguiente cuatrimestre.

3

LA SECTA VERDE

Decir que estaba desubicado cuando llegué al comedor era ponerlo en palabras simples. El recinto era tan grande y había tantas personas yendo de un lado a otro que apenas encontraba por dónde abrirme paso.

Tenía la tarjeta que me habían dado para la comida, pero seguía buscando dónde debía ir a pasarla. Después de un rato de dar vueltas como un niño perdido en una plaza comercial, alcancé a ver una fila que se formaba detrás de un tubo de metal, a un lado del gentío. Siguiendo la corriente, alcancé a ver los estantes humeantes al final y varias personas con redecillas y tapabocas llenando bandejas.

Me uní a la cola tímidamente. Por suerte, la fila no tardó demasiado en avanzar. En cuestión de minutos, ya me encontraba frente a la señora de la caja registradora. Le pasé la tarjeta y ella la revisó muy rápido.

—Becado, ¿eh? —me lanzó una mirada simpática—. ¿Deportista o prodigio?

—Programa del gobierno —respondí y forcé una sonrisa.

Ella asintió, pasó la tarjeta y arrancó rápidamente la factura que salió en frente. Le tendió el papel a la mujer con redecilla que tenía al lado y me devolvió la tarjeta con una dulce sonrisa. Asentí con la cabeza y seguí adelante, cediéndole el paso al chico que venía detrás. La otra mujer me colocó en el plato un muslo de pollo, ensalada de papas y arroz frito.

Interesante combinación.

Vi que se saltó los brownies que se encontraban en la bandeja junto a la ensalada y sacó una botella de agua de la alta nevera que tenía detrás. Me pasó el plato en una bandeja con el agua y el recibo al lado.

—Disculpe, ¿puedo pedir uno? —inquirí, señalando los brownies con el dedo sobre el cristal que nos separaba.

—Su plan solo cubre el plato del día.

Casi me voy de lado.

¡¿Entonces no cubre postre?!

Respiré hondo y me limité a tomar la bandeja sin dejar de sonreír, aunque por dentro berreaba con todas mis fuerzas.

¡¿Cómo no va a cubrir el postre?!

Pero ¡¿qué clase de discriminación es esta?!

¡Los becados también somos personas!

Hundido en mi caos mental, avancé hacia las mesas y, para el colmo, todas en mi camino estaban ocupadas. Tuve que esquivar un montón de chicos e irme hasta el final del comedor para dar con un sitio vacío.

Casi llegando a la solitaria mesa, escuché varios siseos detrás de mí, como si alguien tratara de llamar mi atención. Al darme vuelta, me encontré con una cara no tan familiar —pero sí conocida— que me observaba con una simpática expresión desde su mesa.

El chico activista del que Samuel me había estado hablando aquella mañana seguía haciendo señas con la mano para que me acercara. Miré hacia atrás para asegurarme de que era conmigo,

cosa que les provocó algunas risas a él y el resto de jóvenes que lo acompañaban.

Me acerqué a ellos con pasos cortos, luchando por mantenerme positivo y sonriendo, aunque no dejaba de pensar en el incidente de los brownies.

—Eso, ven, siéntate a comer con nosotros.

La cálida invitación me tomó por sorpresa. Sus acompañantes, que eran tres chicos y dos chicas, me miraban sonrientes, como si de verdad les entusiasmara que me les uniera.

—De acuerdo —murmuré, antes de tomar asiento junto a una de las chicas frente a él—. Gracias.

—No hay de qué, aquí nos encantan las caras nuevas. Solo para que sepas, me llamo Roger —se presentó—. Ellos son Luis, Terry, Jocelyn, Iker y Clara.

Los chicos me saludaron con sonrisas y gestos coquetos a medida que él los mencionaba.

—Me gusta tu pelo —comentó Clara, la chica que tenía al lado, mientras se tomaba el atrevimiento de acariciar uno de mis mechones con los dedos.

Asentí con la cabeza despacio mientras destapaba mi botella de agua, batallando por ocultar la electrizante sensación que recorría mi cuerpo siempre que alguien me ponía las manos encima así de la nada.

Solo son amables, Fitz. Debe ser normal en su cultura.

—Me pareció haberte visto esta mañana con Samuel —prosiguió Roger—. No sé si te dijo, pero estudiábamos juntos.

—Sí, me lo comentó —di un breve sorbo de agua—. Me llamo Fitz, por cierto.

—Hola, Fitz. No sé si Samuel también te comentó sobre esto, pero yo soy el líder de Clubmidia, una comunidad de apoyo para el conservacionismo ecológico del pueblo. Todos aquí son parte, ¿verdad, chicos?

Esto casi hizo que me atragante con el agua.

—Espera..., ¿cómo dices que se llama tu comunidad?

—Clubmidia —repitió sin dejar de sonreír—, viene de «Club Mitigante, Diligente y Amigable».

Con los labios apretados, me limité a asentir, juntando todas mis fuerzas para no estallar de la risa. Lo menos que quería era ser grosero. Aunque, por la forma en que todos ahora me miraban, empecé a sentir que ya era muy tarde.

—¿Suced algo, Fitz?

—Disculpa, es solo que pensé que te referías a la enfermedad de transmisión.

Roger soltó una breve risa y se irguió antes de responder, con una expresión más firme:

—No, me parece que te refieres a la clamidia.

—Oh, ya veo... —asentí y me llevé la mano a la boca.

Ni siquiera era tan gracioso. A veces simplemente no podía retenerme de reír con las cosas más aleatorias. Me reconfortó percatarme de que la chica que me había estado tocando el pelo ya no lo estaba haciendo. Los demás en la mesa se mostraban incómodos más que otra cosa. Roger, por su parte, parecía luchar para que no se le notara.

—Hemos recibido muchas burlas al respecto, pero no nos importa.

—Bien por ustedes —respondí mostrándoles el pulgar.

—Si quieres, puedes unirme.

No tuve que pensar mucho mi respuesta. Todos los Testigos de Jehová que había tenido tocando mi puerta hasta entonces fueron ensayos para este preciso momento.

—Oh, no quiero ser parte de ninguna secta, pero gracias por la invitación.

—Ehm..., pero no es una secta, amigo —intervino el flacucho de pelo rizado que se hacía llamar Iker—. Es más bien... como un grupo de apoyo estudiantil, solo que con el principal propósito de velar por el cuidado del ambiente. Demostramos cada día que quedan jóvenes que se preocupan.

—Sí, sí, entiendo perfectamente —respondí, al tiempo que metía una cucharada dentro de la montaña tesa de ensalada de papas en mi plato—. De todas formas, no estoy interesado, gracias.

—No me gusta creer que quedamos pocos con buenas intenciones, pero es verdad que a veces así se siente... —reflexionó el líder del club Clamidia—. En fin, supongo que pensé mal al asumir que te interesaba proteger el planeta.

—¿Por qué lo dices? —inquirí, antes de meterme la cucharada de ensalada.

—Bueno, podemos empezar por el hecho de que pediste una botella de agua amigable con el ambiente en vez de una de esas bebidas artificiales con popote.

Roger pronunció la palabra popote como si estuviera maldita.

—Vaya, lo notaste —proseguí después de engullir la ensalada desabrida.

Me hacía gracia el comentario porque ni siquiera había elegido tomar la botella, solo era lo que me cubría el presupuesto de la beca. Al menos mi rudimentario almuerzo ayudaba a la madre tierra en algo.

—Soy buen observador.

—Yo diría buen acosador.

Al instante que esto último me brotó del pecho —ni lo pensé, solo me nació decirlo—, de forma casi automática, los otros chicos de la mesa me miraron atónitos. La chica de nombre Jocelyn incluso dejó caer su cuchara sobre la mesa de forma dramática.

—Creo que deberías sentarte en otro lado, Fitz —pronunció el chico Louis, en un tono casi fúnebre.

No dudé en hacerle caso a su sugerencia.

—Gracias por la invitación —dije por último, antes de ponerme de pie con mi bandeja y darme la vuelta.

Roger también se puso de pie y me detuvo por el codo.

—Oí que te enfrentaste a Donovan esta mañana, ¿es eso cierto?

Me giré, soltándome de su agarre.

—Qué raro se siente que personas que no conozco de nada ya estén difundiendo rumores sobre mí.

—Pero no son rumores, es cierto.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —repitió incrédulo—, se nota que eres nuevo aquí, doctorcito. Me pregunto por qué Samuel no te advirtió sobre los gemelos Donovan.

No supe qué me irritó más: que me llamara doctorcito o este último dato.

—¿Los gemelos Donovan? No me digas que hay más de uno.

—Isaac e Isaías... —pronunció muy despacio, como si buscara que hiciera memoria.

Negué con la cabeza.

—Isaías Donovan, el rector —dijo exaltado—. ¡Dios! ¿En serio no tienes idea de quien dirige la universidad en la que estudias?

—No me interesa la vida del rector.

—Pues vas a recordar esos dos nombres —afirmó, ahora mostrando una sonrisita perversa—. Isaac Donovan no dejará pasar lo que hiciste hoy.

Antes de poder rebatirle que me daba igual lo que hiciera Donovan, Roger me guiñó el ojo y se regresó hacia la mesa con sus amigos, siguiendo con su almuerzo como si nada. Resoplé y seguí mi camino hacia la mesa solitaria.

Allí sentado, dándoles la espalda a los del club Clamidia, movía mi cuchara a través del plato con pesadez, cada vez más consciente de que lo último que me había dicho Roger me había arrebatado el apetito —agregando que la comida de por sí no estaba demasiado apetitosa—. Eventualmente, me rendí y apuñalé la porción de ensalada de papas en el medio, dejando la cuchara tesa sobre el plato como la espada en la piedra del Rey Arturo.

Isaac Donovan no dejará pasar lo que hiciste hoy.

EL CHICO PROMETEDOR

Tomaba todos los apuntes que podía mientras escuchaba al profesor Anton Ledwick de Química Básica explicar sobre cuerpos, sustancias, símbolos y cosas científicas que sabía que tendría que trabajar en memorizar. En eso, algo ligero me golpeó la nuca. Me giré y todo lo que vi fue una bola de papel en el suelo detrás de mi silla.

¿En serio, universitarios tirando papelitos?

Busqué indicios del tirador. Todos detrás de mí parecían concentrados escribiendo y escuchando al maestro. Me incliné, tomé el papel y lo desenvolví. Tenía escrito una única frase en cursiva:

«Has sido llamado a KKK».

Con más preguntas que respuestas ahora, volví a darme la vuelta en el asiento y seguí buscando a la persona que me lo había arrojado, pero seguía sin dar con nadie.

—¿Distraído? —oí que preguntó el profesor, interrumpiendo su discurso para mirarme con desaprobación.

Alcé el papel arrugado mientras todos me miraban extrañados. No iba a dejar que pensarán que era un interruptor serial de clases.

—Disculpe, es que... no sé quién me ha lanzado esto.

—¿Dice algo malo? —inquirió, al tiempo que se acercaba.

—Parece una fría broma sobre el Ku Klux Klan o algo, profesor.

—¿Te molesta si lo leo?

Le tendí el papel sin pensarlo.

—Para nada.

Ledwick se detuvo a examinarlo con los párpados entornados mientras yo intentaba no hacer contacto visual con mis compañeros, quienes me observaban curiosos.

—No, no es sobre el Ku Klux Klan —dijo al fin y alzó la nota en el aire—. Bien, escúchenme, por favor. Sea quien sea que arrojó esto, le agradecería que no reclute estudiantes durante mi clase ni durante la clase de ningún otro maestro —depositó el papel sobre la mesa—. Tienen mucho tiempo libre allá afuera para hacerlo.

La mayoría de mis compañeros parecían estar al tanto de sus palabras, pero yo no estaba seguro de estar enterándome del todo. Como mencionó la palabra «reclutar», llegué a la conclusión de que debía tratarse de una de esas asociaciones de ñoños como el Club Clamidia, así que decidí no preguntarle a nadie al respecto. Al culminar la clase, tomé mis cosas y me dirigí al baño. Me encontraba descargando inocentemente sobre uno de los mingitorios cuando escuché una serie de pasos detenerse detrás de mí.

—Hola, soy Evan Becker, es un honor conocerte.

—Soy... Fitz —le respondí a la voz misteriosa—, supongo que el honor es mío.

Lo único que se escuchaba, además de nosotros, era el tímido sonido de mi orina cayendo.

—Espero que te esté yendo bien en Halcyon; sé que eres nuevo aquí. Debo admitir que me dio la sensación de que eres algo impresionable para ser estudiante de medicina...

—Interesante lugar y momento escogiste para empezar esta conversación —dije y sacudí las últimas gotas.

—Disculpa si te interrumpí, es que no tengo mucho tiempo. Ayer mi hermano me pidió que buscara nuevos reclu...

—Mira, esta es la cuestión, a mí no me interesa participar en naaada de eso —lo interrumpí, al tiempo que deslizaba a mi amigo dentro del pantalón y me subía la cremallera—. Los clubes nunca han sido lo mío.

El desconocido era un joven rubio y larguirucho, algo lindo, como Justin Timberlake en los 90. Nuestros ojos se quedaron fijos un breve momento mientras me abrochaba el cinturón.

—Oh, pero Kappa no es un club —rebatí, mostrando una ligera sonrisa de la que no me confiaba del todo.

Lo esquivé y me acerqué al lavamanos.

—¿Y qué es?

—Es una fraternidad, la mejor de la universidad me atrevo a afirmar.

Me eché algo de jabón líquido sobre una palma y me froté ambas manos mientras el agua corría sobre ellas hasta que todas las burbujas se fueron.

—Bueno, en ese caso, me halaga que quieras que sea parte —respondí y me aproximé al secamanos—, pero te aseguro que estoy bien así.

Antes de que Evan pudiera decir algo, el ruido de la máquina invadió el aire. Cuando mis manos quedaron secas, procedí a dirigirme a la puerta, pero él se encontraba justo en medio. Como estaba apoyado de un hombro contra una columna y el otro brazo lo tenía extendido con descaro, comprendí que su intención no era dejarme ir así sin más.

—Creo que no te das cuenta de la oportunidad que estás por perder.

—Oh, ¿en serio? —suspiré y me crucé de brazos.

Evan amplió aún más la sonrisa, como si le causara gracia mi reacción.

—Es evidente que no me conoces, pero me complace informarte que mi hermano, el presidente de la fraternidad a la que estás rechazando, es nada más y nada menos que Mr. Jewels. Resoplé.

—¿Y ese quién es?

—¿No has oído hablar de Mr. Jewels? —arqueó las cejas y se llevó una mano al pecho, como si se tratara del papa.

Negué con la cabeza.

—En lo más mínimo, amigo.

Evan asintió muy despacio, parecía que de verdad le costaba asimilar la idea de que yo no reconociera a ese mister fulano.

—Sube *videoblogs* a su canal todo el tiempo y también hace videos de bromas, eventos de la fraternidad, donaciones... Me sorprende que no lo conozcas, se hizo moderadamente viral el año pasado.

—No consumo ese tipo de contenido —sonreí—. El único *vlogger* del que sé y suena más o menos similar es Liam Fresco, y solo porque lo conocí en persona.

Como si yo fuera una especie rara que tratara de comprender, empezó a examinarme de pies a cabeza con los párpados entornados. Antes llegar a responder algo, otro chico entró al baño y no tuvo de otra que hacerse a un lado para dejarlo entrar. Aproveché la brecha y me escabullí hacia afuera.

Podía oír sus pasos detrás de mí, pero no me detuve. Seguí avanzando por el pasillo sin mirar

atrás.

—Espera —exclamó mientras trotaba para alcanzarme—. ¿Te vas así sin más?

—Ya lo dije amigo, no me interesa.

—Bueno, cumplí con decírtelo. Será gracioso ver cómo te arrepientes en unas semanas.

La seguridad en sus declaraciones era lo único que me daba un ápice de curiosidad. Me detuve y me volví para mirarlo.

—¿Cómo dijiste que era tu apellido?

—Becker —dijo y se detuvo frente a mí—, Evan Becker.

—Becker... —repetí—, ¿como el personaje de esa vieja sitcom de Ted Danson?

El chico rio mientras asentía con la cabeza.

—Sí, me sorprende que la conozcas, es muy vieja. Mis padres solían verla cuando era pequeño. Me hace gracia la idea de que cuando me gradúe me llamarán doctor Becker.

Di unos pasos hacia él.

—¿Quién dijiste que era tu hermano?

—Jules Becker.

—El que se hace llamar... Mr. Jewels.

—El mismo.

Miré a ambos lados antes de responder.

—Bueno, Evan, por el momento no tenía contemplado unirme a ninguno de los clubes de aquí, pero lo pensaré.

Él volvió a reír y colocó su mano sobre mi hombro.

—Ay, amigo, se nota que no estás familiarizado con la fraternidades. Es mucho más que un club.

Estuve a punto de admitir que me faltaba cultura sobre su comunidad cuando una alarma empezó a chillar de forma entrecortada. Evan miró su reloj, lo presionó para callarlo y dio un par de pasos hacia atrás.

—De acuerdo, debo irme, así que no te quito más tiempo, pero te pido que lo pienses bien, Lucas. No lo descartes solo porque sabes de qué se trata.

—Fitz —corregí—, puedes llamarme Fitz.

—Entendido, Fitz. Nos vemos.

—¿Qué debo hacer? —inquirí, antes de que se marchara—. Quiero decir..., en el hipotético caso de que decida unirme a...

—Kappa Kappa Kappa —sacó un marcador de su mochila—. Si quieres unirme, solo llama a este número.

Tomó mi muñeca y empezó a escribir los dígitos sobre mi brazo.

—Mhm..., ¿no pudiste anotarlo en un papel como alguien normal?

—Los miembros de Kappa no hacen las cosas como el resto —me guiñó el ojo cuando ya había terminado.

—Bueno..., gracias, Evan.

—A tu orden, Fitz.

Le colocó la tapa al marcador antes de volver a guardarlo y se giró con la intención de marcharse.

—Hey, antes de que te vayas —lo detuve otra vez y me le coloqué al lado.

Como cambian las cosas..., ahora soy yo quien no lo deja irse.

—¿Sí?

—Solo una duda, rápida... ¿Por qué yo?

—Oh —Evan rio brevemente—. Es que desde que vi cómo encaraste a Isaac Donovan me volví tu fan. Ahora todos hablan de eso cuando mencionan su nombre. En términos generales, afectaste su reputación.

—Sí, y me arrepiento de haberlo hecho. Desearía que ni siquiera volvieran a mencionarlo. No pensé que todos aquí fueran unos chismosos.

—¡Bienvenido a la universidad de Halcyon Bay! —exclamó extendiendo las manos dramáticamente—, donde los chismes vuelan rápido y llegan más lejos de lo que tu carrera probablemente lo hará.

—Mhm, ¿es ese el lema oficial o una fría indirecta?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, mi osado amigo —ratificó y volvió a guiñarme el ojo.

—No, osado no. Fue un error haber hecho lo que hice. Soy un impulsivo de mierda.

—Bueno..., en base a lo poco que hemos interactuado, yo sí pienso que eres osado, Fitz. Y realmente me gustaría que te nos unieras —me dio una palmada en el brazo—. Tienes potencial.

Ahora sí, a pesar de que mi mente estaba cada vez más llena de incertidumbre y preguntas, lo dejé marchar.

¿Qué significa realmente unirse a Kappa?

¿Podría ser algo beneficioso para mí?

¿En verdad me perdería de algo si no lo consideraba?

Se me hizo otro nudo en el estómago. Cualesquiera que fueran las intenciones de Evan, la semilla de la intriga había sido plantada con éxito.

EL MUNDO ES UN PAÑUELO

Un humeante aroma a café caliente inundaba todo el establecimiento. Por suerte era así, ya que fuera los puestos de comida rápida y los ductos de aguas residuales parecían competir por cual apestaba más. Tal vez por eso no me importó esperar más de dos minutos a que mi café llegara a la mesa, aunque todo tiene un límite.

Mientras buscaba con la mirada dónde se había escabullido el mesero, noté a una linda chica de vestido amarillo a dos mesas de distancia. Tenía el pelo de un tono castaño claro y le caía en rizos definidos sobre sus clavículas como cascadas. Al principio pensé que estaba sola, pero no era así. Visitaba a su novio que era el mesero. Podía verlo acercarse a su mesa cada tanto para darle un beso rápido y luego seguía llevando bandejas con comida y anotando órdenes de los clientes.

—Me enferman —murmuré para mí mismo y mantuve la mirada en dirección a la ventana.

A lo mejor, otra persona habría pensado que aquello era supertierno, pero tanto amor en el aire me provocaba arcadas. Era como si el universo me estuviera restregando mi fastidiosa soltería.

Qué ganas de tirarlos por un acantilado.

Bufé.

O que alguien me tire a mí para no tener que soportarlos.

A pesar del disgusto que me provocaba la parejita de tórtolos, me sentía contento en esta tarde. Me había ido mucho mejor que el resto de los días en mi primera semana como universitario. Para empezar, no había tenido que soportar la segunda clase de Donovan, ya que —según nos contaron— su auto había presentado ciertas «fallas» que lo tuvieron a muy poco de sufrir un terrible accidente.

—A mí ni me miren, yo no tuve nada que ver —respondí ante las miradas furtivas de mis compañeros mientras dejábamos el salón.

Me sorprendía que realmente llegaran a considerar tal posibilidad. Me caía mal Donovan, pero tampoco quería que su auto explotara con él adentro o que derrapara y se cayera por un acantilado sin posibilidad de salir y nadar a la orilla.

Me bastaba con imaginarlo.

—Debe ser el karma —comentó Samuel, quien había decidido seguirme hacia la cafetería—. El universo le cobra por ser un capullo.

—No sé, estoy empezando a dejar de creer en el karma.

—¿Y ahora en qué crees?

—En mí mismo.

El chico alzó las cejas, pero no dijo nada. Avanzamos hasta llegar a la entrada.

—Me da igual que Donovan piense que no sobrellevaré la carrera, conocerá el verdadero karma cuando vea mi bello rostro presente en cada una de sus clases los próximos cuatrimes...

Al verlo venir, ya era tarde. Mi corazón se saltó un latido en el instante que su cuerpo colisionó contra el mío. El pelo rizado de la pequeña chica voló sobre mi cara y sus manos se estamparon contra mi pecho. Apenas titubeé, la sostuve por los hombros con firmeza y nuestras

miradas se encontraron a través del manojo castaño claro que, en nuestra embarazosa situación, era lo único que nos separaba.

—¿Estás bien? —le pregunté sin apartar la mirada.

A pesar de estar firmes, ella no retiraba las manos y yo aún la sostenía por los hombros. Usaba labial negro y tenía un delineado oscuro muy marcado alrededor de los ojos que contrarrestaba con su vestido coqueto color cian. Su extraña apariencia era agradable de ver.

—¿Tienes nombre —dijo al fin en un tono muy sutil, casi susurrado—, o puedo llamarte *mío*?

No pude evitar reír. La gracia no estaba solo en la pregunta, sino en la rareza de la situación. Debíamos parecer los protagonistas de una de esas bobas películas románticas que mi mamá solía pasarse viendo en el canal cinco.

—Sí, tengo nombre —nos soltamos y di un paso hacia atrás—. Me llamo Lucas, pero puedes decirme Fitz. ¿Cómo puedo decirte yo a ti?

Me sentí tonto mientras decía esto último. Su pregunta merecía una respuesta más ingeniosa.

—Madeline —respondió y extendió su mano hacia mí—, podemos empezar por ahí.

Le devolví el gesto y me sorprendió la firmeza con la que me apretaba. Alcancé a ver que tenía tatuado un tres rodeado de nardos sobre su muñeca.

—Creo que deberías mirar al frente y andar más despacio, Madeline.

Ella esbozó una sonrisa ladina.

—Y yo creo que necesito un mapa porque me perdí completamente en tus ojos.

Mi mente se cerró al tiempo que mi corazón se aceleraba. Había recibido muchos cumplidos a lo largo de mi vida, pero nunca sobre mis ojos. Lo más curioso de todo era que los suyos eran marrones como los míos, mientras que los de Samuel —quien estaba a menos de un metro de distancia— eran verdes y claros.

—Bueno... —vacilé para no dejar su comentario en el aire—, gracias.

La expresión en el rostro de la chica pasó de aparente intriga a severa exaltación en un instante.

—Hey, ya, cambia esa cara —soltó entre risas en un tono completamente distinto, más elevado y relajado—. Solo bromeaba.

A pesar de no encontrar lo cómico en sus pasados comentarios, reí con ella de todas formas. Hasta me propinó un ligero golpe en el hombro como si fuéramos compadres.

—Ah, claro..., una broma. Solo espero que no te importe si pretendo que ibas en serio con lo de los ojos lindos —hice un puchero y me llevé las manos a las mejillas—. De donde vengo, llaman a eso «dar cotorra». Me hizo sonrojarme un poco, debo admitir.

—Perdón por la cotorra entonces —dijo Madeline entre risas—, pero me gustan tus ojos, eso sí es verdad —desvió la mirada hacia Samuel—. ¿No te parece?

—Els ulls són la finestra de l'ànima —pronunció el aludido con la nariz hacia arriba, como un intelectual citando el verso de un poema.

—¿Traducción? —inquirió la chica—. No sé nada de francés.

—Es catalán —corrigió Samuel poniendo los ojos en blanco.

—Ah, esa lengua que ya está casi muerta. Qué lindo que la presumas —esbozó la misma sonrisita de antes y regresó su atención hacia mí—. Fue un gusto conocerte, Fitz.

—El gusto es mío, Madeline. Espero que nuestros caminos se crucen otra vez, quizá de una manera menos abrupta.

Ella asintió con una rápida alzada de ceja y se alejó dando pasos saltarinos. Su pelo rizado se movía libre con el viento.

—¿Qué fue lo que dijiste en catalán? —Le pregunté a Samuel mientras este abría la puerta y entrabamos a la cafetería.

—Nada interesante, solo ese viejo dicho de que los ojos son la ventana del alma. Aunque da igual. Pude haberle dicho que lucía como una zorra barata y tampoco se habría enterado.

—¿La conoces?

—Madeline Becker, todos aquí la conocen a ella y a su familia.

Avanzamos entre las mesas y nos unimos a la fila para la comida.

—¿No son los que dirigen la fraternidad Kappa?

—Sí, es hermana de Mr. Jewels, el *youtuber*.

—¿Crees que fue coincidencia que se chocara así conmigo?

—No lo sé —replicó ecuaníme—, solo te diré que se me hace más falsa que una moneda de tres euros.

Repetí en mi cabeza los cumplidos que Madeline me había soltado y no pude evitar sonreír. En mi mundo, había dicho que no era en serio solo para hacerse la misteriosa. Sí, seguro todo lo que me dijo al principio fue lo que pensó en realidad.

—No sé, a mí se me hizo muy agradable.

—Así son los Becker. El único que me cae bien es Evan, el menor.

Por supuesto, mi amigo del urinal. El incidente del papelito y su invitación eran pensamientos recurrentes.

—Lo conocí, me asedió en un baño el otro día mientras meaba.

Samuel se encogió de hombros.

—Bueno, no dije que fuera perfecto.

—Insistía con que me uniera a Kappa, dijo que era la mejor fraternidad de Halcyon —recordé—, parecía muy serio al respecto.

—Yo no la llamaría la mejor, la más mamarracha quizá. Se creen mucho porque no invitan a cualquiera a ser parte. Si tu hazaña con Donovan no te hubiera convertido en una celebridad, probablemente ni se habrían girado a verte.

Reí.

—Una celebridad, ajá... Y dime, ¿crees que debería unirme?

—Yo lo haría si fuera tú.

—Creí que te caían mal los Becker.

—Prefiero vivir con ellos en su berenjenal que seguir compartiendo dormitorio con el tío que me ha tocado de compañero. Es un hosco.

Samuel hizo que me detuviera a pensar. Era cierto que, a diferencia suya, yo tenía una habitación para mí solo, pero aun así no me acostumbraba al espacio y la soledad me sentaba rara. A excepción de un par de discusiones con mis vecinos ruidosos del cuarto de al lado, la experiencia se había hecho... sosa. No me sentía tan complacido como había imaginado después de ver a mi compañero partir y ya casi no parecía sensato haber descartado la propuesta de Evan.

* * *

—Ay, amigo, perdón —dijo el mesero mientras cruzaba a mi lado, devolviéndome al presente—, me salté la orden sin darme cuenta; ya vengo con usted.

—Claro, no hay problema —contesté con la apropiada dosis de sarcasmo—. Debes estar muy ocupado con tu noviecita como para recordar traerme mi café moca con leche descremada

montada al vapor que pedí hace diez minutos.

Me miró con las cejas alzadas mientras recogía el menú de la mesa. Me limité a forzar una sonrisa.

—Disculpa por la espera, enseguida la traigo —dijo en un tono moderado y se fue.

Rodé los ojos y me crucé de brazos. El mesero volvió casi de inmediato con mi bebida.

—Aquí tienes, Lucas —dijo, antes de depositar el vaso frente a mí—, ¿algo más?

No me esperaba esto.

—¿Disculpa?

—¿Algún problema?

El mesero me miraba con seriedad y postura, pero sabía que fingía. Notaba la insolencia en su voz y en su mirada.

—¿Acabas de llamarme por mi primer nombre?

Soltó una ligera risa y carraspeó.

—Pues no sé cuál es el problema, ya eres un cliente regular... y además somos compañeros.

¿Compañeros?

Luchaba por recordar de dónde lo conocía.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mario.

Bufé. No podía recordarlo.

—Escucha, Mario Bros, no sé de dónde se supone que nos conocemos, pero aquí eres un empleado y yo un cliente. Te aconsejo que bajes la dosis de confianza.

El mesero frunció el ceño.

—¿De verdad no me reconoces? Estuvimos en la misma promoción el año pasado, incluso estuvimos en el mismo curso el año que entraste, en segundo.

—¿Estudiabas conmigo... en Santo Domingo?

—Sí —afirmó—: misma escuela, misma promoción, misma beca. No puedo creer que no me reconozcas de nada.

Una sensación de familiaridad me invadió mientras examinaba su rostro. Al igual que la mayoría de los dominicanos, presentaba rasgos muy variados: su cabello era oscuro y fino, ahora rizado y empapado en gel; su piel era entre aceitunada y morena y la forma de su nariz era fina, pero lucía unos labios carnosos que solo me confirmaban lo bien que su chica debía estarse pasándosela.

—Entonces... ¿dices que entraste en la universidad de Halcyon igual que yo?

—Sí —suspiró.

Miré a mi alrededor, intentando encontrarle sentido.

—¿Y trabajas aquí?

—Necesito el dinero.

—Pero dijiste que conseguiste la beca, se supone que no debemos trabajar.

—Por favor, tú sabes muy bien que lo del estipendio que nos dan no es suficiente. Además, sí podemos trabajar, siempre y cuando no descuidemos las notas.

Negué con la cabeza.

—Pues lo siento, amigo, pero me cuesta recordar quién eres.

Tomé un sorbo y él dejó escapar una ligera risa que no sonó a nada más que decepción.

—Disculpe, joven, no volveré a dirigirme a usted por su nombre —pronunció con el mismo tono de voz moderado superfalso de antes—. Si le puedo servir en otra cosa, me llama.

Asentí con la cabeza y desvié la mirada. El chico se fue y me mantuve allí sereno esperando a que cayera la tarde para regresar a la residencia donde me esperaba con los brazos abiertos una habitación solitaria.

6

MÍSTER JOYAS

El lugar no lucía para nada como la idea que tenía sobre una residencia estudiantil. Más bien, parecía la casa vacacional de un príncipe árabe o de una celebridad presuntuosa. Enorme, elegante, bien cuidada. Rodeada de setos cuidadosamente cortados y senderos cubiertos por adoquines limpios y simétricos.

Al bajarme del jeep, todo lo que hice fue negar con la cabeza.

Ya no hay duda, este tipo nos está viendo la cara.

—¡Bienvenidos al Kingdom, señores! —exclamó Evan, extendiendo los brazos en el aire.

Los cuatro chicos a mi lado celebraron entre ellos, tan atónitos como emocionados. Por desgracia, iba a tener que ser yo quien terminara con su ilusión.

—Ajá, entonces dices que si nos unimos a la fraternidad, viviremos... ¿aquí?

Evan asintió sin dejar de sonreír.

—Por supuesto, Fitz, esta es nuestra residencia. ¿Qué les parece?

Bufé.

—Estás bromeando, no sé de quién es esa casa, pero ni en otra vida tenemos chance de vivir aquí. Andando, chicos.

Me volví de regreso al jeep, pero Evan me detuvo por el hombro.

—Vamos a entrar.

—Pero ¿cómo...?

—¡Shhh! —me silenció y nos indicó con la mano que lo sigamos.

Los muchachos avanzaron detrás de él sin vacilar. Miré a ambos lados, preguntándome si esto en verdad era posible y me les uní. Al verlos abrir la reja y adentrarse en las inmediaciones, crucé los dedos con la esperanza de que todo se tratara de una broma inocente y que no estuviéramos desafiando la posibilidad de pasar la noche en una penitenciaría por allanamiento de morada.

—La puta madre... —chilló uno de ellos.

A mi alrededor, todo eran cuchicheos y codazos de entusiasmo. Cuando llegamos a la enorme puerta principal de la casa, tallada en madera oscura y brillante que relucía, Evan presionó el timbre que se encontraba junto al marco con detalles dorados alrededor y guardó ambas manos en los bolsillos de los jeans con naturalidad. De pronto, un chico alto, esbelto y de piel oscura como Grace Jones abrió la puerta y nos dedicó una rápida mirada curiosa.

—¿Estos son todos?

—Sí —afirmó Evan—. ¿Sigue el resto adentro con Jules?

—No, acaba de llevarlos a la primera parada. Me pidió que te dijera que llevaras al resto allá de una vez. Solo esperan por ustedes.

Evan asintió y el chico alto cerró la puerta. Por alguna razón, su conversación me dio una sensación rara. Parecía que hablaban de trata de blancas y no de la iniciación a un simple club.

Ah, cierto, que no es un club. Es una «fraternidad».

En un contexto normal, ni siquiera habría tomado a consideración la invitación de Evan, pero el paso de los días en aquel estrecho dormitorio me había inspirado a sopesar otras posibilidades.

Su número se había borrado de mi brazo antes de poder usarlo por mis inmanejables asuntos de transpiración, pero coincidíamos en casi todas las clases, así que pude decírselo en persona.

—Por aquí —dijo Evan y volvió a hacernos señas para que lo sigamos.

Al avanzar a la parte trasera de la casa, dimos con un terreno llano y verdoso como un campo de golf, el cual terminaba en un risco contra el que impactaban las olas copiosas del Caribe en el fondo. La extensión del terreno era más de la que parecía correcta.

Estos raros de aquí son ricos. Ricos de verdad.

Había una piscina tan cerca de la mansión que casi ni la noté al pasar, con hondas plateadas moviéndose ligeramente bajo la luz del atardecer. Nuestro camino se trazaba en dirección a una especie de casita de madera similar a un pequeño establo que yacía sola a un lado del verdor, tan rudimentaria que casi parecía fuera de lugar.

—¿Los otros chicos están ahí dentro? —inquirí, al tiempo que trotaba para colocarme a su lado.

Evan me miró y sonrió como si le hiciera gracia lo que encontraríamos allí, pero no dijo nada.

—Ahí no cabemos ni nosotros —continué—, dicen que tienen toda esta mansión para ustedes y la primera reunión para reclutarnos la hacen en una... ¿choza?

Al llegar a nuestro destino, Evan se inclinó a mi oído.

—Es que ese es el punto de la primera prueba, Fitz —murmuró y abrió la puerta, antes de dirigir la atención al resto—. ¡Pasen, por favor!

Los demás, que venían detrás de nosotros, empezaron a entrar con expresiones en sus semblantes oscilando entre curiosas y despistadas. Me uní a ellos y la alta temperatura dentro de la casita me azotó al instante. Debía haber como veinte chicos allí, añadiendo los que habíamos llegado con Evan. Debido a la falta de espacio y luz, a cada paso que daba me tropezaba con un sujeto diferente. Me sentía como el niño con el pijama de rayas al final de la película.

Cuando la puerta fue cerrada, la poca luz que se colaba por ella se desvaneció y quedamos en oscuridad total. El murmullo de confusión solo se acrecentó.

—No, Jules —oí que se quejó uno—, esto parece un horno.

—Ya llegaron los que faltaban, ¡empieza!

—¡Me ahogo!

—¡Comienza ya, Jules!

Las quejas habían invadido la habitación, pero nada de respuesta. Empecé a sentir como el pelo se me pegaba en la frente y en la nuca por el sudor. Me estremecí al sentir el cosquilleo de una gotita deslizándose por mi columna. El sitio era infernal, sin duda. Me eché hacia atrás con la intención de llegar a la pared, pero mi cuerpo chocó con el de otro chico.

—¡Ey! —se quejó.

—Mierda, perdón... —farfullé volviendo a donde estaba.

—¿Fitz? —oí la voz de Evan en algún lado, seguida de su risa.

No recordaba haberme sentido tan tonto e incómodo en mucho tiempo. Oír a Evan burlándose de mí no ayudaba.

—¡Silencio! —exclamó una voz con severa firmeza y el resto se cayó de inmediato.

Pronto una luz amarilla brillante invadió el cuarto, desvelando el panorama de un mar de chicos confundidos y sudorosos. Debajo de la bombilla redonda que colgaba del techo por un cable, justo en el medio de la estancia, un sujeto que traía puesta una capa oscura y una corona de Burger King posaba con una mano suspendida en el aire y la otra presionada contra el pecho, delante de un chico rubio bajito que le apuntaba con una GoPro.

—Por el poder que se me ha conferido —empezó a recitar el encapuchado—, yo, Jules Becker, declaro este reclutamiento ¡oficialmente iniciado!

Los demás chicos empezaron a vociferar y aplaudir en celebración, así que hice lo mismo. Se me hacía algo tonta la forma en que el hermano de Evan nos había dado la bienvenida, pero tenía acaparada mi atención. Antes de proseguir, abrió los ojos y nos miró con una sonrisa ladina:

—Para pertenecer a Kappa deberán demostrar compromiso y lealtad, tanto a mí, su líder generoso, como a sus hermanos. Pasarán por una serie de pruebas indispensables para cerciorarnos de que están destinados a formar parte de nuestra comunidad.

Que se comportara de una manera tan dramática y al mismo tiempo llevara puesta una corona de comida rápida me hizo morderme el interior de la mejilla para contener la risa. Sentí que era mi deber mantenerme firme ante la solemnidad del evento.

—De acuerdo —dijo una voz decidida—, ¿cuál es la primera prueba?

No tardé en localizarlo detrás de Jules. El sujeto era alto y fuerte, sin duda se dedicaba a algún deporte. Se frotaba las manos con impaciencia. Cualesquiera que fueran las pruebas, debía estar convencido que las pasaría todas. Evan se cruzó de brazos y apretó los labios como si otra vez estuviera reteniendo una risa. Su hermano no demoró en informarnos.

—De hecho..., están pasando por esa prueba justo ahora.

El fornido miró a ambos lados y arrugó la frente. Los demás parecían estar igual de confundidos pero interesados. Jules pareció estar a punto de continuar, cuando decidí intervenir:

—¿Y en qué consiste la prueba? ¿Los que no mueran de asfixia aquí dentro pasan a la siguiente?

Todas sus miradas cayeron sobre mí. Fue como volver al momento en que interrumpí a Donovan, solo que ahora no era observado por mis compañeros de clase, sino por un grupo de desconocidos sudorosos que me importaban muy poco.

—Tu debes ser Lucas, el que encaró a Donovan —dijo Jules mirándome directo a los ojos. Compartía ciertos rasgos con su hermano: la misma altura y complexión delgada, solo que su pelo era oscuro, tenía cejas muy pobladas y una expresión arrogante que no se le borraba del rostro. Evan, por otro lado, casi siempre tenía plasmada una sonrisa de niño bueno—. ¿Estoy en lo cierto?

Los demás chicos empezaron a murmurar. La GoPro ahora apuntaba en mi dirección. Casi había olvidado que yo era una celebridad para ellos.

—No te equivocas —afirmé—, pero preferiría que me llamen Fitz.

—Pues veo que acostumbras a interrumpir a la gente, Fitz.

Escupió mi nombre con superioridad.

Ja, como si su capa de tela corriente y su corona desplegable significaran algo para mí.

—Solo a la gente que dice muchas estupide...

—¡Hey, presidente Jules! —me interrumpió Evan colocándose entre nosotros dos—, ¿por qué no dejamos la parte de conocernos para más tarde y mejor explicas de qué va la prueba?

—De acuerdo... —asintió su hermano y volvió a dirigirse al resto—. Para poder vivir en la mansión Kingdom, van a tener que aprender a convivir con sus hermanos muy de cerca.

Le lancé una rápida mirada a Evan, quien solo se encogió de hombros.

—Me explico —prosiguió con una sonrisa perversa—: deberán quedarse en el cobertizo hasta mañana a las seis, cuando suene la trompeta ceremonial.

—La trompeta ceremonial —repetí entre risas y requerí varios minutos para componerme, luchando para procesar el nivel de ridiculez. Jules se cruzó de brazos y Evan me miró con las

cejas alzadas. Pronto fui consciente de que más en serio no podía ser—. ¿Qué? Es imposible. Ninguno de nosotros podría pasar ni siquiera una hora en este asadero.

El chico fornido que había intervenido antes se sentó en el suelo como si nada.

—Pues yo sí estoy dispuesto a hacerlo.

—Yo también —dijo la voz de alguien que solo logré localizar cuando se sentó en el suelo de la misma forma.

—Yo igual.

—Me quedaría aquí hasta el lunes si me lo pidieran.

No podía creer cómo, uno a uno, todos a mi alrededor accedían con tanto entusiasmo. Se acomodaban en este polvoriento piso sin cuestionárselo en lo más mínimo. Jules me arrojó una mirada autosuficiente.

—Tú decides. ¿Quieres vivir en la mansión o deseas volver a tu... residencia? —pronunció la palabra «residencia» de la misma forma que pronunció mi apellido.

Todos los demás parecían ya estar acomodados en el suelo. Engullí mi orgullo y pronuncié una última pregunta.

—¿Y cuándo queramos ir al baño?

Su sonrisa se hizo todavía más ancha.

—Esa es la mejor parte.

Sin decir nada más, se inclinó a recoger algo que tenía allí cerca. Cuando pude ver qué era, no supe si reír o salir corriendo.

—Estás bromeando.

—No, para nada, son libres de usarlo —afirmó Jules, alzando una lata de pintura vacía—. Hay otras cuatro allá atrás y también papel higiénico. No somos monstruos.

Sin cambiar su descarada expresión, señaló el rollo que colgaba detrás suyo.

—Aunque les sugiero que no hagan del dos esta noche —añadió—, a no ser que sea totalmente necesario. El calor podría volver el aroma un poco difícil de soportar.

Respiré hondo, luchando por no estallar del extremo asco e indignación que me causaban sus ideas.

—Entonces... en resumen, si no nos quedamos aquí toda la noche haciendo nada más que sudar hasta derretirnos y mear en latas, no podremos vivir en la mansión con ustedes.

Jules suspiró.

—No podrías haberlo resumido mejor.

—¡Esto es infrahumano! ¿Por qué poner algo tan difícil como primer requisito? Yo tenía ataques de asma cuando era niño, ¿sabes? ¿Qué tal si estar en un espacio tan reducido por tantas horas me provoca...?

—¿Podrías callarte y sentarte de una maldita vez? —me interrumpió una voz extrañamente familiar—, no todo se trata de ti siempre.

Una algarabía de comentarios y risas procedió este rudo comentario. Mis ojos no tardaron en encontrar su origen. No sabía qué me sorprendía más: que este chico de piernas largas y pelo rizado, sentado en el suelo con los demás, me haya reprendido de tal manera o que se encontrara aquí conmigo en primer lugar.

—¿Se conocen? —preguntó Evan cruzándose de brazos.

—Sí —afirmé sin despegarle la mirada a Mario—, sirve mesas en un local al que voy de vez en cuando.

—Y estudio medicina también —aclaró con el mismo tonito de falsa amabilidad que yo le

conocía bien—. Me pregunto por qué te sigue dando problemas recordar eso, Fitz.

Maravilloso.

Me aguardaba una larga noche.

7

EPIFANÍA

No me sorprendía que Mario me haya considerado un cliente regular. Mis visitas a Grind Spot se empezaron a volver cosa de todos los días. Me sentaba en aquella mesa cuadrada frente a la ventana, sorbiendo del mismo café con leche.

Era la primera vez que me encontraba a un compañero de la secundaria desde la graduación — cosa que jamás habría predicho, ya que ahora mil doscientos kilómetros me separaban de casa— y, por desgracia, después de nuestro primer roce, empecé a encontrármelo en todas partes. Por los jardines del campus, en los salones, en la cafetería. A diferencia de mí, no parecía haber hecho algún amigo. Me preguntaba si su novia estaba en otra universidad, ya que solo la veía cuando sus visitas a Grind Spot coincidían con las mías.

El mesero apenas me dirigía la mirada cuando me atendía. Supuse que no le caía muy bien.

Tal vez debería dejarle más propina.

La verdad, no sabía por qué me molestaba tanto su indiferencia. Solo no quería seguir viéndolo atender amablemente a todos los clientes, mientras que a mí solo... me atendía.

Como había accedido a recibir dinero de mi padre, traicionando mis nuevos principios de independencia —ejem, tenía que ser realista—, aquella tarde pude darme el lujo de dejarle un billete de diez dólares como propina antes de dejar el local.

En la noche, después de hablar con mi madre por teléfono y ponerla al tanto de mi aburrida vida, opté por llamar también a Cathy, una antigua compañera con la que no había hablado en años, pero era bien elocuente y simpática. Un poco ridícula con sus ideas. Compartimos anécdotas nuevas y viejas por un buen rato. Cuando le mencioné el nombre de Mario para ver si me refrescaba la memoria, me dijo que sí, que estuvimos en el mismo salón de clases en segundo.

Según ella, el mesero se sentaba detrás de mí en clase de Química y admitió que en algún momento había sido su *crush*, aunque él nunca reciprocó. Asumió que debía ser gay. Fue sencillo de superar debido a que cada mes le llamaba la atención alguien diferente. Rascaba y rascaba por los rincones de mi memoria mientras la escuchaba, pero las imágenes aparecían muy empañadas. Si hubiera tenido ojos en la espalda, tal vez lo hubiera recordado mejor.

—Hola, Mario Bros —lo saludé la mañana siguiente.

Se encontraba recostado en el pasto del campus revisando su teléfono. Al escucharme, alzó la mirada con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres?

—Solo saludaba —sonreí—. Ya me aprendí tu nombre.

—Felicidades —respondió con la misma expresión de desconcierto—, supongo que añadirle el «Bros» lo hace más fácil de recordar.

—A decir verdad, sí.

Entonces volví a girarme y me marché.

Solo volvimos a interactuar cuando me atendía en Grind Spot. Ya casi ni decía nada, solo se acercaba a mi mesa y preguntaba: «¿lo mismo de siempre?». Cuando yo asentía, se limitaba a traerme el café y no volvía a dirigirme la palabra.

* * *

Al finalizar aquella larga y olorosa noche en el cobertizo de la mansión Kingdom, no volví a ver a mi habitación en la residencia de la misma forma. Haber pasado casi doce horas entre treinta tipos sudorosos y latas llenas de orina casi me hizo perder la poca cordura que aún presumía.

Oír la chirriante tonada de la trompeta irrumpir el silencio cuando se hicieron las seis de la mañana, en palabras de Enrique Iglesias, fue casi una experiencia religiosa.

—¡Por primera vez en cuatro años, todos han pasado la noche en el cobertizo y podrán pasar a conocer la casa! —clamó Jules a través de un megáfono mientras salíamos a toda prisa de la choza. El muchacho rubio a su lado seguía tocando su trompeta de juguete.

—No todos —dijo el chico fortachón, cuyo nombre, según había escuchado, era Jared algo—, mi compañero, Steve, se fue a medianoche.

Jules le lanzó una mirada interrogatoria a su hermano, quien se encontraba entre nosotros con el pelo rubio pegado en la frente. Parecía un pollito recién nacido.

—Tiene razón —confirmó Evan—, salió del cobertizo y me pidió que le llamara un taxi antes de irse.

—Bien, haremos como que nunca vino —prosiguió Jules con una sonrisa inocentona—. Ahora fórmense, necesito que se coloquen uno al lado del otro. ¡De prisa, imbéciles!

Confundidos y desorientados, obedecemos. Nos colocamos uno al lado del otro en una línea recta mientras un sujeto se acercaba desde la casa, arrastrando algo similar a un cable largo.

—Van a mojarnos —oí que murmuró el chico a mi lado.

—¿Qué? —pregunté, segundos antes de percatarme que lo que traía aquel sujeto no era un cable, sino una manguera.

—Ey, no... —se quejó un chico del otro lado de la formación.

—Por favor, Jules...

—¿Es en serio...?

Cuando el muchacho llegó, le pasó la manguera a Jules, quien la sostuvo por el disparador de riego con la mano que traía libre. Su sonrisa se había vuelto malévola otra vez.

—¿Qué sucede? ¿En serio creyeron que los dejaría entrar a mi casa oliendo a baño de parada de buses?

—Vete a la mier... —antes de poder terminar, el agua fría impactó contra mi cara, bañándome el cuerpo y haciendo que me moviera a un lado para toser el chorro que me había entrado a la boca.

Al cabo de un rato inclinado sobre la hierba, sintiendo que me ponía igual de verde, una mano me sacudió el hombro. Al incorporarme, pensé que me encontraría a Evan o cualquier otro novato desconocido dándome ánimos, no a la persona que ahora me miraba con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —me preguntó Mario—. Sonó como que te atragantabas, chico listo. Ya nos abrieron las puertas. Ven, vamos dentro.

8

LA BROMILLA

Colocado en cuclillas frente al gavetero que se alzaba entre los dos camarotes de la habitación, acomodaba las primeras cosas que había conseguido traer a la mansión, entre ellas libros, ropa y demás. Depositaba algunas camisetas en las gavetas de abajo (las únicas dos que me cedieron para el alojamiento) cuando sentí que me llovía sobre la nuca.

Al girarme, me encontré a una alargada figura de pie frente a mí, cubierta únicamente por una toalla debajo del abdomen. El sujeto tenía el pelo mojado y arremolinado en un manto oscuro, y la humedad que cubría su pálida piel impregnada de pecas reflejaba la brillante luz amarilla del cuarto. Abría y cerraba el puño lanzándome gotas directo a la cara.

—¿Puedes parar? —dije tomándolo de la muñeca.

—¿Puedes quitarte del medio para que yo pueda sacar algo que ponerme? —se liberó de mi agarre en un rápido movimiento—. ¿O eres de esos a los que les gusta mirar hombres?

Respiré hondo, cerré el cajón y me puse de pie.

—La gente con educación pide permiso, es todo lo que diré.

—La gente con educación cierra el hocico y hace caso a sus hermanos mayores —rebatí con sorna y extendió una mano hacia mi cabeza para despeinarme.

Lo hice un lado de un empujón. Era tan rígido que apenas se movió, no sin antes lanzarme una sonrisa desafiante que decía una sola cosa: *¿en serio crees que puedes conmigo?*

Lo peor es que tenía algo de razón. Los músculos de su cuerpo estaban tan marcados que si hubiera oído el rumor de que lo habían visto inyectándose anabólicos, no me lo habría cuestionado mucho. Ni aquel chico Jared del cobertizo se comparaba con Dominic, y era solo uno de los cuatro sujetos con quien compartiría el cuarto.

—¿Así es como vamos a estar? Porque entonces no me veo conviviendo aquí contigo. Y mucho menos me hago a la idea de considerarme «tu hermano».

—Un hermano nunca niega a un hermano —se giró y empezó a sacar ropa de los cajones.

—A un hermano de sangre —corregí—, apenas te conozco. Ni siquiera sé por qué me pusieron en una habitación con ustedes, yo creía que los novatos se quedaban en el primer piso.

—¿En serio no lo sabes o te haces el tonto? —me miró por encima del hombro con el ceño fruncido. Ya no sonreía.

—¿Que no sé qué?

—La razón por la que eres el único novato en quedarse en el segundo piso.

—¿Es por lo de Donovan? —bufé—. Ya ni me acordaba de eso, creo que todos aquí deberían conseguirse una vida y superarlo.

—No, no es por eso —se me acercó—. Es porque le caes bien a su hermanito.

—¿Qué?

Dominic entrecerró los párpados. Lucía mejor así, serio.

—Jules te dejó quedarte aquí gracias a su hermanito, el otro novato con privilegios, ¿por qué más?

El recuerdo de la fea experiencia que viví con Evan en la mañana pronto surgió en mi cabeza. Había sido en Grind Spot.

* * *

Casi ni me di cuenta cuando cruzaron junto a mi mesa, uno tras otro avanzaron hasta llegar a la barra. Dos chicos y una chica. No les di importancia. Me froté las manos y ladeé la cabeza hacia la ventana. Afuera estaba soleado, como siempre.

A pesar de no haber tenido un buen comienzo del día —un genio en la habitación contigua estuvo toda la mañana escuchando metal y no pude concentrarme en los apuntes de Biología I que me había desvelado haciendo—, ahora me sentía más relajado. No sabía si era por el olor a galletas recién hechas, mi cómodo lugar con vista panorámica o ver a Mario yendo de un lado a otro, trabajando como esclavo.

—¿Lo de siempre? —preguntó al acercarse a mi mesa.

—De hecho, no —sonreí—. Quiero un jugo de cereza y dos rodajas de pan de pollo, no muy tostado y sin pollo.

Mario arqueó una ceja.

—¿Sin pollo?

—Sí.

—Entonces sería pan del normal.

Sabía que su limitada imaginación no iba captarlo. Abrí el menú y le señalé el pan de pollo.

—Quiero que tenga la textura del pan de pollo, pero no quiero que tenga pollo. El pan normal de aquí se me hace algo áspero, así que preferiría que fuera del otro, pero sin pollo, porque no como carne, pero que sea el mismo tipo de pan.

Mario me miró como si le hubiera hablado en arahuaco. Suspiré.

—¿Me harás decirlo otra vez?

—No tenemos pan de pollo sin pollo, Fitz.

—Oye, y... —bajé el tono de voz y miré a ambos lados—. ¿No puedes mover tus influencias aquí para conseguirlo? Ya sabes, somos hermanos de fraternidad, ¿recuerdas?

Una abrupta y breve risa fue su respuesta.

—Por favor, hablo en serio —insistí—, mi estómago ruge, Mario Bros.

—¿Quieres que le pida a Felix que ornee pan de pollo sin pollo para ti?

—¿Quién es Felix?

—Mi encargado y la mente maestra que prepara todo aquí.

Erguí la espalda y me crucé de brazos. No iba a rogarle otra vez.

—Bueno, si no es tanta molestia..., ejem.

Mario asintió con una sonrisa muy forzada y dio unos pasos hacia atrás.

—Le diré, aunque no estoy seguro de que se pueda. Quiero decir, hasta donde tengo entendido, el pan de pollo se hace con pollo... por default, ¿sabes?

Dejé escapar una risa. No recordaba la última vez que pedía algo tan aleatorio en un local, pero había algo extrañamente placentero en confundir empleados.

—Pero puede que haya pan con la textura que dices, nunca se sabe —añadió y giró sobre sus talones. Lo perdí de vista cuando cruzó la puerta detrás de la barra.

Mientras esperaba pacientemente a que trajera noticias de mi pan de pollo, desvié la atención hacia la ventana y me distraje con los autos y transeúntes que pasaban frente a mí. No fue hasta que alcancé a oír como la campanilla de la puerta sonaba una vez más que miré hacia el frente.

—¡Aquí! —oí que exclamó uno de los chicos de la barra—. ¿Te perdiste?

Un par de familiares ojos marrones detrás de anteojos redondos miraban apenados hacia aquel trío en la barra. Ni siquiera me vio al pasar, fue directo hacia ellos.

—Los perdí cuando giraron en la esquina, eso es todo —respondió Evan mientras ocupaba el taburete junto a la chica y dejaba su mochila en el suelo junto al asiento.

Se veían amistosos. Nunca había visto a Evan socializando por fuera de Kingdom así. Ahora que llevaba anteojos, parecía una versión rubia de Harry Potter. Me puse la cartilla del menú frente al rostro para no llamar su atención y así enterarme —por accidente— de cualquier posible chisme.

Mientras mis ojos vagaban entre los precios de los cafés y batidas, no alcancé a oír nada interesante, solo simples trivialidades. Solo despertaron mi atención cuando pidieron lo que iban a tomar. Asomé un poco la mirada.

—No almendras, no nueces... —comentó uno de ellos—. Bien selectivo, Becker

—Oh... es que soy alérgico a los frutos secos —explicó. Parecía algo avergonzado.

—¿Todavía? —inquirió la chica antes de darle un mordisco a una barra de galleta que sostenía en la mano.

—Ah, es que no... no es algo que se quite. Es de por vida.

—Nah, tengo una amiga que era alérgica a la lactosa y con el tiempo se le quitó.

—Bueno, a lo mejor no era realmente alérgica —propuso Evan y ella entornó los párpados.

—¿Dices que mi amiga mintió?

—No, no quise decir eso. Es que con la lactosa es un poco más complejo... Verás, en muchos casos, las personas que creen tener intolerancia a la lactosa pueden simplemente estar lidiando con un rechazo de momento. A veces pasa que hay una alteración de nivel intestinal, no tiene que tratarse necesariamente de una alergia porque...

—De acuerdo, Evan, pero no estamos en clase —dijo uno de los chicos haciendo un ademán con la mano, como si quisiera espantar un mosquito—, no me expliques cosas.

—Oh, solo quería aclarar la duda de Christy.

—Yo no recuerdo haberte pedido que me hablaras de eso —contestó la chica y le dio otro mordisco a su galleta—, pero no hay problema, gracias por la aclaración.

La sonrisa forzada en el rostro de ella me hizo estremecerme detrás de la cartilla. Nunca había presenciado una conversación tan pasivo-agresiva en toda mi vida. Evan solo asintió con la cabeza y se puso de pie.

—Voy al baño, no me tardo —avisó, pero a ninguno de los tres pareció importarle.

Desde que Evan se alejó, los tres empezaron a reír y cuchichear. Tuve que estirar bien el oído para seguir al tanto.

—¿Pero sí escuchaste? Qué pesado ese niño.

—Pesadísimo —afirmó el que antes lo había interrumpido—, uno aquí intentando beberse un puto batido y ese creyendo que lo queremos oír hablar sobre intestinos.

—Y lo peor es que me quería echar la culpa a mí —añadió la chica y los tres rieron.

La empleada detrás de la barra que había tomado su pedido se acercó a dejarles las cuatro batidas allí delante. Al instante que se marchó, ellos siguieron cuchicheando.

—Entonces, ¿sí lo vas a hacer? —intervino el chico de pelo rizado que no había dicho nada hasta el momento.

Los otros dos rieron y la chica levantó la batida que estaba frente al taburete de Evan.

—Será la manera definitiva de saber si ya dejó de ser alérgico —dijo y cambió su batida con la de él—; le estaremos haciendo un favor.

Como si nada, empezó a sorber del calimete mientras intercambiaba risas y miradas de complicidad con sus amigos. Ni me di cuenta cuando me puse de pie, caminé directo a la barra y le piqué el hombro con el dedo. Ella se giró con el ceño fruncido y cuando nuestras miradas se encontraron, sonrió.

—Hola —me saludó, mucho más simpática que antes—. ¿Se te ofrece algo?

—Creo que debes pedirle otra batida al chico —contesté señalando la que ella había cambiado.

—¿Disculpa?

Me incliné hacia ellos y extendí mis brazos alrededor de los hombros de la chica y del sujeto del ademán desinteresado.

—Vi lo que acaban de hacer —murmuré—. Ese dulce chico que ahora está en el baño orinando inocentemente mientras ustedes tratan de envenenarlo es mi amigo. Así que les sugiero que llamen a la empleada, pidan otra batida para Evan, la paguen y luego se vayan a la mierda. En ese orden.

Ante sus expresiones pasmadas, di dos pasos hacia atrás y me crucé de brazos sin dejar de mirarlos. No me iba a mover hasta asegurarme de que hicieran todo lo que les pedí.

—Ey, ¿pero qué pasa? Evan también es nuestro amigo —dijo el chico de pelo rizado—. Solo queremos jugarle una broma, ¿no es verdad, chicos?

Sus dos amigos se miraron incómodos, pero no dijeron nada. Me dirigí hacia él.

—¿Crees que morir es gracioso? —inquirí. El chico separó los labios, pero no lo dejé decir nada—. Si él llega a probar esa batida, tendrá una reacción alérgica. ¿Crees que es gracioso que tu rostro se hinche como un globo, que tus oídos se tapen hasta que ya no oigas nada, que tu tráquea se cierre lentamente y sientas como la vida se te va segundo a segundo?

El chico solo me miró atónito.

—No creo que quieran ir a prisión por una... bromilla.

—De acuerdo, estuvo mal lo que hicimos, no lo sabíamos —dijo la chica poniéndose de pie—. ¿Pero por qué no te metes en tus asuntos? ¿En serio eres amigo de Evan Becker? ¿No conoces a su familia?

Bufé.

—Podría ser un completo desconocido, me da igual. Yo también tengo alergias y he terminado en el hospital por ello. Así que les sugiero que no pierdan más tiempo, llamen a la empleada y pidan otra puta batida, o mi siguiente llamada será a la comisaría.

—¿Pasa algo?

Me giré al escuchar la voz de Mario, quien se acercaba a la barra con el ceño fruncido.

—Ah, pero qué oportuno, estos chicos tienen un pedido —los señalé—. Yo estaba antes, pero creo que el pan de pollo puede esperar.

Él se detuvo a mi lado, su mirada desconcertada rebotó de ellos a mí.

—Tenía entendido que Yasmailyn ya los había atendido.

—Lo hizo, pero una de las bebidas fue cambiada por... accidente —sonreí.

A ninguno de los tres amigos pareció hacerle gracia.

—Si el joven que pagó por ella viene y se la toma —añadí—, podría terminar en el hospital y no queremos eso, ¿verdad?

Los chicos se miraban entre ellos nerviosos, como si estuvieran reteniendo el impulso de huir.

—¿Qué dices? —expresó Mario con incredulidad.

—Que ellos intentaron hacer que un chico tomara una batida con un ingrediente al que es

alérgico y ahora le van a comprar otra o la próxima bromilla que se gasten será tras las rejas.

Los tres amigos me miraron petrificados. Mario exhaló pesadamente y me hizo señas de que mirara hacia atrás. No hizo falta que lo hiciera para saber de quién se trataba.

—¿Es eso cierto? —inquirió Evan en un hilillo de voz.

Por alguna razón, no supe qué responder. La tensión se agudizaba a medida que avanzaban los segundos y nadie decía nada. Evan solo negó con la cabeza, tomó su mochila y se marchó de la tienda a toda prisa. Los tres estúpidos suspiraron aliviados y me miraron sonrientes como si hubieran ganado. Les mostré el dedo del medio y fui corriendo tras él.

No tuve que ir muy rápido para alcanzarlo, lo intercepté antes de que cruzara la calle que daba frente al portón de la entrada al campus.

—Espera, ¿a dónde vas? —lo tomé del brazo—. Esos idiotas te deben una batida.

Evan me observó por un breve momento sin decir nada y bajó la mirada. Parecía sorprendido de que lo haya sujetado, por lo que no dudé en soltarlo.

—Perdón, es que... —dije y me llevé la mano a la nuca—, no me parece justo lo que hicieron.

—Gracias —sonrió y se retiró los anteojos.

—¿Casi no te los pones? Es la primera vez que te veo con ellos.

Evan limpió los cristales con los bordes de su camisa.

—Bueno, no es como si nos lleváramos viendo desde hace tanto, Fitz.

—Sí, supongo —me encogí de hombros—. Luces como si estuvieras a punto de recibir cincuenta puntos para Gryffindor.

—No veo tan mal en realidad —respondió entre risas—. Los uso para leer más que nada.

Se echó la mochila hacia delante y sacó el estuche de las gafas. Después de guardarlas, sacó un objeto amarillo que reconocí al instante.

—Siempre ando preparado —añadió mientras me mostraba su lápiz de epinefrina.

Yo también traía el mío, así que no dudé en sacarlo.

—Yo igual.

Evan me miró con los párpados muy separados.

—Ey, ¿también tienes alergias?

—Crustáceos —alcé mi lápiz—. Cuando tenía ocho, comí un camarón en la boda de una tía y... básicamente arruiné la celebración del patatús que me dio.

—¿En serio? —volvió a reír.

—Sí, y también soy alérgico al polen, aunque solo me da comezón.

—Bueno... —extendió su lápiz hacia mí—. Creo que seremos el dúo alergia a partir de hoy.

Uní la punta de su lápiz con el mío.

—Dúo alergia —repetí—. Estoy honrado de sellar esta unión contigo de manera formal, aquí... —miré el escaparate detrás de mí lleno de pasteles—, frente a esta repostería.

Evan sonrió y asintió. Era demasiado adorable para ser una figura infame. Si pudiéramos cambiar de lugar, quizá lo haría. Ahora que lo pensaba, no me vendría tan mal el rubio.

—El honor es mío, hermano Fitz. Gracias por cuidar mi espalda.

9

EL DRAGÓN DEL REY

—Su hermanito tiene nombre y es Evan —crucé los brazos y me erguí lo más que pude para demostrarle que su altura y corpulencia no me intimidaban—. Y no creo que a Jules le agrade enterarse de que un supuesto «hermano» se refiere al suyo de esa manera.

—Ey, pero ni que fuera para tanto, ¿por qué la amenaza? —Dominic levantó ambas manos y enarcó las cejas con la misma sonrisa cínica de antes—. Solo respondía a tu pregunta. Si hubiera sabido que te pondrías así, ni te decía nada.

—Si no te hubieras referido a él de esa manera, ni te decía nada.

—Uyy, ya estás aprendiendo, Luc Luc —se quitó la toalla y se la pasó por el pelo mojado.

Desvié la mirada hacia la puerta del baño. A diferencia de lo que su ego podría especular, lo menos que quería era ver lo que traía entre las piernas. Aunque, de ser cierto lo que dicen de los musculosos, apenas tendría algo que ver.

Me reí de solo pensarlo.

—Nos vamos a llevar muy bien tú y yo —agregó—. Te gusta el apodo, ¿verdad?

El hecho de que pensara que mi reacción era por ese estúpido apodo y no tuviera idea de que no podía sacarme de la cabeza la posibilidad de que tuviera un *micropoema* era todavía mejor.

—¿Luc Luc? —luché por contener la risa—. Es el peor apodo que me han dado en mi puta vi...

Quedé interrumpido por la puerta al pasillo abriéndose de golpe. Un muchacho rubio y delgado entró jadeando. Se trataba del mismo que había visto seguir a Jules con una cámara GoPro, solo que ahora sus manos estaban vacías y por fin podía ver su escuálido rostro.

—Hey, Lucas, debes bajar ahora... —farfulló y puso una mano sobre mi hombro, antes de desviar la mirada hacia Dominic con desconcierto—. Espera... ¿tienes pecas en el...?

Chasqueé los dedos para recuperar su atención.

—Bueno, da igual. Mr. Jewels me mandó a buscarte.

—¿Para qué? —intervino Dominic, al tiempo que se subía el bóxer en un rápido movimiento.

—¿Y eso a ti qué te importa? —bramé.

Dominic solo me sonrió con la cabeza inclinada hacia adelante como un psicópata. Por un momento, sentí el impulso de acercarme y borrarle la expresión de un puñetazo, pero, como la agresión física no era lo mío, opté por seguir mi camino hacia el pasillo, enseñándole el dedo de en medio.

El muchacho rubio me siguió.

—Supongo que tu compañero no te cayó muy bien.

Bufé.

—¿Tú crees?

—Bueno, es entendible —dijo y se encogió de hombros—. No debe ser tan fácil empezar a convivir con gente que apenas conoces.

—Si seguimos así, lo voy a ahorcar. Y dime, ¿dónde está Jules?

—En su despacho.

—¿Tiene despacho? —inquirí entre risas—. Para usar una corona de Burger King, se lo toma muy en serio.

El muchacho rio por breves segundos, como si no le hiciera gracia mi comentario, pero quisiera ser amable. Avanzamos hasta el final del pasillo, donde la ancha escalera descendía en dos curvas separadas que terminaban a ambos lados del vestíbulo.

—Sí, estás en lo correcto, Lucas.

—Fitz —le corregí mientras bajábamos por uno de los tramos—. ¿Eres su asistente o algo así?

—Sí, este verano tuve la fortuna de empezar a trabajar para él. Y con suerte, ¿quién sabe? A lo mejor un día hasta podré ser parte de Kappa.

—Entonces no eres parte.

—No... —respondió despacio, como si fuera algo demasiado obvio—, todavía tengo que terminar la escuela.

—Ah, ya veo... —en realidad, sí lucía bastante menor—. ¿Y por qué trabajas si estás chamaco?

—Estoy ahorrando para comprarme una nueva Switch. Jules paga bien.

—¿Y te pone a correr de un lado a otro todo el tiempo?

—Solo siempre... —murmuró y soltó otra breve risa—, antes de ayer me hizo perderme parte de mi propio cumpleaños porque necesitaba que le comprara cinco kilos de arena para pecera.

—¿En serio? —no podía creer lo que escuchaba—. ¿Para qué necesitaba tanta arena?

Llegamos al frente del supuesto despacho de Jules. El muchacho llevó las manos a los pomos que unían ambas puertas de madera, las cuales tenían el doble de alto que nosotros.

—Quería renovar el terrario, lo vas a ver cuándo entres.

—Espera... —lo detuve antes de que llegara a abrirla— ¿Por qué tiene un terrario en su despacho?

—Para su mascota, Jake.

—¿Jake?

—Sí, su dragón.

—Me estás diciendo que Jules tiene un maldito dragón ahí dentro —suspiré aliviado—. Uff... Creí que se trataba de una serpiente; les tengo fobia.

—Oh, no, nada de eso. Creo que me comentó que tuvo una en algún punto, pero la perdió. Me parece que se compró el dragón este verano.

—Estás bromeando, ni siquiera son reales... ¿verdad? —vacilé—. Bueno, no veo las noticias, pero estoy casi seguro de que esas criaturas mitológicas solo existen en la biblia y en la mente de gente perturbada. No me creo que...

—No, te estoy hablando de un dragón barbudo —aclaró—, un lagarto.

Asentí con la cabeza, haciendo lo posible por guardar la calma. A decir verdad, tampoco me agradaban los lagartos, ni siquiera los más pequeños. ¡Son como serpientes con patas!

—Ah, de acuerdo... Bueno, al menos no es una serpiente.

El muchacho abrió la puerta inclinándose hacia adelante, grácil como un mayordomo.

—Adelante, Fitz.

Di un par de pasos hacia el interior y no tardé en escuchar como cerraba la puerta detrás de mí. Confundido, no dejé de avanzar. Esta era igual a cualquier otra oficina decente que hubiera visto. Tenía un escritorio, una silla y una biblioteca repleta de libros gruesos, decorativos sin duda, pero no había nadie allí.

El terrario del que hablaba el asistente se encontraba a mano izquierda, frente a una pared lisa.

Me acerqué a él. Parecía una gran pecera sin agua y con aspecto de jungla artificial. Llevé mis dedos al cristal mientras intentaba ver donde se encontraba el supuesto dragón.

—¿Te gusta lo que ves?

Al oír esta voz detrás de mí, sentí que me dio un mini infarto. No supe cuando me llevé la mano al pecho, pero mi respiración se había detenido.

—Perdón, perdona... —Jules rio—. No quise asustarte.

Respiré hondo.

—Hijo de...

—No querrás terminar esa oración, Fitzgerald.

El presidente de la fraternidad se encontraba sentado en un *puff* rosa junto a la puerta, el cual no parecía encajar con el ambiente elegante y serio de la oficina. Se encontraba con las piernas cruzadas y acariciaba un lagarto color mostaza. Parecía la rara parodia de un villano de película.

—¿Qué harás? —me crucé de brazos—. ¿Me echarás?

—Es curioso que lo preguntes como si no pudiera hacerlo. ¿Necesitas que te recuerde que yo soy el líder?

—No, ya estoy suficientemente consciente de ello gracias a las brillantes decisiones que usted toma, su majestad, como ponerme en el mismo cuarto junto a un adicto a anabólicos.

Jules se puso de pie sin soltar al lagarto, con una expresión confusa.

—¿Qué dices?

Era la primera vez que lo veía vestido tan formal, con zapatos color negro relucientes al igual que su fino cabello bañado en gel. Traía una camisa gris con líneas blancas y llevaba tirantes sujetos a su pantalón de gabardina. El líder de secta mejor vestido que jamás hubiera visto.

—Olvídalo —respondí negando con la cabeza—, por ahora es solo una hipótesis.

Jules se acercó al terrario y destapó la parte superior. Deslizó su dragón ahí dentro con cuidado.

—Tienes que cambiarme de habitación —proseguí—. Ponme con el resto de los novatos.

—Ya todos ocuparon sus cuartos —replicó mientras se dirigía hacia el escritorio—. No creo que...

—Por favor, Jules —fui tras él—. Sé un líder democrático y escucha mi propuesta. Puedo estar con cualquier persona en la casa que no sea el pesado que me tocó.

—¿Quién dijo que esto era una democracia? —arrugó el ceño—. ¿Qué no eres consciente de lo que pasó hoy? Es lo que sucede cuando te atreves a tomar decisiones difíciles por el bien mayor. Hay mucha gente en este pueblo que no quiere saber de mí ni de mi familia. Esta fue la fraternidad más respetada hace tiempo, pero desde que Oliver Paniagua terminó la carrera y me dejó su puesto de presidente o, en este caso —señaló la corona de Burger King que reposaba sobre una de las estanterías a su lado—, su corona.

—Vaya honor —dije intentando no reír.

—Es una corona simbólica —repuso con los ojos entrecerrados—. En fin, desde ese momento, un montón de gente empezó a decir que los Becker siguen queriendo monopolizar todo, que ya no hay lugar para nadie más, que la fraternidad era algo interesante que había quedado arruinado cuando la pusieron en mis manos, que matábamos toda la diversión...

—Bueno, bueno, pero... ¿es eso cierto?

Jules resopló.

—Sí y no, quiero decir... Es complicado. El panorama con el que entré no fue muy bueno. Ha habido algunos cambios políticos, gente se ha estado yendo. Además, aquí hemos tenido que

adaptarnos a las reglas de la universidad, que cada año cambian y rara vez...

—Bueno... bien... te entiendo —volví a interrumpirlo—. Lamento mucho que te odien a ti y a tu familia y todo eso, de verdad..., pero el problema que quiero resolver no es tan complejo

—Yo creo que ya está resuelto, Fitz.

—No, no puedes obligarme a quedarme en el mismo cuarto con ese... —intenté buscar la palabra más apropiada, una que no fuera exageradamente grosera, pero sí lo suficientemente ofensiva.

No la encontré.

—Acabas de conocer a Dominic, creo que sería bueno para ti aprender algo de tolerancia.

—¿Qué? Soy bastante tolerante.

—Entonces demuéstalo.

No encontré nada más que refutar, así que hice algo que no me enorgullecí en lo más mínimo.

—Por favor —insistí, juntando las palmas—, te lo pido, Jules. Tengo un amigo entre los novatos, seguro que no tendrá problema en hacer un acuerdo.

—¿Ah, sí?

Repasé en mi mente los pocos encuentros que tuve con aquel chico Mario. Casi ninguno parecía muy amistoso.

—Bueno, tal vez no tanto como «amigo», pero nos conocemos desde hace tiempo. Estudiábamos juntos.

—¿Quieres que te ponga en el mismo cuarto que ese amigo tuyo?

—Pues... —ni siquiera lo había considerado—. A decir verdad, mi idea era más bien cambiar con él. Parece algo pretencioso, así que no creo que rechace la oferta de ser el único novato en el segundo piso.

Jules juntó las puntas de los dedos, creando un triángulo frente a su rostro como si rezara.

—Lo pensaré —respondió finalmente.

—¿En serio?

—Sí, Fitzgerald.

Suspiré aliviado. Algo en mí había estado seguro de que recibiría un «no» rotundo por respuesta. No era tan malo pidiendo cacao después de todo.

—Gracias.

—Te digo que lo pensaré, eso es todo. De igual forma, te sugiero que hagas lo posible por intentar convivir con Dominic por ahora. No es tan malo como parece.

—Eso suena como una tarea que requiere un sacrificio sobrehumano, pero lo intentaré. —afirmé y él sonrió—. Gracias otra vez.

Di media vuelta para marcharme de regreso al cuarto. Estaba listo para dar un breve baile de celebración cuando su voz me llamó mientras abría la puerta.

—Fitz.

Me giré.

—Gracias —añadió—, por lo de Evan.

10

EL ASISTONTO

—¿Podrías bajarle a eso? —me quejé.

Llevaba cinco minutos sentado frente al escritorio del cuarto, luchando por memorizar las diferencias entre hiato, diptongo y triptongo para mi primera prueba de Análisis de Texto, pero Dominic me tenía abrumado. Se encontraba detrás de mí, levantando mancuernas con música a todo volumen reproduciéndose desde su laptop. Solo llevaba un pantalón medio caído y un asqueroso trapo húmedo sobre uno de sus hombros. No parecía haberme escuchado.

—Por favor, ¿podrías bajar el volumen? —insistí—. Trato de estudiar.

Dominic me miró sobre el hombro con los párpados entornados y una sonrisa pícaro. La misma expresión maliciosa que me provocaba cerrar los puños. Al menos, a diferencia de mis compañeros de la residencia, no ponía metal pesado ni nada por el estilo. Las baladas románticas de su playlist eran las mismas que escuchaban mis abuelos casi todo el tiempo. Había pasado de Rammstein a Camilo Sesto más rápido de lo que procede un desfalco en un congreso lleno de políticos corruptos.

—¿No te molesta que haga tanto ruido? —me giré hacia uno de nuestros otros dos compañeros.

Su nombre era Benjamin. Se encontraba recostado en su camarote leyendo uno de esos comics japoneses de los que me había comentado cuando nos conocimos, pero no recordaba cómo se llamaban. Debido a que tenía la única repisa del cuarto casi llena de estos volúmenes, había tenido que mantener mis libros y libretas en una caja bajo la cama, los cuales solo sacaba para estudiar.

Al menos sí me dejaron espacio para poner la ropa.

Al escucharme, Benjamin asomó la mirada hacia Dominic, quien había bajado las pesas y ahora se encontraba haciendo flexiones en el suelo.

—Oye, ¿puedes bajar eso? Fitzgerald intenta estudiar.

Para mi sorpresa, Dominic volvió a ponerse de pie, se inclinó hacia su laptop que reposaba sobre la silla de plástico junto a la puerta y paró la música sin mayores complicaciones.

—Gracias —suspiré al sentir el placentero silencio inundar el cuarto.

Benjamin asintió y le devolvió la atención a su comic.

—De nada —oí que canturreó Dominic.

—No te lo decía a ti.

Me giré de regreso a mis apuntes, listo para seguir estudiando, cuando este pecoso y molesto ser se me acercó por detrás y puso su mano sobre mi cabeza. Antes de darme cuenta, ya me había revuelto todo el pelo con su estúpida manota de pajero.

—Creo que necesitas un nuevo corte, Luc Luc.

—¡Vete a la mierda! —bramé y le pegué un codazo.

Dominic se echó hacia atrás entre risas, con la mano sobre el costado donde le había pegado. Me puse de pie y lo acorralé contra la puerta.

—¿Qué pasa, Luc Luc? —sonrió—. ¿Por qué siempre tan enojado?

—Eres una pesadilla viviente, te lo juro.

—Vamos... —dijo y extendió sus brazos como si me quisiera dar un abrazo—, sé que en el fondo me quieres.

—No vuelvas a ponerme tus cochinas manos encima, hablo en serio —le advertí por último, antes de volver a sentarme frente al escritorio.

Dominic soltó una serie de risas hiperbólicas y me quedé mirándolo de reojo por si se le ocurría otra bromilla. Se pasó el trapo por la frente para secarse el sudor, se puso un suéter azul que estaba tirado en la alfombra, sacó un par de tenis de debajo de nuestro camarote y se sentó sobre el colchón a ponérselos.

—Descuida, por ahora tengo mejores cosas que hacer que molestarte —me guiñó el ojo.

Dios mío, qué pecado estoy pagando.

Hice un esfuerzo en volver a dedicarle toda mi atención a los apuntes. En menos de un minuto, cuando ya estaba empezando a recuperar el hilo, el ruido de una afeitadora eléctrica mató el milagroso silencio.

Mierda.

Solté el puño sobre la mesa en un sonoro golpe. Dominic estalló en carcajadas otra vez.

—Creo que el universo es quien no quiere dejarte estudiar, Luc Luc.

—Cállate —me puse de pie y me asomé al baño.

Jaime, el otro chico con quien compartíamos el cuarto, se encontraba allí dentro, de pie frente al espejo sobre el lavamanos con la mitad inferior del rostro cubierta por crema de afeitar. Tenía el pelo mojado y solo traía una toalla debajo de la cintura.

—Oye, disculpa —dije y toqué la puerta para llamar su atención.

Nuestras miradas se cruzaron a través del espejo. Jaime sostenía una rasuradora en una mano y apenas empezaba a pasársela.

—¿No hay forma de que eso haga menos ruido? —proseguí—. Intento estudiar.

—¿Qué?!

—Eso mismo, que... ¡que si no hay forma de que haga menos ruido, estoy estudiando y necesito concentrarme!

Jaime apagó la máquina, y otra vez... el precioso silencio.

—¿Por qué no vas a la biblioteca?

—Tendría que cargar todas mis cosas y... —respondí, mirando de reojo todos los papeles regados sobre el escritorio— tengo un lío, a decir verdad.

—¿Y ese es mi problema? —rio y volvió a encender la rasuradora.

—¡Ey! —me quejé.

Alcancé a oír a Dominic canturreando con sorna detrás de mí.

—Luc Luc, si quieres, te ayudo a mover esto.

Antes de que llegara a tocar algo, me regresé a toda prisa y lo aparté del escritorio de un empujón.

—No toques mis cosas.

—Sí, papá... —murmuró sobándose la nuca, al parecer se había lastimado con el camarote cuando retrocedió.

No me importaba, ojalá se hubiera pegado más duro.

—¿Por qué no te organizas mejor? —intervino Benjamin—. Así podrías estudiar donde quieras.

—Tal vez me organizaría mejor si me hubieran dejado algo de espacio para poner mis libros —rebatí, señalando la estantería—. ¿En serio necesitas todos esos comics?

—Son mangas —me corrigió—, y ni se te ocurra mover alguno.

—Como sea, ni iba a hacerlo.

—A ver, amigo —dijo Jaime asomándose desde el baño con el rostro parcialmente afeitado—, el único que es nuevo aquí eres tú; si no te sientes cómodo en este cuarto, ahí está la puerta.

—¿Me estás echando?

Jaime salió del baño y empezó a acercarse con los brazos cruzados.

—Solo te estoy dando una opción.

Me erguí para que viera que no me intimidaba.

—¿Y qué si no quiero?

—Pues te aclimatas o te aclichingas —me tomó del cuello de la camisa—. Ya me cansaste con tu maldita quejadera, te juro que...

—¡Hey...! ¡Esperen, no peleen! —exclamó Dominic, quien no tardó en sacar una pequeña videocámara de un bulto de viaje al pie de nuestro camarote y nos apuntó con ella—. Tres... dos... ¡bien! Ahora sí, peleen.

—No voy a perder mi tiempo peleando contigo —tomé al chico de las muñecas, pero él se rehusó a soltarme. Tener tan cerca su rostro cubierto de crema de afeitar y lleno de ira hacía que esta posición estuviera lejos de ser agradable.

—De aquí no salgo sin un potencial video viral, así que a pelear señores —agregó Dominic, quien empezó a hacer un sonido de incitación con los labios como si fuéramos perros de pelea.

—Ya, Jaime, suéltalo —intervino Benjamin, quien había bajado del camarote y ahora estaba a mi lado sosteniendo uno de los brazos de Jaime, quien seguía estrujándome la camisa.

—Hazle caso a tu amigo —le sugerí, pero su rostro no cambió.

No me daba miedo pelear con él, ya que, a diferencia de Dominic, su complexión era bastante similar a la mía, pero no quería humillarme en video de tal manera por una discusión sin sentido. Ya empezaba a imaginar los títulos de los videos corriendo por las redes y en los foros de internet locales:

«Chico despeinado golpea a sujeto desnudo con crema de afeitar en la cara»

«Estudiante de la Universidad de Halcyon Bay pierde su beca y es expulsado por conducta violenta dentro de las instalaciones»

«Lucas Fitzgerald, centro del famoso video viral, es desheredado por su familia y termina vetado de Halcyon Bay y otras tres ciudades en el sureste del país»

«Cae en prisión después de asesinar al chico que filmó su famoso video: el triste final del chico despeinado de Halcyon Bay»

—Oye, ¿me estás escuchando?

Las sacudidas de Jaime me hicieron regresar a la realidad.

—No, perdón —parpadeé para despertarme—. ¿Qué decías?

—Al diablo —gruñó y alzó su puño sin dejar de sujetarme con el otro brazo.

Separé las piernas, listo para esquivar el mamporro cuando la puerta del pasillo se abrió de golpe.

—¿Qué hacen?

Jaime me soltó de un empujón. Benjamin me ayudó a mantener el equilibrio y nos quedamos mirando al asistente de Jules, quien se encontraba de pie en el umbral, observándonos anonadado.

—Nada que te importe —respondió Jaime, antes de volver al baño y encerrarse de un portazo. Me pregunté qué había dicho mientras yo soñaba despierto.

—Bueno, eso fue decepcionante —dijo Dominic, apagando su cámara—. Pude haberlos hecho famosos.

Bufé y me arreglé el cuello de la camisa.

—Eres un idiota, ¿quién te dijo que yo quería fama?

—A veces la fama no se escoge —Dominic guardó el dispositivo, tomó una gorra verde que colgaba sobre una de las esquinas de nuestro camarote y se la puso—. Me iré a correr.

—No vuelvas si quieres —contesté y volví a sentarme frente a mis apuntes.

Dominic salió del cuarto mientras el asistente de Jules se me acercaba en silencio.

—¿Se te ofrece algo? —inquirí, confundido por su presencia.

—Jules quiere verte.

Negué con la cabeza.

—No, ahora no puedo. Tengo mucho que estudiar y...

—Tienes que ir, es... Jules —dijo Benjamin mientras volvía a subir al camarote sin soltar su comic.

—¿Y?

—Es el presidente de Kappa, el líder de la fraternidad... —insistió el asistente—. Se supone que debes acudir a sus llamados.

Resoplé y me puse de pie.

—¿Qué quiere ahora ese imbécil?

—No lo sé, pero dijo que era importante —me hizo señas de que lo siga—. Apresúrate.

Me eché el pelo hacia atrás con una mano para disimular el remolino que me había dejado Dominic y me arreglé el cuello de la camisa mientras seguía al asistente fuera de la habitación. Avanzamos por el pasillo y me sorprendió que siguiera de largo cuando cruzamos las escaleras.

—¿Jules no está en su despacho?

—No, está en su cuarto. No ha salido de ahí en toda la mañana y, a decir verdad... lo noto muy raro.

—Raro..., ¿por qué?

—Ni siquiera ha querido abrir la puerta —respondió en un tono de voz moderado—. Hace un rato me deslizó su tarjeta y me pidió que le comprara cuatro tarros de mantequilla.

—Mhm... okay. Creí que me habías dicho que él hacía peticiones raras todo el tiempo.

—Pues sí, la mantequilla es de lo menos extraño que me ha pedido..., pero es que cuando le traje los tarros solo me dijo que los pusiera en el suelo y no los recogió hasta que me fui.

—De acuerdo —asentí sin molestarme a hacer conjeturas.

No recordaba haber discutido con él sobre mantequilla ni nada similar. Solo esperaba que no fuera una tontería: no me sobraba el tiempo para perderlo con él.

¿Tendrá esto que ver de alguna manera con nuestra última conversación?

—Bien, es aquí —dijo cuando llegamos a la última puerta al final del pasillo, la cual era alta y blanca, tallada en madera pulida.

Era la habitación principal de la mansión, sin duda. El asistente tocó la puerta.

—Jules, hice lo que me pediste, traje a Fitzgerald.

Por un momento, solo hubo silencio. Luego se oyeron pasos desde dentro y sombras movieron la tenue luz que se colaba por debajo de la puerta.

—Gracias, Denver —respondió la voz de Jules desde el interior del cuarto—. ¿Podrías por favor ir a alimentar a Jake? Tengo que hablar algo con Fitz en privado.

—Por supuesto —respondió y me lanzó una mirada curiosa antes de marcharse por donde

vinimos.

Ahora me encontraba solito de pie frente a la puerta, sin saber qué hacer.

—Entonces..., ¿me llamabas?

Los primeros segundos solo hubo silencio.

—Fitz, Fitz... —alcancé a oír que susurraba—. ¿Denver se ha ido?

—Sí, ya se fue.

En ese momento, el cerrojo de la puerta se giró. Sin aviso alguno, Jules sacó una mano, me sujetó del brazo y me haló hacia el interior de la habitación de un tirón.

—Pero... ¿qué pasa? —me quejé ante tal brusquedad.

Jules cerró la puerta casi al instante. Solo llevaba puesta una bata de baño y tenía el pelo mojado. Cuando se giró y pude ver su rostro, no supe si reír o asustarme.

—Deja de mirarme así —se quejó cruzándose de brazos.

Mi expresión debía reflejar la infinita confusión que sentía. El presidente de la fraternidad tenía toda la cara y cuello pintado de un tono azul claro, como si hubiera salido de la tierra mágica de los pitufos.

—¿Cómo quieres que te mire?, si estás... azul.

Jules desvió la mirada hacia el techo y frunció los labios mientras se desataba el nudo de la bata. Con su expresión incómoda, se retiró la prenda, quedándose solo en bóxer. No solo tenía la cara y el cuello azul.

Todo su cuerpo era azul.

—Sé cómo estoy, Fitz. Tengo espejos.

No podía dejar de mirarlo. Nunca había visto a nadie con todo el cuerpo coloreado y esto casi no parecía pintura. Era como si la pigmentación natural de su piel se hubiera tornado así por algún motivo.

—¿Estás mudando de piel o algo? —tuve que reír—. ¿Te deshaces de viejas escamas?

—Ja, ja. Muy gracioso —contestó con la expresión fastidiada que traía—. Seré breve: me hicieron una especie de broma pesada y ahora necesito que me ayudes a quitarme esto —se inclinó y empezó a recoger tarros de mantequilla sobre la alfombra, mientras yo luchaba por encontrarle sentido a lo que decía.

—Pero... ¿quién...?, ¿cómo...?, ¿por qué? —balbuceé.

—Al parecer, este será el mes de molestar a los Becker —respondió mientras llevaba la mantequilla hacia el diván al pie de su cama—. De alguna forma, alguien consiguió alterar mi gel de baño y, como es una especie de pintura permanente, tendré que usar esto para quitármela —tamborileó sobre dos de los tarros—. Para eso necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —reí otra vez—. Pero si tienes un asistente muy leal allá afuera que hasta se preocupa por ti.

—No puedo dejar que nadie me vea así, ni siquiera Denver.

No esperaba esta respuesta.

—¿Y yo qué soy... una alfombra?

—No, solo no me importa lo que pienses de mí —empezó a quitarle el plástico protector a los tarros con un *cutter*—. En otras circunstancias se lo habría pedido a Evan, pero ya está suficientemente estresado por todo esto, no quiero agregarle más.

—Ya veo... ¿Y por qué mantequilla?

—Estuve buscando en internet y leí que la mantequilla era buena para quitar tinta permanente de la piel, pero no puedo aplicármela en todo el cuerpo yo solo, menos si quiero llegar a tiempo a

mi clase de Derecho Penal que empieza en una hora.

—Espera, espera, espera... —farfullé—. ¿Qué te hace pensar que voy a ayudarte a cubrirte el cuerpo con mantequilla?

Jules me miró con el ceño fruncido.

—Pues... soy el líder de Kappa, esta es mi casa, vives bajo mis reglas.

—Qué asco, no lo voy a hacer —me negué sin pensarlo—. Eso es abuso de poder.

Jules soltó un gruñido y siguió destapando la mantequilla. Su cuarto era espacioso y, a diferencia de todos los que había alcanzado a ver por la mansión, este solo tenía una cama, la cual era larga y tenía un bonito espaldar tallado con finos detalles. Tuve que acercarme para apreciarlo bien.

—Si me ayudas, haré lo que me pediste el otro día y te cambiaré de cuarto.

Mientras observaba las formas en el tallado de su cama, recordé la casi pelea que tuve con Jaime minutos atrás. De pronto, la idea de ayudarlo no parecía tan espantosa.

—¿En serio?

—Podrás decirle a ese amigo tuyo que cambie contigo.

—De acuerdo, seré tu asistonto por hoy —accedí y seguí paseándome por su estancia.

La habitación no solo tenía una única cama, sino que también tenía su propio balcón que daba al frente de la casa. La vista desde allí era envidiable. El panorama se parecía al de un club campestre, no a las inmediaciones de un campus.

—Linda guarida, por cierto.

—Gracias —respondió y me arrojó un par de guantes de látex que tenía sobre su escritorio. Ambos cayeron a mi lado sobre la alfombra—. Póntelos, tenemos trabajo que hacer.

Me incliné a tomar los guantes y me acerqué a Jules mientras me los ponía. Él se echó hacia atrás el pelo que le caía sobre la frente y se irguió.

—De acuerdo —sujeté uno de los tarros de mantequilla—, pero no te acerques mucho; no quiero rozarme con... tu amigo.

Jules bajó la mirada a su entrepierna y luego me arqueó una ceja.

—Descuida, él tampoco quiere eso.

Metí la mano en el tarro y sentí la mantequilla suave y grasosa entre mis dedos, un poco fría. Me aseguré de tomar suficiente y empecé a pasarle por toda la cara.

—¿No pudiste avisar? —se quejó apretando los párpados—. Pudo haberme entrado en los ojos.

—Perdón —murmuré y seguí restregando la mantequilla contra su piel—. ¿Cómo se siente?

—Horrible.

Sonreí.

—Qué bueno.

Ahora su rostro lucía azul y brillante. No parecía que estuviera funcionando.

—Me dices cómo vas.

—Creo que no funciona.

—Debes frotar con más fuerza —se restregó las manos por la cara y la mantequilla empezó a mezclarse con el azul.

Al cabo de un rato de este ejercicio, la pintura cedió efectivamente.

—Bien... Ahora sí, se está quitando.

—Sí, solo hay que darnos prisa... —Jules se pasó por la cara una toalla que tenía allí cerca sobre la cama y empezó a untarse mantequilla en todo el pecho—. Ayúdame atrás.

Se dio la vuelta y obedecí. A pesar de lo raro que se sentía, empecé a frotarle la mantequilla desde la nuca hasta los hombros. Luego seguí con el resto del torso.

—Esto es lo más raro que he hecho en mi vida —confesé—. ¿Por qué no obligaste a tu verdadero asistente a hacerlo?

—Nadie puede verme así, se reirán —dijo sin dejar de restregarse—. Me costó mucho ganar el respeto que me tienen y no voy a dejar que una estúpida broma me ridiculice.

—Eres un hombre de apariencias.

Jules se giró con los párpados entornados.

—Soy un hombre que no se muestra vulnerable. Un líder.

—Pues de lo único que eres líder ahora es de los pitufos, así que voltéate si quieres que terminemos de esto hoy.

Jules suspiró pesadamente y obedeció. Después de vaciar una parte considerable de los tarros de mantequilla y pasar cuarenta minutos discutiendo trivialidades sobre la fraternidad mientras le ayudaba a untarse mantequilla y frotarse trapos grasosos, conseguimos sacar toda la pintura. Claro, a excepción del área que le cubría el bóxer. De eso se encargaría él solo.

—¡Joder, lo logramos! —celebró mientras se examinaba frente a su espejo de pie.

—Felicidades, ya no pareces pitufo —comenté—, pero recuerda que también tendrás que frotarte mantequilla por la bolas.

Jules se giró con su vieja mirada antipática de la tarde en que nos conocimos.

—Descuida, por ahora eso no es prioridad.

Me senté sobre el diván junto a los tarros de mantequilla vacíos y me retiré los guantes, luchando por no reír ni crear aquella escena en mi cabeza.

Piensa en tiramisú, Fitz. Piensa en tiramisú...

—Me daré una ducha rápida —Jules se acercó a la puerta y se inclinó a recoger su bata del suelo—. Si corro, tal vez consiga llegar a mi clase antes de que empiece.

Sin darme chance de responder, se fue disparado hacia el baño.

—¡Bien, pero asegúrate de no usar el mismo gel!

Creí que no me había escuchado, hasta que gritó en respuesta:

—¡No soy imbecil!

Me puse de pie y estuve por resbalar antes de llegar a la puerta. Habíamos hecho un desastre grasoso en el piso del cuarto, pero este chico no iba a ser quien limpie el desastre. Suficiente trabajo había tenido por hoy. Tenía una tarea muy importante ahora.

—¿Qué lo qué? —me saludó Mario acercándose a mi mesa—. ¿Lo de siempre?

Asentí con la cabeza y él no tardó en traer mi café moca.

—Gracias.

—No hay problema... —dijo con un gesto casi desconcertado, supuse que se debía a mi dosis extra de amabilidad—. El otro día Felix horneó el pan que querías, pero te fuiste con Evan y no regresaste.

—Ah, el pan de pollo —reí—. Es que las cosas que sucedieron ese día hasta me quitaron las ganas de comer.

—Sí, entiendo, fue algo penoso. Echamos de la cafetería a esos tres poco después de que ustedes salieron.

—Me alegra escuchar eso —le di un sorbo al café.

Hoy el cálido aire en el local estaba impregnado de un aroma dulce, reminiscente de una pastelería. Debían ser las filas de galletas bajo el cristal en la barra. El mesero se limitó a mostrar

un ligera sonrisa y, cuando estaba a punto de girarse para irse, estiré el brazo y lo halé de la camiseta.

—¿Qué? —dijo con la misma expresión de antes.

—Quiero ofrecerte algo.

Mario desvió ligeramente la mirada, anonadado.

—¿Qué quieres ofrecerme?

—Mi cuarto en la mansión Kingdon. Bueno... no el cuarto, más bien la cama. Pero da igual, entendiste lo que quise decir.

En lugar de responder, él frunció los labios de forma casi cómica.

—Es en serio —insistí.

—¿Por... qué?

—Es que prefiero quedarme en el primer piso con el resto de los novatos.

—¿Por... qué?

—Para estar al nivel del resto de iniciados, no me interesa que me den un trato mejor solo porque me llevo bien con Evan.

—¿Por... qué? —repitió por tercera vez, ya parecía disco rayado.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

Mario soltó una breve risa confusa.

—Es que no entiendo... Me estás ofreciendo un cuarto en el segundo piso con los veteranos... ¿a mí?

—Claro —afirmé y lo señalé con el dedo—, a ti.

—¿Por qué?

—Porque somos amigos —sonreí y le di otro sorbo a mi café.

Una de sus pobladas cejas se arqueó despacio.

—¿Amigos? Pero si hace un par de semanas me reñiste por llamarte por tu primer nombre.

—Ay, fue de broma —inventé y le pegué un ligero codazo—; sabes que sí. Somos cuates, estudiábamos juntos —recordé lo que me había dicho mi amiga Cathy al teléfono—. Te sentabas detrás de mí en segundo.

Mario se llevó el bolígrafo que tenía en la mano a los labios sin dejar de mirarme como si fuera una especie de experimento que buscaba descifrar.

—Tenemos historia juntos —agregué—, compartimos raíces.

—Raíces... —murmuró y se encogió de hombros—. De acuerdo, cambiemos si es lo que quieres.

No supe cuando me puse de pie, pero ahora todo lo que hacía era descargar mi felicidad en el más intenso abrazo de oso. Quería incluso besar a alguien. Si hubiera habido más confianza entre nosotros, no me habría resistido. Le había dado fin a mi pesadilla de esta semana.

Al fin me libraré de Dominic. ¡Al fin!

Mario era tan delgado y recto que era como abrazar un poste. Cuando lo solté, se quedó quieto con los párpados muy separados. Parecía que hubiera visto un fantasma.

—¿Quién eres y qué le hiciste al verdadero Fitz?

11

FUERA DE FORMA

Los párpados me pesaban. Había pasado toda la noche mudando mis cosas y apenas alcancé a estudiar para la clase de Donovan.

Mala idea llegar a la clase de Donovan sin estudiar.

La última vez que nos vimos, el señor se había pasado toda la clase llamando a personas al azar para que respondieran las preguntas que le surgían a medida que exponía. Casi nadie pudo responder algo acertado. Además, avanzaba tan rápido con sus explicaciones que era un lío seguirle el hilo.

«No digas nada. No digas nada. No digas nada...» repetía en mi cabeza como un mantra mientras luchaba por tomar apuntes de lo que decía. Todas las ideas me quedaban a medias. Donovan seguía... y seguía... y seguía... y solo paraba para intimidar con sus preguntas a algún desafortunado aleatorio. Uno de estos fue Mario justamente, quien, a diferencia del resto, fue el único en responder con algo de seguridad y sin titubeos.

De todas formas, Donovan no tardó en hacerle saber que su respuesta no era acertada.

Cuando ya tenía como tres hojas llenas de rayones, palabras aleatorias y frases incompletas, cerré mi libreta con frustración. Sabía que si me levantaba y le pedía que fuera más de espacio, se enojaría y volvería a quejarse de que no respeto su clase... que reprobaré si no soy lo suficientemente bueno... que no sabía en lo que me metía cuando decidí estudiar medicina. Mierda así.

La verdad, lo menos que me interesaba era ser su foco de atención, así que me limité a escucharlo en silencio. Era consciente de que iba a tener que leer mucho para recuperar todo lo que cubrió durante la clase, aunque, juzgando por las expresiones en los rostros de mis compañeros, me relajó un poco confirmar que no sería el único.

Al final, Donovan se despidió diciendo:

—A partir de la próxima clase, el que venga y no esté preparado saldrá del salón y perderá los puntos de asistencia y participación del día. Ustedes no son bebés, así que no pretendan que les voy a dar las cosas con cucharita. Tienen que estudiar todos los temas antes, durante y después de la clase. ¿Entendido?

¡Sí, chef!

Me reí para mis adentros. A Donovan solo le faltaban las palabrotas para estar al nivel de Gordon Ramsey.

—Que te den, capullo —oí que murmuró Samuel a mi lado, quien ya se había convertido en mi compañero oficial del almuerzo.

Siempre que bajábamos juntos a la cafetería, pasábamos más rato juzgando la comida —como si fuéramos críticos culinarios certificados— que comiendo precisamente.

No entendí a qué se refería con esta última frase, pero se veía igual de disgustado que el resto por la actitud de Donovan.

De todas formas, por más estresante que haya sido la clase, para mí, la que venía era el verdadero asunto.

Después de que Mario y yo termináramos con el intercambio de habitación, él me había dicho que se quedaría despierto estudiando los temas en la sala principal y también me preguntó si quería estudiar con él. Como estaba pesado por haber dormido poco la noche anterior, le dije que no. Opté por ir a la cama y levantarme temprano a estudiar durante ese par de horas previas a la clase.

¿Qué podría salir mal?

—¿No piensas dejar de moverte? —se quejó uno de mis nuevos compañeros.

Me retorció sobre las sábanas, luchando por encontrar una posición cómoda. El calor en la habitación era asfixiante y no importaba que me haya quedado en ropa interior: no paraba de sudar. El rechinado que hacía el camarote cada vez que me movía no ayudaba.

—¿Siempre hace tanto calor aquí?

—Está igual que siempre —respondió el chico—, tal vez no está tan ventilado como allá arriba; pero descuida, te acostumbras.

Mierda.

Volví a mirar hacia la ventana. Una fila de arbustos en el patio ceñía los alrededores y bloqueaba el paso del aire.

Resoplé.

—Perdón, intentaré no moverme tanto —dije por último, e hice lo que pude por pegar el ojo.

Me pasé el resto de la madrugada dormitando y haciendo lo posible para no moverme mucho y así no molestar al chico que dormía debajo. Cuando vi que ya casi eran las cinco, no tuve otra opción que levantarme. Necesitaba sacar tiempo para estudiar lo suficiente antes de la clase de Donovan que empezaba a las siete.

Después de darme una ducha en mi nuevo baño —que por alguna razón no tenía cortina y era a prueba de privacidad—, me alisté, tomé mi material y me senté a estudiar frente al escritorio del cuarto, cuya silla estaba más coja que el Dr. House.

¿Por qué todo en esta habitación es como la otra, pero con menos presupuesto?

Aparté las distracciones de mi mente y opté por solo enfocarme en el libro de anatomía. Mientras leía y tomaba apuntes lo más rápido que mi razonamiento poco entrenado conseguía tolerar, sentí como un mechón se me pegaba sobre la frente. Cuando lo hice a un lado, sentí mis dedos humedecidos.

Estaba sudando otra vez.

Mierda.

Recogí todas mis cosas lo más rápido que pude y las metí en mi bulto aunque fuera de manera desordenada. No podía permitirme volver a estar sudado como un cerdo. Me preguntaba cómo esos tres chicos seguían durmiendo plácidamente con un calor tan infernal.

Salí de la habitación y avancé por el pasillo en dirección al vestíbulo. Todas las luces de la mansión estaban apagadas. La claridad violácea del alba que se colaba a través de los cristales de las ventanas fue lo que me permitió ver el camino.

Mi primera intención fue dirigirme hacia la sala principal donde Mario se había quedado anoche estudiando. Apenas me acerqué, el aroma a café y el sonido de las voces que provenía de allí me hizo retroceder. Debía haber como diez chicos reunidos ahí dentro.

No, Fitz. Lo que menos necesitas ahora son más distracciones.

Respiré hondo y me acomodé el tirante del bulto sobre el hombro. Salí de la mansión por la puerta principal. Avancé trotando sobre el jardín y me alejé de las inmediaciones presuroso.

Desde la distancia y a la luz del alba, la parte delantera de la casa se veía diferente. Más... misteriosa. Severa.

Concéntrate, imbécil, tienes que llegar a la biblioteca lo antes posible.

Miré al frente y seguí trotando. Gotas de sudor me bajaban por la nuca, pero ya no me importaba. Mejor sudado como cerdo que entrar a la clase de Donovan sin haber estudiado.

Cuando estuve al frente del edificio de la biblioteca, no dudé en saltar sobre las tres escaleras en la fachada y arrojar mi agarre a la manilla de la puerta. Intenté girarla para abrirla, pero esta no cedió.

—Mierda, mierda, mierda —farfullé luchando con la manilla—. ¡Ábrete, maldita sea!

—Creo que eso no servirá de nada.

El corazón me dio un vuelco. No había visto ni un alma en las calles del campus en todo mi trayecto desde la mansión. Me giré con la mano en el pecho, preguntándome de dónde había salido este espectro.

—Perdón, no fue mi intención asustarte —agregó la chica de piel morena y trenzas pegadas que me miraba con el ceño fruncido desde la acera—. La biblioteca no abre hasta la siete.

Con pantalones de ejercicio oscuros y un top deportivo que dejaba ver su esbelta figura, era evidente cuál era su actividad. Sostenía uno de los cables del auricular entre los dedos y el otro lo traía colocado. Me le acerqué, esforzándome por ocultar la vergüenza que sentía por que haya presenciado mi crisis nerviosa con aquella puerta. Ella continuaba mirándome con confusión.

—Sí, esa es una buena explicación de por qué no abre —forcé una sonrisa y volví a acomodarme el tirante del bulto sobre el hombro, el cual no dejaba de deslizarse—. Lamento que hayas visto... eso.

—No pasa nada —respondió y soltó una risita—, yo lamento haber hecho que casi orines tus pantalones.

Bufé.

—No me asusté.

—Sí, claro —asintió con los párpados entornados.

—Es que..., como no hay nadie por aquí a esta hora, me sorprendió oír tu voz —metí las manos en mis bolsillos con inocencia—. Eso es todo

—De acuerdo, entonces no viste a nadie por aquí, pero de todas formas... ¿creíste que la biblioteca estaría abierta? —dijo y volvió a reír.

La forma en que sus labios se curvaban, hundiendo un punto a cada lado de sus mejillas, casi me distraen de responder.

—En mi defensa, pensar nunca ha sido lo mío.

—Ya veo... —desvió la mirada hacia abajo—. Y yo que creí que los médicos eran de los más listos.

Me tomó un instante notar que su atención estaba fija en un apunte de anatomía que parecía querer escaparse de mi bulto.

—Buena vista —comenté y deslicé el apunte dentro.

—Linda letra —comentó, y no había nada de irónico en su voz.

—Otra cosa que me hace menos doctor, supongo.

La chica rio mientras se colocaba su auricular y cruzó a mi lado.

—Amigo, eres gracioso, ¿no te lo han dicho?

—No muy seguido —respondí y la vi empezar a alejarse. Era evidente que su intención era seguir con su rutina, pero, por alguna razón, no quería que se fuera todavía—. Ey, ¿a dónde vas

ahora?

—Estoy corriendo, ¿quieres acompañarme? —se giró de regreso, mirándome con el ceño fruncido—. No parece ser de los que corran.

Me llevé la mano al pecho, haciéndome el ofendido.

—¿Me estás llamando gordinflón?

—No, simplemente no creo que puedas seguirme el ritmo —dijo entre risas—. Por eso corro sola.

Me crucé de brazos.

—No quería correr contigo de todas formas.

Me pareció ver que frunció el ceño, pero la falta de luz y la distancia me hacía difícil ver su rostro.

—De acuerdo, suerte —me levantó el pulgar, se giró y siguió corriendo.

Instintivamente, fui tras ella.

—¡Ey, espera! —luché con mis piernas para ir lo más rápido que pude. No recordaba la última vez que había corrido así, pero pude alcanzarla a dos cuerdas.

—¿Qué sucede?

—No me has... —jadeé—, no me has dicho tu nombre.

Ella se detuvo y yo no reparé en hacer lo mismo. Me incliné hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas. En definitiva, no estaba en forma.

—Me llamo Kali —oí que respondió—, ¿te encuentras bien?

—Sí —inhale hondo y me erguí, luchando por controlar la respiración—. Dijiste que no podría alcanzarte, pero... —disimulé un jadeo con una tos— lo conseguí.

—Felicidades —me miró con el ceño fruncido como antes—. Sí sabes que bajé la velocidad porque sabía que venías detrás de mí, ¿no?

Dejé salir un largo resoplido que estaba reteniendo y me pasé la mano por la frente, que ahora era un desastre de sudor y pelo mojado.

—De acuerdo, Flash, no tienes que restregármelo en la cara.

Kali soltó una risita y asintió con alarde.

—Gracias —cruzó los brazos, erguida—. Aún no me dices tu nombre.

Me eché el pelo hacia atrás y me abaniqué con la tela de la camisa, sujetándola de un botón y dándome golpecitos continuos contra el pecho.

—Soy Lucas, pero puedes llamarme Fitz.

—Mucho gusto, Fitz —extendió su brazo.

—El gusto es mío, Kali —le devolví el apretón y me sorprendió su firmeza. En definitiva, correr no era su única práctica—. Quería entrar a la biblioteca a estudiar, pero abre justo cuando empieza mi clase, así que, como puedes imaginar, se me acaban las opciones.

—Algunos edificios de las facultades los abren temprano, puedes ir a ver si el de tu clase se encuentra abierto y estudiar allí —sugirió, pero era difícil concentrarme en sus palabras y no en su sonrisa—. Yo lo he hecho antes.

Asentí con la cabeza y Kali giró sobre sus talones. Me habría gustado continuar hablando con ella, pero no podía seguir distrayéndome de mi misión ni distrayéndola a ella de su misión. Me limité a ver cómo se alejaba rápidamente hasta desaparecer detrás de unos árboles cercanos a la cafetería.

En mi silenciosa soledad de la acera, opté por hacerle caso y me dirigí al edificio donde se encontraba el salón de Donovan, el cual se estiraba en la penumbra aún más imponente que la

mansión.

La puerta estaba abierta.

—¡Sí, sí, sí! —salté de la felicidad y entré corriendo—. Kali, te amo.

Subí las escaleras y me senté en la alfombra junto a la puerta del salón de Anatomía General, la cual se encontraba cerrada con llave. Al menos podría quedarme en aquel pasillo estudiando en silencio y sin distracciones, aunque la falta de luz era un inconveniente. Tuve que iluminar con el *flash* de mi teléfono los apuntes que tenía allí sueltos.

Al cabo de un buen rato de lectura y repaso constante del contenido, empecé a sentirme más relajado. Los temas ya no parecían una ensalada rusa en mi cabeza. Pude encontrar familiaridad y darle sentido a muchas de las cosas que Donovan había mencionado en la clase anterior. Hoy sería el día en que me vería como algo más que una cara bonita.

* * *

Me estremecí después de sentir el roce de algo cruzar por mi pierna.

Desorientado, hice lo que pude por despegar los párpados. No recordaba haberlos sentido tan pesados nunca. Luchaba por mantenerlos separados mientras me incorporaba. La claridad que ahora había en el pasillo hacía la tarea más difícil. Apenas alcanzaba a ver destellos amarillos y blancos que se colaban entre mis pestañas.

Mierda.

Me pasé los nudillos por los ojos. Lo primero en que se enfocaron cuando se me aclaró la visión fue en la fila de piernas que cruzaban a mi derecha. Todos mis compañeros salían del salón de Anatomía General y solo algunos se limitaban a mirarme con expresiones apenadas, otros riendo y cuchicheando.

Recogí mis cosas que estaban esparcidas a mi izquierda tan rápido como pude y me puse de pie. Al salir, le piqué el hombro a uno de los estudiantes que abandonaban el salón. Este se giró con las cejas alzadas.

—¿A dónde van todos?

—Se acabó la clase —respondió y soltó una breve risa—. Te la perdiste, mano.

¿Qué? No... no... ¡no!.

El joven se marchó por las escaleras con el resto y, cuando apenas conseguí asimilarlo, me arrojé en frente de un grupo que se encontraba a punto de bajar.

—¡Oigan, ¿ninguno de ustedes me vio ahí?! ¡¿Nadie pensó en despertarme?!.

Antes de que cualquiera llegara a responder, una fría voz se pronunció sobre el grupo.

—Yo les dije que no te despertaran.

Mis compañeros se dispersaron a mi alrededor y ahí encontré a Donovan, colocado junto al marco de la puerta del salón, mirándome con la misma expresión neutra que camuflaba la pura maldad en sus palabras.

—¿Por... por qué? —balbuceé.

—No pensé que quisieras tomar la clase.

—¿Por qué pensó eso, profesor? —inquirí, atónito—. Claro que quería tomar su clase. Lo ansiaba, de hecho.

—Si hubieras querido tomar la clase como dices, no veo la razón de por qué priorizar un sueñito aquí junto a la puerta.

¿En serio me dormí? Todavía no lo asimilaba.

—Como dije, ansiaba tomarla, profesor. Llegué temprano justamente para estudiar todo lo que...

—Para estudiar minutos antes de que empezara la clase porque el tiempo no te rindió en la semana —me interrumpió—. Qué responsable.

Después de soltar esta bomba sarcástica, Donovan ni siquiera me dio chance de rebatir. Volvió a entrar al salón mientras los estudiantes que aún seguían saliendo me atisbaban y seguían con su camino. Mario salió también, se rascó la nuca y se detuvo a mi lado.

—Te habría despertado, pero...

—No te preocupes —murmuré y me acomodé el bulto en el hombro—, estoy seguro de que eso te habría causado problemas.

Mario asintió con un gesto apenado y señaló la escalera invitándome a bajar. Resoplé y, justo al pisar el primer peldaño, la voz de Donovan volvió a llamar mi atención:

—Ah, y... Lucas.

Lo miré por encima del hombro. El profesor se asomaba a medio cuerpo por la puerta del salón. Me sorprendió que mencionara mi nombre.

—Dígame.

—De seguro tus compañeros te pondrán al tanto de todo lo que dije el día de hoy, aun así te informo personalmente que para la próxima decidí invitarlos a su primera excursión a la morgue del campus, donde todos recibirán la primera evaluación de la materia —sonrió—. Tú serás el primero.

Como recibir un balde de agua fría en medio de la Antártida, sentí sus palabras caer sobre mí, frías y penetrantes. La cereza sobre el pastel de pesadilla en que se había tornado la mañana. Ni siquiera supe cómo responder a eso. Donovan solo se retiró las gafas y, antes de entrar de regreso al salón, pronunció una última frase:

—Espero que no te duermas ese día.

EL MISTERIO DE LOS BECKER

Entré al baño detrás de Mario, quien no había dicho ni una sola palabra en todo el camino. Cuando me encontré frente a uno de los cubículos, sentí como el calor de la sangre se me subía al rostro y la presión de la ira tensando mi cuello y mi mandíbula. Apreté los dientes y le solté una rauda patada a la puerta con el *converse*, liberándome de todo eso que había arrastrado desde que dejamos el edificio de la clase de Anatomía.

—¡Hijo de puta! —exclamé y sentí el dolor esparciéndose por todo el frente del pie.

Mario se encogió de hombros.

—Perdón, usaré el orinal entonces.

—No tú —respondí y me acerqué al lavamanos cojeando—, Donovan.

—Bien, pero... —dijo y señaló al cubículo— ¿qué culpa tiene la pobre puerta?

Resoplé y tiré mi bulto al suelo junto a mí. Abrí la llave del lavamanos y me eché agua en toda la cara para mitigar el ardor. Estaba rojo como el interior de una sandía y sentía que mi cabeza estaba a punto de estallar.

—Ninguna, solo estaba en el lugar y momento equivocado —murmuré y me pasé un trozo de papel higiénico por toda la cara—. ¿Puedes creerlo? Donovan está jugando sucio, me quiere fuera de la universidad y hará todo lo posible para cumplirlo. Desgraciado.

—¿No crees que estás exagerando? —Mario se acercó a un orinal y se desabrochó el pantalón—. Estoy casi seguro de que él no se acordaba de tu existencia hasta que te encontré durmiendo junto a la puerta del salón.

—Lo oíste mencionar mi nombre, se suponía que era malo con los nombres —rebatí y dejé salir un gruñido que pronto se convirtió en un grito de frustración.

—Míralo por el lado positivo, serás el primero en la prueba práctica con los cadáveres.

Volví a gruñir.

—¿Qué tiene eso de positivo?

—No sé, a mí me gusta ser el primero —se encogió de hombros y se apartó del orinal, subiéndose la cremallera—. La espera solo me pone más nervioso.

—Pues yo estaría encantado de cambiar contigo, pero no creo que a Donovan le agrade la idea.

—Sí, no creo —Mario rio y volvió a abrocharse el cinturón. Se acercó al lavamanos a mi lado y me miró de reojo breves segundos antes de tomar un poco de jabón líquido y lavar sus manos en rápidos movimientos—. Pero tendrás la suerte de que se olvidará de ti el resto de la clase porque estará evaluando a los demás.

—No se olvidará de mí —suspiré y vi a través del espejo del baño como la piel de mi cara volvía a su tono natural.

Mario pareció estar a punto de decir algo, pero se detuvo cuando resonaron pasos del otro lado del baño. La figura de Evan no tardó en aparecer frente a nosotros.

—Muchachos —pronunció y Samuel apareció detrás de él—, los buscábamos.

Era la primera vez que veía a Evan así de cerca desde que sucedió el incidente en Grind Spot. Ya no traía gafas y lucía como el líder decidido que había conocido hacía unas semanas atrás en

aquel mismo baño.

—Y aquí estamos —forcé una sonrisa y recogí mi bulto del piso. Me dio la impresión de que Samuel se veía más bajo y rollizo con Evan al lado—. No sabía que ustedes se conocían.

Ambos chicos compartieron una mirada breve.

—Nos conocimos el año pasado en la escuela, después de que Samuel llegara de Barcelona —explicó Evan—. Como he visto que tú y él suelen juntarse, lo he convencido de que venga. Creo que será de ayuda que estudiemos todos juntos.

Me crucé de brazos.

—¿Qué? No entiendo.

—Evan quiere que te expliquemos toda la clase de hoy —intervino Samuel, señalando la puerta—. Son como veinte páginas del libro, así que mientras más rápido comencemos, mejor.

—¿En serio? —me llevé la mano al pecho—. Harán eso... ¿por mí?

—¿En serio harán eso... por él? —inquirió Mario con sorna. Evan lo miró con los párpados entrecerrados—. Quiero decir... por supuesto, tenemos que ayudarlo.

—No estás obligado a venir si no quieres —le dije por encima del hombro.

—Todos están obligados, caminen —ordenó Evan y salió detrás de Samuel—. Es lo que hacen los hermanos, brindar apoyo.

Mario frunció el ceño. No pude evitar reír.

—Claro, tienes que ayudarme a estudiar hermanito —coloqué mi brazo alrededor de su cuello—. De eso se trata el apoyo fraternal.

—Ja. Ja. —contestó el aludido con la misma expresión.

Caminamos los cuatro hacia la biblioteca que, por supuesto, ya se encontraba abierta. Entramos y nos sentamos juntos en una mesa que quedaba cerca de un área con computadoras y pequeños sofás. Era una estancia muy acogedora. Largas filas de estanterías que no parecían terminar nunca ceñían el espacio; el aire estaba impregnado de un silencio apacible, casi sacro.

—Bien, saquen los libros; y si hicieron apuntes, por favor, compártanlos —dijo Evan poniéndose sus gafas redondas de Harry Potter y abriendo el cierre de su mochila—. Así hacemos una retroalimentación de todo.

—De acuerdo —respondió Samuel y colocó su libro y un cuaderno engargolado sobre la mesa.

—Hay que apresurarnos, en una hora nos toca Orientación Institucional y, cuando se termine esa clase, ustedes dos y yo —Evan nos señaló a Mario y a mí— tenemos que ir al Queendom a reunirnos con el resto del grupo para decidir qué prepararemos para la feria de Halcyon la próxima semana.

—¿Qué es el Queendom? —inquirió Mario.

Evan suspiró.

—A estas alturas deberían saberlo.

—Pero no lo sabemos —remarqué.

—Es la casa de una sororidad muy apegada a Kappa —Evan se ajustó las gafas—. Es prácticamente nuestra división femenina.

—Ah, entonces... ¿somos como una fraternidad mixta? Interesante —comenté—. Me agrada la idea de visitar ese... Queendom.

—No hay algo así como una fraternidad mixta, chicos —dijo inclinándose sobre su libro—. Hay hermandades y sororidades, por separado. Nosotros solo somos muy unidos.

—La bibliotecaria nos está mirando —intervino Samuel—. El volumen.

Evan puso un dedo sobre los labios y volvió a fijar la atención a su libro.

—Bien, ¿quién quiere ser el primero en compartir algo de lo que recuerda?

Ninguno de los dos dijo nada. Samuel y Mario solo hacían gestos inseguros con la cara mientras pasaban apuntes.

—Bien, empezaré yo —Evan se me acercó con el libro y, cuando pareció estar a punto de decir algo, un breve sonido de notificación escapó de su teléfono. Aquello pareció tensarlo un poco, pero lo ignoró—. Al principio de la clase... yo... cuando Donovan empezó a hablar... el primer tema del que nos habló hoy...

No pudo terminar ninguna idea. Cada vez que intentaba explicarme algo, una nueva notificación volvía a interrumpirlo.

—Creo que deberías revisar, tal vez sea importante —sugerí tímidamente.

Evan soltó un suspiro de frustración.

—Sí —asintió finalmente y sacó su teléfono—, es que, cuando esto pasa, sé que no son buenas noticias.

Mario y Samuel asomaron la mirada desde sus apuntes. Hasta yo sentía curiosidad de saber a qué se debían tantas notificaciones, pero cuando intenté espiar por el rabillo del ojo, Evan se levantó de su asiento de golpe. Su expresión frustrada había sido reemplazada por una de horror.

—No puede ser.

—¿Qué pasa? —inquirió Samuel.

Evan se mantuvo en silencio por un par de segundos, hasta que empezó a meter todas sus cosas de regreso a su mochila con prisa.

—Alguien le disparó una explosibola a mi hermana —dijo al fin.

Samuel alzó las cejas.

—No puede ser.

—¿Qué es eso? —intervino Mario.

—Son como bolas de pintura, como las que usan en el *paintball* —explicó—, pero calientes y ya no aparecen en ningún sitio porque son...

—Peligrosas —concluyó Evan.

—Iba a decir ilegales, pero sí... —Samuel rio—. En definitiva son peligrosas, por esto están baneadas.

—No es gracioso —Evan resopló y volvió a echarse la mochila al hombro—. Lo siento, chicos. Tengo que ir a ver si mi hermana está bien.

—No te preocupes, ve —le dije y se marchó a toda prisa con la perpleja mirada de la bibliotecaria siguiendo sus pasos.

Una parte de mí quiso ir tras él y acompañarlo a ver a su hermana, pero no sabía si sería apropiado. Apenas la conocía y no quería involucrarme en todas y cada una de las calamidades por las que pasaban. Suficiente había tenido con la batida de nueces y el líder azul.

—Me pregunto cuándo terminarán los problemas para los Becker —Samuel suspiró y volvió a dirigir su atención hacia sus apuntes.

Salidos de la clase de Orientación Institucional —a la que Evan no se presentó y no volvimos a ver después de que se marchara corriendo de la biblioteca—, Samuel, Mario y yo fuimos a almorzar juntos a la cafetería. El especial del día era sopa de hueso. Tal vez lo peor que había probado allí hasta el momento.

—Pareciera que quieren envenenarnos —comentó Samuel, haciendo la sopa a un lado con cara de asco mientras nuestro nuevo acompañante en la mesa terminaba de limpiar su plato—.

¡Buah!, ¿cómo pudiste comerte eso?

—Pero si está buenísima —respondió Mario y empezó a vaciar su botella de agua en rápidos tragos.

—Pues a mí me sabe horrible, perdón —dijo Samuel antes de levantarse con su bandeja—. Bueno, fue un gusto pasar la mañana con ustedes, pero debo ir a la casa de mi abuela a bañar al gato.

—De acuerdo, nos... —empecé a decir, pero él se marchó sin dejarme terminar— vemos.

—¿Cómo lo conociste? —quiso saber Mario.

—El primer día cuando buscábamos el salón de Donovan, desde entonces me empezó a hablar así sin más.

—Ah, ya veo —dirigió la mirada hacia mi plato—. ¿No vas a terminarte tu sopa?

—¿La quieres?

Mario miró a ambos lados antes de responder.

—Claro.

—No seas penoso, querido hermano —sonreí y deslicé mi bandeja hacia él—. Mi sopa es toda tuya. Quiero que sepas que sigo muy agradecido contigo por acceder a lo del cuarto.

Con decoro, Mario retiró mi cuchara del plato y lo colocó delante suyo.

—No hay de qué —dijo mientras levantaba una cucharada llena de sopa—, aunque todavía me pregunto por qué quisiste cambiar —se llevó la cucharada a la boca y no demoró en tragar—. Quiero decir... ya me lo explicaste, pero... —volvió a meterse otra cucharada— es que el cuarto del segundo piso se me hace mil veces mejor.

No pude evitar pensar en el caluroso infierno por el que había pasado en la madrugada.

—Ni tanto, son casi iguales.

—Bueno, técnicamente sí —accedió y se metió otra cucharada.

Mientras lo veía engullir aquel opaco líquido amarillo como si fuera manjar de los dioses, pensé en Dominic y esos otros dos chicos. Le pudo haber gustado la habitación, pero en definitiva, no sus nuevos compañeros. Reí en mi mente.

—Y entonces... te gustó tu nueva habitación —comenté, inclinándome hacia adelante con ambos codos apoyados sobre la mesa y las manos juntas debajo de la barbilla—, ¿qué tal tus nuevos compañeros?

Tomándose unos segundos, Mario dio un par de cucharadas rápidas y se pasó una servilleta por los labios.

—Me cayeron muy bien.

Esta respuesta me tomó por sorpresa.

—¿En serio, te... te cayeron bien?

—Sí —afirmó—, son amables.

Bufé.

—¿Amables? ¿Han sido amables contigo?

—Bueno... yo al principio estaba nervioso porque, ya sabes... ellos llevan tiempo siendo parte de la fraternidad, pensé que serían territoriales. Pero fueron buenos, me sentí bienvenido en su pequeña morada.

—¿Y... te dijeron algo de mí?

—Bueno... —pronunció con los labios fruncidos y desvió la mirada.

—¿Qué te dijeron de mí?

Mario sostuvo su botella de agua en el aire, fijando la mirada en la base donde solo quedaba

un traguito.

—Que buena es el agua de aquí, ¿no te parece? Tan... cristalina.

—No cambies de tema —me crucé de brazos—. Te hice una pregunta.

Mario suspiró e hizo la botella a un lado.

—Mhm..., pues dijeron que eras irritante, que siempre te quejabas de todo y que estaban felices de que te hayas ido al fin.

Hijos de...

—Pero no creo que piensen eso realmente, no —prosiguió—. Quiero decir..., ¿por qué dirían eso? —se metió otra cuchara de sopa.

—Porque son unos idiotas —respondí—. Tú más que nadie sabes que es mentira, de seguro soy la persona más cálida y simpática que conoces.

Un sonido estrangulado cortó el aire brevemente. Mario pareció estar a punto de atragantarse con su sopa. Hizo una rara mueca como tragando forzosamente y luego tomó mi botella de agua sin pedirla.

—Perdón, me atoré —dijo con voz rasposa y empezó a beber.

Su reacción lo había dejado claro.

Piensa lo mismo que ellos.

—No puedo creer que en serio estés acuerdo con todo lo que dijeron de mí, qué fariseo.

Mario negó con la cabeza mientras bebía.

—No, claro que no —respondió después de vaciar la botella y volvió a colocarla frente a mí como si yo la quisiera devuelta—. De seguro solo bromeaban.

—Eres malo mintiendo.

—Bueno, bueno... —Mario rio—. Tal vez no eres la persona más simpática que conozco, pero tampoco creo que seas todo eso que dijeron.

—Claro que no lo soy, soy muy... muy... —me distraje viendo cómo el celular del chico se deslizaba por la mesa—. Creo que te está entrando una llamada.

Mario alzó las cejas y levantó su teléfono.

—Perdón, olvidé que lo había puesto en silencio —dijo antes de llevarse el aparato al oído y taparse el otro con un dedo—. Hola, amor, ¿cómo estás?

Miré a otro lado, intentando apartar la atención de su conversación, pero era difícil no enterarme.

—...Sí, yo estoy bien. Iba a llamarte en un rato, pero tú me ganaste... En un par de horas tengo turno en Grind Spot, si me quieres ir a ver ahí... claro... No, no hay problema... Quiero verte, te extraño... De acuerdo, nos vemos... Suerte con tu prueba... Te quiero, adiós... No, yo te quiero más... No, yo te quiero más... Que yo te quiero más, no insistas... Te quiero mucho más...

Gruñí para mis adentros.

Estos tortolitos me van a provocar un coma diabético.

Mario bajó el teléfono con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Ella colgó primero.

—Supongo que tenías razón, tú sí la quieres más.

Se llevó ambas manos al rostro.

—No te burles de mí, por favor.

Me puse de pie y me senté a su lado.

—Te quiero... —tomé su mano y recosté mi cabeza sobre su hombro—. No, yo te quiero más... No, yo te quiero más...

—Cállate —protestó entre risas mientras se movía, intentando hacerme a un lado—. Hazte para allá, Fitz, no es gracioso.

—Uyyy, qué vivan los novios —intervino una familiar voz por detrás—. ¿Andan en una cita?

Me separé de Mario de manera automática. Roger y su grupo de activistas cruzaron junto a nuestra mesa compartiendo miradas y risas burlonas. Me puse de pie.

—¡Sí, y eso a ti no te importa!

Ellos no se detuvieron, siguieron su camino como si nada. Mario me haló de la camisa, haciendo que me vuelva a sentar.

—Cálmate, Fitz, ¿quieres llamar la atención de todos aquí?

—Lo sé, lo sé...

Mario me soltó y se apartó un poco.

—¿Quiénes eran? ¿Sabes?

—Un grupo de lamebotas sin importancia. ¿De qué hablábamos? Ah, sí, de tu novia a la que le decías...

—Cállate, ya, para.

—No, yo te quiero más... Yo te quiero más... No, no, no, yo te quiero más...

—¡FITZ!

—Ya, de acuerdo... —accedí entre risas—. No te molesto más con eso.

—Gracias —suspiró—. Cada día me sorprendes más.

—¿Ah, sí?

—Bueno, es que no te comportas para nada como te recordaba en la escuela.

—Porque soy más simpático ahora, ¿no? —estiré aún más la sonrisa—. Antes casi no hablábamos y ahora ya somos mejores amigos.

Empecé a picarle las costillas con los dedos como solía hacerme Ashley, a quien no echaba de menos para nada.

—Mejores amigos... —repitió con las cejas juntas mientras se movía esquivando mis pinchazos—. Casi no te reconozco, eso es cierto.

—Porque soy otro ahora —respondí mientras mis dedos volaban hacia sus costillas como flechas—. ¿Cómo alguien podría decir que soy... irritante?

—¿Puedes parar? Mierda, eso duele.

Mario vació su bandeja y la colocó sobre su abdomen, escudándose.

—Ya, perdón, no te molesto —dije y le mostré las palmas, en tregua.

—De acuerdo... —hizo la bandeja a un lado sin dejar de mirarme con recelo—. Pero no intentes nada.

Me apoyé sobre la mesa.

—Descuida, hablo en serio.

—Bien.

Aún se veía algo tenso. Sentí el impulso de volver a picarlo, pero me contuve.

—Y... —quise cambiar de tema— ¿dónde la conociste?

—¿A quién?

—A tu novia.

Mario arqueó las cejas.

—Mhm, pues el primer día justamente. Habíamos coincidido en el mismo autobús. Ella no es de aquí. Viene de... Ohio, me parece —dijo apenado—; perdón por mi pronunciación.

Ojaya.

—Apuesto que así mismo se pronuncia.

—Bueno, el punto es que de casualidad coincidimos de camino para acá el mismo día. Hablamos mucho y eso... Al final, intercambiamos números... Creo que puedes adivinar el resto.

—¿Tuvieron sexo?

—No —gruñó y rodó los ojos—, quiero decir... No era a lo que me refería.

—Entonces... ¿no tuvieron sexo?

Mario hizo un raro ademán con las manos como si intentara recoger en el aire todos los pensamientos que cruzaban por su cabeza.

—O sea... sí... pero no fue en ese orden que se dieron los acontecimientos, Fitz.

—¿Y en qué orden fue?

—Pues... antes hablamos mucho y nos conocimos... como la gente normal, supongo.

—Gente normal —repetí curioso, al tiempo que mi memoria traía recuerdos que ahora casi parecían de otra vida—. Pues mi primera vez fue con una chica alemana el mismo día que la conocí en una fiesta en Punta Cana, casi no hablamos nada por la diferencia de idiomas. ¿Eso entonces me saca del círculo de la normalidad?

Su ceño se frunció y sus labios se separaron lentamente.

—Esta conversación ha tomado un rumbo extraño, ¿no te parece?

Reí y asentí con la cabeza.

—Voy a la mansión a dormir un rato antes de ir a trabajar —añadió mientras se ponía de pie con su bandeja—, ¿vienes o qué vas a hacer ahora?

Recordé toda la ropa que aún me quedaba por traer de la residencia, cuya siguiente parada sería la lavandería de la mansión Kingdom porque había dejado atrás toda lo que ya me había puesto.

Jodida vida de adulto, ya la ropa no se lava sola.

—Acabo de recordar que todavía debo buscar algunas cosas que dejé en mi cuarto de la residencia.

—¿No pasarás por Grind Spot hoy?

Negué con la cabeza.

—Creo que no tendré tiempo para mi café de hoy.

Mario asintió y se acercó a uno de los depósitos de basura para dejar la bandeja. Desde la distancia, me señaló con la barbilla en señal de despedida. Le arrojé un beso con la mano solo para ver su reacción. Se limitó a negar con la cabeza y me mantuve allí sentado, viendo cómo se daba la vuelta y se perdía a través del mar de mesas redondas y estudiantes bullosos.

* * *

—Entonces... ahora te quedas a vivir con los Becker —comentó Henry, quien se encontraba detrás de mí, recostado de pie contra el marco de la puerta.

—Sí, ya prácticamente soy miembro oficial de Kindgom —respondí mientras recogía las últimas cosas que me quedaban en aquel cuarto. No recordaba haber dejado allí cuadernos y apuntes, además de la ropa, regados debajo de la litera.

—Ya veo —murmuró—. Entonces, ¿no te gustó vivir aquí?

Me detuve por un momento a sopesar mi respuesta. La experiencia de vivir en la residencia no había sido mala, pero tampoco buena del todo. El espacio era pequeño y las paredes no aislaban el sonido. Más de una vez había tenido que levantarme en la noche y tocar la puerta de los chicos

metaleros de al lado para que bajen el volumen, o la de los *gamers* de en frente para informarles que no me interesaba escuchar como jugaban World of Warcraft y que necesitaba dormir. Una noche soñé que tomaba sus aparatos y los lanzaba por la ventana.

—Sí, me gustó —mentí—. Es que los Becker insistieron tanto en que me uniera.

Henry bufó.

—¿En serio? Deben estar desesperados.

Me giré, incrédulo de lo que mis oídos captaron.

—¿Disculpa?

—Oh, no —rio mientras se acercaba—. Perdón, eso sonó mal. Ven, déjame ayudarte.

Se sentó a mi lado en el piso y empezó a doblar las camisetas que tenía regadas por toda la alfombra. Me limité a mirarlo mientras lo hacía. Henry era mucho más rápido que yo, aunque mi plan inicial no era doblarlas sino entrarlas todas amontonadas porque estaban de lavar. Aun así, no lo detuve.

—Lo que quise decir —prosiguió— es que deben estar desesperados por tener miembros nuevos. Muchos se fueron o se rehusaron a unirse después de que quedara en manos de los Becker. Es evidente que han tenido que hacer sus reglas un poco más flexibles —una sonrisa se formó en su rostro—. Recuerdo cuando se la daban de cotizados y entrar era complicadísimo.

—¿Ah, sí? —empecé a meter las camisetas dobladas en la caja que tenía allí cerca—. Creí que lo seguía siendo. Mi amigo Samuel me dijo que fui afortunado de que me recluten.

—Pues ese amigo tuyo necesita un chequeo de realidad.

—Y... todos odian a los Becker, ¿por qué exactamente?

Henry negó con la cabeza

—No soy chismoso.

—De acuerdo, entien...

—Todo empezó en el verano de 1998 cuando el magnate gringo Albert Winstead cortó el lazo durante la inauguración de la universidad —carraspeó—. Se dice que la admisión de los primeros años era tan costosa que entre los estudiantes solo figuraban lo más pudientes de aquí. Los demás venían de otros lares, cautivados por la promesa de una universidad en la costa caribeña con educación de primera, maestrías, diplomados, tecnología de punta, residencias, asociaciones estudiantiles...

—Déjame adivinar, ahí nació Kappa.

—Ujú, no fueron muy creativos con esa elección de una única letra del alfabeto griego, muchos han sugerido que le cambien el nombre por obvias razones: sucederá eventualmente. En fin, aquí hay varias sedes de otras fraternidades que existían desde antes. Winstead se aseguró de construir buenos complejos y residencias para acoger a todo el mundo.

—Ah, ya veo.

—Mira, para resumirlo todo rápido, hubo un escándalo de malversación de fondos en el 2005 que hizo que cerraran la universidad por un tiempo. En un momento, estaba entre las mejores universidades del Atlántico y, al otro, solo estaba en el top como una de las mejores paradas para ir al baño.

—¿En serio?

Henry se encogió de hombros.

—Por alguna razón a los turistas siempre les ha gustado orinar en nuestros baños.

—Los baños de aquí son lindos.

—Sí... bueno —prosiguió—, aquí es donde entran los hermanos Donovan, quienes de seguro

ya conoces.

De forma instantánea, la mirada inexpresiva del profesor Donovan saltó en mi cabeza. Una parte de mí deseó tener otro cubículo delante para poder patear.

—Sí, conozco bien a uno de ellos.

—Bueno, el punto es que los hermanos pusieron las manos sobre el campus e invirtieron mucho en devolverlo a lo que alguna vez fue, pero no lo habrían conseguido sin la ayuda de alcaldesa, Wanda Becker.

—Por el apellido... asumo que esa tal Wanda es la madre de Madeline, Evan y Jules ¿no?

—Asumes bien, y también es la difunta esposa de Joshua Becker, el villano de esta historia.

—¿Wanda murió?

Henry asintió en silencio.

—¿Qué le pasó? —inquirí.

—Fue... Fue algo realmente triste. Ella había visto tanto potencial en Halcyon Bay para que fuera una comunidad para todos. Invirtió en la limpieza de las playas, construyó edificios residenciales de bajo costo y áreas recreativas, fue la razón por la que empezamos a ser un centro turístico más llamativo. Ayudó a los Donovan con el campus y, a pesar de que la universidad no era pública, las tarifas ahora eran mucho más asequibles y buscó alianzas con instituciones que otorgaban becas, así como la que tú recibiste —me pasó la última camiseta que quedaba—. Hemos terminado.

—Entonces, le debo mi beca a la madre de los Becker... —comenté mientras acomodaba la camiseta dentro de la caja, que ya estaba atestada. Por suerte era la última.

Henry se puso de pie y se acercó a la ventana. Su rostro se iluminó con los rayos del sol que atravesaban el cristal.

—Le debemos muchas cosas a la madre de los Becker; era una señora encantadora. Por desgracia, enfermó de un cáncer que la deterioró rápidamente. Todo muy repentino.

—No entiendo... —tomé la caja y me puse de pie—. Si ella era tan encantadora y todos la amaban, ¿por qué ahora son odiosos con sus hijos? —coloqué la caja sobre el escritorio y me acerqué a la ventana, a su lado—. El otro día vi cómo casi envenenan a Evan con un batido de nueces a las que es alérgico, también pintaron a Jules todo de azul y me pareció oír que le dispararon a Madeline esta mañana con una... bola explosiva. Digo, no creo que esa sea forma de honrar la memoria de su madre.

Eso pareció captar su atención, me arrojó una mirada confusa.

—¿Hablas en serio? No me había enterado de nada de eso.

—Creo que ellos hacen lo que pueden por ocultarlo.

Henry dio unos pasos hacia atrás y se sentó en la silla frente al escritorio.

—Bueno, hay gente muy extremista, sí. La verdad es que el odio a los Becker creo que se debe en parte a su padre.

—Al que llamaste... el villano de la historia.

—Sí —asintió entre risas—, te cuento. Después de la muerte de Wanda, el hombre, por alguna razón que nadie sabe, pareció esforzarse en mantener todo lo relacionado a la muerte de su esposa de una manera... demasiado discreta —hizo énfasis en «demasiado»—. Al parecer, no la sepultaron porque su voluntad había sido ser cremada, y así hicieron. Poco después, dijeron que habían liberado sus cenizas en una ceremonia privada en la que había sido la playa favorita de ella, pero nunca se supo siquiera cuál fue. Un día Wanda estaba aquí, nuestra propia princesa

Diana, y al otro... ya no estaba. Todo lo que había hecho por Halcyon seguía aquí, pero no había un sitio donde llorar su muerte y mantener vivo su recuerdo.

—¿En serio? —bufé—. ¿Los odian por vivir su duelo con intimidad?

—No, Fitz, fue mucho más que intimidad. Joshua reveló la muerte de Wanda a los medios prácticamente cuando ya era cenizas en el agua. No aportó ningún detalle al respecto más que él había decidido postularse a las elecciones extraordinarias que buscaban el reemplazo para el puesto de alcalde, lo cual incomodó a más de uno.

—¿Quería el puesto de su esposa?

—Sí, su supuesto plan era «concluir lo que ella había empezado», pero fue extraño. Tomar el cargo de reemplazo no es como lo primero que piensas al perder un ser querido. Y, aunque perdió las elecciones, se aseguró de tener poder sobre esta área del pueblo. Chasqueó sus dedos de hombre blanco rico y empezó a adueñarse de todo lo que pudo. Compró nuestro único centro comercial, el teatro, la única estación de radio, que al poco tiempo dejó de existir. Construyó un restaurante sobre el que solía ser nuestro parque de patinaje, una de las áreas recreativas en que había invertido su esposa, y el resto solo quedaron abandonadas por el descuido o convertidas en estacionamientos. Retiró el apoyo de fundaciones...

—Bien, bien... de acuerdo, entiendo —volví a interrumpirlo—. Ese señor puede que no sea la mejor persona, pero... ¿por qué se meten con sus hijos y no con él?

—No sé, supongo que es porque son más accesibles. El señor Becker ya nunca sale de su mansión en las colinas. Yo, en lo personal, no me meto con el trío Becker, pero creo que el odio de los demás se debe al hecho de que ahora los hayan puesto de líderes. A pesar de que siempre dicen que la administración les fue otorgada directamente por los anteriores presidentes, algunos creen que su padre movió sus influencias en esto de alguna manera. Es el colmo de la monopoci... monopolici... monopo... ¡Mierda! —resopló—, qué difícil es decir esa palabra.

No pude evitar reír.

—El colmo de la mo-no-po-li-zación —concluyó—. Y ya, ese fue el resumen de por qué creo que todos los odian.

—¿Resumen? —no pude evitar reír—. Dijiste que no eras chismoso y siento que me contaste toda una telenovela.

—Bueno... —dijo encogiéndose de hombros—, tú insististe.

Saqué la caja que tenía debajo de la cama con algunos de mis zapatos y la coloqué sobre la otra que tenía la ropa y los cuadernos. Con ambas entre las manos, salí del cuarto y Henry hizo lo mismo detrás de mí.

—Aún me parece injusto que les echen la culpa a ellos —comenté mientras lo veía cerrar con llave— si su padre es el único villano.

—Yo igual, la verdad —dijo y avanzamos por el pasillo hacia las escaleras.

Las cajas me impedían ver bien los peldaños sobre los que pisaba, así que tuve que luchar por no tropezar. Cuando mis pies tocaron el suelo firme del vestíbulo, suspiré aliviado.

—¿Me quedo con esto entonces? —inquirió Henry, sacudiendo el llavero.

—No creo que vuelva por ahora, y si me quedo con ellas, es probable que las pierda.

—¿Dejarás que tus becarios sigan pagando la estadía de aquí? —inquirió y guardó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿No crees que a ellos les importe si les digo que me estoy quedando en una mansión? —reí—. No lo sé... Tal vez no. De igual forma, preferiría tener un sitio asegurado a donde volver si cambio de opinión respecto a los Becker y empiezo a desearles el mal como el resto.

Con una sonrisa ladina, Henry asintió y señaló hacia la entrada estirando el brazo.

—Pues fue un gusto servirte, Fitzgerald. Supongo que nos veremos en la feria de Halcyon el próximo fin de semana.

No comprendí a qué se refería, aunque me pareció haber oído a Evan mencionarlo más temprano.

—¿Qué es eso?

—Es algo que celebramos aquí cada año para recaudar fondos. Cada puesto con una causa benéfica a la que aportar. Seguro tus hermanos de Kappa te lo explicarán más detallado, siempre montan un puesto.

—¿Alguien que explique más detallado que tú? —negué con la cabeza—. Tengo que verlo para creerlo.

Henry rio y alzó la barbilla, echándose el pelo hacia atrás.

—Supongo que es lo que pasa cuando estudias magisterio.

—Bueno, profesor, gracias por resolver todas mis dudas, pero ahora tengo ropa que lavar —tamborileé con la punta de los dedos la base de la caja—. Me despido.

—Hasta luego —le oí decir detrás de mí, mientras me dejaba guiar por la luz amarilla de la tarde.

Con los brazos firmes en el cartón, estuve el resto del camino luchando por no dejar caer nada.

13

LA FERIA

Salí de la ducha y descolgué la percha que sostenía el limpio traje blanco cubierto de plástico de uno de los soportes de la litera. Me lo puse con cuidado de no arrugarlo demasiado e hice lo posible por no pegarme de nada que pudiera manchar la pulcritud de la pálida tela.

Cuando ya estaba vestido —a excepción del saco, el cual seguía debatiéndome si usar o no debido al calor—, caminé de regreso al baño. Me coloqué frente al espejo sobre el lavabo y seguí las instrucciones que me había dado la joven en la tienda de disfraces.

Primero, debes tener la cara limpia y seca.

—Listo.

Asegúrate de tener la barba allí a tu alcance antes de aplicarte el pegamento.

Miré de reojo la extensión castaña que reposaba frente a mí sobre el lavabo.

—Listo.

Después, abrirás el Mastix y te pondrás el adhesivo en la cara con el pincelito. Es un pegamento fuerte así que no uses demasiado.

Tomé aquel pequeño envase transparente del borde del lavabo y lo destapé. Parecía un pintaúñas, solo que el líquido era acuoso.

—Espero que esta mierda no me irrite la piel —murmuré para mí mismo mientras me pasaba pinceladas por la base de la mandíbula, intentando no aplicarme demasiado y siendo lo más prolijo posible.

Cuando hayas terminado, date topecitos en el área para activar el pegamento. Cuando se sienta pegajoso, sabrás que ya está listo.

Obedecí su vocecita chillona en mi cabeza y, cuando empecé a sentir que hacía efecto, tomé la barba postiza desde ambos extremos y me la pegué con cuidado de no estropearla. Casi daba miedo lo real que parecía. Ni siquiera la agraciada barba que había conseguido tras meses de tratamiento de minoxidil me había cambiado tanto el aspecto.

No relajes.

Chillé como un niño cuando ya se había adherido a mi rostro. Acababa de convertirme, sin querer, en la viva imagen de mi abuelo.

A mami le dará un patatús cuando vea esto.

Saqué el teléfono con la intención de tomarme una foto, pero me detuve al percatarme de un último detalle. Mi pelo oscuro y fino era lo único que hacía que la barba marrón no se viera del todo natural, así que me puse la peluca castaña que venía con el traje. No tenía pensado ponérmela inicialmente porque se veía un poco más sintética que la barba, pero ahora juntas no disonaban tanto.

Me tomé varias fotos frente al espejo y me puse el último elemento del disfraz: las gafas redondas de Lennon.

Ahora, con la caracterización completa, estaba listo para la batalla. Cualquier prueba que fuera a enfrentar hoy, no sería más que un pequeño obstáculo. Un punto totalmente distinto al que me había encontrado unos días atrás cuando Jules y Evan nos reunieron para contarnos de qué se trataba esto y lo que tendríamos que hacer.

* * *

Portando su corona de papel color mostaza y su capa oscura atada al cuello como en el día de la prueba en el cobertizo, Jules iba de un lado a otro en el centro del salón principal de la mansión. Nos había explicado que, como era tradición, tendríamos nuestro propio puesto en la feria de Halcyon. Esta vez Kappa recaudaría fondos para una causa benéfica enfocada en salvaguardar al pez loro y ahora debíamos decidir qué ofreceríamos.

—Un puesto de algodón de azúcar —sugirió un chico del otro lado del salón—. Mi primo tiene un negocio donde rentan máquinas.

—No, muy cliché —dijo Jules acariciándose la barbilla—. Y habrá como mil puestos de algodón de azúcar.

—Podemos montar una piscina —sugirió otro chico— y poner de esas bolas transparentes para que la gente camine sobre el agua.

—Esa me gusta —comentó Evan—, ¿qué piensas?

Jules entrecerró los ojos antes de responder.

—Mejor no, recuerdo que eso lo hicieron los Omega el año pasado. No quiero que nos tachen de copiotas.

El chico a mi lado alzó un dedo en el aire.

—Tengo una idea. Podemos poner una de esas plataformas, esas en las que alguien se mantiene suspendido sobre un tanque y el cliente lanza una pelota a un blanco que hace que...

—No, no, no... —lo cortó Jules—. Recuerdo que eso fue lo que hizo la fraternidad en mi primer año; creerán que nos quedamos sin ideas.

—¿Y por qué no sugieres tú algo? —intervine.

Jules me miró con una ceja arqueada.

—Mi trabajo es dirigir, no pensar. Eso les toca a ustedes. Así que, si no tienes nada que aportar...

—De hecho, tengo algo —lo interrumpí.

Había visto de reojo a Mario, quien se encontraba junto a Evan y otro grupo de chicos apoyados en la pared detrás de Jules. Traía su uniforme de Grind Spot puesto. Mi atención se había quedado fija en la hogaza con ojos estampada en el logo sobre su pecho.

—¿Cuál es tu brillante idea? —inquirió Jules—. Ilumínanos.

Me acerqué al centro de la sala, seguido por la curiosa mirada de todos y la lente de la GoPro en la mano del asistente de Jules, cuya presencia recién notaba.

—Pan... —extendí los brazos dramáticamente delante de la cámara—. De pollo.

Solo hubo silencio durante unos segundos. Si mi vida fuera caricatura, se habrían escuchado los grillos.

—Pan de pollo —repitió Jules, ecuánime—. ¿Esa es tu idea?

Me erguí, cruzando los brazos.

—Hablo en serio.

—¿Pero qué significa? —inquirió Evan—. ¿Sugieres que vendamos pan de pollo o que...?

—Exacto —dije y señalé a Mario—, como el que hacen en Grind Spot.

Jules pasó a mirarlo con los párpados entornados, reflexivo. Los demás hicieron lo mismo mientras cuchicheaban. Mario apretó los labios hacia adentro, aparentemente incómodo por la ola de miradas que se le había venido encima.

—¿Qué dices? —preguntó Jules al fin—. ¿Crees que podemos hacer suficiente pan de pollo para vender en la feria?

Marioladeó la cabeza.

—No lo sé. Yo... no creo —vaciló—. Es que me parece que es una receta familiar que solo hacen en el local. No sé si Felix vaya a acceder a facilitárnosla.

—Pero podemos hacer pastel de carne y ya, ¿no? —sugirió Evan encogiéndose de hombros—. Todos lo conocen y a todos les gusta. Además, aparecen múltiples recetas en Internet.

—Eso —dijo Jules, chasqueando los dedos—, pastel de carne, ya está decidido.

A pesar de que no era lo que tenía en mente, concordé con la alternativa. Jules pasó a decirnos que todos trabajaríamos en ello. Un grupo se dedicaría a montar, otro a preparar y hornear, otro a hacer las compras y el resto asistirían en lo que pudieran.

Lo último que dijo en la reunión fue que, durante la feria, los novatos tendríamos nuestra «iniciación formal».

Allí.

Delante de un sinnúmero de personas.

Al finalizar la reunión, tuve la necesidad de seguirlo mientras se marchaba en dirección a su despacho.

—¿Qué quieres, Fitzgerald? —inquirió mientras se desabrochaba su capa que, al verla de cerca, me di cuenta de que se trataba de un cobertor de barbería.

—¿Cuál va a ser la prueba del domingo?

—Eso lo sabrás el domingo —sonrió y me palmeó el hombro antes de seguir su camino con la capa en una mano y la corona de Burger King aún en su cabeza.

—Espera... Puedes decirme —insistí—, por favor, me lo debes.

—¿Te lo debo? —se detuvo y se volvió hacia mí con una ceja arqueada—. ¿Por qué, exactamente?

—Ya sabes... —miré a ambos lados para asegurarme que nadie nos escuchaba—. Por lo de la pintura y... la mantequilla.

Jules se dio la vuelta nuevamente y entró a su despacho.

—Ese favor ya te lo pagué, ¿recuerdas?

—Pero... pero...

Al percatarse de que estaba a punto de entrar detrás suyo, alzó la mano que traía libre, negándome el paso.

—No tengo tiempo ahora, Fitz. Necesito trabajar en el guion de mi próximo video para grabar mañana temprano con Denver. Haré un video triste fingiendo que me voy de YouTube para llamar la atención y luego mi gran regreso será durante nuestra transmisión en vivo el día de la feria —Jules hizo amago de cerrar la puerta, pero se detuvo—. Por cierto, suscríbete a mi canal «Mr. Jewels with Da Boys», en caso de que aún no lo hayas hecho».

Y entonces sí cerró la puerta.

No pensé en lo de la iniciación hasta al día siguiente, cuando se lo comenté a Samuel durante la clase de Biología I.

—Humillación pública —dijo sin despegar la vista de sus anotaciones, confirmando mi sospecha.

Mierda, lo sabía.

—Los harán hacer algo vergonzoso delante de todos —añadió—. Por ejemplo, el año pasado hicieron que un grupo de chicos corrieran desnudos por los alrededores del campus.

Si hubiera estado bebiendo agua, la habría escupido ahí mismo.

—¿De verdad? —ahogué la voz para no llamar la atención—. ¿Des... desnudos?

—Bueno, no sé... —se encogió de hombros—. Yo no estaba ahí, pero me lo contaron. No recuerdo quién.

—Evan tiene que saber, ¿no?

Samuel solo asintió despacio con los labios apretados y desvió su atención hacia la maestra, quien había empezado a proyectar una diapositiva. Me giré y busqué a Evan con la mirada. Lo encontré dos filas atrás, del otro lado del salón. Tenía la mirada fija hacia el frente. Sus anteojos brillaban en reflejo de la luz amarilla de las bombillas.

Abrí mi cuaderno y anoté una sola pregunta:

«¿Es cierto que el año pasado hicieron que unos chicos corrieran desnudos alrededor del campus como parte de su iniciación? Espero tu respuesta, Fitz».

Arranqué la página y la volví una bola. Me giré y aproveché que la profesora seguía distraída con lo suyo. Cerré un ojo y sostuve el proyectil a una breve distancia de mi rostro, observando a mi víctima como un francotirador. Paciente y preciso.

Cuando las aguas parecieron lo suficientemente propicias, arrojé la bola. Esta se deslizó por el aire en una limpia trayectoria de arco que terminó al chocar contra la rodilla de Evan. Cayó a su lado rodando un poco. La chica detrás de mí me lanzó una mirada de sorpresa, le hice el gesto de secreto con el dedo y ella rio brevemente antes de regresar su atención hacia el frente.

Miré a Evan, quien ahora tenía su atención fija en mí con una ceja alzada.

—Léelo —moví la boca de la manera más pronunciada posible, apenas emitiendo sonido—. El papel.

Por suerte, Evan pareció tener éxito con la lectura de labios. Se inclinó y lo recogió del piso rápidamente. Al desenvolver el papel, sus cejas rubias se relajaron y soltó una breve risa. Sosteniendo la hoja en el aire con el ceño fruncido, pasó a mirarme y sus labios se movieron como diciendo:

«¿Qué?».

Le hice señas de que lo olvide y me volví hacia el frente. La profesora ya había empezado su explicación. Cuando terminó la clase, esperé hasta que saliera y le pregunté si era cierto lo que Samuel me había contado. Evan entornó los párpados y frunció los labios, pensativo. Con esta expresión, se veía muy parecido a su hermano.

—Mhm..., sí y no.

—¿Sí y no? —repetí, intentando buscarle sentido.

—Fueron los Delta —respondió y se cruzó de brazos—. Hicieron que sus nuevos corrieran alrededor del campus sin ropa, pero estaban cubiertos de pintura, así que técnicamente no estaban del todo... descubiertos.

—¡¿Qué?! —exclamé.

Lo sujeté del brazo y lo llevé hacia un lado del edificio donde no había gente.

—No me digas que Jules pretende que hagamos algo similar el domingo.

—Cálmate, Fitz, eso no va a pasar —afirmó y se soltó de mi agarre sin dejar de sonreír—. Las reglas del campus, al parecer, se han puesto cada vez más rígidas respecto a ritos de fraternidades. No se permite nada que involucre desnudez, dolor físico, psicológico, ni... muchas otras cosas, la verdad. Jules estuvo muy fastidiado por ello.

Suspiré aliviado.

—De acuerdo... Entonces, ¿qué nos harán hacer el domingo?

Evan se encogió de hombros.

—Yo soy novato también, ¿recuerdas?

—Por favor, Jules seguro te lleva diciendo desde hace siglos.

—Me gustaría que estuvieras en lo correcto, pero no. No subestimes a mi hermano, él sabe guardarse las cosas.

Y con eso, la curiosidad se expandió en mí como una funda de palomitas de microondas. Jules no había dado casi ningún detalle en la reunión, más que esta sería una prueba de «lealtad y valor».

Lo que sí dejó bien en claro fue que todos los de Kappa iríamos a la feria vestidos con temática de la antigua Grecia.

Todos menos yo.

* * *

—Es tradición de la fraternidad que todos los miembros vistamos acordes —me explicó Jules cuando entré a su despacho para preguntarle si lo de la temática era obligatorio.

—¿Y no puede haber una excepción para mí?

—No —Jules rio—. ¿Por qué la habría?

—Porque... —murmuré y me acerqué a su escritorio muy despacio— si no accedes, podría comentarle a alguien sobre esa broma del otro día... ya sabes... por la que quedaste más azul que el culo de un mandril.

—¿Me estás chantajeando? —arqueó una de sus pobladas cejas muy despacio.

—Ay, no... Yo nunca haría eso... —negué con la cabeza y guardé las manos en los bolsillos—. Solo es algo que podría pasar... digamos... hipotéticamente.

—Hijo de puta.

—Mhm... ¿eso es un sí?

Jules se tensó en el escritorio, observándome como si quisiera estrangularme.

—De acuerdo, puedes ir como quieras, Fitz, pero vuelve a chantajearme y haré que Jake ponga huevos en tu oído mientras duermes.

Miré de reojo el terrario a mi izquierda. El lagarto se encontraba allí detrás del cristal, sin moverse. Parecía observarme de manera fría con su ojo que daba al frente, como si estuviera de acuerdo con lo que acababa de decir Jules.

—No sabía que tu lagarto era chica.

—Yo tampoco hasta hace un par de semanas. Demasiado tarde para cambiarle el nombre.

—¿Y cómo es que pone huevos? —no pude evitar reír—. Quiero decir..., ¿con quién la apareas?

—No hablaba en serio, Fitz. Y en todo caso, sus huevos ni siquiera cabrían en tus estúpidos oídos.

Suspiré.

—Qué alivio.

Jules no respondió, solo se cruzó de brazos y se reclinó contra el espaldar de su asiento sin dejar de mirarme. Harto de mi presencia, sin duda.

—Bueno... ha sido un gusto para mí hablar contigo, como siempre, pero debo ir a almorzar —me acaricié la panza—. Creo haber escuchado que los hermanos de gastronomía hicieron espagueti hoy, uff...

—Ya lárgate.

—De acuerdo, hasta luego —farfullé y salí a toda prisa del despacho, feliz de haber cumplido mi cometido.

* * *

Habiendo llegado el anticipado domingo, nuestro gran día —y mi némesis—, todos en los pasillos y las inmediaciones de la casa iban vestidos con cortinas y sábanas blancas atadas con sogas. Incluso mis compañeros de cuarto se vistieron así, ajustándose la tela al cuerpo de distintas maneras. Hacía tiempo que habían salido a preparar todo con el resto.

Con el cuarto disponible para mí solo, no tuve nada de prisa en arreglarme. Después de tomar una larga ducha y asegurarme de que mi piel estuviera limpia para el disfraz y el pegamento, salí y me transformé en una extraña mezcla entre John Lennon y mi abuelo difunto.

Mami: ¿Pero qué te has puesto?

Mami: Dios mío, te ves igual que tu abuelo; no lo puedo creer

Yo: Lo sé, parece mentira, jajaja

Mami: ¿Y a dónde es que vas vestido así?

Mami: Y con esa barba

Mami: Es que estás igualito, hasta me da miedo enseñarle la foto a mamá y que se asuste

Yo: No, no se la mandes. Tú sabes cómo se pone

Mi abuela era hipertensa y solía dejarse llevar por la emociones. Como señora del campo profundo, por supuesto que creía en brujas, fantasmas, males de ojo y todas esas cosas. Una vez, estábamos de vacaciones en su casa en las montañas y mi pequeña hermana Celeste —antojada que es— salió en la madrugada porque le habían entrado ganas de ir al baño. Como estaba oscuro, mi abuela le entró a escobazos pensando que un *bacá* o algo se había colado.

Hermosos recuerdos de mi infancia.

Yo: Voy a una feria que celebra la gente de aquí cada año

Yo: Por eso me vestí así

Mami: Pero esa barba es falsa

Mami: No te ha podido crecer tanto en tan poco tiempo

Yo: No no

Yo: Es una peluca y una barba postiza

Yo: El plan era disfrazarme de Lennon jajajja

Mami: Ya

Yo: Dime como fan de los Beatles consideras que me parezco?

Mi mamá tardó un rato en responder.

Mami: Pero no recuerdo haber visto nunca a Lennon llevar una barba tan larga

Al leer este último mensaje, volví a mirarme en el espejo. La barba me cubría todo el cuello con su marrón fibroso. De seguro mi mamá tenía razón y Lennon nunca se la dejó crecer tanto, pero era alquilada al igual que el disfraz, así que mejor no me ponía inventar.

Yo: Bueno así se va a quedar

Mami: Sí déjalo que estás chulo así

Mami: Tu sabes que a la primera oportunidad estamos ansiosas de irte a visitar

Justo al recibir este último mensaje, escuché a alguien dar dos toques a la puerta.

—Fitzgerald, ¿estás ahí? —dijo una voz desconocida desde el pasillo—. Evan dice que lo busques en la entrada.

—¡De acuerdo, ya salgo! —respondí y oí los pasos del sujeto alejándose.

Yo: Ma tengo que irme, te llamaré mas tarde

Yo: Chau

Mami: Está bien

Mami: Diviertete príncipe

Mami: Y toma mucha agua

Solté el teléfono sobre el escritorio de la habitación. Decidí ponerme la chaqueta blanca por encima aunque hiciera calor. No quería dejar el outfit incompleto.

Alcané a ver que me llegó otro mensaje:

Mami: Le enseñé la foto a tu hermana y está aquí al lado mío muerta de la risa

Entonces oí la risa de Celeste en mi mente. Una risa atropellada y ahogada que a veces hasta costaba creer que en serio le hiciera tanta gracia lo que fuera de que se estuviera riendo, a diferencia de mi mamá, quien se reía de manera pausada pero ruidosa.

Y entonces me percaté de cuánto las echaba de menos.

Aparté la nube de pensamientos nostálgicos que empezaban a nublar mi camino y tomé el libro de anatomía que yacía sobre mi colchón, el cual había llenado de *post-its* con anotaciones durante los últimos dos días, estudiando hasta literalmente perder el conocimiento por el sueño. Mi prueba con Donovan estaba a la vuelta de la esquina y ni siquiera una feria o mi familia me distraerían de mi propósito.

Debía esforzarme hasta sentir que estaba cien por ciento preparado.

Metí el libro y mi cartera en una mochila de cuerdas que me habían regalado los de la beca y salí del cuarto. No alcancé a ver nadie en el pasillo. Al salir al vestíbulo, una jauría de chicos cruzaron junto a mí en dirección al salón como una ráfaga de sábanas blancas. Me pregunté detrás de qué iban con tanta prisa.

En eso, noté a un chico alto que bajaba las escaleras y me miraba de reojo.

—¿Yisus?

—John Lennon —corregí y me ajusté las gafas.

El chico rio brevemente y siguió su camino hacia el salón con el resto. Fui tras él y me detuve al verlos allí, todos reunidos en círculo con el puño en el aire, exclamando palabras de aliento en un severo barullo. Me acerqué y deseé ser más alto. Apenas conseguía ver entre los hombros de los sujetos delante de mí. Me alcé de puntas, apoyándome de uno de ellos y alcancé a ver en medio de la sala a un chico bajito que bebía de una enorme jarra con la cabeza hacia atrás.

—¿Qué sucede?

—Perdió una apuesta —me respondió uno de los que estaban delante de mí con una sonrisa cruda en el rostro—, tiene que bajarse la jarra entera de un tirón.

El líquido amarillo empezó a escurrirse por las comisuras de los labios del chico bajito, bajando por su cuello y manchando las sábanas que lo cubrían, pero no dejó de beber y los demás no dejaron de animarlo.

—¿Qué está tomando?

—Birra —dijo el chico del hombro en el que me estaba apoyado, antes de mirarme por encima—. Ey, te ves como Jesucristo.

Resoplé y me eché hacia atrás.

—Lennon —expliqué por segunda vez, pero él ya había devuelto su atención al centro del

salón.

Me di la vuelta y caminé hacia la cocina. Me paré en seco delante del tremendo desorden en la estancia, como si hubiera sido el epicentro de un huracán de harina y salsa. Mario se encontraba solo en el medio, limpiando con un trapo húmedo el mármol de la encimera. Llevaba un delantal rojo chillón y era la primera persona que no veía con sábanas puestas. Cuando sus ojos dieron con los míos, separó los labios y arrugó el entrecejo.

—¿Por... por qué?

Respiré hondo antes de responder.

—Solo... no digas que me veo como Jesús, por favor.

Mario soltó una breve risa y siguió pasando el trapo por la encimera.

—En realidad, me recuerdas más a John Lennon, con las gafitas.

Exhalé de alivio.

—Gracias.

—O sea que... ¿acerté?

—Sí, y has sido el único hasta el momento.

—De acuerdo, y... —volvió a reír—. ¿Por qué te vestiste así? Esa era mi inquietud.

—Porque disfrazarse es tradición de la universidad, ¿no? Lo dijo Jules.

—Sí, pero... se suponía que era vestir como gente de la antigua Grecia, no como... Los Beatles.

—Digamos que me salté esa parte del comunicado —sonreí—. No creo que a Jules le importe.

—Sí, bueno... Tú al menos te disfrazaste.

—¿No piensas ponerte tus sábanas?

Mario negó con la cabeza y remojó el trapo en un recipiente con agua.

—No voy a ir.

—¿No vas? ¿Por qué?

—No me siento bien hoy —escurrió el trapo sobre el reguero de trastes en el fregadero y siguió pasándolo.

—¿Estás enfermo?

—No.

—¿Te duele algo?

—No, Fitz.

—¿Y entonces qué tienes? ¿Por qué estás aquí solo?

—Estaba ayudando a los de gastro a terminar con los pasteles, estaban aquí trabajando hace un minuto, pero fulano perdió una apuesta con no sé quién y todos se fueron a ver qué sucedía.

—Ah, sí..., todos están en el salón viendo a un chico bajarse un litro de cerveza.

—*Cool* —dijo y apretó los labios en una línea recta.

En definitiva, no se veía muy animado.

—Pero dime, ¿qué sucede? —me acerqué—. Puedes contarme, no soy chismoso.

Mario se mordió el labio inferior en un gesto incómodo y soltó una breve risa.

—Em..., rompí con mi novia.

—¿La chica guapa de Grind Spot?! —me llevé una mano a la boca—. ¿Por qué? Se veían tan bien juntos.

—Pues... sucede que yo no era el único con el que se veía.

Después de soltar esta bomba, se limitó a seguir limpiando como si nada. Sabiendo que los rompimientos eran como el duelo, consideré más sensato darle su espacio y seguir con lo mío.

—Mario, lo siento mucho —suspiré—. Ahora, ¿puedes pasarme una botella de agua? La buscaría yo mismo, pero me da miedo..., ya sabes... —proseguí y me abaniqué con la chaqueta— ensuciar el traje.

Eficiente como cuando me atendía en Grind Spot, no demoró nada en traerla. Le agradecí, metí la botella en mi mochila y caminé de regreso al vestíbulo, uniéndome a los chicos con sábanas que ahora se movilizaban desde el salón, las escaleras y otros puntos de la casa.

Como era de esperarse, mi atuendo acaparó su atención.

—¡El Mesías, señores!

—¡Viva Cristo Rey!

—Por favor, Yisus, perdona mis pecados...

—¡Resucitó, resucitó!

Todos en la mansión no dejaban de reír y hacer su algarabía blasfema. Era curioso porque el mismo Lennon había asegurado ser más popular que Jesús alguna vez, pero solo Mario había mencionado su nombre hasta el momento.

Hippie creído.

—¿Puedo tomarme una foto contigo?

—No —esquivé a este chico que sostenía su teléfono frente a mi cara y salí de la casa.

Afuera, alcancé a ver el autobús que Jules había rentado para movilizarnos, estacionado del otro lado de la cerca. Evan se encontraba junto al vehículo con un portapapeles en la mano. Su atuendo de la antigua Grecia se veía mucho mejor que cualquiera que haya visto hasta el momento. La tela se ajustaba a él como una túnica de verdad, llevaba un cinturón de cuero en la cintura y un laurel falso color dorado le cruzaba de oreja a oreja por detrás de la cabeza. Al acercarme, levantó la mirada del portapapeles.

—Mhm..., ¿busca algo, señor?

Me quedé congelado.

¿Señor?

Evan me miraba con los párpados entornados, como si intentara descifrarme. No traía sus gafas.

—Oh, disculpe, ¿este no es el autobús del geriátrico? —inquirí con una voz muy grave y rasposa—. Es que, después de parar para ir al baño, me perdí en los alrededores de esta casa, una hermosa... —fingí una tos—. Hermosa casa.

Hice lo posible por no mirarlo a los ojos. Parecía creerse el cuento.

—Oiga..., no sé cómo llegó aquí, pero no debería...

—Yo y el resto de vejastorios íbamos de camino a la feria de Halcyon, pero creo que... yo... —me llevé la mano al pecho e hice como que me daba un infarto.

—Señor, ¿se encuentra bien?

Me moví torpemente, emitiendo quejidos de dolor e inclinándome hacia adelante sin quitarme la mano del pecho.

—Tranquilo, respire —farfulló Evan, poniendo su mano sobre mi hombro—. Llamaré a emergencias. ¡Por favor, mantenga la calma!

Su reacción nerviosa proyectaba todo menos la calma que pedía. No pude evitar echarme a reír.

—Lo siento —volví a erguirme con mi voz normal, luchando por mantener la compostura—. Perdón, Evan.

—¡¿Fitz?! —chilló con el teléfono en el oído y los párpados muy separados como si hubiera

visto un fantasma.

Me quité las gafas e hice una reverencia.

—El mismo en persona.

Una voz femenina intervino desde su teléfono:

—Nueve uno uno, ¿cuál es su emergencia?

Nos miramos sin mover un músculo por un instante.

—No, cuelga, cuelga —dije con voz ahogada.

Evan parpadeó varias veces como si se hubiera despertado de un trance y canceló la llamada.

—No te pases, Fitz, en serio me asustaste —se quejó y me pegó un ligero puñetazo en el hombro—. Perdón.

—No, no te preocupes, desahógate —reí—. Lamento haberte asustado.

Evan suspiró y cruzó los brazos con el portapapeles apoyado contra su pecho.

—Hasta llegué a pensar que terminaría practicándote RCP. Lo ensayé en mi mente y todo.

No pude evitar reír.

—Bueno, si te hace sentir mejor, no me habría molestado ser tu sujeto de práctica.

—No vuelvas a hacerme algo así —entornó los párpados—. Detesto la adrenalina.

—¿Un médico al que no les gusta la adrenalina? —bufé—. ¿Y qué harás en un hospital, dar baños en cama?

—Hay mucho más que medicina de emergencia, Fitz. Además, dar baños en cama es un trabajo igual de digno.

—Ajá, habló el enfermero.

—Como dije —respiró hondo—, hay mucho más que medicina de emergencia en esta carrera. La razón por la que no me dedicaría a eso es porque soy muy meticuloso con las cosas que hago. No soy tan bueno trabajando bajo presión.

Suspiré.

—Pobre alma en desgracia.

—¿Sabes qué? No seguiré hablando contigo —devolvió su atención al portapapeles—. Te mandé a buscar porque adentro está tu amigo Samuel; llamó a la puerta hace un rato buscándote y le dije que no podía entrar a la mansión.

Junté las palmas, emocionado. Días atrás, le había comentado a Samuel en la cafetería que iría disfrazado de Lennon. Él me respondió que le gustaría ir como Bowie, a pesar de no pertenecer a la fraternidad ni tener la necesidad de disfrazarse.

—¿Y te fijaste si vino disfrazado también? —estiré el cuello, pero no alcancé a verlo desde allí por la altura del autobús.

—Bueno, vino con un traje muy brillante y emplumado —respondió y soltó una breve risa—. Ahora me siento estúpido por no haberme dado cuenta cuando te acercaste... de que solo eras tú disfrazado. Voy a tener que conseguirme lentes de contacto.

—Qué va, debe ser por mis dotes de actuación —extendí los brazos, haciendo alarde—. Se suponía que mi disfraz era de John Lennon, no de anciano con hipertensión, pero bueno, al menos no me comparaste con Jesús.

—La barba es convincente —me miró y sonrió un poco—. Aunque no recuerdo que Lennon tuviera tanta.

Suspiré.

—Mi mamá dijo lo mismo.

—¿Por qué te disfrazaste de él? ¿Eres su fan?

—No, no... Mi mamá sí lo es, pero simplemente se me ocurrió.

Unos chicos detrás de mí cruzaron y se subieron al bus. Un grupo grande venía acercándose desde la casa.

—Bueno, al menos el traje es blanco y no desentonas del todo con el resto —me señaló hacia la puerta del autobús—. Te recomiendo que te subas ahora, a no ser que quieras ir en la segunda vuelta conmigo.

—Lo haría, pero... —miré hacia atrás, sin poder evitar pensar en Mario. ¿Qué estaría sintiendo?—. Como Samuel me está esperando dentro..., quiero decir, Bowie, mejor voy.

Evan asintió con el rostro apretado en una sonrisa, como si estuviera a punto de reírse, pero, en lugar de eso, regresó su atención al portapapeles. Me uní al grupo que se acercaba al autobús y subí detrás de un chico al que se le marcaban líneas de bronceado por donde no le tapaban las sábanas. El chofer, un hombre panzón recostado contra el espaldar del asiento de piloto, me miró raro al pasar.

Qué manera de mirar a una leyenda de la música.

Me acerqué a Samuel, quien aguardaba solitario en uno de los asientos al final del autobús. Traía auriculares en las orejas y la mirada fija en su teléfono. No se veía para nada como David Bowie.

—¡Traidor!

Al escucharme, se quitó los auriculares y me miró con el ceño fruncido.

—Ey, Fitz... —me observó de arriba abajo—. Pero bien que te curraste con tu disfraz.

—Gracias —gruñí y me senté a su lado—, me gustaría poder decir lo mismo. ¿Qué clase de disfraz de Bowie es el que traes puesto?

Samuel estaba prácticamente igual que siempre, solo que ahora traía el pelo algo húmedo, sus jeans eran blancos y llevaba puesto un saco del mismo color, al cual le sobresalían plumas por las hombreras. Parecía un ángel al que le habían entrado a escobazos.

—Es que se me hizo algo complicado.

—¿Complicado? —bufé—. Solo tenías que ponerte un lente de contacto y pintarte un puto rayo con acuarela en la cara. Yo tuve que pegarme esto —le señalé la barba—. Y para el colmo, creo que Lennon ni era tan barbudo.

—Pues... perdón. Si hubiera sabido que te lo tomarías tan en serio, habría hecho eso.

—¿Y de qué se supone que te disfrazaste? ¿Un pollo camino al asadero?

—Soy Elton John —dijo y levantó una gafas brillantes que tenía al lado en su asiento, impregnadas de cristales color rosa—. Creo que sin esto no es tan convincente —se las puso y me miró de nuevo.

Al cabo de unos segundos, acepté el parecido.

—De acuerdo, chulo disfraz. Es solo que... no es justo.

—¿Por qué?

—Porque yo estoy muerto y tú estás vivo.

—¿Y? —dijo entre risas—. No veo que sea para tanto.

Entre los últimos chicos que terminaban de llenar el autobús, el asistente de Jules apareció. Traía ropa normal y cargaba entre sus brazos a Jake. Me saludó con una sonrisa amistosa antes de depositarse un par de asientos delante de nosotros.

—¿Por qué ese niño trajo una iguana? —murmuró Samuel, inclinándose a mi oído.

—Es un dragón barbudo —lo corregí—. Le pertenece a Jules.

—¿Jules tiene lagartos ahí dentro? —arqueó las cejas—. En ese caso, me alegro de que Evan

no me haya dejado entrar cuando llegué.

—Lo tiene dentro de un terrario, además, creo que es inofensivo. Mira cómo lo carga, como si fuera un gato.

—No compares a esa cosa con los gatos, los gatos son los amos del universo.

Arrugué la nariz. Me incomodaba solo de pensar en esos animales.

—Pues los amos del universo me dan una puta alergia cada vez que me pasan cerca.

Samuel soltó una breve risa y volvió a colocarse los auriculares.

—En ese caso, te declaro oficialmente «*persona non grata*» en mi casa.

—Oh, gracias por la no-bienvenida en tu guarida —forcé una sonrisa—. Y yo oficialmente no te invito a mi futura boda, que si lo pienso... —proseguí y miré en mi reloj—, dependiendo de cuánto tardemos en llegar y cómo se den las cosas hoy, la fecha podría no estar tan lejos.

—¿Ah, sí? —arqueó una ceja.

—Amigo mío, creo que llegó el momento de buscar a mi Yoko Ono.

14

SABOTAJE

Me había dejado perder entre las páginas del libro de anatomía cuando sentí un dedo picándome al hombro. Alcé la mirada y me encontré con una señora y un niño pequeño observándome sin parpadear.

—¿Puede mi Adrián tomarse una foto contigo? —inquirió la mujer.

Era como la milésima vez que me pedían una foto en la última hora y media. Cada vez que se acercaba alguien al puesto, solo rezaba en mi cabeza:

Por favor, que sea para comprar pastel de carne... Por favor, que sea para comprar pastel de carne...

Si me hubieran advertido que con este disfraz iba a recibir tanta atención, tal vez sí habría accedido a ponerme las sábanas blancas después de todo. Desde que Evan me puso una etiqueta sobre la solapa de la chaqueta que decía «John Lennon», me volví la segunda atracción del puesto.

También le había puesto una a Samuel que decía «Elton John», pero las personas le pedían fotos en menor medida. Yo tenía que levantarme cada dos minutos y fingir que no me irritaba dejarme abrazar por desconocidos y sonreír para una cámara.

—Claro —le respondí a la señora y me puse de pie.

Dejé el libro sobre el barril en el que había estado sentado estudiando. A unos metros, en el puesto, Evan y el resto acomodaban, cortaban y les vendían pastel de carne a los que se acercaban. El puesto había sido montada en un buen sitio, no muy lejos de donde se encontraban los juegos mecánicos, pero tampoco demasiado cerca del área del vómito. Un cartel de «salvemos al pez loro» con un gordo y colorido pez dibujado al lado colgaba sobre la carpa.

Al verme junto a la señora y el niño, Evan me alzó el pulgar desde el puesto, animándome. Entorné los párpados y me coloqué junto al pequeño, cuya altura apenas me llegaba al muslo.

Muslo, cuádriceps, fémur, sartorio... Los conceptos saltaban en mi cabeza como chispas. Tantas horas seguidas mirando ese libro me tenían aturdido.

—Si pudiera agacharse junto a él para la foto... —sugirió la mujer, apuntándonos con la cámara de su teléfono.

¿Y arriesgarme a ensuciar este traje? Sí, cómo no.

Tomé al niño y lo cargué entre mis brazos contra un costado como solía hacer cuando tenía que cargar a mi hermana de pequeña y a mis primos en las visitas dominicales.

—Bueno, eso también funciona —dijo la mujer entre risas.

El pequeño rio y se pasó la mano por uno de sus ojitos.

—Tu barba da cosquillas.

—Lo sé —contesté forzando una sonrisa—. Señora, ¿ya va a tomar la foto?

—Claro, dame un segundo... —ella manejaba el aparato con los párpados muy entornados, como si apenas viera—. Ahora me doy cuenta de que esto estaba grabando.

Mierda.

Samuel se encontraba junto al puesto, mirándome y riéndose de la situación. Me entraron ganas de ir a donde estaba y desplumarlo.

—Bien, ya... Ahí va la foto —dijo al fin la señora—. Digan *yesterday*...

—Yesterday —dijo el niño con su voz de muñequito y yo me limité a mirar a la cámara.

—Eso... Mira qué guapo —dijo la señora mientras el *flash* seguía disparándose hacia nosotros en un continuo parpadeo.

Parecía que no iba a parar nunca.

—Sí, sí, gracias por el cumplido, sé que lo soy —bajé al niño y él volvió a reír—. Sí, muy gracioso, ¿verdad? Ahora regresa con tu madre.

—Es mi nona —dijo y se llevó un dedo a la boca.

La señora bajó el teléfono y volvió a acercarse.

—Se lo decía a mi nieto —aclaró mientras sujetaba la mano del pequeño.

Bufé.

—Ya quisiera él estar más guapo que yo.

La señora entornó los ojos y pareció estar a punto de marcharse, pero el niño no se movió.

—Adrián, ven.

—Pero... pero... dijiste que me dejarías pedirle que me cante algo —protestó, haciendo pucheros.

—No creo que él quiera, mi niño.

El niño se zafó de su agarre y dio unos pasos hacia mí.

—Señor, ¿puede cantarme algo?

—Tengo diecinueve, no me llames señor.

—Porfaaa —procedió a sujetar la tela de mi pantalón y zarandear, insistente.

—No sé cantar, niño.

—Solo unaaa...

—Que no.

Entonces, juntó las manos y me miró con ojos de perrito herido.

—Por favor.

—Escucha, no soy Lennon, incluso si pudiera...

—Ey, ¿cuál quieres que te canten? —intervino Evan, saltando de pronto en la situación—. ¿Cuál es tu favorita de él? —se me colocó delante, haciendo una barrera entre nosotros.

—Leribí —respondió el niño.

A diferencia de mí, Evan optó rápidamente por acucillarse para estar a su nivel.

—*Let It Be*, ¿en serio? Esa es mi favorita.

—Oh, no voy a cantar *Let It Be* —me crucé de brazos.

—Por favor —volvió a decir el niño con ojos de perrito.

—Por favor —dijo Evan, imitando su expresión.

No podía creer que en serio le estuviera siguiendo la corriente.

—Lo siento, no puedo... Ni me acuerdo bien de la letra.

—No te preocupes, te ayudamos —dijo Evan y silbó en dirección a los chicos que se encontraban alrededor del puesto.

—Ey, ¿qué haces? —protesté y le solté un manotazo para evitarlo, pero todo el grupo ya había empezado a acercarse.

—Tranquilo —murmuró—. Déjalo ser.

Antes de poder volver a negarme, estábamos rodeados por un muro de sábanas blancas con olor a sudor y grasa. Evan se colocó en el medio junto al niño.

—Bien, escuchen, a la cuenta de tres, Fitz empezará a cantar *Let It Be*. Como es tímido, lo

ayudaremos.

—¿Qué? No, no, no —farfullé, pero mi voz se perdió entre el murmullo del tumulto que cada vez se hacía más grande. Personas del resto de la plaza se acercaban curiosos, llenando el espacio.

No, no, no, no, no...

—Evan, no voy a cantar delante de toda esta gente —dije tomándolo por el hombro—. ¿Cómo llamar a una multitud me va a ayudar con la timidez?

—Vamos, Fitz. Hazlo por el chiquillo —me palmeó el brazo y alzó una mano en señal de atención—. Bien, a la cuenta de tres. Uno... dos... ¡y tres!

Al terminar el conteo, Evan empezó a cantar la primera estrofa. El resto fue uniéndose en un creciente manojo de voces:

When I find myself in times of trouble, Mother Mary comes to me.

Speaking words of wisdom, let it be...

Cuando se percató de que no les seguía, Evan me pegó dos codazos en el brazo sin dejar de cantar. Bufé y me les uní.

And in my hour of darkness, she is standing right in front of me

Speaking words of wisdom, let it be.

Todos a mi alrededor cantaban unidos y motivados, como si realmente estuvieran delante de un Beatle. Al pequeño Adrián se le había iluminado el rostro por la alegría. Por un momento, casi olvido la vergüenza que me provocaba todo esto.

—Bien, bien..., eso es todo, gracias —hice una breve reverencia y todos pasaron de cantar a aplaudir y hacer algarabía.

El pequeño abrazó una de mis piernas.

—Gracias por cantar para mí.

—De nada —respondí cuando se separó de mí, sujetado de la mano de su abuela.

—Gracias —dijo la mujer en dirección a Evan, quien se limitó a asentir y se despidió del niño con un raro juego de palmas que lo hizo reír.

Ah, entonces le agradece a él y no a mí.

Bufé.

El tumulto empezó a disiparse. Los chicos de la fraternidad regresaron al puesto y la gente siguió caminando por la feria, a excepción de un grupo que reconocí al instante: el club «Clamidia».

—Vaya, vaya, Lucas, ¿nuevo *look-as*?

Entorné los párpados mientras Roger y otros dos chicos se me acercaban con sonrisas burlonas

—¿Te gusta? —abrí mi chaqueta sosteniéndola de las solapas y di una vuelta—. Puedo recomendarte el sitio donde lo compré. También venden trajes de payaso, de seguro más de uno te quedaría bien.

Para mi sorpresa, Roger soltó una carcajada.

—No gracias, si quisiera verme como payaso, ya habría hurgado entre tus cosas.

—¿Ah, sí? Pues yo habría llamado a la policía por delito de intromisión a la intimidad, ¿cómo ves?

—¿Suced algo? —intervino Evan con el ceño fruncido.

—Ey, Evan, ¿cómo estás? —le saludó Roger sin dejar de sonreír—. Lucas y yo hablábamos sobre su... —prosiguió y me miró de reojo— disfraz.

—¿Ah, sí? —inquirió Evan con las cejas alzadas, como si no le creyera.

—Es que pensé que todos vendrían vestidos siguiendo el mismo tema de cada año. No que sería una mezcla entre mitología griega... —miró a Samuel, quien también había empezado a acercarse con sus plumas rosadas moviéndose en la dirección de la brisa— y cantantes de rock.

—El tema es antigua Grecia —corregí.

—Sí, eso mismo —aceptó sin mirarme.

—Es que Fitz y Samuel son como... nuestra segunda atracción —explicó Evan—; por eso están fuera de tema.

—El cual es antigua Grecia —remarqué.

—Me quedó claro, gracias. —Forzó una sonrisa en mi dirección y pronto se volvió hacia Evan—. Por cierto, Becker, oí sobre el problema que tuviste con Chloe hace una semana. ¿Es cierto?

—Sí, básicamente ella y sus amigos casi me matan.

Roger y sus acompañantes empezaron a reír entre ellos por algún motivo.

—Vamos, Becker, no creo que haya sido para tanto.

—Si Fitz no hubiera estado ahí, tal vez hoy no estaría aquí —afirmó Evan, serio—. Y de hecho, intenté explicarle a tu prima minutos antes la gravedad de mi alergia, pero sus amigos me dijeron que me callara.

Entonces... aquella chica y Roger son primos.

Tenía sentido. Ambos eran seres desagradables e irritantes.

—Eso es cierto —corroboré—. Los escuché desde mi mesa, planeándolo.

—Ah, entonces por un malentendido decidieron echar para atrás todo lo que estábamos planeando —dijo Roger con las cejas alzadas—. Qué bien.

—No llegamos a planear nada: yo fui al café con sus amigos, quisieron reírse de mí. Me fui.

—¿Qué planeaban? —inquirí—. Si se puede saber...

—Querían colaborar con nosotros en un puesto, ya que el sitio que les cedieron para la feria no era... muy favorable.

—Di las cosas como son, Evan —intervino uno de los chicos junto a Roger—. Nos mandaron al puto estacionamiento del otro lado del parque.

—Ese que siempre huele a orina porque es donde mean los taxistas de la calle de enfrente —agregó el otro acompañante.

—Pero claro, a ustedes les apartaron un sitio perfecto —prosiguió Roger con su sonrisa forzada—. Tránsito fluido de personas... sombra... nada de vómito... El sitio ideal.

—Y por eso le pedí a Jules que me dejara acordarlo con ustedes, pero tu prima y sus amigos casi me provocan un choque anafiláctico, así que no vengas a insinuar que somos los malos cuando lo del puesto es algo que ni siquiera decidimos nosotros.

—No veníamos a atacarlos ni insinuar nada —afirmó él con un aire de inocencia superactuado—, solo pasábamos a curiosear el puesto y ver qué habían decidido finalmente. Y, por lo que he podido ver, no fue suficiente con la elección de vender un platillo de mal gusto, también tuvieron que revivir cantantes que a nadie le importan.

—¿Disculpa? —me acerqué a él, luchando por procesar eso último.

—De verdad no entiendo como no les da ningún remordimiento apoyar industrias que tratan seres vivos como productos banales. ¡Su campaña es para salvar al pez loro, por amor de Dios! Venden esto cuando hay cientos de alternativas saludables y éticas que pudieron haber tomado, incluso dejando al club afuera.

—En mi defensa, yo no pertenezco a la fraternidad —comentó Samuel, alzando un dedo.

—Cállate —me coloqué delante de Roger, quien se irguió con los brazos cruzados en respuesta—. Escucha, como la persona que hizo nacer esta brillante idea, quiero que me digas quién mierda eres tú para decidir qué podemos vender o no. Si te molesta nuestro puesto de pastel de carne, entonces pasa de largo. Hay muchos otros puestos que de seguro apelarán a tu supuesto buen gusto.

—Oh, ni siquiera te atrevas a sugerir que alguna vez tuve intenciones de comprarles nada. Puedo salvar al pez loro por mi cuenta.

—Roger, no empieces —dijo Evan, rodando los ojos.

—Les doy un centavo mío y estaría siendo igual que todos ustedes, que tienen el descaro de montar un cartel así cuando en realidad consideran que los animales son solo para su consumo.

—¿Hay alguna ley que nos prohíba vender pastel de carne, Roger? —pronunció una voz indiscutible que me hizo girar hacia atrás de manera automática.

Jules se encontraba de pie frente a nosotros. Llevaba puesta una armadura dorada sobre una túnica roja que terminaba sobre sus rodillas. Atrás había quedado su corona de Burger King, reemplazada por un casco de gladiador plateado con una cresta roja y detalles azules. Parecía estar a punto de entrar a una arena.

—Vaya, Jules, y yo que creí que ya había visto el disfraz más impresionante del día, pero veo que estaba equivocado.

—Gracias, Roger, pero eso no responde a mi pregunta —tenía sus ásperas cejas juntas, irritado como el resto de nosotros.

—Tal vez ninguna ley prohíba que vendan aquí, pero eso no cambia el daño que hacen con lo que promueven.

—De acuerdo —Jules asintió y se cruzó de brazos—. ¿Algo más?

Roger rio.

—Claro, no te importa... Pero créeme que esto no se va a quedar así.

—¿Qué? ¿Me vas a denunciar por vender pastel de carne? ¿No acabas de decir que ninguna ley lo prohíbe?

—Tal vez ninguna ley prohíbe eso, pero ¿qué hay de tu bonito lagarto australiano? —señaló con la cabeza hacia el asistente de Jules, quien se encontraba junto al puesto exhibiendo a Jake ante un grupo de niños que lo observaban curiosos.

—¿Tienes algún problema con mi lagarto, Roger?

—No, no..., siempre y cuando lo tengas viviendo en las condiciones necesarias y con los permisos actualizados a las nuevas leyes que tenemos ahora. ¿Has estado al pendiente de eso?

—Tengo todo en regla —afirmó.

—¿Seguro? Si quieres te mando un PDF luego..., solo para que confirmes.

—Te lo agradecería.

Roger amplió la sonrisa y se despidió señalando con la cabeza a cada uno.

—Nos estaremos viendo entonces... —dijo por último y se marchó seguido de su séquito.

Jules les levantó el dedo de en medio y les apuntó con él hasta que escaparon de nuestro campo visual. Mientras mis ojos navegaban entre la gente, este tierno rostro lleno de seguridad con el que me había topado solo un par de días atrás saltó de la nada.

Kali.

Mis piernas se movieron en su dirección casi en automático.

—Ey... —dije y me detuve a su lado en derrape, lo que la hizo espantarse.

—Oh, ¿quién es usted?

Me retiré las gafas y sonreí.

—Soy yo, Fitz, nos encontramos el otro día frente a la biblioteca. ¿Me recuerdas?

—Ah, tú... —estalló en una cruda risa—. Te ves... diferente.

—¿Diferente es bueno?

Kali ladeó la cabeza, indecisa.

—Claro... Interesante aparición, por cierto.

—Oh, perdona si te asusté, no quise...

—Descuida, supongo que estamos a mano ahora por lo del otro día.

—Sí... —reí—. Tú me sorprendiste, yo te sorprendí. Ahora el universo debe estar equilibrado.

—Y vaya que me sorprendiste —Kali rio conmigo—. Lo primero que me vino a la cabeza fue: guau, ¿por qué este señor se me mete en el medio como si me conociera?

—Sí... —me llevé una mano a la nuca—. Perdón por eso... De hecho, no eres la primera persona que asusto hoy.

—Asumo que no, ese es el *QB* de los disfraces.

—Gracias —respondí habiendo asumido por su tono que esto había sido un cumplido—. Es alquilado.

—Ya.

Apenado, luché por mantener la compostura. No quería que pensara que mi risa era burlona.

—Sí —murmuré y me llevé una mano a la nuca, con la esperanza de que dijera otra cosa, pero ella solo frunció los labios—. Y... ¿qué vas a hacer ahora?

—Iba a ayudar a unas amigas a montar un puesto, van a vender perros calientes del otro lado de la plaza.

—Oh, amo los perros calientes —mentí—, son tan ricos y... *yummy*.

Dios, qué acabo de decir.

—¿Quieres venir a ver el puesto?

—No... La verdad es que debo mantenerme aquí, soy una de las atracciones del puesto que puso mi fraternidad —comenté, haciendo alarde—. Soy parte de Kappa, por cierto, una de las más exclusivas del campus...

La chica asintió, entornando los párpados.

—Ah, ya veo... Bueno, pues nos vemos —dijo por último y siguió su camino.

Confundido por su reacción, volví a interceptarla poniéndomele en frente.

—Ey, espera...

—¿Qué sucede?

—Es que... me preguntaba si..., no sé..., si te gustaría salir alguna vez. Es que... en todo el tiempo que tengo aquí todavía no me he puesto a explorar a profundidad estos lares fuera del campus, y me preguntaba... si te gustaría enseñarme un par de sitios que pienses puedan ser de mi agrado.

—Un par de sitios... —repitió y soltó una breve risa—. Escucha, me caes bien, en serio, pero sé a dónde quieres llegar con esto y voy a ser sincera: eso no va a pasar.

Diez segundos casi no fueron suficiente para procesar estas palabras. Sentí que me habían arrojado un balde de agua fría encima... y luego el balde con todo.

—Pero... ¿po... por... por qué?

Kali colocó una mano sobre mi hombro y me miró fijamente con una expresión muy seria.

—No salgo con chicos de fraternidades.

Este segundo balde me dejó más confundido que decepcionado.

Chicos de fraternidades.

Quise preguntarle a qué se debía; pero, antes de que me diera chance, ya se había marchado.

—Bueno, eso no terminó muy bien —comentó Samuel, colocándose a mi lado—. ¿Quién era?

—No —bufé.

—¿Su nombre era «no»?

—Sí..., quiero decir... ¡No! Su nombre era Kali. Mierda...

Me sentía perdido en un trance. Apenas conseguía darle sentido a lo que acababa de suceder.

—¿Estás bien? —inquirió Samuel, acercándose con pasos cortos.

—No.

—De acuerdo —respondió con su usual tono de voz monótono, como si en realidad le diera igual.

—No sé por qué me pasan estas cosas.

—A lo mejor es karma.

—¿Y karma por qué, yo qué hice?

—Bueno, sabrás tú... —se encogió de hombros—. No te conozco tan bien, de seguro siempre la lías.

Suspiré.

—Estas cosas solo me pasan a mí. ¿Y puedes creer que Evan me haya forzado a cantar? Como si fuera el verdadero Lennon...

—Bueno, pero casi le arruinas la infancia a ese niño.

—Solo quería ser sincero.

—Tiene como cinco años, Fitz.

—Bueno, a los cinco años yo ya sabía que Santa no existe y que la lucha libre no es real. Y mírame ahora.

—Te ves acabado —respondió entre risas.

—Porque llevo un disfraz que me hace lucir como cien años mayor.

—No dije que solo hoy.

Ahogué una maldición en un gruñido.

—Como sea, ¿crees que consiga pasar la evaluación de Donovan?

—¿Quieres que sea sincero? —una fina sonrisa se formó en su rostro.

—Mejor no respondas.

Nos regresamos al puesto. Evan y Jules ya no se encontraban allí. Me acerqué a su asistente, quien alimentaba a Jake con trozos de lechuga sobre el mostrador.

—¿Está bien que el lagarto esté tan cerca de donde despachan la comida?

—Claro, a la gente le encanta verlo —respondió el asistente sin distraerse de su tarea.

—¿Dónde están Jules y Evan?

—Me pareció oír que hubo un conflicto con el transporte y no han podido traer a las del Queendom. Creo que fueron a resolver eso.

Me percaté de que el movimiento en el puesto estaba paralizado. Los que anteriormente vendían y acomodaban los pasteles se encontraban sentados charlando frente a una hielera y tomando de latas de cerveza.

—Entiendo... ¿Y ahora qué?

—Hay que esperar a que lleguen las del Queendom y el resto de los pasteles para seguir vendiendo porque... —alzó la mirada y la mantuvo fija detrás de mí—. Ah, no, olvídalo, creo que ahí viene Madeline.

Me giré y vi como la chica se nos acercaba con pasos rápidos desde el otro lado de la plaza. Desde aquí ya parecía molesta.

—Mhm, me pregunto por qué viene sola —añadió el asistente rascándose la barbilla.

—¿Qué crees que haya pasado?

—No tengo idea, pero sea lo que sea, no quiero ser el que tenga que lidiar con ella —dijo y sujetó el reptil entre los brazos.

—¿Te vas?

—Sí.

Me crucé de brazos mientras veía como se marchaba con Jake, dejándome solo delante del puesto. Cuando desapareció del panorama entre el laberinto de juegos mecánicos y casetas, miré a Madeline, quien no dejaba de acercarse a paso apresurado.

La chica no traía puesto un disfraz, solo una camiseta negra y un overol rosa pastel que contrarrestaba con la expresión sagaz en su semblante. El pelo le caía sobre los hombros en rizos delgados y húmedos. Cruzó delante de mí sin siquiera mirarme y apoyó ambas manos en el mostrador del puesto.

—¿Y Jules? —inquirió.

—Él fue a resolver lo del transporte —explicó uno de los chicos poniéndose de pie y acercándose—. Al parecer, la compañía está moviendo a otro grupo al mismo tiempo y ya no tienen vehículos disponibles.

—Déjame adivinar, los malditos Omega otra vez.

—Me temo que sí.

Madeline bajó la cabeza y resopló. No pude evitar verme reflejado en su frustración, era evidente que tampoco estaba teniendo una buena mañana.

—Bien. Mientras ellos lo resuelven, tenemos que seguir moviéndonos —dijo mientras sacaba su teléfono—. Llamaré a la compañía que contratamos para que traigan antes la máquina para hacer los *frozies*. Sé que es lo mismo que aportamos el año pasado, pero no se nos ocurrió nada mejor y a la gente le gustó mucho aquella vez.

—¿Qué es eso? —intervine.

En lugar de una respuesta, Madeline despegó la atención de su teléfono y me miró con los párpados muy separados, desconcertada.

—Si se puede saber —agregué.

Claro que se puede saber, Fitz. Es comida.

—Son helados que hacemos con galleta y fresas —explicó mientras su mirada me escaneaba de arriba a abajo—. Lindo disfraz, por cierto.

El cumplido me sentó raro. Una parte de mí fantaseó con la idea de que sus palabras eran genuinas, pero me costó descifrarlo por lo rápido que regresó la mirada al dispositivo en su mano.

—Gracias —dije de todas formas.

Madeline no pareció escucharme.

—Joder, acabo de quedarme sin saldo —se lamentó—. Kyle, dame tu teléfono.

El chico del mostrador había sido el mismo que nos abrió la puerta a mí y el resto de los novatos el día que conocimos la mansión. El estilo griego no le sentaba nada mal. Ahora sabía cómo abordarlo de ser necesario.

—No cargo con mi teléfono.

—¿Y tú? —se dirigió hacia mí.

—Tampoco.

Madeline rodó los ojos y se puso de puntillas con las manos apoyadas en el mostrador, mirando hacia el resto de chicos dentro de la caseta.

—¿Alguno de ustedes trajo su teléfono? Tengo que hacer una llamada importante.

Los pocos que parecieron haber escuchado, se encogieron de hombros y siguieron su conversación como si nada. Solo uno de ellos se nos acercó con lánguidos pasos y una lata en la mano. Al reconocer de quien se trataba, quise marcharme.

—¿Y por qué no simplemente recargas? —inquirió Jaime, mi excompañero de cuarto con quien casi termino a los golpes.

—¿Te parece que tengo tiempo ahora?

—Bueno..., todavía es temprano —dijo y llenó uno de los vasitos de plástico que se encontraban en la otra esquina del puesto, con la cerveza en la lata que sostenía. Deslizó el vaso por el mostrador, ofreciéndoselo. Madeline lo hizo a un lado en un rápido movimiento, mandándolo a volar lejos—. Supongo que no te gustan las Pabst Blue Ribbon, tenemos Bud Light también si prefieres...

—¿Vas a prestarme tu teléfono o piensas tenerme aquí perdiendo el tiempo todo el día?

Siendo la primera vez que la veía tomar una actitud tan rígida, me pregunté si era una pantalla como la de Jules o si el chico en serio le había hecho sacar las garras. De igual forma, apreciaba que alguien lo pusiera en su lugar.

—De acuerdo..., de acuerdo..., lo hubieras dicho antes —Jaime le guiñó el ojo y sacó su teléfono.

Madeline se lo arrebató con cara de asco y empezó a marcar.

—Ey, ¿qué sucede? —me preguntó Samuel, apareciéndose por detrás.

—Aparentemente, hubo un problema con el transporte y, mientras lo resuelven, ella está tratando de comunicarse con una compañía de helado que... me parece que contrataron las chicas del Queendom.

—Ah, bueno... —asintió—. Esto aquí está muy aburrido, ¿te gustaría ir a curiosear otros puestos? Oí que montaron una casita del terror, quiero ver cómo los niños se asustan.

Dijo esto último con demasiado entusiasmo.

—¿Quieres ver niños asustarse?

—Claro, los gritos de horror me dan vida.

Miré a ambos lados para ver si alguien más lo había escuchado, pero yo era el único prestándole atención.

—Me das miedo... —respondí—. Además, no tengo ganas: puede que me encuentre con Kali por ahí y en este momento es lo que menos quiero.

—Por lo que alcancé a oír de la conversación que tuvieron, creí que te gustaba.

—¡Sí, pero yo no a ella! —chillé—. ¿No la oíste? Me dijo que... —me detuve cuando volvieron a mi mente las últimas palabras que Kali me había dicho: «No salgo con chicos de fraternidades»—. ¡No sale con chicos de fraternidades!

—Ajá, ¿y eso significa que...?

—¡Que el problema no soy yo, es Kappa! —reí—. Samuel, eso significa que todavía... técnicamente, tengo oportunidad.

—¿Y qué? ¿Acaso piensas salirte de la fraternidad?

La idea de pronto empezaba a parecer tentadora, pero todavía no había tenido tiempo de sopesarlo bien.

—No lo sé, es solo que me alegra que nada más se trate de eso —me acomodé las solapas de la chaqueta—. Ufff..., por un momento creí que había perdido mi encanto.

—Aghh, cállate —bufó.

—Te molesta porque sabes que es verdad y careces de todo esto —me planchéé la tela de la chaqueta con las manos mientras Samuel me veía con cara de asco.

—Ni en cinco diferentes universos alternos te tendría envidia, Fitz.

Cuando terminé de hacer alarde, me distraje viendo como Madeline iba de un lado a otro con el teléfono de Jaime en el oído:

—Pero yo alquilé la máquina hace una semana y llamé ayer para confirmar, ¿cómo es posible que ahora no esté disponible? Ya sé, pero... no, no, no... Yo hablé con una chica y ella me dijo hace tres días que... ¡Pero ¿cómo es posible que le hayan entregado a los Omega si la reservamos nosotros?! No, no, ellos no tienen nada que ver; son una fraternidad totalmente diferente.

—¿Qué pasó? —le preguntó Kyle.

—Un momento —la chica bajó el teléfono y se dirigió hacia él—. Al parecer, los Omega se hicieron pasar por nosotros y ahora también tienen la máquina de *frozies*; creo que quieren sabotearnos.

—Hijos de perra —soltó Jaime y, por primera vez, estuve de acuerdo con algo que salía de su boca.

—Eso es inaceptable, deberíamos denunciarlos con las autoridades del campus para que así... —propuso Kyle, pero antes de que pudiera terminar la idea, Jaime saltó sobre el mostrador y le quitó el teléfono a Madeline.

—¡Ey! —se quejó ella, pero él ya lo tenía en el oído.

—A ver, cabrón o cabrona, nos van a conseguir la máquina que reservamos o voy a ir yo mismo a su local y se les va a armar la de... —y entonces Kyle lo inmovilizó por detrás, cubriéndole la boca con una mano y forcejando con la otra para que suelte el teléfono.

Madeline saltó dentro de la caseta y consiguió quitarle el dispositivo de un arrebato.

—¡¿Qué demonios haces?! —rugió y se llevó el teléfono al oído.

—¿Te volviste loco? —le riñó Kyle, antes de soltarlo de un empujón.

—Lo sabía, colgaron —dijo y le regresó el teléfono a Jaime, pegándoselo contra el pecho.

Samuel no paraba de reír de mi lado. Su cacareo era siseante y silencioso. Me contuve para no hacer lo mismo.

—Maldita sea, ¿y ahora qué? —dijo Kyle.

Madeline negó con la cabeza.

—Este lío ya no podrá arreglarse por teléfono. Iré yo misma, pero necesitaré una mano. Bueno..., varias.

—Yo te acompaño a donde tú quieras —dijo Jaime en un tono lascivo.

—¡¿Alguien aquí que no esté tomado y pueda acompañarme?! —exclamó, haciéndolo a un lado con un brazo.

El resto de los chicos sentados frente a la hielera se veían igual o peor. Kyle levantó su mano tímidamente.

—Tú también bebiste, ¿no?

—Bueno, sí..., pero casi nada.

Madeline asintió... desconfiada.

—¿Y ustedes dos? —se dirigió hacia mí y Samuel.

—Somos *nerds*, no nos embriagamos —dijo mi compañero y no pude evitar reír.

—Pues adelante, *nerds*, hay que darnos prisa —sacó de su bolsillo unas llaves de auto con las que señaló a Kyle—. Tú también, andando.

Los tres seguimos a Madeline en dirección al estacionamiento del parque, quien avanzaba a paso decidido. Casi tuvimos que trotar para seguirle el ritmo.

—Pero qué imbécil es Jaime, ¿puedes creerlo? —comentó Kyle.

—Lo peor es que, por su culpa, los de la empresa podrían pensar que nosotros somos los problemáticos —dijo Madeline—. Hay que darnos prisa.

—¿Pero qué es lo que vamos a hacer? —inquirí, y alcancé a ver un *jeep* rojo muy similar al que había usado Evan para traernos a la mansión el primer día.

Apuntando al vehículo, Madeline presionó el botón en su llave.

—Vamos a recuperar lo que nos pertenece.

Samuel y yo intercambiamos miradas. Sentí que nos leíamos la mente:

«¿En qué berenjenal nos estamos metiendo?».

15

MIAMI VICE

En los asientos traseros del jeep, con las cabezas medio giradas, Samuel y yo analizábamos la cicatriz roja sobre el hombro de Madeline, la cual tenía una forma de dona casi perfecta —a excepción de la escala, ya que apenas tenía el tamaño suficiente como para ponérsela de anillo—. Ella, por su parte, estaba concentrada en el camino, recta y firme con ambas manos sobre el volante.

—Yo digo que parece más un neumático —comentó Samuel, entornando cada vez más los párpados.

—¡Aghh! Siempre quieres estar llevándome la contraria —bufé—. Es una dona y no está a discusión.

—¿Podrían dejar de hablar de mi marca? —se quejó la chica—. Se los agradecería.

No esperaba tal brusquedad. Apenas unos minutos atrás, nos había contado abiertamente la historia de cómo un chico con uniforme de béisbol le había disparado una explosibola en medio de la calle y cómo eso la había llevado al hospital.

—Pero ¿por qué? —me encogí de hombros—. Si es una marca muy bonita.

—Sí —ratificó Samuel—, ya quisiera yo tener una cicatriz con forma de neumático.

—¿Ah, sí? Pues cuando quieras te hago una similar —gruñó Madeline.

—Uy, me gustaría estar ahí para ver eso —sonreí y Samuel me propinó un codazo.

—Auch —dijo Kyle, quien se encontraba en el asiento del copiloto junto a Madeline y se había girado a mirarnos—. ¿Ustedes son hermanos?

—No —respondí mientras me sobaba donde me había pegado—. ¿Piensas que nos parecemos?

—Yo creía que eran novios —comentó Madeline.

Samuel observó a la chica con una ceja alzada.

—No, solo amigos con privilegios —bromeé antes de cruzar mi brazo alrededor de sus hombros.

El rostro de Samuel se volvió un poema.

—Oye, ¿y qué pasó con Quentin? —agregó ella—. ¿Lo reemplazaste, Sam?

Me pregunté a quién se refería. Samuel retiró mi brazo de encima suyo e irguió la espalda.

—Rompimos. Y no, no tiene reemplazo.

—¿Tenías una novia llamada Quentin? —inquirí, reteniendo una risa.

—¿Novia? —Kyle rio—. Supongo que no son tan cercanos después de todo.

Samuel se veía muy fastidiado, como si no tuviera intención de responder. Empecé a percatarme de que no lo conocía tan bien como creía.

¿Qué tanto sabes de él, Fitz, además de que odia casi todo el menú de la cafetería y habla ese extraño idioma de su región en España que casi parece francés?

Nada. No sabía más nada.

—Guau, me sorprende que no le hayas contado sobre Quentin —Madeline también rio—. En la escuela ustedes dos solían ser almas gemelas.

—¿Eres gay? —inquirí, cuando estuve lo suficientemente al tanto de lo que pasaba.

El silencio en el auto se hizo pesado por unos segundos. Samuel se encogió de hombros, alzando las plumas de su traje.

—Creí que era evidente.

—Escogió disfrazarse de Elton John —Madeline volvió a reír—. ¿Y apenas te das cuenta?

Me crucé de brazos.

—Pues yo me disfracé de Lennon y no soy un puto *hippie*.

—Tal vez no un puto *hippie*, pero sí un hablador.

—¡Silencio! —intervino Kyle al tiempo que tomaba el teléfono de Madeline que vibraba en el maletero—. A partir de ahora, que nadie hable, está entrando una llamada de Jules.

—¿De verdad?! —exclamó ella.

—Sí, shhh... —afirmó con el teléfono pegado al oído—. Ey..., hola..., Jules... Jules, ¿me escuchas?

Desvié la mirada hacia la ventanilla. Por alguna razón, me sentí algo ofendido por la respuesta de Madeline. No era la primera vez que alguien me devolvía un golpe, pero no esperaba esto de su parte.

¿En serio cree que soy un bocón? Al menos piensa que soy guapo... ¿O se estaba riendo de mí?

—Creo que ya no eres tan encantador —me susurró Samuel al oído, como si pudiera leerme la mente—. Tal vez si no fueras tan castroso...

—Tal vez si no fueras tan mentiroso no habría discutido con la señorita perfecta.

—¿Cómo me llamaste? —dijo Madeline irritada.

—Señorita perfecta —me eché hacia delante.

—Silencio, chicos, casi no oigo nada —protestó Kyle, antes de taparse el otro oído con la mano que tenía libre.

—¿Qué mierda quieres insinuar con eso? —murmuró Madeline.

—¿Y por qué yo soy un mentiroso? —dijo Samuel.

—Porque me mentiste, no me dijiste que eras un pajarraco.

—No te mentí, subnormal. Simplemente no era un secreto. Además, ¿por qué te importa?

—Porque ahora no sé con qué intenciones entraste a mi vida. ¿Acaso te gusto?

—¿Qué?! —exclamó Samuel. Su expresión se había crispado como si le hubiera hablado en chino—. No puedo creer que hayas dicho eso en voz alta.

Podía oír la risa de Madeline en el frente.

—¿Por qué no respondes, Samuel? —me crucé de brazos—. ¿Es porque es cierto?

—No, claro que no —apretó el rostro como si hubiera mordido una cebolla—. Soy gay, no ciego, Fitz.

—¿Qué dices?! —exclamé.

—Joder, ¿quieren callarse de una maldita vez? ¡Estoy intentando comunicarme con Jules! —espetó Kyle, quien lucía como si estuviera a punto de cometer un triple homicidio.

En silencio, Samuel y yo nos erguimos hacia atrás contra los asientos.

—Gracias —añadió, ahora en un tono más cortés—. Hola, Jules, ¿estás ahí?

—Tienes que ser la persona más narcisista que he conocido —dijo Samuel entre dientes y me pegó otro codazo—. ¿En serio crees que me acerqué a ti por eso?

—Pues perdón —me llevé la mano a donde me había pegado por segunda vez—. Si hubieras sido más transparente desde el principio, no habría pensado eso.

—¿Seguro de que no? —me miró con una ceja arqueada.

—Claro que no —afirmé y me encogí de hombros—, no me importa que seas gay.

—¿Ah, sí?

Me encogí de hombros nuevamente.

—Cien por ciento, la vida es muy corta para no vivir nuestra verdad. Por eso me aventé en la carrera.

—¿Porque eres gay? —dijo Madeline.

—No —rodé los ojos—. Lo hice porque decidí tomar las riendas de mi vida y honrar mi niño interior que siempre soñó con esto.

Samuel se miró las uñas.

—Mi niño interior se decepcionó de la vida muy rápido, ya lleva mucho bajo tierra.

—Verdad que es imposible que ustedes cierren el pico al menos un segundo —dijo Kyle después de bajar el teléfono—. No pude hablar con Jules, pero... mira... —le mostró el teléfono a Madeline—. Me escribió que ya resolvió el asunto del transporte.

—¿En serio? —Madeline lo miró de reojo con el ceño fruncido por un segundo y regresó su atención a la ventanilla—. ¿Y el asunto de los *frozies*?

—Todo cubierto —afirmó Kyle—, dice que mañana pondrá una querrela en la oficina del rector contra los Omega. De seguro los pondrán a limpiar el campus por una semana, a ver si así siguen dándoselas de brabucones.

—Bueno... —Samuel mostró una pequeña sonrisa—, supongo que nuestra pequeña aventura tuvo un desenlace anticlimático.

—Nada de eso —dijo la chica antes de torcer la palanca y pisar el acelerador.

Los tres nos echamos hacia atrás contra nuestros asientos ante el brusco golpe de velocidad. Madeline, por otro lado, lucía firme y decidida, como si tramara algo.

—Oye, ¿no podrías ir un poco más... despacio? —Kyle jadeó.

—Dios, sí... ¿Acaso quieres que vomite un pulmón? —se quejó Samuel con una mano en el pecho.

—Por el pez loro —Madeline se desvió hacia una calle que desembocaba en una autopista más amplia. Avanzamos entre varios carriles, dejando atrás a los autos a nuestro paso. Me sentí en una escena de *Rápido y Furioso* de la que no había pedido ser parte.

—Perra, esos peces están muertos —rebatía Samuel.

—¿Se puede saber a dónde nos estás llevando con tanta prisa? —inquirí mientras luchaba por controlar la respiración y calmar mi corazoncito impresionable.

Su mirada decidida y tajante se encontró con la mía en el espejo retrovisor.

—Vamos a saldar cuentas con la persona que me dejó mi linda marca de dona.

* * *

Repetí el plan en mi cabeza con los párpados apretados, luchando por concentrarme y dejar a un lado los nervios. Madeline debía estar por aparecer en cualquier momento. Aun así, con la mano firme sobre el gatillo de esta escopeta de explosibolas, no dejaba de pensar en que algo pudiera salir mal.

Desde mi posición, tenía disponible una vista completa del campo de béisbol. De haber estado cargada, habría podido apuntar la escopeta en dirección al chiquillo en el plato, a punto de batear un posible jonrón, y halar el gatillo. Él era la razón por la que estábamos haciendo esto, pero Madeline no quería solo dispararle y huir. Tenía un plan más ambicioso.

Cuando aparcó el *jeep* en las inmediaciones del campo, Samuel, Kyle y yo habíamos estallado en preguntas al unísono. Madeline solo salió del auto y sacó del maletero este objeto con forma y tamaño de arma de asalto, pero con la apariencia de un juguete de la marca Nerf.

Sé quién me disparó, viene a jugar aquí casi todos los días. Le daré un poco de su propia medicina.

Tales fueron sus palabras exactas. Los tres nos limitamos a compartir miradas nerviosas. Madeline pidió que alguien la acompañara y que los demás se quedaran cuidando el *jeep*, ya que, al parecer, esta zona de Halcyon no se destacaba por ser muy segura. Además, así tendrían el auto preparado para la huida.

Asumí que solo sería encontrar al chico, dispararle y echarnos a correr, pero Madeline no tardó en revelarme sus verdaderas intenciones mientras me ponía el arma sobre las manos.

—Vamos a asustarlo, hacer que confiese y luego, cuando lo tengamos todo grabado —dijo y sacó su teléfono del bolsillo—, el verdadero culpable pagará.

—¿Quién es el verdadero culpable? —inquirí.

—El que les pagó para que lo hicieran, un acosador que se hace llamar Boris, pero hoy destaparemos su verdadera identidad.

Volvió a cruzar por mi mente la broma del gel con pintura que le habían jugado a Jules.

¿Será que se trata de la misma persona? A lo mejor.

Madeline no parecía estar segura, pero sospechaba de los Omega, miembros de la fraternidad rival de Kappa. Si Noah, el líder de los Omega, estaba detrás de todo esto, agregaría una cosa más a la lista de acusaciones que llegarían muy pronto al despacho del rector Donovan y después a la policía.

* * *

Luchaba por mantenerme firme en esta posición. Madeline me dijo que, para que el plan funcione, yo debía estar concentrado y listo para lo que sea. De esa forma, conseguiría hacerle creer al chico que podría dispararle en cualquier momento, cuando, en realidad, no podría hacer nada con esta cosa.

Todo está en el poder de la mente.

—Ey, ya hablé con mi amigo —dijo Madeline, mientras se escabullía por la portezuela detrás de las gradas—. ¿Estás listo?

—Nací listo —hice el miedo a un lado y recargué el arma como si tuviera munición que disparar.

Madeline soltó una pequeña risa y se acercó a donde me encontraba.

—Casi te pareces a mi tío con esa barba —extendió su mano hacia mi cara—, es rabino.

—Pues... cuando me vi al espejo esta mañana después de habérmela puesto, por un momento creí haber canalizado el espíritu de mi abuelo.

Sus dedos se movían entre los mechones de mi barba falsa muy despacio.

—Tu abuelo debió ser todo un rompecorazones en su momento, ¿no es así?

Me encogí de hombros.

—Si las barbas de rabino eran consideradas sexis en la época de Trujillo, supongo.

Madeline se cruzó de brazos, me miró de abajo hacia arriba y mantuvo su mirada fija en la mía con una ceja arqueada. Debió haber sido la peor respuesta a un cumplido de la historia.

¿Barbas sexis en la época de Trujillo? ¿En serio, Fitz? Seguro ni sabe quién es.

—Tu tío rabino... ha de ser muy guapo también —añadí.

—¿Por qué, quieres su número? —Madeline rio—. Te advierto que está casado, así que no podrían tener nada que no fuera extramatrimonial.

Hice una mueca triste.

—Qué cosa, y yo que creí que había dado con mi potencial alma gemela.

Con una sonrisa pícara, Madeline volvió a entornar los párpados e hizo un ademán como si fuera a responder, pero quedó interrumpida por una resonante voz masculina que hizo vibrar las bocinas sobre nosotros.

—¡MICHAEL ROJAS, LO BUSCAN EN EL CALLEJÓN DETRÁS DE LAS TRIBUNAS, POR FAVOR, ACERCARSE DE MANERA INMEDIATA!

—Ese es Derek, mi amigo —dijo Madeline y me tomó del brazo—. Rápido, hay que estar pendientes —me haló a toda prisa hacia la portezuela de donde se había escabullido y me señaló con el dedo—. Escóndete ahí dentro y recuerda el plan; no vas a salir hasta que lo tengamos acorralado.

Asentí con la cabeza y Madeline cerró la puerta. Me di la vuelta y me encontré con una pequeña estancia fría y oscura, llena de botes de pintura, bates de béisbol e impregnada con el olor de un químico que no conseguía reconocer.

Un chico rubio pecoso de pelo cobrizo y aires nórdicos se encontraba sentado frente a un panel lleno de botones mientras comía papas fritas. Encima del panel se extendía hasta el techo una ventana de vidrio tintado con vista panorámica de todo el campo.

—Hey, ¿qué hay? —me saludó el chico sin despegar la atención de su comida—. ¿Qué se traen tú y Madeline?

—Una sorpresa —sonreí inocentemente.

—Bien, como sea —dijo y se puso de pie—. Estaré allá atrás por si me necesitan. ¿Quieres?

Extendió su cajita llena de papas hacia mí.

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes —se llevó una a la boca y se marchó caminando por un pasillo armado entre el desorden de utilería deportiva.

Me aproximé a la ventana y vi que el tal Michael ya no se encontraba en el campo con el resto de jugadores. Respiré hondo y me preparé para dar la mejor actuación de mi vida. Si no era lo suficientemente convincente, lo arruinaría todo.

—Fitz, ahí viene, ¿estás listo? —oí que susurró Madeline.

Me acerqué a la puerta y me apoyé de la pared. Apreté el pomo con la mano que traía libre.

—Ya te lo dije, nací listo.

No escuché nada más, solo sus pasos alejándose. Respiré hondo y mantuve el oído atento a cualquier movimiento. La espera resultó breve. Una nueva secuencia de pasos que se detuvieron en seco me hizo saber que ya lo teníamos. Ahora todo lo que nos separaba era esta puerta de metal despintado.

—Hola —alcancé a oír a Madeline hablar primero—. ¿Me recuerdas?

Silencio.

No me resistí de abrir un poco la puerta. El tal Michael, que no debía ser mucho mayor que el asistente de Jules, estaba de espaldas a mí y de frente a Madeline, con las piernas separadas como si estuviera listo para salir disparado en cualquier momento.

—Te refrescaré la memoria... —prosiguió Madeline—. Hace dos días, tú me disparaste por la espalda, como el pequeño cobarde que eres, una explosibola que me mandó al hospital.

—No, yo no fui, yo no fui —farfulló Michael en respuesta.

—No te preocupes —alcancé a ver una sonrisa formándose en el rostro de Madeline—. No vengo a acusarte de nada. Sé que lo hiciste. Solo quiero que me digas quién fue realmente quien te mandó. A lo mejor el nombre... Noah te resulte familiar.

—No, no diré nada —se negó, ahora en un tono más firme.

Di dos pasos fuera del cuarto y me acerqué a donde él estaba parado.

—¿Y qué tal si te lo pedimos «por favor»? —dije y recargué el arma de la manera más brusca y sonora posible—. ¿De esa forma lo considerarías?

Michael se giró muy despacio y palideció cuando sus ojos dieron con la punta de la escopeta.

—Tienes razón, Fitz —accedió Madeline en un tono inocentón. Se le acercó y puso un brazo alrededor de sus hombros—. ¿Podrías, por favor, decirme quién te mandó a dispararme una explosibola?

—Sería muy considerado de tu parte —añadí.

Madeline sacó su teléfono, un iPhone 6 con un carcasa forrada de cristales color rosa y lo acercó a la cara del acorralado.

—¿Y podrías decirlo en voz alta para la grabadora también? Es que soy muy olvidadiza.

—Ustedes son unos psicópatas —protestó Michael, aterrado.

La copiosa risa de Madeline llenó el aire y no pude evitar hacer lo mismo. En efecto, parecíamos un par de psicópatas atormentando a un niño. Aunque, en nuestra defensa, este doceañero no era a lo que la mayoría de la gente se referiría como un «pan de Dios».

—Estoy esperando —continuó ella—, no tenemos todo el día.

—Fue... fue... —empezó a decir Michael con los párpados apretados.

—Fue..., ¿fue quién? —sonaba cada vez más fastidiada—. Solo dilo.

Cuando pareció estar a punto de decir el nombre, la expresión en el rostro de Michael se oscureció. Estaba negado.

—¿Y qué si no quiero?

Madeline resopló y lo soltó. Di un paso adelante.

—Porque si no hablas, te llenaré de explosibalazos. ¿Eso quieres?

Esto último no sonó tan intimidante como en mi cabeza un par de segundos antes, pero fue suficiente para que la expresión en su rostro se crispara, alarmado.

—No..., no pueden hacer eso —respondió Michael nervioso y se giró hacia Madeline—. Sé quién eres; si me lastiman, puedo ir a la policía y decirles tu nombre.

—¿Ah, sí? —dijo ella, con las cejas muy alzadas—. De acuerdo, entonces quieres que sea tu palabra contra la mía. Es obvio que se pondrán de lado del mocoso, ¿no?

Él no respondió nada. Madeline sonrió y empezó a buscar algo en su teléfono. En definitiva, se traía otro as bajo la manga.

—Algo que mi papá implantó después de invertir en varios locales a lo largo del centro fueron cámaras de seguridad para que ningún sabio que quiera inventar se salga con las suyas —dijo la chica y volvió a acercar el teléfono al rostro de Michael—. El vandalismo puede llegar a ser un gran problema, sobre todo cuando pocos quieren saber de ti y tu familia en todo el pueblo. Me pregunto cómo le explicarás a la policía esta grabación en la que sales con tus amigos disparándome por la espalda en medio de la calle. A mí, una chica flacucha e indefensa que solo quería comprar un churro en su puesto favorito.

Su dramatismo le dio el toque perfecto a lo que exponía. Desde donde me encontraba, no alcanzaba a ver el video que se reproducía, pero, juzgando por la expresión en el rostro de

Michael, aquellas cámaras debieron dejarlo bien expuesto.

—Perdón —dijo en un tono chillón—, se suponía que sería como... como una broma. Él nos dio las explosibolas a último minuto, lo juro. Fue todo su plan.

—Pude haberle entregado ese video a la policía desde el primer día, porque así como tú sabes quién soy, yo sé quién eres, ¿o como crees que llegué aquí? —Madeline se detuvo a reír por unos segundos—. Pero no sé, creí que podríamos llegar a un acuerdo, porque... lo entiendo, a tu edad es sencillo involucrarse en cualquier tontería. Pasé por eso.

Con una expresión comprensiva —que no sabía si era genuina en absoluto—, Madeline volvió a colocar el teléfono frente a él y puso la grabadora a correr.

—Pero aún puedes resolverlo, Michael —agregó—; solo tienes que decir el nombre de la persona que te hizo hacerlo.

Engullendo su derrota, el muchacho bajó los hombros y asintió muy despacio.

—De acuerdo... Em..., mi nombre es Michael, hace unos días... me pagaron para que le dispara una explosibola a una muchacha.

—Madeline Becker —enfaticó ella—. Di quién te pagó.

—Sí, este sujeto que me pagó... dijo que su nombre era Boris Becker.

Madeline frunció el ceño. A pesar de que se trataba del mismo nombre que me había mencionado antes, la chica lucía como si le hubieran soltado una bomba.

—Espera... ¿Boris qué?

—Boris Becker —repitió—. Dijo que quería hacerle una broma a su hermana, nada más. No se suponía que...

La puerta detrás de mí se abrió de golpe, interrumpiendo su explicación. Instintivamente, miré por encima del hombro y me encontré con el amigo de Madeline, quien nos observaba con el ceño fruncido. Regresé la atención al frente y se me heló la sangre al darme cuenta de lo que acababa de hacer.

Michael ahora estaba justo delante de mí, con las manos apretadas alrededor del cañón del arma. En lo que pareció una fracción de segundo, empujó la escopeta con fuerza hacia atrás. La culata de plástico colisionó contra el tabique de mi nariz. Toda mi visión se crispó en colores al instante, como si me hubiera enviado a otra dimensión. Antes de poder siquiera quejarme, sentí el arma escapándose de mis manos y me dejé caer hacia atrás.

El amigo de Madeline detuvo mi impacto y una nube de dolor pronto me cubrió la cabeza. Solo sentía su agarre firme sosteniéndome debajo de los brazos mientras luchaba con mis rodillas por incorporarme. Mi mente estaba en un montón de sitios:

El arma... Madeline... mi nariz.

—Hey, amigo, ¿estás bien? —dijo sin soltarme.

Entreabrí los párpados y alcancé a ver la difusa imagen del pequeño beisbolista huyendo a toda velocidad y la de Madeline siguiéndolo de cerca hasta que desaparecieron del otro lado de las tribunas.

Sin pensarlo, salí corriendo en la misma dirección. El dolor donde me había pegado no era tan escruciente pero seguía aturdido, como si hubiera salido de una máquina de café molido. No tardé en sentir el cálido líquido deslizándose hasta manchar mis labios con su sabor metálico.

Sin dejar de correr, me pasé la mano por debajo de la nariz.

Rojo, efectivamente.

Hice lo posible por concentrarme en mis pasos y nada más, hasta que me encontré con Madeline que venía de regreso a toda prisa. Me sostuve de una columna detrás de mí y el dolor

se intensificó.

¿Así se sentirá uno al hacerse un «nose job»?

Perdido en mi boba inquietud, la miré extender los brazos y examinarme con cuidado.

—¿Te duele?

—No, solo siento que me borraron un pedazo de la cara —gemí—. Nada de qué preocuparse.

Madeline rio y apartó un mechón de pelo lleno de sudor sobre mi frente.

—Creo que no eres el señor a armas tomar que me hiciste creer que eras por un momento.

—Soy buen actor, aunque lamento que no sirviera de nada.

Antes de que ella pudiera responder, una serie de silbidos empezaron a rebotar en el aire. Madeline miró en todas direcciones y me sujetó del brazo.

—No importa, encontraré otra forma de exponer a Noah. Hay que salir de aquí, Lucas.

Por lo general, no me encantaba que me llamaran por mi primer nombre, pero en sus labios no sonaba tan mal. Hasta distrajo mi cabeza pesada mientras me halaba hacia las escaleras y avanzábamos a toda prisa por donde llegamos. Los silbidos pronto fueron reemplazados por un bullicio, similar al de los chicos jugando en el campo, pero mucho más cerca.

—Hay que darnos prisa... Debió haber llamado a sus amigos —añadió Madeline.

Nos desviamos por un enrevesado camino de piedras y maleza para llegar más rápido a la acera. Le seguí el ritmo como pude, con el mundo dándome vueltas y sintiendo que la nariz me empezaba a palpar.

No puedes desmayarte, Fitz..., así que ni se te ocurra.

Cruzamos la calle y corrimos por la acera de enfrente donde se encontraba el jeep. El vehículo seguía en el mismo lugar donde Madeline lo había estacionado. Sin embargo, estaba apagado y no había señal de Kyle ni de Samuel.

—No puede ser, ¿dónde se metieron esos dos idiotas?! —chilló Madeline y colocó su mano sobre la manilla de la puerta del conductor, pero esta no cedió.

—¡Samuel! —grité a todo pulmón al aire—. ¡Kyle!

—¡Samueeeel! —me siguió ella—. ¡Kyle!, ¿dónde están?

Parecíamos dos locos gritándole a la nada. Casi no había flujo de vehículos y los pocos transeúntes que pasaban se limitaban a mirarnos con extrañeza o reírse. Ni me di cuenta de cuando había empezado a llorar. No sabía si era por el dolor, por haberme percatado de las gotas de sangre que mancharon todo mi traje alquilado o por la idea de que unos preadolescentes se aparecieran en cualquier momento para caernos a explosibalazos.

Madeline se me acercó y puso sus manos sobre mi rostro nuevamente. Apreté los párpados y sentí sus pulgares deslizándose sobre las lágrimas que mojaban mis mejillas.

—No llores, por favor —musitó—. Me harás llorar a mí también.

Despegué los párpados, justo a tiempo para ver al grupo de chicos con uniforme de béisbol en la distancia, quienes se dispersaban por la calle como hienas a la hora del almuerzo. Alcancé a notar que más de uno cargaba con un objeto muy familiar consigo. El mismo tipo de arma que me había servido para amenazar a Michael.

—¿Es este el fin?

—Podemos intentar correr... —dijo Madeline al mirar hacia atrás y percatarse de la naturaleza de la situación.

No pude evitar soltar una risa, la que provocó que poco después se me escaparan un par de sollozos. A estas alturas, las explosibolas serían más rápidas sin duda.

—Vete —retiré sus manos de mi rostro muy despacio—. Me quedará aquí.

—No, nada de eso. —Madeline apretó mis manos—. Estamos en esto juntos, somos un equipo.

Era la primera vez que su mirada me proyectaba tanta calidez. Hasta el momento, solo la había encontrado dura y ladina. Me hizo olvidar todos los problemas por unos breves segundos, hasta que vi a Kyle y a Samuel acercándose desde la acera de enfrente, mirándonos anonadados.

—Mhm, ¿qué sucede? —inquirió Kyle, con el ceño fruncido—. ¿Necesitan unos minutos?

Madeline me soltó y corrió hacia él.

—¿Dónde estaban? —dijo y lo sacudió de los hombros.

Samuel se apartó, con una expresión aterrada. Antes de que Kyle pudiera responder, ella se tomó el atrevimiento de rebuscar en sus bolsillos.

—¿Y las llaves? ¡¿Y las llaves?! —rugió.

—Aquí están, aquí están —dijo Kyle, quien las traía en las manos.

Madeline se las arrebató y corrió hacia la puerta.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —inquirió Samuel y me miró con la expresión arrugada—. ¿Y por qué Fitz llora?

Intenté decir algo, pero las palabras no me salieron. Apenas sentí cuando ella me haló hacia dentro.

—Entren —ordenó Madeline—, ¡ya, ya, ya!

—Bien..., bien... —dijo Kyle y los dos obedecieron.

Cuando estuvimos todos dentro, ella se inclinó desde el asiento del copiloto y presionó un botón que hizo que los seguros se disparan hacia dentro. Yo estaba detrás del volante, pero lo menos que me pasaba por la cabeza era tener que conducir. Apenas controlaba el ritmo de mi respiración.

—¡Idiotas!, ¿dónde era que estaban metidos? —chilló Madeline—. Tenían una sola tarea, ¡una!

—Samuel quiso ir a orinar —explicó Kyle muy despacio.

—¿Y tenías que ir tú también?

—Su deseo me dio deseo.

Justo al decir esto, un proyectil amarillo impactó contra la ventanilla al lado de su asiento en un sonoro golpe. Kyle se inclinó con las manos sobre la cabeza, espantado.

—Cómo sea, andando —farfulló Madeline y me pellizcó—. Fitz, reacciona, ¿no piensas encender el auto?

—Hay que cambiar, no puedo conducir, no tengo licen...

Un segundo proyectil nos impactó, ahora sobre el parabrisas, haciendo que me vaya hacia atrás y se me crispen los nervios. El cristal claro ahora estaba manchado de este espeso líquido que había dejado la bola y que se corría despacio. No tardó en resonar otro impacto detrás que ni me molesté en ver.

—Mierda, Evan me va a matar cuando vea el auto —dijo Madeline mientras me palmeaba el hombro copiosamente—. ¡Vamos, conduce, ya!

—¡Rápido, Fitz! —exclamó Samuel—. ¿Quieres terminar como el Lennon real?

—De acuerdo, de acuerdo... —farfullé y encendí el auto.

A pesar de nunca haber hecho la prueba, sí sabía conducir. Mi mamá se pasó los dos veranos anteriores enseñándome cómo hacerlo en el estacionamiento de un club deportivo cerca de donde recibía sus clases de zumba. Nunca había conducido en la calle por mi cuenta, pero en este momento no tenía opción.

Recité todas las instrucciones en mi adolorida cabeza mientras el sonido de la risa de Madeline rebotaba en el aire y nos alejábamos de este sitio infernal.

16

BORIS

Humillación pública. Estas dos palabras salidas de la boca de Samuel volvieron a mi cabeza al instante que puse un pie de regreso en la feria. Se repetían en un bucle difuso, haciendo un vals en mi cerebro sacudido por nuestra agitada aventura.

Ahora me encontraba junto al puesto de pasteles de carne como en la mañana, sentado sobre un barril vacío. Mi libro de anatomía estaba en el tablero del puesto junto a una pila de servilletas. Mientras me preparaba para lo que venía, al tiempo que sostenía una bolsa de hielo entre mis manos y esperaba a que Mario me aplicara una crema antiséptica en la nariz, repetí en mi cabeza una vez más la última parte del incidente.

* * *

Antes de salir a la autopista, nos detuvimos junto a un puesto de salchichas y Madeline cambió de asiento conmigo como le había pedido. Ahora descansaba en el asiento del copiloto, con la cabeza inclinada hacia delante y los dedos apretados en la punta de la nariz, respirando solo por la boca. Un desorden de papeles con sangre yacía bajo mis pies.

—Alguien en la feria debe tener un botiquín, aunque podemos llevarte a un hospital si quieres —propuso Madeline.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien, ya casi no duele.

—Pero sigues sangrando —dijo Samuel—. Yo sabía que era mala idea, nos hubiéramos quedado con el final anticlimático.

Levanté la mirada y alcancé a notar algo en mi espejo retrovisor, pero no me alarmé hasta que alguien más lo hizo.

—Ey, amigos —intervino Kyle con voz trémula—. ¿Es una patrulla que viene ahí?

Me giré y vi a ambos chicos atrás, asomados por la ventanilla trasera. Madeline también miraba de reojo por el espejo retrovisor el vehículo que nos seguía.

No puede venir a por nosotros, no hemos hecho nada... al menos nada que sepan, ¿verdad?

—¿Debería detenerme? —inquirió ella.

—No —contestó Samuel casi al instante.

—Pero ¿y si...?

—Solo oríllate un poco, seguro pasará de largo. Pase lo que pase, no te detengas.

La voz de Samuel se había vuelto muy firme y seria.

—¿Por qué no? —inquirí.

—Porque no —se cruzó de brazos.

—Esa no es una respuesta válida —dijo Kyle—, habla.

—De acuerdo, de acuerdo... —Samuel empezó a rebuscar en los bolsillos dentro de su chaqueta—. Es que... digamos que existe la posibilidad de que esté en posesión de algo que no debería estar poseyendo.

—¡¿Qué?! —exclamó Madeline—. ¿Qué mierda traes contigo?

—Es que... el otro día, vi en mi horóscopo que soy compatible con libra —explicó y sacó una bolsita transparente similar a las de orégano que usaba mi mamá para sus tés, solo que la suya no debía traer orégano—, así que decidí comprarme una libra de marihuana.

—¿Que qué?! —volvió a exclamar ella.

—No, es broma —Samuel rio—. Son solo unos cuantos gramos. Ni que fuera Snoop.

El ruido de las sirenas pronto se hizo lugar. Estábamos en una persecución en curso.

—No, no, no, ¡no! Debo detenerme.

—No puedes detenerte, Madeline, ¿qué hay si nos arrestan por posesión? —consideró Kyle—. Podrían expulsarnos

—¿Y qué hago? ¿Sigo conduciendo con la policía detrás como O. J.? Si no me estaciono de inmediato, sí que nos arrestarán. Habrá que arriesgarnos.

—¿Cómo podrían saber que traemos hierba? —inquirí.

—No sé, tal vez tenga que ver con el hecho de que parecemos salidos directamente del maldito Woodstock —respondió Madeline—. Tu pareces el rey de los *hippies*.

—Pero..., pero la hierba ni es mía. Además, ¿no que no nos pueden registrar sin una orden?

—Creo que pueden si tienen algún motivo razonable —dijo Kyle—. Es muy arriesgado detenernos.

—No, no pueden arrestarme —farfullé—, soy inmigrante. Esto destruirá todas mis posibilidades. Me quitarán la beca sin cuestionarse.

—Vamos a detenernos —dijo Madeline—, y uno de nosotros tendrá que sacrificarse por el resto.

—¡Voto por Bob Marley! —exclamé señalando a Samuel.

—Idiota, nunca he fumado en mi vida —contestó el aludido y se puso el sobre junto a la cara—, este iba a ser el primerito.

—No, yo seré quien lo decida —dijo Madeline y se desvió hacia una calle angosta, bajando la velocidad.

—¿Y quién lo hará entonces? —inquirí nervioso.

—Bueno... —Madeline entornó los párpados, reflexiva—. Tú tienes el pelo largo y barba; en definitiva, no puedes ser quien cargue con la hierba —detuvo el *jeep* junto a un árbol que extendía sus famélicas ramas sobre la acera en la que nos orillamos—. Kyle es negro; en definitiva, no puede ser quien cargue la hierba —dejó salir un largo suspiro y se frotó los nudillos—. Samuel no deja de soltar plumas de forma literal y figurativa; en definitiva, no puede ser quien cargue con la hierba.

—Tiene sentido —dijo Kyle y Samuel le pegó un codazo—. Auch.

—Yo soy la pequeña chica blanca —prosiguió, antes de arrojarme una mirada decidida—. Yo debo ser quien cargue con la hierba.

Negué con la cabeza y giré el cuello. Vi por mi espejo retrovisor como un oficial se bajaba de la patrulla. Me sostuve de los lados del asiento con fuerza, convencido de que este nuevo plan suyo iba resultar como el anterior.

—Estamos jodidos —aceptó Kyle.

Madeline extendió la mano hacia atrás y Samuel depositó la bolsa sobre su palma.

—Cálmense, todo saldrá bien —se metió el sobre dentro de la blusa—. No actúen raro, por favor.

No me creí lo que sucedía. Apenas pude mirarla.

¿En serio va a arriesgarse así por nosotros?

Sin pensarlo, sujeté su mano junto a la palanca de cambios y, cuando su mirada cálida se encontró con la mía, dejé salir de mi pecho una última frase:

—Si salimos de esto, me casaré contigo.

* * *

—Ey, Fitz ¿sigues ahí? —la voz de Mario me arrastró de regreso al presente.

—¿Hum?

—No, nada... Solo creí que te habías ido por un segundo —esbozó una sonrisa y le puso un trozo de cinta médica a una gaza—. Te pondré esto para evitar que se te contamine la herida. No es muy estético, pero es nada más para el resto de la noche.

—De acuerdo, pero con cuidado —respondí y apreté los párpados.

—Sí, solo no te muevas...

Como una nube ácida, la gaza cubrió mi nariz y tuve que luchar para no estremecerme.

—Lo sé, pica un poco... —añadió—. Es el antiséptico.

Con este incómodo parche en medio de mi cara, me limité a verlo ordenar las cosas en el botiquín que le habían cedido unos chicos que monitoreaban los juegos mecánicos. Al menos podía decir que tenía el honor de ser el primer paciente de su carrera.

—Lo bueno es que no necesitaste puntos.

—Al menos —apreté los dientes y me puse de pie—. Gracias, Mario.

—Sigo preguntándome cómo fue que...

Negué con la cabeza. Me mareaba solo pensar en cómo resumir todo lo que había vivido con Madeline y los chicos allá afuera.

—Es una historia muy larga. Te la contaré un día de estos.

Mario asintió despacio y se cruzó de brazos. Dejé la compresa de hielo sobre el barril y cruji los dedos que ya estaban entumecidos por el frío. Mi peluca y mi barba ahora eran una nube de pelo enmarañado que rodaba por ahí, cerca del puesto, como esas plantas del desierto.

—Creo que me tocará pagar este traje.

—Sí —dijo Mario entre risas—, espero que eso no exceda tu presupuesto del estipendio.

—Muy gracioso —resoplé—. El dinero de la beca no alcanza ni para un *brownie*. Ya entiendo por qué buscaste empleo desde que llegaste.

—Sí, a diferencia de ti, no soy asquerosamente rico.

—Un asqueroso rico mantenido por su mami que puede darse el lujo de comprarse un café moca todos los días, mientras tú eres quien me lo sirves.

—Y no imaginas como me complace hacerlo, Fitz. Tiras dinero y yo lo recojo de la manera más digna.

Una amplia sonrisa estaba dibujada en su rostro. Me pregunté si esto era genuino o si se estaba burlando de mí. De igual forma, no lucía enojado como había esperado.

—Nunca me dijiste por qué decidiste unirme a Kappa —comenté, cambiando el tema.

—¿Se suponía que debía decírtelo? —arrugó el ceño—. Bueno, no pensé que te interesara.

—Me interesa ahora.

—Pues... —tomó asiento sobre mi barril— por lo mismo que casi todo el mundo. No quería seguir viviendo en la residencia. El tipo que me tocó de compañero era... raro.

—¿Qué tanto?

—Preferiría no dar detalles —Mario apretó los labios.

—Ya veo.

A pesar de que me daba curiosidad, no tenía la mente para insistir.

—Bueno, si vamos a ser «hermanos» a partir de hoy, creo que lo correcto sería hacer las paces. ¿No crees?

Mario rio.

—¿Estábamos peleados?

—Mmm..., tal vez no formalmente, pero creo que no he dejado una muy buena impresión hasta ahora —respondí y guardé los dedos en mis bolsillos—. Quiero disculparme.

—No, no te disculpes, no es necesario...

—Es que... no sé —me detuve a buscar las palabras—. Hoy casi pierdo la nariz por una escopeta de explosibolas y... supongo que eso me ha puesto a reflexionar. La vida es corta y no quiero pasarla teniendo rencores con nadie ni viceversa. Si te he hecho sentir mal con algo que he dicho...

—No, para nada, no hay rencores —aseguró—. Ya estamos a mano, Fitz.

—¿A mano?

Mario bajó la mirada y empezó a negar con la cabeza.

—Es que... el primer día que nos encontramos, le escupí a tu café antes de llevártelo —confesó apenado—, pero te juro que fue solo esa vez.

Rodé los ojos.

—Ah, ya veo, el viejo truco del cocinero al que le devuelven la comida —dije y me llevé la palma a la frente, sin poder evitar reír—. Nunca aprendo.

A pesar de que lucía como si estuviera luchando por no hacerlo, eventualmente, Mario también se echó a reír.

—Muy cierto, nunca se debe ser duro con el chef —comentó, ahora con la expresión más relajada—. Bueno..., en este caso con el mesero, porque yo fui quien te lo trajo desde la máquina.

—Tienes razón —acepté y volví a tomar la compostura—. Espero que eso te haya hecho sentir mejor.

—Uff, mucho mejor... —respiró hondo, pausando la risa—, aunque me sentí mal los días siguientes, por eso en una ocasión te llevé un platillo de flan.

Apenas me acordaba de eso.

—¿Qué? Pero dijiste que era por el especial del día de la leche evaporada.

—Mentí —admitió—. Ese día no existe, que yo sepa.

Reí nuevamente.

—Pues... gracias por el flan gratis.

—No me agradezcas, te dije que estábamos a mano —extendió su brazo hacia mí.

Me acerqué y estrechamos las manos. Encontré una sensación casi familiar y reconfortante en la suya.

—Es un gusto hacer las paces contigo, Mario Bros.

—El gusto es mío, Pato Lucas.

No esperaba esto último.

—¿Pato Lucas? ¿En serio?

—Si vas a llamarme como un personaje animado, yo haré lo mismo.

Bufé.

—Qué infantil.

Al soltarnos, me fijé en el puesto y sentí que la mirada de Madeline cruzó con la mía por un

instante, pero ella siguió con lo suyo como si nada.

¿Estaré viendo cosas?

Samuel, Evan y Jules se encontraban cerca, tomándose fotos con los transeúntes por dinero, cosa que yo ya no podía hacer por mis lamentables fachas. Kyle debía estar por ahí bebiendo o ayudando también.

Madeline ahora tenía al resto de miembros de su sororidad con ella, a quienes dirigía con vehemencia para despachar la mercancía ágilmente. Desde mi posición delante del barril, la veía mucho más arriba, casi lejana..., como si la chica que se había detenido a consolarme mientras lloraba en medio de aquella calle estuviera a kilómetros fuera de mi radar.

La mayoría de las chicas con gorras y pantalones de mezclilla cortos que la rodeaban debían estar entre las más guapas que habían visto mis ojos. Hasta parecían sacadas de esos *edits* de Tumblr en los que etiquetas a tus amigos y sueñan juntos poder verse así de guapos y estar así de unidos por siempre, a pesar de que la vida real no es tan estética y se marcharían tarde o temprano.

Pero la chica bajita de rizos húmedos con una marca de dona bajo el hombro era quien acaparaba toda mi atención.

Fueron dos los oficiales que nos habían estado siguiendo cuando veníamos de regreso. Nos hicieron esperar en aquella acera por un buen rato y, para rematar, uno de ellos apareció poco después con el perro con el que andaban. Madeline tenía hierba en el sostén, pero se mantuvieron tan ocupados asediando al chico negro, el chico gay y el chico hippie que sangraba por la nariz que no se dieron cuenta de que su mascota estaba casi por saltar encima de ella.

Eventualmente, los oficiales nos dejaron ir. Estábamos tan anonadados por todo lo que acababa de suceder que apenas hablamos de camino a la feria. Nunca me había sentido tan emocionalmente vivo y tan físicamente destruido en toda mi vida.

Me preguntaba si Mario me creería si le contaba.

* * *

Después de un montón de horas de angustiosa espera, el momento de la prueba llegó. *Nuestra iniciación oficial*, el misterioso destino del que Samuel me había advertido.

Jules y los veteranos llamaron gente de todas partes e hicieron un círculo de multitud más grande que el de *Let It Be*. Con la nariz mucho menos adolorida, fui junto a Mario a la parte trasera del puesto detrás de Evan y veteranos nos pusieron sábanas por encima para vernos igual que el resto.

Sin duda, la peor apariencia que alguna vez hubiera mostrado. Tenía el pelo enredado, la nariz hinchada y cubierta de gaza, la mandíbula roja por haberme quitado la barba en un brusco arranque de frustración, el traje manchado de sangre, y ahora una sábana encima de todo, la cual estaba arrugada, deforme y olía a carne y aceite.

Mario, en cambio, se veía fresco como una lechuga, incluso con aquello puesto.

Samuel parecía harto —más de lo usual—; debía ser por haber estado tanto rato tomándose fotos. Jules le agradeció por el apoyo y le dijo que podía unirse a Kappa si quería. Al parecer, no era correcto como líder que permitiera que miembros se unieran de forma tan arbitraria, pero se le notaba que ya no le importaban demasiado los procesos. Si tanta gente en Halcyon iba a mantenerse firme con el estigma sobre su él y su familia, iba a dirigir como le entrara en gana.

De todas formas, la respuesta de Samuel fue un «*gracias, pero no, gracias*».

Cuando todo parecía estar listo para nosotros, Mario y yo nos acercamos. La noche había caído y las luces de la feria crearon un huracán de colores vistosos que, al compás de la música y los vítores, llenaban el ambiente de energía. Una larga mesa de plástico había sido colocada delante del puesto. Un grupo de tarros transparentes reposaba en la superficie. Pronto los dos fuimos colocados en fila por una chica de la sororidad junto al resto de los novatos.

—Creo que los harán beber —comentó Samuel al acercarse—. Tienen suerte.

—Menos humillante de lo que imaginaban, ¿no? —intervino Evan, al tiempo que se colocaba detrás de Mario.

—Supongo, pero... hasta donde tengo entendido tenemos que tener más de veintiuno para consumir alco... —empecé a decir, justo cuando un sonido agudo que ya resultaba familiar capturó mi atención y la de todos a mi alrededor.

El asistente de Jules había aparecido en el lugar tocando la trompeta ceremonial de Kappa, mientras su jefe avanzaba detrás suyo muy despacio y con la nariz hacia arriba, como en todas sus entradas triunfales, solo que ahora no llevaba una capa que agitar con el viento. Otro chico bajito sostenía su GoPro y lo seguía de cerca.

—Genial, están transmitiendo esto —dijo Mario, incómodo—. Bueno, chicos, sea lo que sea, prepárense para salir en vivo.

Entre el mar de personas alrededor, mi mirada volvió a encontrarse con la de Madeline, solo que, en esta ocasión, fue más que un encuentro fugaz. Ella sonrió y me alzó el pulgar como si me deseara suerte.

En otras circunstancias, tal vez habría entrado en pánico al percatarme de que iban a grabarme y transmitirme en vivo con estas fachas, pero ahora, con Madeleine del otro lado de la multitud, mirándome y mostrándome apoyo, sentí que no solo era mi obligación hacer cualquier cosa que tuvieran planeada para nosotros, sino que debía hacerlo mejor que el resto.

—De acuerdo, de acuerdo... —Jules se colocó en el centro de la multitud junto a la mesa y alzó una mano—. Silencio, por favor, ya vamos a empezar.

El bullicio apenas disminuyó. Había mucha gente y no todos parecían poder escucharlo.

—Ey, toma —su asistente se acercó a él y le tendió el megáfono que había usado el día del cobertizo.

—Gracias —respondió Jules antes de ponerse el artefacto frente al rostro—. ¡TODOS CIERREN LA PUTA BOCA DE INMEDIATO, YA VAMOS A EMPEZAR!

Sus palabras cortaron el aire como truenos. El silencio que quería se hizo presente al instante, aunque también algunas risas.

—Gracias —prosiguió, ahora mirando hacia la cámara y en un tono mucho más moderado—. El día de hoy, en esta hermosa noche, bajo las luces que iluminan nuestra quincuagésima sexta feria de Halcyon, nos hemos reunido para poner a prueba por última vez a estos viles y miserables novatos, quienes tocaron nuestras puertas buscando un lugar donde poder reformarse de sus patéticas y tristes vidas, y volverse parte de Kappa Kappa Kappa, la gran hermandad de Halcyon con un legado digno de los mejores egresados, no solo de este pueblo, sino del país.

Mientras Jules hablaba, un chico empezó a llenar los tarros sobre la mesa con una manguera conectada a un barril que sostenían otros dos veteranos detrás de él.

—Para demostrar que están dispuestos a celebrar y tomar un puesto en nuestra sagrada mesa con la dignidad que amerita ser un hermano, beberán todo un tarro de la más refinada soda de cereza que nos ha enviado el *sponsor* de esta transmisión —Jules alzó una lata color morado con la mano que tenía libre—. Halcyon Bay Pop, descubre el verdadero placer efervescente.

Un veterano señaló hacia la mesa y las muchachas que ayudaron a organizar nos hicieron acercarnos al centro.

—¡Tomen y sellen el comienzo de un camino de redención que dignifique el resto de sus vidas junto a sus nuevos hermanos! —Jules bajó el megáfono y alzó el dedo de en medio muy despacio como si fuera un gesto de gran valor simbólico—. ¡Por Kappa! —rugió al aire.

—¡POR KAPPA! —le siguieron los veteranos al unísono con sus dedos de en medio también levantados.

Los vítores volvieron a hacerse lugar en la ceremonia y un grupo de chicos con sábanas empezaron a poner tarros en nuestras manos. El líquido morado espumoso casi rebosaba los relucientes recipientes y, a diferencia de mis compañeros, no podía despegarle la mirada.

¿En serio conseguiré bajarme todo esto?

Entonces, la mirada de Madeline cruzó por mi mente, aplastando ese pensamiento de manera arrolladora. Ella debía estar en algún sitio por allí cerca, quizá mirándome en este justo instante. No podía titubear.

—Fitz, ¿te sientes bien? —me preguntó Mario, con una mano sobre mi hombro y la otra aferrada al asa de su tarro—. Has pasado por mucho hoy; si no te sientes bien, puedo decirle a Evan que...

—No, estoy bien —lo interrumpí.

—¿Seguro?

Respiré hondo y me erguí.

—Sí, puedo hacerlo.

Mario no respondió, solo me palmeó el hombro y se posicionó como estaba antes. Me concentré en la bebida e hice lo posible por no lucir extraño. La cabeza me empezaba a dar vueltas, pero aquel no era el momento. Solo tenía que dar este paso para tener la mansión y redimirme del incidente de la escopeta.

Tú puedes, Fitz. Tú puedes... Tú puedes...

—¡A la cuenta de tres! —exclamó Jules con el puño levantado—. Uno... dos... ¡y tres!

No dudé mi siguiente movimiento. Cuando el borde del tarro estuvo contra mis labios y el dulce líquido burbujeante empezó a hacer su recorrido por mi lengua, me concentré en el ejercicio de hacer que baje.

El gorgoteo de la soda cruzando la intercepción en mi garganta era lo único que resonaba en mis oídos. El mundo a mi alrededor se silenció poco antes de que fuera consciente de que mis ojos se habían encontrado con los suyos una vez más. Madeline estaba allí frente a mí, rodeada de sus reclutas... y no miraba a nadie más.

Dudé cuando las bocanadas se volvieron copiosas y sentí que el estómago se me contrajo por un instante. Temí vomitar o que la soda se escapara por mi nariz, pero no podía detenerme. Estaba por conseguirlo y ella lo vería.

Sentía las paredes de mi cuello tensándose tras cada trago, pero lo ignoré, hasta que el tarro se hizo muy ligero. Cuando me di cuenta, el líquido en mi recipiente se había esfumado, y pronto sentí que yo estaba a punto de hacerlo también.

Madeline ahora eran dos Madeline. Todos a mi alrededor se dividieron en dos como células y mi cuerpo se empezó a sentir pesado. Uno de mis brazos estaba alzado al aire, sujetado por otra persona.

—¡Tenemos al primero en acabar! —exclamó quien sea que me sostenía—. Esto debe ser un récord.

El ruido de vítores invadió el aire y fui halado por manos desconocidas. Sentí palmadas sobre la espalda mientras avanzaba, pero no veía nada con claridad, a excepción de los colores de las luces girando en círculos.

Parpadeé varias veces y mi visión volvió a estar como antes por un instante. Desde mi nueva posición, alcancé a ver al resto de los novatos, entre ellos Mario y Evan. Todos seguían tomando de sus tarros junto a la mesa y ahora Madeline estaba muy cerca. Tan cerca como en aquella calle cuando sostuvo mi rostro. Tan cerca que casi pensé que estaba alucinando.

—Fitz, lo lograste, has acabado en tiempo récord. ¡Eso fue una locura!

Quise responder, pero apenas podía seguir viéndola con claridad. Si no me concentraba con fuerza, volvía a ver dos de ella en lugar de una.

—Y todo quedó grabado —prosiguió—; ya imagino al campus entero hablando de esto mañana. ¿Cómo lo hiciste? ¿Lo habías hecho antes?

A pesar de la poca distancia entre nosotros, sus palabras se me hicieron espesas, como si me hubiera sumergido en un tanque. Entonces, sentí la misma contracción que había experimentado mientras bebía, pero ahora con una fuerza arrolladora, como si me hubieran soltado un puñetazo directo en el estómago.

Y lo dejé todo salir, igual que aquel día cuando era niño y me mareé en ese juego mecánico de tazas giratorias al que juré nunca volver a subirme, solo que esa vez había vomitado sobre los zapatos de mi abuelo. Uno de los pocos recuerdos de mi infancia en el que compartimos tiempo juntos antes de que falleciera y había sido un desastre. Justo como hoy, pero menos humillante.

Acababa de vaciar mi estómago sobre los zapatos de la líder de uno de los grupos estudiantiles más importantes del campus, en frente de una multitud. En vivo.

Cada alma presente pareció haber suspendido su atención en el evento para mirarme. Yo solo celebré que, de pronto, se me había pasado el mareo.

17

LA PRUEBA

En el cristal, todo lo que veía era a una persona triste y carente de vida —si es que se le podía denominar persona a esa cosa horrible—. Tiras oscuras de piel eran sus párpados entornados, vencidos por la noche que pasó en vela frente a su corpulento libro de anatomía, cuyas lecciones lo habían perseguido hasta en sus breves sueños.

Verlo me daban ganas de llorar y vomitar. Su nariz estaba morada, como esos dulces ácidos que me gustaban de niño y me hacían sentir especial porque el resto de mis amigos de ese entonces no toleraban el fuerte sabor. Su pelo no era para nada como el mío. Parecía una maraña oscura y deforme, como una peluca salida de la boca de un burro.

Su bata blanca no ayudaba a su causa tampoco. De por sí parecía un fantasma con la piel tan pálida, como si un vampiro lo hubiera drenado por completo. Donovan había dicho el primer día que no queríamos vernos en el espejo después de un tiempo estudiando para su clase, pero mi reflejo ya ni siquiera salía. Tenía el de alguien más ahora.

—¿Fitz? —La voz indiscutible de Mario resonó entre las baldosas y el eco casi me hizo estremecerme.

El baño estaba oscuro, húmedo y frío. Los tubos de luz en el techo estaban tan apagados como yo. La luz de la mañana que entraba por las pequeñas ventanas cuadradas era mi lámpara.

—Mario Bros —dije en un intento de voz.

Tenía ambas manos apoyadas en el lavamanos. El agua fría de la llave había servido para despertarme y ahora la sentía deslizándose por mi barbilla.

—¿Qué haces aquí? —el reflejo me mostró a Mario detrás de mí—. Donovan apareció, hay que irnos.

—Se reirá de mí.

—¿Qué?

—Donovan —dije y negué con la cabeza— se reirá de mí cuando me vea así. Predijo lo que nos ocurriría estudiando para él y yo soy el más claro ejemplo de toda la clase.

—De acuerdo —Mario me tomó del hombro y me hizo mirarlo—. Digamos que existe la posibilidad de que se ría o diga algo, ¿y? —arqueó las cejas—. ¿Eso en qué cambia el hecho de que probablemente estés más preparado que nadie más en la clase?

—¿Me ves preparado?

—Fitz, cargaste con ese libro hasta en la feria —soltó una risa—. Y anoche, mientras estudiábamos, respondiste todas mis preguntas sin titubeos. Ninguna ocurrencia de Donovan va a cambiar eso.

Quise responder, pero no encontré las palabras. Tal vez mi cerebro ya había empezado a rendirse.

—Si se ríe de ti, es un imbécil —Mario dio un par de pasos hacia atrás—. Te esforzaste mucho y estás preparado. Se lo demostrarás —antes de salir, me dejó con una última frase—. No creo que Donovan sea tan imbécil.

Sus palabras me enviaron de regreso a nuestra última sesión de estudio cuando bajó a ver como seguía de la nariz y le pedí que se quedara en el cuarto a ayudarme a repasar. Con eso, no

necesité demasiado tiempo para ceder ante el impulso de seguirlo.

Avancé entre las baldosas y salí hacia la claridad de la mañana. Crucé el campus con pasos firmes y decididos. Jóvenes ya marchaban en las inmediaciones del edificio de Donovan con batas blancas iguales a la mía. Respiré hondo, ignoré las posibles miradas y no tardé en alcanzar a Mario, quien iba con su pequeña mochila colgada de un solo hombro.

—Te irá bien —dijo sin inmutarse cuando me coloqué a su lado—. Ya verás.

—Seré el primero, estoy seguro de que Donovan se trama algo.

—Oh, eso no lo dudes —respondió una voz más caricaturesca que la de Mario—. Quizá nos haga electrificar un cadáver y que lo despertemos como Frankenstein.

Evan se había acercado con una sonrisa cruda plasmada en el rostro.

—¿Emocionado, Becker? —inquirió Mario, mirándolo con una ceja arqueada.

—La verdad no, pero prefiero bromear sobre ello. Me distrae de los nervios.

—Interesante estrategia —comenté—. Ojalá tuviera tu fuerza de voluntad para reír.

—Fitz —me saludó—, ¿cómo estás? Mi hermana me escribió anoche porque quería saber cómo seguías de lo del sábado. No supe qué decirle porque no te volví a ver después de... la feria.

No encontré cómo responder a esto. No debía ser verdad... De seguro había metido a su hermana para pretender que no era suyo el interés.

—Y dime..., ¿te sientes mejor? —añadió.

Giré el cuello para mirarlo.

—¿Cómo crees que me siento? —mi voz reflejó lo roto y derrotado que me encontraba, por suerte.

Evan sacó su teléfono del bolsillo de su bata. El blanco le quedaba mejor que a nosotros.

—Le escribiré que estás mejor.

Pese a que me dio la impresión de que se reía de mí por su tonto mecanismo contra los nervios, lo de escribirle a su hermana parecía estarlo haciendo de verdad. Opté por concentrarme en mis pasos.

—¿Es aquí? —preguntó Mario.

Los chicos que iban delante de nosotros empezaron a entrar a un edificio no muy alto, cubierto de ladrillos.

—Sí, aquí es —dijo Evan y se nos adelantó por unos cuantos pasos—. La morgue.

En su voz cálida y simpática, palabras como esta última sonaban extrañas. Respiré hondo y repasé contenido en mi mente mientras entrábamos: *«químico, celular, tisular y anatómico», niveles de la constitución del cuerpo humano*. Empecé desde lo básico hasta lo más complejo. Desde lo que vimos el primer día hasta lo último que revisé cuando salí de la ducha esta mañana.

Nos detuvimos cerca de otros estudiantes y apreté los párpados para concentrarme, deseando que las voces también desaparecieran. Repasé algunas cosas de manera superficial para cubrir más contenido, pero no pasó mucho tiempo antes de que unos firmes pasos resonaran en mis oídos como truenos lejanos. Un sonido ya familiar para mí, con el poder de hacer que el silencio se hiciera lugar en una habitación llena.

Abrí los ojos, justo a tiempo para ver las luces del lugar encenderse una detrás de otra en un desfile por el techo, iluminando hasta el otro lado de la estancia, que ahora, bajo la claridad, mostraba su verdadera apariencia.

Lo que al principio parecía una pequeña y fría bodega, se convirtió en una sala espaciosa, extendida hasta una pared al fondo y cubierta de grandes cajones de metal. Parecía un lugar

sacado de una película de terror. Varios catres de metal estaban dispuestos a una distancia equitativa, algunos con siluetas humanas reposando bajo sábanas pálidas.

—Bienvenidos a la casa de Jack —la voz de Donovan se impuso con aún más fuerza que su calzado.

Se encontraba en medio de la sala, mirándonos con su sonrisa torcida y su mirada malévola tras sus pequeños anteojos. Llevaba una bata blanca como nosotros y su pelo entrecano ahora estaba más corto y estilizado. A lo mejor se había arreglado para la ocasión. Verdad o no, parecía disfrutar observando nuestro desconcierto.

—Ese es el nombre con el que la bautizamos hace muchos años atrás —prosiguió— y la única broma que será tolerada aquí. Espero que mantengan el respeto dentro de estas instalaciones y recuerden que están tratando con los restos de personas que alguna vez tuvieron vidas y sueños muy similares a los suyos. Nunca me he considerado una persona particularmente religiosa ni creo que haya algo más allá de la muerte, pero si mañana me llegara la hora, no quisiera que los vestigios de mi existencia quedaran en manos de universitarios de primer año que los manejen con irreverencia —recogió una tabla sujetapapeles de una pequeña mesa con ruedas que tenía cerca—. Confío en que se comportarán.

—¿Es mi impresión o Donovan no da tanto miedo hoy? —murmuró Mario.

—Creo que este sitio es tan lúgubre que lo hace ver así —respondió Evan en el mismo volumen de voz.

Sentí un sabor amargo y mi corazón empezó a latir más deprisa. La espera iba a matarme antes que la prueba.

—Bien, imagino que tienen muchas dudas —dijo Donovan sin despegar la atención de lo que leía—. Ya pronto vamos a empezar, no se desesperen.

Como si alguien aquí estuviera entusiasmado por esto.

—Profesor, un amigo me comentó que si... a alguno no le va muy bien en esta prueba, habrá otras oportunidades para repetirla —intervino un chico de otro grupo, apartado de donde nos encontrábamos Evan y Mario—. ¿Los que pasen desde el día de hoy qué tienen asegurado?

—Lo único que todos siempre van a tener asegurado en esta clase es la puerta de salida —respondió Donovan, tajante—. ¿Alguna otra pregunta?

—No, creo que sigue siendo el mismo de siempre —comentó Mario en un susurro.

En ese momento, una figura bajita bastante familiar se apareció la entrada. Por suerte, después de no haber recibido respuesta, Donovan había vuelto a centrar su atención en el documento que sostenía. Samuel avanzó en silencio entre los estudiantes hasta colocarse cerca de nosotros.

—Oye, ¿por qué llegas a esta hora? —le preguntó Mario.

—El perro de mi abuela estaba teniendo sexo con un cojín y no quería soltarlo —respondió ecuánime.

—Gracias por poner esa imagen en mi cabeza —dijo Evan con una mano sobre la boca, luchando por no reír.

Samuel frunció el ceño.

—De... nada.

—Está nervioso por la prueba, reír es su estrategia para distraerse —le expliqué.

—Dios mío, Fitz, te ves horrible —dijo Samuel y una parte de mí quiso estrangularlo, mientras que la otra deseó salir corriendo de regreso a la mansión para encerrarse y llorar.

Por desgracia, no podía hacer ninguna de las dos.

—Gracias por tu franqueza, Samuel —me obligué a sonreír—. Era justo lo que necesitaba en

este momento.

—Ah, cierto, perdón —dijo con las cejas alzadas—. Ya casi te llaman, ¿no?

—Lucas Fitzgerald —la voz de Donovan cortó el aire y me hizo sentir que flotaba.

Si hubiera tenido disponible un botón que me permitiera desaparecer, ser eyectado a la estratósfera, no habría dudado en presionarlo. Donovan pronunció bien mi nombre, tan bien que sentí que era la primera vez que lo escuchaba de esa forma. La forma correcta.

—En cualquier momento —respondí sin dejar de sonreír, al tiempo que me separaba de ellos y me acercaba al frente.

—Mi amigo Lucas —me saludó el profesor—, el bello durmiente de la clase.

—Prefiero que me llamen Fitz —solté y me mordí la lengua.

Detente, no le respondas, nunca lo hagas.

El Fitz prudente dentro de mi cabeza estaba a punto de tener un colapso nervioso.

—Mi amigo Fitz, entonces —accedió, para mi sorpresa—. Sígueme. Lo mismo con el resto —se dio la vuelta y se acercó a uno de los catres. Fui tras él y los demás hicieron lo mismo.

Mientras mis compañeros nos ceñían con sus curiosas miradas, me mantuve concentrado en mi respiración. A diferencia de Samuel, Donovan no pareció inmutarse por mi apariencia.

Ha de ser la costumbre de ver a chicos quedar así debido a su clase.

—De acuerdo, el proceso es bastante simple, te haré algunas preguntas relacionadas con los primeros temas que hemos abordado estas semanas, incluyendo los de la última clase. Espero que te hayas puesto al tanto de lo que impartí.

Estuve a punto de responder que sí estaba al tanto, pero me limité a asentir con la cabeza. Donovan estaba frente a mí, lo único que nos separaba era un catre con un cuerpo. En mi mente, ahí yacía mi futuro en la universidad si no me iba bien en esto y me comportaba.

—Retírale la sábana, por favor —me instó el profesor, y sostuvo su tabla sujetapapeles con los brazos cruzados sobre su pecho.

Di dos pasos y me pegué al borde del catre. Inhalé hondo y estiré los brazos hacia donde terminaba la tela, encima de la cabeza del cuerpo. Escuché a mi estómago quejarse un poco, pero no al punto de náuseas, solo nervios y la sensación de estar a punto de empezar a castañear que me invadía.

—Solo hazlo, no te preocupes —la sonrisa en el semblante de Donovan por primera vez se sintió genuina.

No me concentré en mirarlo. Devolví la atención al catre y eché los hombros hacia atrás. El gorgoteo extraño que alcanzaba a oír dentro de mí parecía empezar a calmarse y no dudé en descubrir la sábana hasta el torso del cuerpo en un rápido movimiento.

Cuando fui consciente de la imagen ahí delante, no supe si reír o asustarme. Mis compañeros lucían tan anonadados como yo. Sobre el catre no reposaban los restos de una persona, sino una rígida pieza de plástico que hacía alusión a una.

—Bueno, Fitz, aquí está tu sujeto para la prueba —dijo Donovan—. Te presento a míster Crash.

Mantuve mi atención fija donde me indicaba, sin saber qué hacer. Se trataba de un maniquí amarillo sin boca y con agujeros en lugar de ojos. Parecía un intento de robot no terminado.

—¿La prueba será... con un muñeco?

—Es un *dummy* —aclaró—, y sí, por ahora es con lo que trabajarán.

Suspiré y asentí con la cabeza, aliviado de que no fuera una mala sorpresa.

—De acuerdo. Cuando usted quiera, profesor —a pesar de no estar del todo seguro, ya

necesitaba acabar con esto. Mi cerebro exigía un respiro, aunque no me fuera bien.

Donovan solo sonrió.

Perverso.

—Como asumo ya sabrás, Fitz, el cuerpo humano se divide de distintas maneras. Existen tres formas de dividirlo en dos partes de forma simétrica...

—Anterior y posterior, superior e inferior, lado izquierdo y derecho —culminé por él.

—Pero esa no era la pregunta —arqueó una ceja y su sonrisa desapareció—. ¿Cómo nos referimos a un plano de división anterior y posterior?

—Coronal —dije sin titubear—. Son coronal, transversal y sagital respectivamente.

Donovan entornó los párpados y se acarició la barbilla.

—¿Qué movimientos se producen en el plano coronal?

—La abducción y la aducción.

—¿Qué parte de la anatomía estudia estos planos?

—Topográfica.

Las respuestas casi me brotaban solas, escurriéndose desde mi mente como agua al instante que Donovan pronunciaba las preguntas.

—¿Puedes mostrarme en el *dummy* dónde se encuentra la arteria maxilar?

La imagen del libro vino a mi mente de forma automática, como las respuestas anteriores, y sentí que sabía exactamente donde debía ubicarla, hasta que recordé que este no era un cuerpo humano.

—Supongo que aquí —dije y llevé dos dedos al cuello delgado y metálico que sostenía la cabeza del maniquí—. Es una de las dos ramas donde termina la carótida externa, nace a nivel del hueso mandibular y recorre en horizontal de manera poco ascendente.

Mis dedos recorrían libremente este flujo de sangre imaginario. Al levantar la mirada, noté que Donovan tenía ambas cejas alzadas. Alzó su tabla sujetapapeles y empezó a escribir algo.

—Gracias —murmuró sin mirarme.

Miré hacia mis compañeros para ver si alguno me indicaba qué sucedía. Todos parecían igual de confundidos, aunque algunos me alzaban pulgares y sonreían, entre ellos Mario y Evan.

—Gracias —repitió Donovan.

—Entonces..., ¿eso es todo?.

—Sí, Fitz, por ahora terminé contigo.

—Significa... —sentí que una chispa de emoción estaba a punto de incendiar mi cuerpo—. ¡¿Significa que pasé la prueba?!

—Sí, Fitz, pasaste la prueba.

Me llevé la mano a la boca para ahogar un grito. Una parte mí quería saltar, pero me limité a alejarme del catre con pasos rápidos. Avancé casi corriendo entre los chicos, procesando lo que acababa de ocurrir.

¡Pasé la evaluación! ¡Pasé la evaluación! ¡Pasé la jodida evaluación y ni me dijo nada!

Apenas alcancé a oír la voz de Donovan nombrando a otro estudiante cuando di un mal giro de los talones y mi equilibrio se esfumó. Con la visión hecha un caos, aterricé de lado sobre un brazo y me deslicé de espaldas por el suelo hasta chocar en un estruendo metálico contra la pata de otro catre.

El dolor en el codo no tardó en aparecer, ardiente. Sin darme tiempo a intentar levantarme, el metal a mi lado soltó otro quejido seco, como de quiebre. Miré hacia arriba, justo a tiempo de presenciar como una pata del catre cedía por completo y la base se desplomaba de lado sobre mí.

Apreté los párpados instintivamente, antes de que esta pesada figura se estampara con todo su peso sobre mí. Volví a abrir los ojos y me encontré con la imagen más espantosa que alguna vez hubiera visto. Un rostro pálido e hinchado, feo como la muerte misma, estaba muy cerca del mío. Sus pómulos y frente lucían llenos y abultados, las venas marcadas quebraban la piel casi verdosa y tenía la boca encogida en una mueca que nadie sería capaz de hacer en vida.

Fue entonces cuando fui consciente del enorme cadáver que me abrazaba y, aunque Donovan había pedido que no fuéramos irrespetuosos con los muertos, no pude evitar desinflar mis pulmones en el grito más fuerte y doloroso que alguna vez hubiera salido de mi garganta.

18

EL CONCURSO

—Cuéntame, Fitz, ¿en qué estás? ¿Qué hay nuevo por allá?

—Todo bien, ma. Estoy... —carraspeé—, estaba estudiando hace un rato.

—¿Tienes gripe? Te oigo agripado.

Incliné la cabeza para apoyar el teléfono entre el hombro y la oreja. Avancé por el cuarto hasta llegar al baño y cerré la puerta con el brazo bueno.

—No, solo estoy algo ronco —mi voz estaba rasposa y seca, empezaba a sonar como Freddy Krueger—. Ya estoy tomando algo para eso.

—Hazte un té de limón con miel.

Me acerqué al lavamanos y tomé una pequeña tijera plateada que reposaba sobre la repisa. El brazo sobre el que había caído en la morgue me lo habían inmovilizado en un cabestrillo improvisado que no podía ser más incómodo. Ahora solo tenía una mano disponible.

—Buena idea —dije y empecé a medir con la tijera los mechones oscuros de pelo que me caían alborotados por toda la cabeza—, tal vez eso ayude.

—Y cuéntame, mi niño, ¿cómo te está yendo?

Sin calcular ni predecir con mucha paciencia, me corté un mechón de cabello, el cual cayó sobre el lavabo en un pequeño anillo fibroso.

—Bien, ma, todo bien por aquí. Tuve una prueba esta mañana y pasé con la mejor calificación de toda la clase —dejé ir otro mechón—. No podría estar mejor.

—¿Hablas en serio, Fitz? —dijo con ternura—. Dios, qué orgullo, ¡felicidades! Me alegra mucho oír que te está yendo bien. Temí que eso de la medicina... Bueno..., no vi venir que tomaras esa decisión, pero me alegra que te guste y te esté yendo bien.

—Sí, la verdad no lo encuentro tan difícil, aunque este es solo mi primer cuatrimestre —me corté otro mechón y casi me rio de lo mal que estaba quedando—. Lo que intimidan son los años, pero la verdad no tengo prisa.

—¿Estás con alguien? —pareció notar mis fallidos intentos por no reír—. Puedo llamar más tarde...

—No, no, no —farfullé e inhalé hondo—. Es que... estaba pensando en algo gracioso que me contó alguien.

Mierda, estoy quedando como un puto espantapájaros.

Intenté emparejarme los mechones que había cortado de manera aleatoria con el resto del pelo, pero cada vez quedaba peor. Quién diría que cortarte el pelo tú mismo con una sola mano mientras hablas por teléfono con la cabeza medio girada era mala idea.

—¿Y cómo está Celeste? —inquirí—. Le he dejado mensajes pero no responde ninguno, casi me olvidaba de su existencia.

—Ah, ella cambió de número. Quisiera saber por qué no te dio el nuevo.

Mi madre empezaba a sonar enfadada.

—No te preocupes, a lo mejor solo se le pasó.

—Eres su único hermano, sabes que siempre he querido que sean cercanos y se apoyen.

—A la edad de Celeste no solía pensar mucho en otras cosas que no fueran mis amigos y la escuela —dejé ir más pelo, ya ni me importaba—. No la regañes por eso, seguiremos unidos siempre.

—Eso espero... —murmuró y la línea se hundió en silencio.

—Ey, ma ¿sigues ahí?

—Fitz —respondió en un tono serio—, si te digo algo, ¿me prometes que no le dices a tu hermana cuando hablen?

—Lo prometo.

—Fitz, ¿me estás escuchando?

—Sí, te escucho, ¿qué es lo que quieres decirme? —no recibí respuesta—. No le diré a nadie, lo prometo.

Después de unos considerables segundos de inactividad, volvió a tomar la palabra.

—Te digo después cariño, hablamos —colgó.

—Adiós, yo también te quiero —le dije a la nada.

Al cabo de un rato, mientras descifraba cual sería mi nuevo plan con la tijera, alcancé a escuchar que tocaban la puerta afuera.

—¿Quién es?

No recibí respuesta. Salí del baño y me coloqué contra la puerta del pasillo con los párpados apretados.

—Sea quien sea, venga más tarde, estoy haciendo algo ahora y no pienso abrir.

—Fitz, ¿sucede algo?

—¡Mario Bros! —exclamé aliviado al reconocer su voz—. Tengo una pregunta y tal vez suene un poco extraña pero... ¿sabes cortar cabello?

—¿Qué?

—Que si sabes cortar cabello.

—Bueno, solía cortarle el pelo a mi mamá. Usaba un *mullet*... como Winona Ryder en su momento.

Sin dudarle, abrí la puerta y me encontré con la figura alargada del chico, mirándome con el ceño fruncido.

—Bien, entonces necesito tu ayuda urgente —sujeté su muñeca, lo halé hacia dentro y cerré la puerta.

—Dios, pero ¿qué te hiciste? —Mario rio—. ¿Te cortaste el pelo tú mismo?

—Sí, y fue un error.

—Fitz, tienes un brazo lastimado. ¿No se te ocurrió que era mala idea inventar con...?

—¡No, no hasta que fue muy tarde!

Mario volvió a reír por otro par de segundos y guardó las manos en sus bolsillos.

—Si quieres, te presto un sombrero.

Resoplé y lo llevé del brazo hacia el baño.

—Muy gracioso.

—Dios, pero qué desastre —dijo al ver el estado del lavabo.

Tomé la tijera y se la tendí.

—Toma, ahora corrige esto.

—Bueno, bueno... Un momento —empezó a examinarme el pelo confundido, como si no tuviera idea de por dónde empezar—. No, yo creo que voy a tener que bajarte bastante para arreglar esto que hiciste.

—Haz lo que tengas que hacer —respiré hondo y miré al suelo, aceptando mi destino de pelo corto—. Solo no me dejes calvo.

—Mhm..., no creo que tenga que llegar a ese extremo, pero necesitaré que te sientes.

Me di la vuelta y sentí que me cosquilleaba la espalda.

—De acuerdo, pero primero tengo que quitarme esto —con el brazo bueno, tiré de un lado de mi camiseta—. Me ha entrado pelo y estoy incómodo.

—Tienes que empezar quitándote el cabestrillo —Mario me asistió con el brazo malo y tuve que morderme el interior de la mejilla para distraerme del dolor. Luego me pasó la camiseta por encima de la cabeza y muy despacio a través del área lastimada.

—Me agrada haberme vuelto tu primer paciente oficial desde lo de la feria.

—Gracias por ser un buen sujeto de práctica —sonrió mientras volvía a ajustarme el cabestrillo—. Todavía sigo sin asimilar que te haya caído un cadáver encima en la primera práctica de la morgue.

—Yo tampoco, no sé cómo me pasan estas cosas.

Cuando Mario terminó de arreglarme el cabestrillo, me senté en el borde de la bañera. Una botella de champú cayó detrás de mí, pero lo ignoré.

—Bien, hora de corregir este lío —jugueteeó con las tijeras en el aire.

Me forcé a sonreír y Mario se volvió hacia la repisa para tomar un peine rojo que sobresalía de un lado. Cuando empezó a trabajar en mi cabeza, pensé en lo inesperada que había sido su visita.

—Y... ¿entonces viniste para ver si seguía vivo después de lo de esta mañana? Qué considerado.

—No, bueno... sí, pero no fue a lo único que vine.

—¿Y qué era lo que querías, Mario Bros? ¿Tu vieja habitación devuelta?

—No, no, es que... estaba oyendo un programa de radio la otra noche mientras doblaba ropa y... los conductores empezaron a hablar de cine. Hace tiempo que no voy a ver una película, por lo que ayer conseguí un par de entradas.

—Genial —exclamé—. Podrás ir dos veces.

—Bueno, mhm...

Me eché a reír

—Ya, hombre. Lo decía en broma, asumo que irás con tu novia, ¿no?

Al terminar esta última frase, el recuerdo de nuestra conversación en la cocina la mañana de la feria saltó en mi mente y me sentí como la peor persona del mundo.

—Lo siento, Mario —apreté los párpados—. Soy un idiota por olvidarlo.

—No, está bien, es solo que... son boletos para la nueva película de *Maze Runner*. No sé si te llama la atención.

—No me suena familiar.

—Ah, entiendo... —murmuró y soltó una ligera risa—. Bueno, pensé que querías ir a verla para distraerte un rato de todo lo que te ha estado pasando.

—Suena bien —me encogí de hombros—. A veces también disfruto ver la reacción de la gente y me la paso bien aunque no entienda del todo.

—Bueno, como quieras, de verdad. Es solo... que eso no era todo.

Carraspeé.

—¿Tienes otro regalo para mí, Mario Bros?

—Es que necesito un favor y no sabía a quién pedirselo.

Un favor.

—Bueno, eso no suena como un regalo —me hice el decepcionado y luego reí—. Te escucho.

—Es que... me enteré por ahí que habrá un concurso como de baile en Halloween, al parecer es algo anual de aquí. El premio es una semana de vacaciones en Tahití, por allá en el culo del mundo.

—Baile... —bajé la mirada a mi torso desnudo y la mantuve fija en mi pálida panza salida hacia afuera por la encorvada postura—. Eso es.

—¿Eso es... qué? —inquirió confundido.

En ese momento, como si tuviera una extraña epifanía, recordé a Ariel, el profesor de zumba de mi madre. El tipo tenía casi sesenta años y lucía mejor que todo a lo que yo podría aspirar en mi vida. Un adonis de hombros anchos, piel morena, piernas largas y boca grande con sonrisa de comercial. Parecía veinte años menor que su edad y se robaba suspiros de casi todas las señoras del vecindario, casadas o no.

Una vez, al final de una de esas clases en las que solía pasármela jugando con otros niños —hijos de las amigas de mi madre que también eran entrenadas por Ariel—, oí a una señora preguntarle cual era el secreto que lo hacía mantenerse tan joven. La respuesta de Ariel fue simple: *«Baile. Como siempre les digo, no hay un solo camino para estar en forma, pero supongo que mi secreto es que bailo todo el tiempo»*.

Muchos no lo sabían, pero cuando no estaba ocupado robando suspiros de mamás, Ariel era coreógrafo profesional para espectáculos. Me había enterado una vez que lo encontré de forma aleatoria en Instagram. Le asistía a artistas en presentaciones y conciertos, a pesar de tener la edad para ser abuelo. Mi yo de diez años estaba fascinado, por supuesto.

En mi mente, dedicarme a bailar podría volverme una criatura inmortal y corpulenta, así como él.

—Un conocido de mi madre decía que su secreto para mantenerse joven y fuerte era el baile. Solo hubo un momento en mi vida que bailé bastante —le conté—. Yo y mi amiga Ashley solíamos bajar después de la escuela a un Dance Dance que habían montado unos chinos. Creo que fue la época más feliz de mi vida.

—¿En serio?

—Sí, pero... —negué con la cabeza, haciendo a Ashley a un lado—. Ya eso es cosa del pasado. Tal vez podría retomarlo porque estoy algo oxidado... Aunque, para ser honesto, no me atrevo a meterme en ningún concurso. Ni siquiera por Tahití.

—Entiendo. Em..., está bien.

Sonaba muy decepcionado. Quise pensar en alguna manera de levantarle el ánimo sin tener que comprometerme, pero no se me ocurrió nada. Parecía casi injusto dejarlo así.

—Mario, ¿me das algo de tiempo para pensarlo?

* * *

Al igual que estos últimos cuatro días, el sol se había ocultado conmigo en frente de libros y cuadernos de apuntes. Tal vez estaba frío con Donovan ahora, pero no debía descuidar las otras materias.

Me preguntaba cómo hacían mis compañeros de cuarto para dormir tan plácidamente. Sus carreras debían ser bien amenas de llevar. Nada les quitaba el sueño a los malditos ni siquiera el calor asfixiante del lugar.

Todas las luces estaban apagadas. Lo único que me iluminaba en el escritorio era la laptop de Mario, quien había accedido a dejármela. Seguía a la espera de la mía, la cual aparentemente habían extraviado los de la beca. Pude haberlo resuelto muy rápido, pero no quería pedirle dinero extra a mi madre para comprar una. Ya me ayudaba bastante y sentía que era momento de empezar a conseguir las cosas por mi cuenta.

Cansado de leer, cerré el libro de química que tenía delante y estiré el brazo bueno hacia la laptop. Después de cortarme el pelo y dejarme como el gemelo perdido de Nick Jonas, Mario me había dejado con una inquietud:

¿Sería capaz de montar un número con él para ese concurso?

La idea era estremecedora, ridícula también, pero una parte de mí la encontraba cautivante.

Juventud eterna. Tahití.

Tecleé el nombre del supuesto concurso en Google y di con varios apartados y noticias al respecto.

Duo Lip Sync Battle: quinta edición.

Entré a un apartado donde había clips de videos de las ediciones anteriores del concurso y, al instante, fui bombardeado por una vorágine de luces estroboscópicas, figuras corpulentas y movimientos tan ágiles que parecían inhumanos.

Con sus trajes coloridos y reveladores, una pareja de hombres chéveres y sensuales, demasiado ajenos a mí, llenaba el escenario.

¿Qué clase de *Magic Mike* es esto?

Pero la idea de verme como ellos... La idea de verme como Ariel a los sesenta...

Me puse de pie de un salto y cerré la laptop. Confundido, pero emocionado por el sinnúmero de ideas que empezaban a revolotear en mi cabeza, me asomé al pasillo. Solo al fondo se alcanzaba a ver una luz encendida. No parecía haber ni un alma rondando por ahí.

Tomé prestadas las sandalias de uno de mis compañeros, que rodaban sobre la alfombra, y me aventuré a dar un pequeño paseo nocturno. Se sentía raro caminar por la mansión con tanto silencio y paz. Al igual que la mayoría, debería estar acostado, ya que me tocaba madrugar. Con suerte, Mario, al ser un animal nocturno como yo, estaría despierto y podría explicarme más sobre el concurso.

Cuando llegué al segundo piso, avancé en dirección a mi antiguo cuarto. Al principio, creí que no había nadie en este pasillo tampoco, pero pronto pude diferenciar una silueta solitaria en la oscuridad, sentada justo delante de la puerta que marcaba mi destino.

Asumí que era uno de los chicos, pero no tuve que acercarme demasiado para percatarme de que se trataba de una figura femenina. Estaba sentada en el piso del pasillo con la espalda contra la puerta, sosteniéndose las piernas en una posición propia de una persona afligida. Tratando de no asustarla, llevé el puño delante de la boca y fingí un pequeño estornudo. La chica alzó la mirada y no pude evitar exaltarme al darme cuenta de quién se trataba.

—Tú —dijo Madeline a media voz.

Me había llevado el puño al pecho. Lo último que esperaba era encontrármela allí, sola. A pesar de la falta de luz, podía jurar que lágrimas bajaban por sus mejillas.

—Ey, ¿estás bien? —me puse en cuclillas a su lado y noté el olor a alcohol casi al instante.

—No.

Su sinceridad me hizo darme cuenta de lo tonto que sonaba. Era evidente que estaba lejos de bien.

—¿Cómo puedo ayudarte? ¿Quieres que llame a alguien? —me fijé que ahora se aferraba a la

tela de una camiseta deportiva con ambas manos, muy grande para ser suya—. Dime, ¿quieres que llame a Jules?

Madelineladeó la cabeza y apretó los párpados. En definitiva, estaba llorando.

Oh, no.

Nunca me había considerado una buena fuente de consuelo. Siempre me sentía muy incómodo viendo a alguien más llorar, pero hice lo posible por mostrarme empático y coloqué la mano del brazo bueno sobre su hombro.

—Oye, está bien... ¿Recuerdas lo que me dijiste el sábado afuera del campo de béisbol? —hice lo posible por sonar comprensivo—. Somos un equipo, ¿no fue así? Déjame ayudarte.

—No, en esto nadie puede ayudarme —Madeline bajó la mirada hacia la prenda que sostenía y soltó varios sollozos.

Tal vez lo correcto en una situación así sería abrazarla, pero, en su rara posición y con el cabestrillo en mi brazo, estaba difícil. Y tampoco quería incomodarla. Me limité a aguardar en silencio.

—¿Duermes aquí? —inquirió e hizo un ademán como si estuviera por moverse.

—No, no, no... —farfullé—, tranquila.

Consideré que el olor a alcohol que provenía de ella debía tratarse de whisky. A pesar de que la bebida no era lo mío, cuando los amigos de Liam aparecían en su yate con botellas, en el verano, llegué a darme *shots* de varias, y estaba convencido de que podía reconocer el whisky.

Madeline se mantuvo quieta y, al cabo de un rato, sentí su mirada anclada en mí. Estuve a punto de preguntarle sobre la camiseta, pero ella se me adelantó.

—Fitz, no sé qué hacer ahora.

—Madeline, si necesitas ayuda..., solo dime. Puedo llamar a uno de tus hermanos o quizá prefieras que...

—No, por favor, a mis hermanos no —me interrumpió y se puso de pie. Hice lo mismo y, cuando ella pareció querer avanzar por el pasillo, casi pierde el equilibrio. Me acerqué y la ayudé a sostenerse.

—De acuerdo, no te preocupes —hice que cruzara un brazo alrededor de mi cuello—. No les diré, pero no puedes andar tú sola por ahí así. Es peligroso.

La camiseta se le zafó de las manos y, al tenerla así de cerca, sentí el olor del whisky mucho más fuerte, como si se lo hubiera echado encima.

—Creo que lo maté —le oí susurrar en mí oído mientras avanzábamos por el pasillo.

Asumí haberla escuchado mal. Estaba muy concentrado en nuestros pasos.

—Madeline, ¿de qué hablas?

—El *jeep*... creo que... no, no... —balbuceó.

—Shhh, no te preocupes, tranquila —me debatía si llamar a Jules o a Evan. A pesar de que Madeline se había negado, pensé que si mi hermana llegara a estar alguna vez vagando por ahí en un estado similar, me gustaría estar al tanto de inmediato—. No tienes que explicarme.

—Lo arroyé, lo arroyé con el *jeep* —la voz de Madeline contra mi oído empezaba a ser más clara—. Ayúdame.

—¿Arroyaste qué? —inquirí cuando llegamos a la escalera. Me preocupaba no poder sostenerla con suficiente fuerza con un solo brazo.

—A mi ex, lo arroyé con el *jeep*... No quería hacerlo —su voz se perdió entre sollozos y se separó de mí. Ahora se agarraba del pasamanos.

Había escuchado a más de uno decir que los borrachos siempre dicen la verdad. La idea de que

sus palabras estuvieran contando una realidad me hizo sudar frío.

—Madeline, ¿qué hacías frente a esa habitación?

—No lo sé, es... —se llevó una mano a la cabeza—. No entiendo, no lo vi ahí, pero es imposible. Él... él está en la calle, yo lo arroyé.

—¿A quién, Madeline? —me acerqué a ella—. ¿A quién arroyaste?

Un trueno lejano resonó sobre nosotros. Esto no debía ser real. No podía ser real. Ella estaba claramente confundida.

—Mi... mi exnovio.

—Exnovio..., ¿quién es tu exnovio? —empezaba a sentir mi corazón retumbando en mi pecho—. ¿Duerme en esa habitación?

Madeline asintió con los párpados apretados. Por alguna razón, el primero en que pensé había sido Mario, pero eso era imposible... No había manera de que hubieran estado saliendo. Ambos éramos nuevos en el pueblo y casi todo el tiempo desde que nos encontramos lo había visto con esa otra chica, nunca con Madeline.

Pero entonces... ¿quién?

—¿Cómo se llama? Prometo no decirle a nadie si es un secreto.

Madeline alzó la mirada hacia la claraboya sobre el centro de la escalera, la cual mostraba el penumbroso cielo arropado de nubes y esporádicos relámpagos. Debía estar por acercarse una tormenta. Creí que tendría que repetir mi pregunta, pero no fue necesario.

—Se llama Dominic... —sollozó—. Dominic Ailes.

19

SIN RASTRO

No tengo licencia y no debería estar conduciendo.

Este insidioso pensamiento siempre me perseguía cuando mis manos estaban tras un volante. El Fitz prudente de mi consciencia no se retenía a la hora de marcarme advertencias, sobre todo después de nuestro casi arresto el día de la feria de Halcyon.

Por suerte, habíamos conseguido bajar las escaleras y llegar hasta el *jeep*, el cual se encontraba mal estacionado no muy lejos de la mansión. La llave seguía puesta, el motor estaba encendido y las luces delanteras iluminaban las gotas de lluvia que habían empezado a caer.

Me acerqué al frente para ver si había algún daño pero no era así, el vehículo seguía intacto. Un pequeño bote de reciclaje había sido aplastado por una de las ruedas y un pequeño arbusto en la acera había quedado como mi pelo después de mi intento de corte, pero nada demasiado grave parecía haber ocurrido.

Dominic, como esperaba, no estaba por ningún lado ni había señal de un atropellamiento.

La lluvia cada vez arreciaba más y ya nos habíamos mojado lo suficiente. Madeline no dijo nada más cuando la ayudé a subirse al auto, solo se durmió. Debió haber tomado tanto que imaginó haber asesinado a Dominic. Una parte de mí lo entendía: aquel chico era tan irritante que no culpaba a nadie de fantasear con hacerlo. Sin embargo, una cosa era fantasear y otra muy distinta actuar.

Atravesé parte del campus para dar la vuelta y conduje el *jeep* dentro de las inmediaciones de Kingdom sin inconvenientes. Sabía que lo más sensato era avisarle a uno de los hermanos Becker, por lo que dejé a la chica en el vehículo y fui de regreso a la mansión.

Volví a subir las escaleras y me fui por la otra ala del pasillo en dirección al cuarto de Jules. Era el hermano mayor, debía saber qué hacer. Toqué su puerta con insistencia hasta que recibí quejidos y groserías del otro lado. Cuando el líder salió de su guarida, me sentí casi tan extrañado como la primera vez que estuve allí delante.

—Fitzgerald, ¿qué mierda quieres a esta hora? —inquirió con el ceño fruncido.

Sus pobladas cejas y toda la piel de su rostro estaba cubierta de una sustancia pastelosa, similar a glaseado. Llevaba una bata como el otro día y casi parecía una señora.

—¿Qué tienes en la cara?

—Se llama *skin care* —respondió con obviedad—. Soy una celebridad, necesito cuidar mi imagen.

—¿Y duermes con eso? —hice lo posible por no reír.

—No, no me acuesto aún, necesito tenerla unos veinte minutos antes de retirármela —se cruzó de brazos—. ¿Se te ofrece algo?

—En realidad, sí, es que... —intenté buscar la forma de no alarmarlo—. Estaba caminando hace un rato y me encontré con tu hermana, creo que ha estado tomando.

—¿Otra vez? —resopló y puso los brazos en jarra—. Madeline...

—¿Le pasa muy seguido?

En lugar de responder, Jules se volvió de regreso a la penumbra. Me tomé el atrevimiento de entrar y alcancé a ver su sombra escapando por el umbral del baño, de donde provenía la única

luz en el cuarto. Di un par de pasos y lo vi echándose agua en la cara frente al lavabo de forma copiosa. Su mascarilla no había tardado en desaparecer.

—¿Dónde está? —inquirió mientras se secaba con una toalla.

—Está afuera, la dejé dentro del *jeep*.

Jules salió del baño y me esquivó tan rápido como un espectro.

—Ahora está dormida —añadí.

—¿Dónde la encontraste? —se puso unas sandalias similares a las que yo traía, descolgó una sombrilla junto a su armario y me hizo señas para que salga.

—Estaba sola aquí arriba —expliqué mientras iba de regreso al pasillo—. La noté algo confundida... Creo que tuvo un pequeño problema con el auto, nada grave por lo que pude ver.

—Por suerte. Dios..., imagina que hubiera chocado —suspiró de alivio y colocó una mano sobre mi hombro desde atrás—. Camina delante, serás mi escudo.

—¿Escudo contra qué?

—No quiero que nadie me vea en bata y sandalias.

Resoplé.

—Como si hubiera alguien rondando por ahí a esta hora.

—Tú lo estabas, ¿no?

Buen punto.

—Eres un caso serio, Jules.

—Solo llévame a donde la dejaste.

—Bien, bien...

Regresé por el pasillo en dirección a la escalera, solo que ahora con la presencia insidiosa de Jules detrás de mí. Hice lo posible por concentrarme en mis pasos.

—Te han visto llevando una capa de barbería y una corona de Burger King, ¿por qué ahora te tomas tan en serio que te vean con eso que traes puesto?

—Porque uso esa corona y esa capa de manera irónica, Fitzgerald, pero esto sí es lo que llevo cuando no estoy con nadie —rebatí—. Además, si no fueras novato, conocerías la importancia de la corona de Burger King. Vale mucho más que cualquier otra corona.

—Ajá...

—Hablo en serio. Y ninguna irreverencia a mi corona será tolerada, primer aviso.

—Como usted diga —murmuré y bajamos las escaleras.

Cuando llegamos a la puerta de la entrada, la cual había dejado entreabierta, Jules se asomó y le señalé donde estaba el *jeep* estacionado. Las luces de los faros se alcanzaban a ver entre los arbustos del jardín.

—Ahí está, ¿quieres que te ayude a traerla? —inquirí—. Imagino que pasará aquí la noche.

—No, la llevaré a casa —Jules abrió la sombrilla y me la tendió—. Sostenla, tengo que darte algo —empezó a rebuscar en su bata.

Mientras esperaba, desvié la atención hacia las gotas que impactaban en los adoquines y la hierba. La noche estaba fresca. Pocas veces había disfrutado de un clima así desde que me mudé a Halcyon. Iba a poder dormir tranquilo, aunque las horas las tenía ya muy contadas por tener que levantarme temprano.

—Y entonces..., ¿le había pasado antes? —me tomé el atrevimiento de preguntar.

—Mi hermana tiene un problema con la bebida desde los catorce —explicó y sacó su billetera—. Siempre encontraba la manera de conseguirlas. Mi papá la envió a un internado durante un par de años y no volvió a tener problemas hasta... Hasta ahora, supongo.

Podía ver en su semblante afligido que la cuestión le sobrepasaba. No supe qué decir.

—Gracias por ayudarla, Fitzgerald —añadió y me pasó un billete de cien dólares—, y por avisarme.

—Oh, no necesito el dinero —lo rechacé sin pensarlo—. No te preocupes.

Le pasé la sombrilla y di un par de pasos hacia atrás.

—Lo sé, solo no le digas a nadie, ¿sí? —Jules se tomó la libertad de acercarse y deslizar el billete dentro del bolsillo delantero de mi camiseta—. Haré lo posible por resolverlo con ella. Ve y duerme, mañana será un nuevo día.

El sonido de la puerta al cerrarse antecedió un silencio ensordecedor. Saqué el billete de mi bolsillo e hice contacto visual con Benjamin Franklin mientras caminaba de regreso a mi cuarto. La agrietada oscuridad apenas me permitía diferenciar las facciones en su semblante de tinta, pero no era eso lo que ocupaba mi mente.

La familia Becker parecía arrastrar cosas turbias, incluso más que las que Henry me había contado aquel día en el piso de la residencia. El dinero no parecía una cortesía por haberlos ayudado, sino más bien un pago para que mantuviera esto en secreto. Tal vez no era mi lugar entrometerme, pero lo que me había dicho Madeline empezaba a preocuparme.

Dominic tal vez no estaba muerto, pero... ¿dónde estaba?

A lo mejor se encontraba durmiendo plácidamente bajo la litera de Mario o estaba dando vueltas por ahí como un chivo sin ley, igual que la chica. Recién me percataba de que ni siquiera le había comentado a Jules sobre él.

¿Debí hacerlo? A lo mejor.

Al llegar al cuarto, me quité las sandalias prestadas y me acerqué al escritorio para recoger mis cosas. Ordené todo con cuidado y en silencio, luchando por distraerme de los últimos treinta minutos de mi vida. Me lavé la cara, guardé el dinero y me mantuve dormitando hasta que finalmente renuncié a mis intentos de mantener el ojo pegado. Tenía la mirada fija en el techo, pero la mente allá afuera con la lluvia y la incertidumbre.

20

NÚMERO DE VIDA

Con un termo lleno de té frío en la mano, avancé a través del campus en dirección a mi clase de Análisis de Textos. Fui uno de los últimos en llegar al aula y tuve que sentarme hasta atrás. Mario, Evan y Samuel estaban juntos más al frente.

Mi grupo de amigos. Mi *clique*. No pude evitar sentir un pellizco de felicidad con la llegada de esta noción.

No pasó mucho tiempo antes de que la profesora finalmente apareciera y comenzara su clase. La asignatura se sentía liviana en comparación con otras como Anatomía. No miré la hora en mi teléfono en ningún momento y, cuando ella nos despidió, sentí que el tiempo había volado.

Busqué a los chicos en la salida, pero no di con ellos. Nuestra siguiente clase era en un par de horas, por lo que asumí que habrían optado por ir a la biblioteca a estudiar o perder el tiempo en algún sitio. No tardé en encontrarlos sentados en una de las mesas con sombrilla que estaban alineadas cerca de un área con puro pasto, acompañados de un chico con pelo rizado a quien no recordaba haber visto antes. Mario ya no estaba con ellos.

—Ah, Fitz, apareciste —dijo Evan al verme—, creí que te quedarías en cama recuperándote de lo de ayer.

—Soy becado, no puedo darme el lujo de saltarme clases —respondí y tomé asiento—. Si repruebo materias, me quitan el apoyo.

—Debes sentirte presionado —comentó Samuel, no en un tono comprensivo, sino más bien ecuánime, antes de darle una mordida a una barra de Kit Kat que traía en la mano—. Lindo corte, por cierto.

—Gracias... —respondí, extrañado de no percibir ni un ápice de ironía en su cumplido—, Mario me cortó el pelo ayer —miré a ambos lados para ver si lo localizaba por ahí cerca—. Por cierto, ¿dónde está? Lo vi con ustedes en el salón.

—Dijo que quería ir al baño, de seguro no tarda —respondió Evan con una sonrisa y pasó a mirar a Samuel—. Oye, ¿y no piensas presentarle tu amigo a Fitz?

Me dio la sensación de que había hecho cierto énfasis en la palabra «amigo». Samuel, quien ahora checaba su teléfono, alzó la mirada con una ceja arqueada.

—Fitz, Quentin. Quentin, Fitz —se limitó a hacer ademanes con la mano y siguió comiendo su chocolate con la atención fija en el aparato.

—Mucho gusto —dijo el tal Quentin y extendió el brazo hacia mí.

Debido a la forma en que estábamos posicionados, la única forma de devolverle la cortesía era con mi brazo lastimado.

—El otro.

—Oh, perdón —cambió de brazo muy rápido.

Estreché su mano sin poder quitar mi atención del curioso bigote que resaltaba bajo su nariz, el cual tenía las puntas curvadas hacia arriba, como los de esos artistas bohemios pretenciosos. No le quedaba tan mal.

—Mucho gusto, Quentin. ¿Puedo llamarte Tarantino? Se me hará más fácil de recordar.

—Como quieras, amigo —dijo con una sonrisa.

—Quentin y Samuel solían salir, pero ya no —comentó Evan—, porque rompieron, ¿no?

—Ah, sí, Madeline lo mencionó el día de la feria de Halcyon —recordé—. Creyó que Samuel y yo éramos pareja, ¿puedes creerlo?

—Sí, ¿puedes creerlo? —añadió Samuel—. Como si tuviera tan mal gusto.

Entorné los párpados y me dirigí al invitado.

—¿Me puedes decir qué fue lo que viste en él? Porque estoy seguro de que no fue su cálida personalidad.

—No le hables —me riñó Samuel—. Si no vas a decir algo positivo de mí, no le interesa.

—Oye, ¿sabías que el sábado casi nos arrestan por culpa de Samuel? —lo ignoré—. No le dijo a nadie que traía hierba encima.

—¿Qué?! —Evan se exaltó—. ¿Cómo es que no me enteré de eso?

—Te habías ido con Jules; fue cuando salimos a intentar resolver las cosas junto a Madeline —expliqué.

Al mencionarla, no pude evitar pensar en lo de anoche.

Lo sé, solo no le digas a nadie, ¿sí?

La petición de Jules seguía fresca en mi memoria.

—Sí, me enteré de eso —dijo Evan—, pero sobre la situación de la hierba no estaba al tanto.

—Pero no pasó nada —Samuel se encogió de hombros con inocencia—. Tu hermana lo resolvió como la buena líder que es.

—Oye, Evan, de casualidad... ¿has hablado con ella recientemente? —inquirí, luchando para que suene como una pregunta jovial.

—Hablo con ella casi todo el tiempo, ¿por qué?

—No, por nada —forcé una sonrisa y preferí pensar en otra cosa—. ¿Qué es lo que ella estudia, por cierto? Me da curiosidad.

—Lenguas Modernas. Los tres nos fuimos por caminos distintos. Jules será abogado, yo médico y ella maestra. Bueno..., Jules aspira a ser presidente del país algún día, pero mi hermana y yo no somos tan ambiciosos.

—A tu hermano sí que le gusta ser un líder —comentó Tarantino.

—Siempre ha sido así —afirmó Evan—, y todo lo que se propone lo consigue. Nadie creyó que lo pondrían a cargo de Kappa y míralo ahora.

Samuel bufó.

—Genial, un sujeto de la India acaba de enviarme una foto de su polla.

—Em... —Evan parecía estar usando cada neurona en su cabeza para intentar encontrarle sentido a su queja.

Rodé los ojos.

—Samuel, ¿eso que tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Perdón, no les estoy prestando atención —admitió y volvió a mirar el aparato—. Sigán con lo suyo.

—Te dije que no aceptarás su solicitud —le dijo Quentin.

—Bueno, pero he aceptado la solicitud de amistad de mucha gente y nunca nadie me había mandado una foto de su polla.

—¿En serio? —preguntó Evan incrédulo.

—Al menos no sin haber hablado nunca —aclaró Samuel—. ¿Qué tan guarro crees que soy?

En ese momento, vi la figura de Mario acercándose desde el otro lado del campus.

—Pero ¿por qué aceptas a gente que ni conoces? —inquirió Quentin.

—Para que vean los dibujos de Finn y Poe que comparto, ¿o cuál es el punto de subir mi arte a Internet?

—Podrías crearte una página de Tumblr, ¿no? —sugirió Evan.

—No, eso es para los hípsters como Quentin.

—Chicos, ¿me disculpan? —dije antes de levantarme—. Quiero ir a hablar algo con Mario.

Tarantino asintió con la cabeza y Samuel continuó debatiendo con Evan sobre la situación de la foto. Me alejé a paso apresurado. Mario me miraba con el ceño fruncido a medida que me le acercaba.

—¿Qué lo qué? Saliste —dijo cuando estuve lo suficientemente cerca—. Creí que te habías tomado el día libre.

—No, solo demoré en levantarme porque anoche no dormí muy bien, pero nada que no pudiera solucionar una buena ducha.

—Ya veo.

Ahora, mirando sus oscuros ojos, sentí el impulso de contarle lo de Madeline. No era bueno guardando secretos ni siquiera por dinero. Además, de todas las personas en la universidad, él era la única a la sentía que podía confiarle algo así.

—Oye, Mario... —vacilé—. De casualidad, ¿viste u oíste algo extraño anoche?

Él frunció el ceño y desvió la mirada.

—¿Extraño como qué?

—No lo sé, solo... fuera de lo usual.

—Mhm..., no —Mario se llevó una mano a la barbilla—. De hecho, me acosté temprano. ¿Algo en específico de lo que deba acordarme?

—No, no, es que... anoche me acerqué al segundo piso porque quería preguntarte sobre ese concurso del que me contaste.

—¡Ah, sí! —su semblante se iluminó de emoción—. Y dime, ¿qué piensas?

—Sí, em..., no te voy a mentir, me sentí algo intimidado cuando me puse a ver algunos de los videos de participantes anteriores. No parece nada sencillo, pero... creo que es un reto físico que me gustaría tomar. Me ayudará con mi... —hice un ademán con mi brazo bueno en referencia a mi figura blanducha— presentación.

—Genial. Lo mejor será empezar a trabajar en nuestro número cuanto antes entonces. Falta poco más de un mes para Halloween y debemos estar listos.

—Por supuesto.

—Hay un sitio donde tenía pensado que podíamos ir a ensayar. No es muy lejos y casi nadie va ahí, por lo que tendremos privacidad —Mario empezó a caminar por un sendero de adoquines que serpenteaba entre un grupo de árboles y bancos para sentarse.

—¿Quieres ir ahora? —le seguí el paso.

—Claro, ¿por qué no? —se echó a reír—. Quiero decir..., no tenemos clases hasta dentro de unas horas y solo será a ver.

Asentí con la cabeza y Mario, cada vez más entusiasmado, empezó a soltarme detalles sobre el concurso y su plan para nuestra presentación. Buscaba algo «retrofuturista *dance* ochentero». Por suerte —a diferencia de mí—, tenía una visión muy clara de lo que quería hacer. Hasta me ayudó a distraerme de lo de Dominic por un rato, pero eventualmente no pude evitar hablarle sobre él.

—Oye, cuando solía dormir en tu habitación, había un chico llamado Dominic con quien no me llevaba muy bien... —comenté—. Bueno, no me llevaba bien con ninguno de esos tres sujetos, como ya sabes, pero él era un caso especial.

—Creo que sé a quién te refieres. La verdad no hablo mucho con ellos, cada uno está como en su mundo.

—Dominic es el que tiene muchas pecas —intenté que hiciera memoria—. Y es bastante alto y fortachón.

—Ah, sí, ese mismo era a quien tenía en mente —chasqueó los dedos—. ¿Qué sucede con él?

—Nada, es que... solía tener la necesidad de molestarme todo el tiempo. Me preguntaba si había llegado a hacerte lo mismo a ti también.

—Para nada, apenas hemos rozado palabra. Qué feo que haya sido rudo contigo.

—Sí, era un poco molesto —fingí una ligera risa y me llevé una mano a la nuca—. Ayer... cuando quise preguntarte sobre el concurso, me pareció verlo afuera. ¿De casualidad lo viste anoche? —intenté sonar jovial y natural, como con Evan—. ¿O... esta mañana?

Mario miró al suelo, pensativo.

—Creo que la última vez que lo vi fue ayer en la tarde, aunque los chicos siempre están entrando y saliendo. No me sorprende que te lo hayas topado por ahí.

Ayer en la tarde.

Esto no ayudaba.

—Mira, ahí es —añadió Mario, ahora señalando con el dedo hacia un pequeño quiosco blanco cerca de una área verde y amplia, sin árboles. El mar brillaba al fondo y no parecían haber muchas personas cerca, solo unos cuantos patinadores y un pequeño grupo tomándose fotos.

—Qué bonita zona —comenté mientras nos acercábamos—, ¿cómo diste con ella?

No estábamos demasiado lejos del campus, pero el lugar parecía una extensión despejada de este.

—Buscando un lugar tranquilo donde leer —sonrió—. Es muy pacífico aquí. Por lo general, solo se acercan turistas.

—¿Y ese quiosco siempre está vacío?

—Las veces que he venido no ha habido nadie, aunque creo que unos ajedrecistas lo toman un par de tardes a la semana.

—No si lo ocupamos primero nosotros —le di un ligero codazo y corrí el resto del camino.

Cruzar a toda velocidad por el pasto me hizo sentir como un niño otra vez durante unos segundos. Luego me cansé como la vez que perseguí a Kali y tuve que detenerme a tomar aire. Sin duda, las cosas ya no eran como antes. Ahora estaba pesado y fuera de forma. El brazo herido tampoco ayudaba.

Con suerte, el baile y el ejercicio cambiarían eso pronto.

—¿Te encuentras bien? —dijo Mario, quien no tardó en alcanzarme.

—Necesitamos ensayar... —jadeé— todos los días... si es posible.

—Bien, ¿empezamos mañana?

—Empezamos hoy —me repuse y entré al quiosco—. Como tú dijiste: cuanto antes, mejor.

—Fitz, hoy tengo trabajo en la tarde... —me siguió adentro.

—Entonces, ensayemos ahora.

Me quité el bulto que cargaba y lo dejé sobre el piso de madera. Aunque el lugar no era nada cerrado, con suerte, las personas que cruzaran por ahí no molestarían. Mario colocó su mochila junto a mi bulto y se acercó.

—Te mostraré un poco de lo que tenía en mente y me dices qué opinas —dijo mientras sacaba su teléfono—. Creo que esto será perfecto; tal vez un poco complicado al empezar, ya sabes..., por el brazo, pero te prometo que no es tan difícil.

Todavía no había reproducido el video y ya confiaba en su palabra. Nunca me había pasado con nadie, pero empezaba a preguntarme dónde había estado este sujeto en toda mi vida y por qué no a mi lado.

«*Estaba sentado detrás de ti en clase de Química*», recordé que me comentó mi amiga Cathy al teléfono. «*¿No lo recuerdas?*»

La verdad no, no lo recordaba, y ahora, por primera vez desde que lo conocí formalmente, era la primera vez que me sentía mal por ello.

¿Qué hubiera sido de mi vida si hubiera sido amigo de Mario Bros en la escuela y no de Ashley?

—Mira, ese paso en específico se ve algo difícil, el que hace esa chica, pero te prometo que no es nada —dijo haciendo referencia a la coreografía que me mostraba—. Aprendí a hacerlo hace un par de días.

—¿Ya te lo sabes? —reí—. Supongo que serás mi instructor.

—Bueno, más adelantado que tú sí estoy, pero al nivel de un instructor para nada. Por suerte, alguien vendrá a ayudarnos.

—¿Quién?

—Un amigo de Samuel —pausó el video—. Cuando le comenté sobre el concurso, me dijo que conocía a alguien que sabía bailar, su nombre es Quentin.

—Ah sí, Tarantino... Lo conocí hace un rato, lindo bigote.

Mario se echó a reír.

—¿Verdad? Su vello facial tiene personalidad propia.

No pude evitar ponerme a cacarear con él, no tanto por el comentario —que sí me hizo gracia—, sino porque, cada vez que Mario reía, arrugaba la nariz de una forma muy graciosa de ver.

—Bien, hay que centrarnos —prosiguió mientras recuperaba la compostura y siguió reproduciendo el video para mí—. No deberíamos reírnos de ese joven, literalmente nos ayudará gratis.

Luché por concentrarme en la tarea del momento, pero no podía evitar distraerme con el hecho de que me hacía feliz que Mario existiera. Tal vez era un pensamiento tonto, pero tenía un mejor amigo.

Se sentía bien tener un mejor amigo.

* * *

El sueño volvió a intentar dominarme durante la siguiente clase a la que fuimos después de terminar nuestro primer ensayo formal. Por suerte, conseguí mantenerme despierto trazando círculos en mi cuaderno de apuntes mientras oía al maestro hablar sobre su segundo divorcio.

Antes, en el quiosco, había hecho algunos pasos de baile siguiendo a Mario —fallidos en su mayoría—, pero era la primera sesión y llevaba puesto el cabestrillo. Todavía había esperanza.

A la hora del almuerzo, Mario no se mantuvo mucho rato con nosotros porque tenía que ir a Grind Spot. Antes de marcharse y sin que se diera cuenta, deslicé los cien dólares que me había dado Jules dentro de su mochila. No los necesitaba y, en el fondo, tampoco los quería.

Quentin ya no nos acompañaba tampoco, al parecer estudiaba en otra universidad y solo se había acercado a conocer a Mario. Se fue sin saber que me entrenaría a mí también.

Mientras tanto, Evan y Samuel debatían sobre algo que ni siquiera podía escuchar porque tenía puestos los audífonos de Mario. Me había dejado su teléfono y sus auriculares de cables para que me aprendiera bien la canción que bailaríamos.

Madonna-Get-Together.mp3

La canción era algo hipnótica y larga, pero no me cansaba de presionar el botón de repetir. Podía ver la pista de baile en mi cabeza, aunque no me veía a mí en ella. A Mario sí, él tenía la voluntad para esto. Solo esperaba no quedarle corto.

Do you believe in love at first sight?

Esta frase de la canción era la que más llamaba mi atención, sobre todo por la línea que le seguía.

It's an illusion, I don't care.

«Es una ilusión».

No pude evitar pensar en Madeline. Nos habíamos conocido en lo más similar a amor a primera vista que he experimentado, aunque para ella había sido más de broma que otra cosa. Lo que sentí en aquel momento no había sido el concepto de amor que tenía en mente, sino más bien una ola de intriga y confusión cubriéndome con su impacto.

Lo de anoche también se salía de mi comprensión. A estas alturas, casi parecía un sueño que había tenido y no un recuerdo, pero era consciente de que todo había sido real. Por desgracia, no había nadie a quien pudiera contárselo. Jules había comprado mi silencio y, aunque nunca me había considerado precisamente leal, ahora tampoco sentía que debía entrometerme. Era algo de su familia.

It's all an illusion.

There's too much confusion.

Mientras me dejaba mecer al ritmo de la canción en mi pista de baile imaginaria, vi cruzar delante de mí una figura que me tomó fuera de guardia. Como si la hubiera invocado con el pensamiento, Madeline apareció del otro lado de la cafetería. Parecía buscar a alguien.

Me puse de pie al instante y los auriculares saltaron de mis oídos.

—Fitz, ¿sucede algo? —oí que preguntó Evan.

Madeline avanzó entre un grupo de chicos y ya no pude verla desde allí.

—¿Me dan un segundo? —forcé una sonrisa—. Debo ir a buscar algo que... olvidé.

—Como quieras —dijo Samuel antes de meterse una papa frita en la boca.

Me acomodé el tiro del cabestrillo que había empezado a deslizarse por mi hombro y caminé en dirección a donde había ido la chica. Como siempre, había mucha gente yendo de un lado a otro y tuve que encontrar la manera de hacerme paso en este mar de universitarios hambrientos. Creí que me costaría más encontrarla, pero la localicé del otro lado de unos ventanales justo después de que saliera del recinto con una cajita de plástico con comida en una mano.

—Ey, Madeline —exclamé.

Ella se detuvo y se volvió hacia mí con el rostro apretado, confundida.

—¿Fitz?

—Perdón, no quise molestarte... —proseguí cuando estuve a su lado—. Es que no esperaba verte por aquí hoy.

—No te preocupes, es solo que... tengo algo de jaqueca —sonrió ligeramente—. Pero me alegra verte, quería hablar contigo.

—A mí también me alegra verte —admití—. Em..., ¿vas a algún sitio ahora?, ¿hablamos en otro momento?

—No, es que... hay mucho ruido adentro —arrugó la nariz—. Si quisieras acompañarme...

—Bien —accedí sin debatírmelo.

Caminamos por el campus en silencio y a ritmo lento. Me llamaba la atención su tatuaje con el número tres, pero no me atreví a comentarle al respecto.

—Casi no recuerdo nada de lo que sucedió ayer después de las diez —rompió el hielo—. Pero sé que me encontraste y me ayudaste.

—¿Cómo lo sabes?

—Jules me lo dijo —me sonrió otra vez—. Gracias.

—No, no tienes que agradecerme. Anoche lo dije y lo repito ahora, somos un equipo, ¿recuerdas? —estiré la mano buena con el puño apretado y Madeline lo chocó en acuerdo.

—¿Qué te pasó en el otro brazo?

—Me caí —me limité a decir.

En definitiva, no quería revivir lo que había pasado en la morgue. Por suerte, Donovan le había pedido al resto del salón que no le contara a nadie sobre el incidente o todos —menos yo— tendrían cinco puntos menos en la materia.

—Y... ¿necesitas algo? ¿Una aspirina o...?

Madeline negó con la cabeza.

—No, ya tomé varias de esas. Necesito comer algo.

—Bueno, tienes suerte. El almuerzo de hoy está bueno, solo el pollo me dejó un poco que desear, pero lo demás... —junté los dedos y moví la mano como los italianos.

—Ese gesto indica frustración —soltó una pequeña risa.

—¿En serio? Creí que significaba *bon appétit*

—Parte de mi familia es italiana, te juro que no significa eso. Además, es un cliché.

Volví a hacer el gesto con la mano.

—Entonces imagino que la forma correcta de usarlo sería: el pollo está terrible —fingí gran disgusto—. Parece que no le dieron suficiente tiempo de cocción, *buongiorno, limousine...*

—Cállate, no eres gracioso —se quejó entre risas.

—Curioso que lo digas mientras te ríes.

—Me río de lo malo que eres —aclaró—, pero gracias de todas formas.

Asentí con la cabeza y guardé las manos en los bolsillos. Tal vez mi representación no había sido la más asertiva, pero su rostro se había iluminado de alegría. Estuve a punto de preguntarle sobre sus raíces italianas cuando una voz se hizo presente detrás de nosotros. Intentaba llamar su atención.

Nos dimos la vuelta solo para encontrarnos con un chico alto de pelo oscuro que sostenía una escoba de césped. Tenía un uniforme de limpieza y empezó a acercarse con el ceño fruncido.

—Madeline, tenemos que hablar.

—No, no tengo nada que hablar contigo, Noah —contestó la chica antes de tomarme del brazo con la mano que tenía libre y hacerme seguir avanzando por donde íbamos.

—Lo que te pasó, lo de la explosibola, yo no tuve nada que ver —dijo el chico mientras nos seguía—. Solo fue lo de la feria, lo juro.

—Sí, por supuesto —rebatí sarcástica—, te creo totalmente.

—Es verdad, Madeline, y la idea ese día no era sabotearlos, solo ralentizarlos un poco —insistió el tal Noah—. Lo hicimos porque tenían mucha ventaja..., pero era solo un juego, una broma.

—Una broma —Madeline se detuvo y se giró a encararlo.

El chico también se detuvo y mostró la palma de la mano que tenía libre, como en señal de paz.

—Oye, tal vez estuvo mal, puedo aceptarlo; pero yo no mandé a que te dispararan. Nos hicieron limpiar el campus, como tu hermano les propuso a los del Consejo, y eso estamos haciendo. Nos equivocamos con lo de la feria y lo estamos arreglando. Pero también quieren suspenderme los torneos de atletismo por lo que te pasó y yo no tuve nada que ver con eso.

—Esta conversación termina aquí. No vuelvas a seguirme o les diré a todos que me acosas, Noah. ¿O debería llamarte Boris? —Madeline lo dejó con este firme aviso antes de volver a sujetarme y seguir por donde íbamos.

El chico no nos siguió después de eso, y yo no pude evitar pensar en lo extraña que me parecía la última parte de la interacción.

—Oye, Madeline... —vacilé—, ¿no crees que sea posible que lo dijo ese chico sea cierto?

—¿Qué? ¿Le crees? —respondió con las cejas alzadas—. Fitz, es Noah... No dejes que te manipule, es experto en eso. Así se volvió líder de los Omega.

—Pero... —miré hacia atrás por encima del hombro, pero él ya no estaba allí—, ¿por qué admitiría lo del sabotaje y no lo de las explosibolas?

—Porque es algo que hacen los manipuladores como él: aceptan una parte de la culpa para lavarse las manos de lo más grave. No lo escuches.

Tragué saliva y asentí.

—De acuerdo.

—Por cierto, anoche... cuando me encontraste —murmuró y se detuvo—, ¿viste si estaba con alguien?

—Me pareció oír que mencionaste a alguien, pero te vi sola —hice lo que pude por no sonar alarmado, aunque cada vez que lo recordaba se me crispaban los nervios.

—¿Alguien en particular?

Dominic.

—Es que... casi no recuerdo nada —añadió—, pero no sé; tengo la extraña sensación de que algo malo ocurrió. Salí con algunos amigos y perdí la noción del tiempo... El resto es bastante confuso. Ni siquiera recuerdo haberte visto.

—Mencionaste a un tal Dominic —comenté neutral—, me pareció oírte decir que era tu ex..., pero no lo vi contigo. A lo mejor, si pudieras contactarlo y preguntarle... No sé, a lo mejor estarías más tranquila.

El rostro de Madeline se relajó y soltó un ligero suspiro.

—Sí, es que... perdí mi teléfono el día de la feria de Halcyon, creo que lo dejé caer. Con él se fueron todos mis contactos de años —sacó un celular plateado y reluciente del bolsillo de sus jeans—. Ahora tengo este y solo hablo con mis hermanos —encendió el teléfono, deslizó el pulgar rápidamente y me lo tendió.

La pantalla decía «Nuevo contacto» y ya tenía «Fitz» puesto encima.

—Pues... tal vez perdiste tus contactos viejos, pero siempre se pueden hacer nuevos, ¿no? —tecleé mi número y se lo regresé.

Madeline solo sonrió.

—Por cierto..., ¿qué significa ese tres que tienes en la muñeca?

—Ah, esto —mostró su tatuaje sin pudor—. Me lo hice a principio de año cuando cumplí veintiuno. Mi papá quiso matarme cuando lo vio por primera vez, los odia.

Veintiuno, dos años mayor que yo.

—Qué coincidencia, mi madre también —dije mientras lo observaba—. Supongo que tuvo más suerte conmigo porque nunca he pensado en hacerme uno.

—No aún —Madeline me mostró una mirada ladina—. Yo tampoco lo había pensado hasta hace un año, pero tenía que hacerlo; el tres es mi número de vida, significa mucho.

—¿Número de vida?

—¿Nunca has escuchado sobre numerología?

—No me suena —me sentí algo tonto.

—Es la ciencia que estudia los números.

No pude evitar extrañarme.

—¿Matemáticas?

—No, esto es aún más trascendente que las matemáticas, es acerca de tu destino. Si quieres, te lo explico más a fondo.

No pude evitar sentirme cautivado por sus palabras. Nos pasamos el resto del camino hablando sobre números, energías, adivinación y un montón de cosas que eran ajenas a mí. Tuve la oportunidad de disculparme por vomitar sobre sus zapatos cuando le comenté sobre mi destino y cómo este no me estaba tratando muy bien últimamente. Por suerte, ella me comentó de forma jocosa que esos zapatos ni le gustaban tanto y que no le había dolido deshacerse de ellos. Al menos había un aspecto en que la situación no resultó en algo tan malo.

Ahora, solo una cosa me hacía falta para poder vaciar mis pulmones de alivio: dar con el paradero de Dominic.

21

AVISTAMIENTO

La mansión Kingdom pasó por una redada. Un grupo de hombres uniformados había irrumpido en la noche con una orden firmada por un juez. Todos los miembros tuvimos que esperar afuera en el jardín mientras ellos hurgaban dentro. Pronto nos hicieron saber que se debía a una denuncia en el Departamento de Protección de Animales por nada más y nada menos que un dragón barbudo retenido de forma ilícita.

—Buen intento, Roger —fueron las palabras de Jules después de que los oficiales se marcharan con las manos vacías.

Jake no había vuelto a la mansión desde el día de la feria. Jules, cauteloso por la amenaza de Roger, tuvo la sensatez de pedirle a su asistente que lo escondiera en su casa hasta que la marea bajara. Una de sus facetas como Mr. Jewels era precisamente lo de ser fan de especies raras de animales y, como anteriormente había tenido un par de exóticas mascotas —de manera totalmente legal—, esto servía para explicar el enorme terrario en medio de su despacho.

Con todo el asunto del lagarto bajo control, Mario y yo, al igual que la noche anterior a la prueba de Donovan, nos quedamos a estudiar juntos en mi cuarto. O al menos ese fue el pretexto inicial, ya que terminamos viendo videos de baile y actos de otros concursos hasta muy tarde.

Estábamos sentados delante del escritorio con nuestras sillas pegadas, frente a la pantalla de la laptop: su auricular estaba conectado al aparato y cada uno tenía uno de los lados en su oído. El tipo de presentación que teníamos que preparar se trataba de *Lyp Sinc*, un término que desconocía hasta el momento y que significaba que no tendríamos que cantar en vivo —*por suerte*—, pero sí debíamos hacer la mímica con los labios junto a la coreografía.

—Es como ser Beyoncé, pero con menos talento —comenté, fascinado por las presentaciones que me mostraba.

Mario se limitó a sonreír y devolvió la mirada a la pantalla.

Al cabo de un rato, uno de los chicos que dormía en las literas nos lanzó una almohada y nos pidió que fuéramos a otro sitio porque la luz de la laptop le molestaba. Primera vez que saltaban con una queja. Mario, al ser más comprensivo y complaciente que yo, no dudó en ponerse de pie y cerrar el aparato.

—¿Quieres ir a otro sitio? —inquirí mientras lo seguía hacia el pasillo.

—No, creo que es mejor dejarlo hasta aquí por hoy —se dio la vuelta y sonrió—. Mañana tenemos clases, ¿recuerdas?

—Y ensayos —añadí.

Mario rio brevemente, metió la mano que traía libre dentro de uno de los bolsillos de su pantalón y se acercó despacio. Solo me observó durante unos segundos con los párpados un poco entornados, como si esperara que le dijera algo. Estuve a punto de preguntarle qué sucedía, pero él se adelantó a tomar mi mano.

—Creo que esto es tuyo —dijo, al tiempo que alzaba mi palma y colocaba un billete sobre ella.

Eran cien dólares.

—Creo que tu generoso hábito de dejar buenas propinas se extrapoló hacia áreas ajenas a la cafetería —agregó—. Diría que entiendo la confusión, pero estaría mintiendo. Aunque tampoco tienes que justificarte si quieres, puedo fingir que no sucedió.

—No, no, yo..., yo... —balbuceé mientras me tendía el billete de regreso.

Mario se aseguró de que lo conservara apretando mi mano y dio un par de pasos hacia atrás.

¿Cómo se dio cuenta?

—Sé que ahora nos llevamos mejor que antes, pero... no tienes que darme de tu dinero, no estoy tan necesitado —bromeó—. Trabajo en Grind Spot por placer también. Me gusta tratar con gente.

—Pero, yo... Yo quiero que te quedes con estos chelitos —insistí—. Por favor.

Lleno de desconcierto, Mario se llevó una mano a la barbilla.

—De acuerdo, me los quedaré —accedió finalmente—, pero solo si me das una explicación lógica de por qué me los estás dando.

—Porque... —intenté improvisar una explicación lógica en mi cabeza, pero me bloqueé— no los quiero.

—¿Me vas a dar cien dólares porque simplemente no los quieres? —volvió a reír—. Sí, suena como algo bastante lógico.

—Es que nunca te lo dije, pero...

—Pero... —repitió curioso— ¿qué?

Esta era mi única oportunidad para convencerlo. Era consciente de que la única forma sería diciendo la verdad o confesando algo aún más comprometedor. La segunda opción parecía más sensata de momento y, además, era como si el destino me estuviera llamando a sacar algo de mi pecho que empezaba a tornarse feo y oscuro.

—Es que... la razón por la que quise cambiar de cuarto contigo —decidí contar— no fue porque realmente me cayeras bien en ese entonces; fue debido a que aquellos chicos fueron odiosos conmigo y... no me importó tirarte el muerto encima —inhalé hondo—. Asumí que tendrían esa actitud con cualquier otro novato, pero no me importó que fueras tú. Solo pensé que serías más fácil de convencer. Perdón por eso, Mario.

Su nombre se deslizó fuera de mi boca como un suspiro. Nunca había sentido que perdía peso así, con solo dejar ir palabras. Esperaba algún tipo de reacción de su parte después de mi confesión, pero Mario apenas se inmutó.

—Lo sabía —asintió con la cabeza despacio y volvió a tomar los cien dólares.

—¿Y... todo bien?

—Sí —guardó el billete sin dejar de sonreír—. Todo bien. Ya no tienes que preocuparte ni darme más dinero.

Hice lo que pude por reír, a pesar de que me sentía muy avergonzado. Lo de la habitación había rondado por mi cabeza como un pensamiento esporádico, algo sucio que se avecinaba como una lluvia ácida sobre mi consciencia, pero no me había planteado hacerlo hasta ahora.

—Debo decir que... a diferencia de tus disculpas anteriores, no tengo nada que admitir, pero el dinero sirve para quedar a mano, supongo —bromeó—. Además, lo del cuarto no resultó tan mal después de todo.

Por suerte.

—Gracias por ser honesto —añadió—. Lo aprecio mucho.

Todo parecía haberse encaminado por un buen rumbo hasta esta última frase. Fue como un pellizco de dolor en la integridad. Le había contado algo que era cierto, pero solo para encubrir el

secreto real de la cuestión y del que aún desconocía su magnitud.

—Gracias por ser tan considerado —respondí.

Mario extendió un puño y se lo choqué mientras me mordía el interior del pómulo.

Soy una mala persona.

—Nos vemos —dijo antes de darse la vuelta y escapar de mi campo visual entre la penumbra.

—Hasta mañana —le murmuré a la nada y entré de regreso a la habitación.

Una parte de mí quiso salir e ir tras Mario. Pensé en alcanzarlo y pedirle que me deje acompañarlo. Contarle lo de Dominic y los Becker. A final de cuentas, se estaba marchando con el dinero que Jules usó para comprar mi silencio, y así no tendría que estar solo en mi incertidumbre.

También podría usar esto como pretexto para comprobar si Dominic finalmente había regresado a la habitación con ellos. Mantuve la mano firme en la manija de la puerta mientras pensaba qué hacer, pero, al final, estuve tanto rato ahí de pie que ya no le encontré sentido. Opté por cerrar la puerta y no seguir desconcertando a mi amigo.

Tarde me acosté y tarde me levanté. La luz brillante que entraba por la ventana fue mi despertador. Tenía clase de Química Básica a las once y eran las diez y quince cuando chequeé el teléfono. Tal vez necesitaba programar un despertador para todas las clases, no solo las de primera hora.

Me mantuve unos veinte minutos en el baño después de ducharme, estirando el brazo malo. Había decidido no volver a ponerme el cabestrillo desde la tarde anterior y necesitaba acostumbrarme otra vez a la movilidad. Estaba un poco entumecido, pero ya no dolía tanto.

Debía contar con todas mis extremidades si quería prepararme bien para el concurso.

Cuando ya estuve listo para salir, vi la hora en mi teléfono y sentí que se me helaba la sangre.

10:56 a.m.

Salté hacia el escritorio, tomé mis cosas a toda prisa y salí disparado a una velocidad que me sorprendió a mí mismo. Fui desde la mansión hasta el terreno común del campus en tiempo récord. Kali estaría orgullosa de haberme visto.

A medida que avanzaba entre la hierba y los adoquines, empecé a toparme cada vez más con grupos de estudiantes acumulados cerca de la misma área. Crucé entre la gente hasta que terminé bloqueado por una multitud que parecía esperar expectante algo que yo ni siquiera alcanzaba a ver.

—Permiso... Permiso... —dije mientras me abría camino como podía—. Mierda, mi clase de seguro ya empezó... Por favor, necesito pasar.

Pocos me cedieron amablemente el paso. La mayoría respondió con quejas e incluso empujones y codazos. No podía defenderme ni ver a nadie, no tenía tiempo. Al llegar al frente, miré en todas direcciones, luchando por entender lo que ocurría.

La multitud estaba reunida frente a la calle principal que cruzaba por el campus, como si algo estuviera por pasar. Pensé en cruzar a la otra acera, pero en frente había aún más personas. Avancé a gachas por este lado de la calle al percatarme de que me habían empezado a gritar que me moviera. Ni siquiera sabía en qué me había metido, solo necesitaba llegar a mi clase.

Mientras iba por ahí a mi lento y triste paso, sentí una mano sujetándome por el hombro desde atrás. Me giré instintivamente y, al ver de quién se trataba, no pude evitar rodar los ojos.

—Tú.

La figura de Roger se encontraba de pie frente a mí, mirándome directo a los ojos con una expresión casi de cólera. Tenía puesta una gorra visera y una camiseta color azul cielo con un

caballito de mar estampado. No era el único que traía esto puesto, así que, cualquiera que fuera el motivo del evento, él era parte.

—¿Luces nuevo corte, Fitzgerald? ¿Te cansaste del estilo Lennon tan rápido?

—¿Qué quieres? No tengo tiem...

—Quiero que me digas qué hicieron con el lagarto —me tomó de la camiseta—. Los del Departamento de Protección dijeron que mandaron oficiales, pero no encontraron nada.

—Suéltame, no tengo nada que discutir contigo —me quejé y lo hice a un lado como pude.

Si no hubiera temido volver a lastimarme el brazo por su culpa, lo habría enviado a Narnia de un pecozón.

—¿Qué le hicieron a lagarto? —me señaló con el dedo—. Jules convenció a los del departamento de que no tenía ningún lagarto, pero sabemos que es mentira. Estaba con ustedes en la feria de Halcyon, pedazos de cínicos.

—Si Jules dijo que no tenía lagarto y no apareció por ningún sitio... —me encogí de hombros—. A lo mejor solo eres tú que andas por ahí delirando.

—Jules Becker me dijo en mi cara y delante de ti que tenía todo en regla —chilló—. Esto es serio, tienen secuestrado a un animal que debería estar en la naturaleza o con alguien que pueda cuidarlo, no con el estúpido de Jules que se cree muy *cool* por coleccionar animales exóticos como si fueran ornamentos y no seres vivos que requieren cuidados y atenciones específicas...

Mientras oía a Roger escupir sus consternaciones como si estuviera a punto de estallar, alcancé a distinguir un rostro pecoso entre la multitud. A diferencia del resto, no parecía interesado en lo que estaba por suceder aquí. Creí estar equivocado y tuve que parpadear varias veces para asegurarme de no estar viendo mal, pero esas pecas inconfundibles solo decían una cosa.

Dominic.

Mi viejo compañero andaba vestido todo de negro con ropa deportiva y traía una gorra que le sombreaba la mirada. Su postura erguida no era la de alguien que había sido arrollado un par de días atrás.

Por suerte.

—¿Siquiera me estás escuchando? —dijo Roger antes de palmearme el hombro.

—No pienso seguir esta conversación —lo esquivé y avancé hacia el otro lado de la calle.

—Sí, jódete, Fitzgerald. ¡Vete a vomitar sobre los zapatos de alguien! —oí que exclamó detrás de mí.

No me giré ni le hice caso. Crucé la calle lo más rápido que pude hasta llegar del otro lado. Estiré el cuello para ver si encontraba a Dominic entre la gente, pero ya no lo veía. Juraba que lo había localizado justo donde me encontraba de pie en este momento, pero ahora no estaba por ningún lado.

Una parte de mí se sentía aliviada porque estuviera bien, pero la otra quería saber lo que sucedió aquella noche. La respuesta al enigma estaba justo a unos metros a la redonda, solo que no estaba seguro de poder encontrarlo a estas alturas...

¿Me habría visto?

Mi clase ya debía haber empezado y yo estaba aquí, en medio de una multitud, cuestionándome algo que no debía ser prioridad. Como si fuera el día del apocalipsis, trompetas empezaron a resonar de la nada y la gente empezó a aplaudir. Me giré y vi que algo grande se aproximaba de uno de los extremos de la calle, como una carroza. Unas personas me pidieron que me moviera y me quedé frío.

—¿A dónde se supone que me debo mover? Esto está lleno.

—Estás en frente, idiota, te agachas o te quito —me amenazó alguien a quien ni me detuve a ver o responder.

Avancé a gachas a toda prisa mientras luchaba por encontrar por donde escabullirme. Después de cruzar frente a varios grupos, el espectro pecoso volvió a aparecer frente a mí, solo que ahora estaba un par de filas detrás de la multitud.

—¡Permiso! —chillé, antes de abrirme paso entre un grupo de chicos con brusquedad. No me detuve a ver su reacción. Crucé por el mar de cuerpos a toda prisa concentrado en mi objetivo. La gente había empezado a hacer algarabía y aplaudir, lo que nubló aún más mi campo visual. Sobre la carroza que desfilaba en la calle, se movilizaban bailarines y un caballo de mar inflable de gran tamaño.

—Disculpa, ¿de qué se trata esto? —le pregunté a una chica que ahora me bloqueaba el paso.

—Es el cuarto jueves de septiembre —la joven bailaba al ritmo de la música que resonaba desde los altavoces del desfile y traía la misma camiseta que Roger y los que se presentaban sobre la carroza—. Día marítimo mundial.

—Este año salieron con caballitos de mar para celebrarlo —comentó un chico alto junto a ella que también se movía al ritmo de Calvin Harris.

—¿Quiénes? —inquirí.

—Los ecológicos —respondió el chico con obviedad—, ¿no sabes quiénes son?

Volví a localizar a Roger del otro lado de la acera, despejando el camino para la carroza. Ya no lucía molesto, sino más bien emocionado y orgulloso por lo que ocurría ante sus ojos.

—Sí, sé quiénes son —miré a ambos lados, pero Dominic había vuelto a desaparecer. Opté por mantenerme allí con estos chicos para ver el desfile. Iba a tener que pedirle a Mario, Samuel y Evan que me hicieran una retroalimentación como la vez que me dormí con Donovan.

Con la atención fija en el caballito, no me inmuté al sentir un toque por encima del hombro. Supuse que fue debido al roce accidental de alguien. Cuando ocurrió nuevamente, me giré de inmediato.

—Perdón, amigo, pero un sujeto quiere hablarte y lleva un largo rato haciéndote señas —dijo el chico detrás de mí en un tono ecuánime—. Por allá.

Miré hacia donde señalaba y, por nueva vez, me encontré con el rostro de Dominic. El pecoso me miraba directo a los ojos con una fina sonrisa, desde varios metros de distancia. Su expresión era fría, casi tétrica.

Le agradecí al chico e hice lo que pude para seguir avanzando. Al igual que en mi primer intento, hubo un punto en que ya no pude más. Había demasiada gente y, por algún motivo, empecé a sentir que la presencia de Dominic no era tan buena señal como creía.

¿Por qué me llamaría?

¿Se habría dado cuenta de que iba tras suyo?

¿Me habría visto aquella noche?

¿Habría sido quien dirigió a Madeline a su recaída?

El hecho de que estuviera vivo solo significaba que la chica no lo había lastimado, pero el estado en que la encontré y el dolor en su voz era algo que seguía teniendo muy presente. A lo mejor lo estaba sobreanalizando, pero mi instinto me decía que el asunto estaba lejos de ser resuelto.

Hundido en mis pensamientos, no me di cuenta cuando el desfile se detuvo. La música se había ido y la gente observaba hacia todas direcciones, confundidos. El murmullo se había

extendido como las olas de mar. Los bailarines se bajaban de la plataforma, la cual ahora se encontraba inmóvil. Todo lo que quedaba era el gigantesco caballito de mar meciéndose ligeramente con la brisa.

Le pregunté a unos jóvenes que tenía cerca, pero todos estábamos igual. Nadie sabía por qué las ruedas de la carroza se habían detenido. No hubo respuesta durante unos minutos hasta que, de pronto, una especie de cuerno metálico empezó a soltar hojas de papel al aire.

Casi tapada por el caballito, la máquina se encontraba sobre una de las plataformas traseras y giraba a medida que escupía hojas enteras del tamaño de panfletos. La gente empezó a agarrar las que caían como si fuera una boba competencia, hasta que fueron tantas que ya no tuvo sentido batallar por conseguirlas. Recogí una antes de que cayera sobre la cabeza del chico delante de mí. Al examinarla, me sentí muy confundido. Por las expresiones en las caras de las personas a mí alrededor, supe que no conseguiría respuesta de ninguno de ellos.

El panfleto tenía los rostros de varias personas plasmados en blanco y negro, bajo el título «enemigos de la madre tierra». Uno de los rostros era el de Jules, cuya foto no tenía mucha calidad, pero podría reconocer aquellas frondosas cejas desde el espacio. Además, tenía Jules Becker inscrito debajo.

Al resto de personas no las reconocí, aunque, según la información debajo, debían ser personas importantes en la universidad. La elección del diseño, por otro lado, lo hacía parecer un cartel en búsqueda de forasteros.

La música pronto volvió y ya no era Calvin Harris, sino un extraño rap sobre animales y el medio ambiente. Del otro lado de la calle, los chicos con la camiseta de caballo de mar venían todos de regreso, solo que ahora con pancartas y sus puños alzados al aire.

—Se están pronunciando contra el campus —alcancé a oír que comentó una chica cerca de mí—. Esto no le agrada a la mesa directiva.

La horda avanzó por la calle hasta que llegaron a la carroza. Algunos se subieron a la plataforma del caballo mientras otros seguían protestando sobre el asfalto, todos siguiendo a viva voz el repetitivo coro de la canción. Aproveché el desconcierto y volví a intentar moverme en dirección a Dominic. Con dificultad, conseguí escurrirme entre la gente, pero ya no lo veía.

Mierda, juraba que por aquí es donde estaba.

Giraba en mi propio eje, buscándolo como un radar, pero no daba con él.

Las aceras ya no eran el límite, los estudiantes se habían empezado a aglomerar en un solo tumulto en medio de la calle. Alcancé a ver un par de chicos del otro lado teniendo un conflicto. Lo último que vi antes de que mi campo visual quedara invadido por más estudiantes fue a uno de estos dos chicos arrojándole un puñetazo a otro en la cara. Luego todos pasaron a amontonarse frente a mí para ver.

Los gritos no tardaron en aparecer y el panorama se ofuscó por el alboroto. Un chico se subió encima de la plataforma con un megáfono e intentó pedirles a todos que mantuvieran la calma, pero su voz se perdió entre el barullo. Roger también se subió a la plataforma, le quitó el aparato e intentó hacer lo mismo, pero tampoco le hicieron caso.

La gente corría de un lado a otro y la máquina lanzapapeles volvió a su función. Los panfletos continuaron volando por todas partes mientras los del club Clamidia luchaban por mitigar el desorden.

—¡Lucas! —oí que exclamó alguien en la distancia—. ¡Ey!

Al principio, dudé de que fuera a mí. De hecho, estaba a punto de huir de la escena cuando esta familiar voz exclamó mi primer nombre. Me giré y, como sospechaba, la persona que me

llamaba era Dominic.

Cuando su mirada volvió a dar con la mía, no dijo nada más, solo huyó hacia la calle como si esperara que le cayera atrás. El Fitz prudente de mi consciencia me dijo que no era buena idea meterme al ojo del huracán, pero el Fitz de la vida real ya estaba moviendo las piernas en su dirección.

Como un tonto despistado, avancé trotando entre la gente. Nunca imaginé que la hermosa y decente universidad de Halcyon Bay terminaría sumida en un caos tan frenético. Luces y alarmas pronto empezaron a acercarse. Muchos emprendieron la huida de inmediato, incluso algunos de los involucrados en el desfile. Creí que había perdido a Dominic en el tumulto hasta que lo vi saltar encima de la plataforma. Me acerqué y trepé como pude, al tiempo que me aseguraba de no lastimarme el brazo malo. Casi resbalo a punto de llegar arriba, pero no.

Por una vez no iba a caer.

Me paré encima de la plataforma y chequeé por todas partes, pero, por milésima vez, le había perdido el rastro. Decidí tirar la toalla y mejor bajarme cuando un sonido de estallido me penetró los oídos y me hizo llevarme ambas manos a la cabeza. Sea lo que fuera, había sonado como el pinchazo de un globo, solo que mucho más estridente.

Gritos resonaron al instante y los demás que se encontraban sobre la plataforma saltaron de ella como los tripulantes de un barco que se hunde. Me aproximé a hacer lo mismo mientras los sonidos de alarmas se hacían cada vez más severos. Una ancha sombra se cernió sobre mí y todo mi cuerpo se congeló en desconcierto. Cuando comprendí de qué podría tratarse, ya era tarde.

Lo último que vi fue al caballito de mar gigante deformándose en el aire, a punto de caerme encima.

Rodé fuera de la plataforma en una pirueta que me sorprendió a mí mismo. Caí de espaldas sobre el asfalto con los párpados apretados. Sentí que se me vaciaron los pulmones por el topetazo. Parte del caballo inflable me cubrió y, al abrir los ojos, todo lo que vi fue goma color naranja. Tuve que luchar por recuperar el ritmo de mi respiración.

Cuando volví a estar en mis cinco sentidos, me arrastré fuera del naranja hacia la luz del día. Me incorporé y apenas pude volver a examinar el panorama antes de que una mano gruesa se enroscara alrededor de mi muñeca.

—¿Te escondías? —me preguntó un hombre uniformado—. Me temo que no irás a ningún lado.

—No, no me escondía —aseguré y él empezó a halarme hacia la acera. Tenía el logo del campus sobre su chamarra gris y era bastante robusto—. No sé qué pasó aquí, solo buscaba a un amigo... y ese caballo inflable me cayó encima —soné algo tonto—. Juro que no tengo que ver con lo que sucedió.

—Sí, díselo a las autoridades.

Ahogué un grito. La mayoría de los estudiantes que antes llenaban la calle se habían ido. Solo quedaban unos cuantos, quienes parecían estar detenidos de la misma forma que yo. Hablaban con oficiales uniformados como el que me llevaba y otros que se veían clásicos, como los que nos pararon el día de la feria. Dos patrullas estaban estacionadas no muy lejos de donde había iniciado el caos.

—Este joven estaba escondido bajo la carroza —le dijo el hombre a un par de oficiales y un hombre con traje que nos daban la espalda. Cuando se giraron hacia nosotros, tuve que contener otro grito. Uno de ellos, el que venía vestido de traje y corbata, me miraba directo a los ojos a través de esas pequeñas gafas que me daban tanta ansiedad mirar.

—¿Fitzgerald? —Donovan pausó para soltar una breve risa irónica—. Por qué no me sorprende.

* * *

Respira, Fitz, saldrás de esto. Solo tienes que demostrarle por segunda vez que está equivocado, tendrá que pedirte disculpas.

La idea de Donovan disculpándose con alguien parecía absurda, casi tanto como lo que ahora presenciaba delante de mí. Un hombre de pelo blanco aguardaba mi respuesta tras el ancho escritorio de madera reluciente que nos separaba. Tenía el mismo rostro que el profesor.

—Entonces..., ¿no tienes nada que decir sobre esto? —inquirió y me mostró uno de los uno de los volantes del desfile.

Negué con la cabeza, luchando por concentrarme en las palabras. Según la placa en su puerta, se trataba del rector Isaías, pero todo lo que veía era al profesor que me hacía sufrir. Incluso su voz sonaba igual. Había escuchado que eran gemelos, pero entre ellos casi no había diferencia alguna, solo la vestimenta y que el rector traía el pelo todo blanco, mientras que Donovan —profesor— lo traía entrecano.

—Nada más que no tengo la menor idea de lo que sucedió allá porque no tuve nada que ver. Y quiero reportar a su hermano si es posible —carraspeé—. Es un *bully*, disfruta que sus estudiantes fallen. Aunque imagino que usted ya lo sabe.

El rector esbozó una sonrisa y se puso de pie.

—Qué día tan bonito —comentó mientras se acercaba a la ventana del otro lado de su oficina, de la cual se colaban los rayos pálidos de la mañana—, ¿no te parece?

—Ehm..., sí.

Al igual que su hermano, el rector usaba gafas, solo que las suyas ahora se encontraban sobre el escritorio. Extendí la mano y tomé la hoja que me había mostrado antes.

—Respecto a esto, su hermano se rehusó a escucharme —proseguí—, pero todos los estudiantes de aquí conocen la mente responsable de esta protes...

—¿Te gusta la mitología? —me interrumpió.

—¿Mitología? —repetí confundido—. ¿Como la griega?

—De cualquier tipo —aclaró y volvió a acercarse.

Era muy extraño ver el rostro del profesor Donovan observándome con una sonrisa simpática y no maliciosa. Tuve que recordarme que no era él. Casi parecía que todo lo que buscaba el rector era tener una simple conversación, no resolver aquel conflicto.

—A decir verdad, no.

—¿No eres de aquí?

—No, soy... de una isla en el Caribe.

El rector tomó asiento, tenía los dedos de ambas manos entrelazados.

—¿Sabes por qué este pueblo se llama Halcyon Bay?

Negué con la cabeza.

—Halcyon es el nombre de un ave mitológica, resultado de una trágica historia de amor —explicó—. Se creía que elaboraba sus nidos en el mar y que por eso este se calmaba por dos semanas durante el solsticio de invierno, de esa forma las olas no destruían el nido. La bautizaron así ya que las aguas llegaban calmadas y llenas de paz.

—De acuerdo...

El rector solo me observó durante unos segundos sin dejar de sonreír.

—¿Qué te inspiró a escoger Medicina como carrera?

—Para demostrar que soy capaz de comprometerme con algo importante, algo más grande que yo.

—¿Para qué quieres demostrar? ¿No es suficiente con... salvar personas? —el rector se reclinó en su asiento, relajado—. Te lo digo porque mi hermano, el *bully*, se toma esto muy en serio.

—Por supuesto que la prioridad es ayudar personas, claro que sí —dije, pero casi no soné convencido de mis propias palabras—. Yo... yo... Olvídelo, debo irme —me puse de pie—. Mande a buscar a Roger, es el líder del grupo que se pronunció con esos carteles.

—Ha sido un gusto conocerte, Fitzgerald. Estoy seguro de que nos seguiremos viendo.

Era como la antítesis del profesor Donovan, y aun así me perturbaba.

—El gusto fue mío, rector.

No me quedé un segundo más. Abandoné el edificio lo más rápido que pude y sentí ganas de golpear algo. Avancé a toda prisa por el campus hasta perderme entre los senderos por los que me había llevado Mario días atrás.

Me percaté de que no traía mis cosas, tampoco recordaba dónde las había dejado. Mi bulto con mis anotaciones a lo mejor ya era historia.

«Un prestigioso médico». ¿Para eso había venido?

Troté por la hierba hasta llegar al quiosco. Me deposité sobre el suelo de madera y me dejé perder entre los destellos de luz que ondeaban como los rincones de mi mente enrevesada. *Ayudar a otros, salvar vidas...*

Ese era el verdadero propósito. Pero... ¿era mi propósito? Por supuesto que lo era. Debía serlo. Pensar en Ashley y toda la gente en mi vida que alucinó al verme dar un salto como este no era suficiente. Mi destino tenía que ser más mío que de ellos.

Saqué mi teléfono del bolsillo del pantalón a toda prisa. Necesitaba hablar con alguien.

22

QUEENDOM

Avancé por el estrecho callejón como me habían indicado. Al final, di con un patio bastante amplio. No lucía como un campo de golf al igual que el de la mansión Kingdom; estaba forrado de árboles, arbustos y flores. Hojas secas flotaban en un piscina de madera y una caseta similar a un cobertizo, pero con puertas de cristal, se alzaba en el medio, bajo un dosel de sombra que creaban las palmeras detrás.

Imaginé que aquel debía ser el estudio al que se había referido la muchacha en la entrada, por lo que opté por acercarme con pasos cortos. Intenté ver si había alguien dentro, pero mi propio reflejo era lo que rebotaba en los cristales. Acerqué el rostro e hice una sombra con las manos, pero, como sospechaba, nadie se encontraba dentro.

Entonces oí risas detrás de mí.

Como un paso de baile, me giré sobre mis talones. El concurso me estaba afectando. Ahora Madeline y otra chica me observaban como si hubiera hecho una broma. Estaban sentadas en sillas de jardín detrás de un arbusto de ramas copiosas que no me había permitido verlas al pasar.

¿Cuánto tiempo llevan mirándome?

Sonreí, batallando en ocultar la pena que me provocaba. Guardé ambas manos en los bolsillos y me acerqué con pasos cortos.

—Hasta que al fin te dignas en aparecer —comentó Madeline sin dejar de observarme.

—Hey, ¿qué hay? —les hice un rápido ademán de saludo con la mano—. Cuando llegué, solo me dijeron que te buscara aquí, por eso andaba medio perdido.

—Te estaba esperando en el frente, pero pasó tanto tiempo desde que me enviaste ese mensaje que ya creí que no venías.

—Perdón por eso —me llevé una mano detrás de la cabeza, apenado—. Sucede cuando andas a pie.

—No pasa nada —dijo y se giró hacia su acompañante—. Liz, ¿me dejas hablar algo con él?

La chica asintió, se puso de pie y, al cruzar a mi lado, se despidió con una tímida sonrisa. Le devolví el gesto y la vi atravesar el patio en dirección a la casa.

—Y... ¿te quedarás ahí parado? —Madeline rio.

Nuestras miradas volvieron a conectarse. Ella se veía muy guapa y descansada. Llevaba puesto un vestido blanco con puntos negros y ondas castañas ligeras caían sobre sus hombros. Su pelo lucía mucho más claro estando seco, casi parecía rubia. Lo único que me llevaba a la Madeline de siempre era su delineado oscuro y mirada firme.

—Qué bonito está el día —tomé asiento con naturalidad—. Tienes muchas flores por aquí.

Hice lo posible por fingir que esto me agradaba, aunque las flores estaban lejos de ser mis amigas. Madeline me observó con una ligera sonrisa sin decir nada por unos segundos, como si disfrutara verme intentando encender esta conversación de la manera menos interesante posible.

—No estés nervioso —dijo al fin.

Mi corazón comenzó a latir más rápido, pero se detuvo cuando la chica puso su mano sobre la mía por encima de la mesa.

—Me alegra que hayas venido —añadió—, yo también necesitaba hablar con alguien.

Sentí que se me detuvo la respiración durante un par de segundos por el simple roce de nuestras manos. No entendía por qué me estaba sintiendo así. Después de todo lo que había vivido con esta chica, aquel simple gesto de confianza no debía ser tan abrumador.

Fitz, cálmate, deja de actuar como si no la conocieras. Vomitaste sobre sus zapatos, la ayudaste a extorsionar a un minidelincuente y le cediste tu hombro cuando no podía sostenerse de pie por el alcohol. Es tu amiga.

—Y... eso que quieres contarme, ¿es lo que estuviste hablando con tu amiga antes de que apareciera?

—Sí, es que... —me soltó y se reclinó contra el espaldar de su asiento— necesitaba tomar una decisión importante y quería un consejo de alguien, pero ya la tomé.

—Ya veo...

—Pero aun así, ¿puedo contártelo?

—Por supuesto —asentí y luché por controlar mi respiración de manera disimulada—, te escucho. ¿De qué se trataba?

Madeline respiró hondo y juntó los párpados durante un par de segundos. Luego me miró emocionada.

—Es que estaba pensando renunciar.

Era la primera vez que escuchaba a alguien darse de baja con tanto entusiasmo. Me pregunté si había escuchado bien.

—¿Renunciar?

—Sí, es que... llevo un tiempo pensando en abandonar la presidencia de esta sororidad y lo que pasó la otra noche, cuando me encontraste, fue la gota que rebasó el vaso. El estrés de todo esto me está llevando a un sitio al que no quiero regresar nunca.

Asentí con la cabeza despacio y, por un momento, creí que diría algo más.

—Y... ¿al final qué decidiste?

—¡Renuncié! —Madeline rio—. Era eso de lo que estaba hablando antes de que vinieras. Tanto en la fraternidad de ustedes como nuestra sororidad, el presidente elige su sucesor y yo ya lo hice. Mi hermana Liz quedará a cargo de todo. Necesito poner en orden mi vida y mi mente, y no puedo hacerlo con ese peso sobre los hombros.

—Pues... si te ayuda a sentirte más tranquila, me parece bien la decisión que tomaste. Creo que es la que te habría aconsejado que tomaras de todas formas.

—Sí, pero... no sé, es que llevaba mucho tiempo entusiasmada por esto y ahora dejarlo ir se siente extraño. Supongo que una parte mí deseaba que alguien me detuviera —volvió a reír—. No, pero... al final, es lo mejor. Además, sé que estoy dejando la sororidad en buenas manos con Liz.

—Me alegra por ti —dije sin poder evitar sonreír genuinamente feliz por ella, aunque una parte de mí pronto sintió que no todo eran flores y bizcochos.

Todo lo que había sucedido en la mañana se repitió en mi mente. Si algo era verdad, era que, respecto a Dominic, las aguas seguían sin estar del todo claras.

—Supongo que hablaste con tus amigos sobre lo que sucedió —agregué—. Ya sabes..., porque tenías dudas acerca de lo que te pasó esa noche.

—Ah, sí, hablé con ellos —asintió y se rascó la punta de la nariz—. Nada sucedió, solo perdí un poco la perspectiva.

—Bueno..., entiendo.

Madeline se inclinó hacia mí, acercando el rostro.

—Oye, ¿puedo contarte algo muy personal? —murmuró como si fuera un favor.

—Claro, cualquier cosa.

Al igual que antes, se detuvo unos segundos a respirar. Su mano estaba encima de la mesa y, por un instante, sentí el instinto de tomarla como ella había tomado la mía antes, pero me contuve.

—Es que, poco después de que cumplí catorce, mi madre enfermó de cáncer en los pulmones y... la forma en que conseguí enfrentar todo el miedo y tristeza que sentía... fue acudiendo a la barra que tenía mi papá en su salón de descanso —confesó—. Me llevaba botellas sin que nadie se diera cuenta y me encerraba en mi cuarto durante las tardes. Bebía en una esquina hasta que conseguía hacer a un lado todo lo que sucedía en mi familia. Pero luego, cuando pasaba el efecto, me sentía mil veces peor... y entonces bebía más para cubrirlo. Cosa que..., como puedes imaginar, no terminó muy bien.

Al final soltó una ligera risa, parecía intentar que su historia no sonara tan deprimente como en realidad era.

No pude evitar recordar lo que me había contado Henry la última vez que pasé por el edificio de la residencia. Los Becker eran huérfanos y todos los odiaban porque creían que habían sido indiferentes con la muerte de su madre. Como asumí aquella vez y por lo que escuchaba en ese momento, aquello no debía ser cierto.

—Mi padre me mandó a un internado fuera del país donde pude rehabilitarme —prosiguió—. Y, aunque al principio la abstinencia me pegó muy duro y sentí que me iba a morir, pude desintoxicarme. Fue cuestión de tiempo volver a como estaba antes —sonrió—. No quiero volver a sentirme así nunca más.

Esta última oración se sintió como un respiro de alivio. Esta vez sí me tomé el atrevimiento de sostener su mano.

—Lamento que hayas tenido que pasar por eso.

—No te preocupes —Madeline rio brevemente—. Gracias por escucharme, solo mi familia y mi ex sabían esto —apretó mi mano—. A veces me siento un poco sola.

Quise concentrarme en sus palabras, pero no podía evitar pensar en Dominic. Lo que había pasado en la mañana había sido muy extraño. Aunque tuve que batallar, hice lo posible por mostrarle mi apoyo.

—Puedes hablar conmigo cuando desees, casi nunca estoy ocupado.

—¿Un estudiante de Medicina que casi nunca está ocupado? Qué fantasía.

La verdad tenía algo de razón, sin embargo, era consciente de que tal vez mis días como estudiante de Medicina estaban contados. La idea ya no parecía tan descabellada.

—Ahora..., ¿puedo yo contarte algo muy personal?

—Por supuesto —asintió—. ¿Sobre qué?

La solté despacio y me eché un poco hacia atrás. Sabía que tendría que concentrarme para mantener mis pensamientos juntos. Lo hice de forma cronológica: le conté sobre el profesor Donovan, sobre el club Clamidia, sobre mi conversación con el rector.

Por más que odiara al profesor Donovan y odiara la idea de que tuviera razón, también debía ser realista y preguntarme a mí mismo si había venido a Halcyon a estudiar con las intenciones correctas.

—Yo creo que muy pronto lo sabrás —dijo Madeline y me sacudió el hombro, dándome ánimos—. Y cualquier camino que tomes después de eso, será el correcto.

Sentí mi rostro calentarse. Desvié la mirada hacia la hierba.

—Gracias. Yo... pensé en buscar un lugar donde vendieran tiramisú y traer un poco, no sé si te gusta. A veces la angustia me viene con antojos.

—¿En serio? —apoyó la barbilla en la base de una de sus palmas sin dejar de mirarme—. El tiramisú es mi postre favorito.

Mi primer instinto fue invitarla a comer a algún restaurante italiano que hubiera cerca, pero no habría forma de que no sonara como una cita.

—¿De verdad es tu favorito?

—Sí, incluso sé prepararlo —afirmó—. Podríamos juntarnos y hacer para tus amigos si quieres.

Sonreí.

—Sería un placer preparar tiramisú contigo.

En lugar de decir algo, Madeline se mantuvo mirándome en la misma posición durante un largo rato.

—¿Sucedo algo?

—No, es solo que... —no concluyó la frase.

Temeroso de que todo volviera a ponerse incómodo después de haber tenido tan buen acercamiento, preferí cambiar de tema. Señalé hacia la caseta de cristal. De uno de los lados seguía teniendo la marca de cuando me apoyé para ver dentro.

—¿Puedo preguntar qué hay ahí? Prometo que no alcancé a ver nada.

—Oh, ese era mi espacio —explicó—. Tengo algunas cosas que ahora voy a tener que mover. Usaba la caseta como zona creativa.

—¿Zona creativa?

—Soy artista en mi tiempo libre.

No lo esperaba, pero me hizo sentido. Madeline traía un aire bohemio consigo.

—Y... ¿puedo ver alguna de tus obras?

Ella extendió su brazo hacia mí, mostrando el tatuaje sobre su muñeca.

—Ahí lo tienes.

—¿Te tatuaste a ti misma?

—No —dijo y soltó una risa—, pero sí lo dibujé.

—Ah..., claro, lo dibujaste —me llevé una mano a la frente—. Qué idiota.

—No, no eres idiota —Madeline sonrió—. Yo tenía un amigo tatuador que empezó a tatuándose a sí mismo. Es bastante común. Además, hay gente que se tatúa sin...

—¡Fitz! —intervino alguien desde el otro lado del patio.

Mi mente reconoció su familiar voz masculina al instante. Frente a la boca del callejón, se encontraba la figura alargada de Mario mirándonos con el ceño fruncido, como si nuestra presencia fuera la inesperada y no la suya.

—Mario, ¿qué haces aquí? —retuve una risa.

Mientras se acercaba, noté que traía mi bulto Lacoste que ya había dado por perdido.

—No asististe a clases ni te vi en el almuerzo; los chicos te estuvimos buscando durante horas y nos separamos. Encontré tus cosas tiradas en un contén y no supe qué pensar —me tendió el bulto, sin dejar de observarme confundido—. Ni siquiera Samuel tiene tu número; te escribimos por Facebook, pero seguro ni lo viste. No sé por qué tuve la corazonada de que podría encontrarte aquí.

Me volví a colgar el bulto del hombro y asentí.

—Sí, gracias. Per... perdón... ¿Facebook dices? No, no tengo datos —balbuceé y me pegué en

la frente—. Tuve una mañana muy loca, no sé dónde tenía la cabeza.

En realidad sí lo sabía: Dominic.

—¿Ya te vas? —preguntó Madeline, también poniéndose de pie—. ¿Tan pronto?

—Bueno, yo... —miré a Mario de reajo, quien me observaba con desaprobación.

—Tenemos ensayo, Fitz. ¿No lo recuerdas?

—Ah, sí, cierto —farfullé al recordar que era su tarde libre—. Disculpa, Madeline, tengo que irme, pero... ¿qué te parece si seguimos en contacto por mensaje? Ya sabes, acerca de lo que me propusiste.

—Por supuesto —dijo y esbozó una última sonrisa—. Te escribiré.

Asentí con la cabeza y volví a mirar Mario, quien se limitó a fruncir los labios antes de marcharse de regreso hacia el callejón.

—Adiós —añadió Madeline.

—¡Adiós! —exclamé en respuesta mientras seguía a Mario a través del callejón.

Mario avanzó a paso apresurado hasta llegar al jardín delantero. Iba tan rápido que tuve que trotar para alcanzarlo. Lo detuve por el brazo cuando estábamos en la acera.

—Ey, ¿qué sucede? —inquirí—. ¿Viniste a buscarme y ahora te marchas sin mí?

—¿Qué fue lo que pasó hoy? —dijo al girarse con una expresión tensa en el semblante, casi molesta—. Estaban diciendo que hubo una especie de horda en la mañana mientras celebraban el día marítimo. Tú no apareciste por ningún lado, ¿estabas en eso?

—¿Yo? —bufé—. Por supuesto, no sabes lo mucho que disfruto meterme en líos.

—Hablo en serio.

Rodé los ojos y seguí caminando a un ritmo razonable. Mario siguió a mi lado de la misma forma.

—Estuve ahí, pero no tuve nada que ver. Me marché cuando empezó el caos. De hecho, fui al quiosco después y practiqué un poco lo que recordaba de los videos que vimos anoche.

Mario asintió y su expresión pareció relajarse. La única verdad que había dicho era que había estado en el quiosco en la mañana, pero no bailando, sino observando el mar y cuestionándome la vida. Me pareció más sensato no contarle sobre los Donovan. Ya Mario había tenido suficiente con la tarea de andar buscándome por ahí todo el día como para tener que también tragarse mis problemas.

—Perdí mis cosas porque me caí en medio del caos. Perdón por olvidar que nos reuniríamos para ensayar ahora.

—No, el ensayo es lo de menos —su semblante volvió al estado en el que estaba acostumbrado a verlo—. Curiosamente, el único lugar en que no se me ocurrió buscarte fue el quiosco. No pensé que tomarías la iniciativa de ir a ensayar tú solo en la mañana. Supongo que te subestimé.

Forcé una sonrisa. Me sentía cada vez peor por mentirle.

—¿Ahora eres amigo de la reina Becker? —añadió, en un tono más trivial.

A pesar de que, para mí, Madeline seguía siendo un enigma en cierta medida, ahora sabía más de ella y ella más de mí. Su título de reina a lo mejor había pasado a la historia el día de hoy, pero tenía un nuevo título.

«*Somos un equipo*». Recordé lo que me había dicho en aquella calle para calmarme mientras lloraba. Había renunciado a correr y había aceptado mi destino de recibir todas las explosibolas que esos niños pudieran dispararme. Madeline decidió quedarse conmigo aunque le pasara lo mismo. Se abrió conmigo en aquel jardín y me permitió hacer lo mismo con ella. Mi confidente.

Mi aliada.

—Se podría decir que sí.

23

EL INSTRUCTOR

Durante todo el mes de septiembre, sentí que el destino se había encargado de aporrearne de manera constante, hasta que finalmente consiguió tenerme tendido en el suelo. Allí prosiguió a pisotearme y escupir sobre mi cuerpo ya hecho una bola de carne maltrecha.

Pero este mes iba a ser el bueno, desde la primera semana pude sentirlo.

Donovan estaba menos intenso. Dormía un poco mejor. En las tardes, cuando no ensayaba el número con Mario, había empezado a hacer ejercicio —trotaba alrededor de la mansión y levantaba algo de peso en el pequeño gimnasio que tenían montado en el garaje—. Incluso consideré invitar a Samuel a que se me una.

—Deberías entrenar conmigo —le comenté en la salida de la última clase del día—. Vamos, te presto algo para ponerte si quieres.

—No, no quiero estar en un sitio donde no soy bienvenido.

—Bueno, en ese caso, no tiene que ser en la mansión Kingdom. Podemos inscribirnos en un gimnasio de la zona, ¿no sabes de uno que te parezca decente?

—No, y no me interesa, Fitz.

—¿Por qué?

—¿Eso a ti qué te importa?

No esperaba tal reacción. Estuve por preguntarle cuál era su problema cuando Mario apareció de pronto.

—¿Qué lo qué, chicos? —nos saludó—. Fitz, ¿estás ocupado ahora?

—No, ahora no. ¿Estás libre?

—Sí, es que conseguí cambiar mi turno en Grind Spot con una de mis compañeras. Pensé que podríamos ensayar ahora. ¿Le escribo a Quentin a ver si puede venir?

—Claro.

Este era uno de esos cambios de planes que no me hacían querer halarme el pelo. Por primera vez en mi vida, había hecho un horario y lo estaba cumpliendo... más o menos.

Debido a que también estudiaba, la asistencia de Tarantino era impredecible. A veces deseaba que le estuviéramos pagando para así poder despedirlo por dejarnos plantados tantas veces. Dejando eso de lado, era un buen instructor cuando sí venía. Muy dedicado y paciente. Yo había confundido izquierda y derecha un trillón de veces mientras nos instruía y aun así nunca se exasperó.

Para nuestra suerte, Tarantino sí pudo presentarse y, por desgracia, Samuel también quiso venir a vernos.

—Dios, ¿es en serio? Vamos, Fitz, muévete un poco —dijo entre risas mientras yo intentaba concentrarme en seguir los pasos de Mario y Tarantino—. Hazlo con más gracia, pareces un muerto. ¿En serio piensas ganar así?

Como si no fuera suficiente, Samuel empezó a imitar mis pasos haciendo muecas y gruñidos de zombi.

—Te odio, déjame en paz —me quejé.

—Samuel, no distraigas —dijo nuestro entrenador y detuvo el baile.

—Si quieren ganar tienen que poner más en la presentación, los ayudaré —prosiguió Samuel antes de halarme de un brazo y ponerme junto a Mario—. Ustedes dos tienen menos que química que Anakin y Padme; necesito que trabajen en crear un vínculo.

—Ya tenemos un vínculo —dijo Mario con los párpados entornados.

—Pues que sea evidente en el baile —replicó Samuel y se acercó a la laptop que reposaba en el piso reproduciendo la música—. ¿Por qué eligieron una canción tan sosa?

—No es sosa, es el mejor *beat* que existe —rebatí Mario.

—¿Acaso no han visto Magic Mike? —Samuel rio—. Si quieren ganar, deben escoger una canción que les saque el *stripper* que llevan dentro.

—Nada de eso, mi familia estará mirando —dijo Mario antes de inclinarse y quitarle la computadora—. Si quieres ayudar, quédate ahí quieto y en silencio.

Samuel hizo como que cerraba su boca tirando de una cremallera imaginaria. Pensé que finalmente se mantendría sin intervenir, pero empezó a soltar pequeñas risas mientras yo luchaba por concentrarme. La brújula en mi cabeza seguía teniendo problemas con el este y el oeste, y la presencia insidiosa del chico no me ayudaba.

Por desgracia, volvió a presentarse en nuestros ensayos en varias ocasiones, al menos siempre que iba Tarantino. A veces Mario lo reñía para que parara, pero Samuel técnicamente no estaba haciendo nada; cumplía con mantenerse quieto y en silencio en aquel rincón del quiosco. Eran sus expresiones y risas lo que no dejaban de distraernos. Solo cuando se ponía a dibujar o usar su teléfono era soportable.

Todo cambió a partir del día que se añadió otro espectador.

—Hola, Evan —le saludé al entrar al quiosco—, ¿qué haces aquí?

—Yo le pedí que viniera, ¿algún problema? —dijo Samuel con una ceja arqueada.

Me encogí de hombros.

—No, ningún problema.

—Ningún problema, siempre y cuando nos guardemos cualquier comentario de burla sobre el número —añadió Mario mientras se agachaba para sacar la laptop de su mochila.

—No, no se preocupen —dijo Evan—. Pueden hacer como que no estoy aquí. Solo me daba curiosidad ver qué hacían.

—Mario no lo decía por ti —reí y Samuel me miró con los párpados entornados.

—Quentin no me confirmó que vendría —Mario sacó su teléfono y empezó a escribir—. Creo que ni siquiera ha visto mis mensajes; a lo mejor está ocupado.

—A mí me dijo que no venía hoy, por eso traje a Evan —explicó Samuel—. Creí que ustedes sabían.

—No, no habló conmigo —Mario guardó su teléfono y se puso de pie.

Como era habitual, empezamos haciendo ejercicios de estiramiento. Las clases de yoga de Ariel vinieron a mi mente. De seguro mi madre aún estaba al tanto de su paradero.

—¿Y cuál es la fecha del concurso? —inquirió Evan.

—En Halloween —respondió Mario—. Ya se acerca.

—¿Y cuál es el premio?

—Son varios, pero vamos por el gordo —Mario me miró de reojo con una pequeña sonrisa.

Me limité a asentir con la cabeza.

—El premio del primer lugar son unos días en Tahití para cuatro con todo cubierto y una pequeña retribución —prosiguió—. El del segundo lugar me parece que es solo una retribución y el del tercero creo que son tarjetas de regalo para comida rápida.

—¿En serio? —Evan frunció el ceño—. ¿Hablamos de esas que son para conseguir comida gratis por un año o...?

—No, estoy seguro de que son solo de descuento —Mario empezó a hacer rotaciones de brazo como si estuviera tratando de volar y yo lo imité.

—¿Qué? —intervino Samuel con una ceja arqueada—. El primer premio es un viaje a una de las islas más exóticas del mundo y el tercero... ¿un cupón?

Mario se detuvo y se acercó a su laptop a poner la canción.

—Por eso vamos por el grande —dijo cuando volvió a ponerse a mi lado.

—No creo que ganen —agregó Samuel—, al menos no con el concepto que escogieron. Si me hubieran preguntado, los habría instruido por el buen camino.

—¿Cuál habría sido tu visión para ellos? —le preguntó Evan.

—Vaqueros —Samuel extendió los brazos con entusiasmo—. Una presentación de baile homoerótica con temática del medio oeste. Eso habría dejado hiperventilando a los jueces de ese concurso.

—Se supone que sea una presentación limpia y entretenida para todos —Mario se llevó una mano a la nariz—, no sexual.

—Obvio no sexual, solo un poco más sugerente —Samuel esbozó una sonrisa ladina—. Muchas tías fantasean con hombres en ese tipo de situaciones, ¿no les gustaría estar bajo la mirada femenina?

—Estamos solteros y bien por ahora —pensé en el rompimiento de Mario con la chica guapa de Grind Spot—. Además, ya tenemos un plan. Cambiarlo ahora sería absurdo.

—¿Quieren atenerse a un plan estúpido y perder o arriesgarse conmigo y tal vez ganar? —Samuel se acercó y cruzó los brazos—. Esta es su oportunidad.

—Prefiero a Tarantino como instructor —admití—, siento que solo nos humillarás. No sé por qué estarías interesado en ayudarnos.

—¿Crees que quiero hacerlos perder a propósito? —Samuel rio—. ¿En serio piensan que yo haría algo así?

No respondí ni Mario tampoco. El silencio se hizo largo y pesado. Sirvió como respuesta.

—No haría algo así y me ofende que lo consideren posible —la expresión de Samuel se volvió seria—. El otro día un niño me gritó la palabra con M después de que se me cayera uno de mis dibujos en la calle: era uno de Finn y Poe dándose amor, y no me sentí ni la mitad de ofendido que me siento ahora.

—Vamos, ni es para tanto —no pude evitar reír—. Tal vez la manera en que te lo dijo no fue la adecuada, pero de seguro no te ofendiste tanto porque en realidad sí eres gay. Mario y yo no quisimos ofenderte, solo somos honestos.

Samuel me miró con los párpados muy separados.

—¿Disculpa?

—Bueno, lo digo en el sentido de que... si yo te llegara a llamar de esa forma, técnicamente no sería para...

—Fitz, no lo estás arreglando —me interrumpió Evan negando con la cabeza.

—Nunca en tu vida se te ocurra llamarme así —Samuel me apuntó con el dedo.

—Oh, no hay problema, nunca lo diría de manera despectiva —alcé las manos—. Somos compas.

—Sí, pero no me sentiría cómodo si tú lo dices.

—¿Si yo lo digo?

—Sí, porque tú eres... hetero. No me importaría que me lo dijera Quentin, pero tú... —puso cara de asco.

—¿Pero cuál es el problema con que lo diga yo?

—Es que sucede similar a la palabra con N.

—¿Nachos?

—No.

—¿Nectarinas?

—¡No!

—¿Entonces cuál, Samuel?

—No la diré, es racista —chilló—. ¡Eres un idiota, Fitz!

—Ey, ey, ey, ya —Mario se puso entre nosotros—. Aquí no se dirá la palabra con M ni la palabra con N, ¿bien?

Rojo como si estuviera por desprender humo, Samuel se dio la vuelta y se marchó disparado a través de la hierba. Nunca lo había visto correr de tal forma. Asumí que había llegado el momento en que nos libraríamos de sus visitas en los ensayos.

Sin embargo, lo encontramos esperándonos en el quiosco el día siguiente como si nada. Nos mostró uno dibujos que había empezado, Tarantino apareció poco después y empezamos el ensayo. Esta vez, para sorpresa de todos, Samuel aportó opiniones más constructivas. Mario no se incomodó por sus intenciones de erotizar nuestra rutina: se lo tomó más bien con gracia. Ahora interactuábamos de manera más orgánica a lo largo del número, ya que Tarantino accedió a incorporar algunas de estas nuevas ideas.

Al final de la canción, cuando Madonna cantaba: «If it's bitter at the start then it's sweeter in the end» bajábamos al suelo sujetados de una forma que solo pudo haber salido de la cabeza de Samuel. Por un instante casi olvido que Mario era un hombre durante esta parte. Me empezaba a sentir muy en personaje, cosa que no cambió en los días siguientes, sino al contrario. Nos vimos acercándonos cada vez más a esos chicos atractivos de las competencias anteriores..., esos con los que supuestamente todas las tías fantaseaban.

—Ganarán, yo sé que sí —afirmó Samuel mientras íbamos los tres de camino a comer algo habiendo finalizado uno de los ensayos—. Y entonces, ¿cuál de ustedes tontos me invitará a Tahití?

24

DEJÁNDOLO SER

Una tarde, después de pasar hora y media levantando peso en el garaje de la mansión Kingdom, al que había conseguido convencer a Samuel de acompañarme, recibí el regalo más inesperado, desagradable y curioso que alguna vez me hubieran dado: un ramo de flores.

Cuando pregunté sobre quién era el remitente, el *delivery* se limitó a pasarme el ramo y me indicó que buscara adentro, antes de marcharse en su ruidosa moto.

—Toma —le tendí el ramillete a Samuel y me llevé el cuello de la camiseta hasta la nariz para cubrirme—. Debe haber una nota o algo.

Curioso, Samuel obedeció. Sacó una notita del ramillete que estaba enterrada en el relleno verdoso bajo flores pequeñas de pétalos naranjas y empezó a leer en voz alta:

—Anoche soñé contigo y me he pasado todo el día pensando en ti —pronunció en un tono dramático y se echó a reír.

—Concéntrate —protesté sin dejar de taparme.

Mi propio olor a sudor me molestaba, pero prefería eso a las flores.

—Recordé que una de las primeras cosas que me comentaste fue acerca de las flores en el jardín del Queendom, así que corté algunas para ti —prosiguió—. No olvides ponerlas en agua. Muero de ansias por reunirnos a preparar tiramisú. No puedo esperar. Atentamente, Madeline.

Su expresión jocosa pasó a confusa al instante que pronunció su nombre.

—¿Desde cuándo las mujeres regalan flores?

—Me pregunto lo mismo —sentí un pequeño pellizco de felicidad y le arrebaté la nota—. Tengo muchas dudas...

Imaginé que debía tratarse de ella, ya que era la única persona a quien podía relacionar con flores, al menos las que estaban en aquel ramo, solo que no me esperaba que preparara tal detalle para dármelo. Léí la nota en mi mente mientras seguía mi camino.

—Ey, me piensas dejar tus florecitas —dijo Samuel persiguiéndome.

—Las tomaría, pero soy alérgico.

—¿Y por qué le dijiste a la Becker que te gustaban?

Me volví hacia él

—No le dije que me gustaban, solo le comenté que su jardín se me hacía bonito para hacerle conversación.

—¿De verdad te estás viendo con la Becker? Creí que te gustaba la piba con la que hablaste en la feria.

—¿Kali? —resoplé—. Pues... oíste lo que me dijo. Si es verdad que estoy fuera de su alcance, mejor la olvido. No voy a luchar por algo que solo me hará ganarme un corazón roto. Además, Madeline y yo solo somos amigos.

En ese momento, un par de cables se cruzaron en mi cabeza. Mi primera intención de ganar el concurso de Lyp Sync había sido invitar a Kali conmigo, pero ahora ya casi no tenía sentido pedírselo a ella, mientras que Madeline..., ella era mi nueva amiga y, por lo que estaba al tanto, no la había estado pasando muy bien últimamente. Podría invitarla a venir con nosotros si ganábamos.

—Pues amigos o amigos con derechos, te envió un regalo; consévalo. Es lo menos que puedes hacer —quiso pasarme las flores otra vez, pero las rechacé.

—No, Samuel, hablo en serio: soy alérgico al polen —me cubrí la nariz—. Las flores me hacen estornudar horrible.

—¿Y quién te dijo que yo quería tus flores feas? —se acercó y me obligó a sostenerlas.

Unas cuantas flores y hojas cayeron sobre el asfalto, pero Samuel no se rindió hasta que el ramillete estaba firme entre mis manos.

—Por cierto, corre a darte una ducha, hueles a guarro —dijo por último y se marchó.

A pesar de que Samuel tenía razón, no pude evitar sentirme atacado por sus formas. Me preguntaba si disfrutaba ser tan rudo a veces o si solo era su personalidad.

Hice lo que pude por apartarlo de mi mente y fui corriendo a la mansión con los brazos extendidos en el agarre. Al llegar, arrojé el ramillete sobre el escritorio del cuarto y me desvestí a toda prisa. Uno de mis compañeros me miró confundido, pero no tenía tiempo de explicaciones. Me encerré en el baño y me lavé cualquier rastro de esas flores que me pudiera haber quedado encima.

Después de secarme y cambiarme, intenté estudiar durante un rato, pero, eventualmente empecé a sentir mi nariz poniéndose húmeda y las ganas de toser cosquilleando mi garganta. Tomé las flores y subí corriendo al segundo piso. Al tocar la puerta de mi viejo cuarto, me abrió un Benjamin con una expresión que no era de bienvenida en absoluto. Tenía una ceja arqueada y los labios fruncidos.

—¿Mario está aquí? —inquirí.

—No.

—¿Podrías entregarle esto cuando llegue? —le tendí las flores—. Hay que ponerlas en agua o algo. Le dices que yo le explico después.

—De acuerdo... —asintió y tomó el ramillete— ¿Algo más?

—No, solo eso. Gracias.

Benjamin se limitó a asentir sin cambiar la expresión y cerró la puerta. El resto del camino hacia mi cuarto lo pasé escribiéndole a Madeline. Ya le había dicho el día que mi madre me había confirmado que vendría y estábamos acordando lo que haríamos. Sugirió que podríamos ir a hacerlo en la casa de su familia, donde tenía todas las herramientas para hacer algo *top tier* —o al menos esa fue la expresión que utilizó—. Accedí, por supuesto. La idea de ir me intrigaba, sobre todo después de lo que me había contado Henry. Lo que conocía sobre el padre Becker quizá era lo único que me hacía vacilar un poco. Su fama no parecía la de una persona muy simpática con los invitados.

* * *

Ariel, Ariel, Ariel. Mi deidad inmortal. Empezaba a preguntarme qué había pasado con él.

¿Seguirá bailando?

¿Los años al final lo habrán hecho ceder?

En mi mente —al menos— no era así. El instructor de mi madre que me doblaba la edad varias veces aún bailaba, aún era guapo y aún vivía.

Dejé de contar las tardes en el patio de la mansión haciendo cuclillas, levantando pesas y practicando movimientos, al tiempo que tenía libros de medicina regados por el pasto y Madonna cantando desde mi teléfono. Casi ni me di cuenta cuando el día del encuentro llegó.

El *jeep* se había sumergido en un terreno muy verde. Por supuesto, la residencia Becker era grande, incluso más que la mansión Kingdom. Estaba acordonada por muros altos de ladrillo, árboles de troncos gruesos y la luz del sol apenas se colaba entre las copiosas ramas llenas de hojas.

Madeline se estacionó y salió a sacar las fundas de compra del baúl. Hice lo mismo, pero ella solo me dejó una bolsa y avanzó a toda prisa hacia la entrada. Sujeté la bolsa y cerré el baúl con la mano libre. Mientras la seguía, las ramas y la hierba crujían a mis pies.

—Mi papá tuvo un pequeño conflicto con Dito, nuestro viejo celador, quien solía ocuparse de traer a alguien que corte el césped —comentó Madeline, deteniéndose frente a la puerta de madera reluciente de la entrada—. Supongo que ahora tendré que hacerlo yo misma —puso sus bolsas en el suelo y me arrojó un llavero. Lo sostuve con la mano que tenía libre y celebré con una risa haberlo atrapado.

—Buen reflejo —recogió las bolsas de plástico—. Abre, es la llave que tiene el colgante amarillo.

—¿Tu padre suele tener ese tipo de situaciones? —inquirí en voz baja, intentando no sonar demasiado intrusivo, y me acerqué con la llave—. Tal vez no haya sido nada, a veces es solo imposible lidiar con algunas personas.

—¿Mi papá? —Madeline rio—. Apenas puede lidiar consigo mismo.

El cerrojo de la puerta cedió rápido, pero, por lo que acababa de decir —más lo que me había contado Henry—, ahora temía llevarme una mala experiencia entrando a su casa. Madeline pasó adelante y se quedó mirándome extrañada. No tuve de otra que hacer lo mismo.

—¿Qué? ¿No pensabas entrar? —volvió a reír.

—Disculpa, es que... no pensé que este lugar sería tan enorme —mentí, aunque en realidad el tamaño del lugar sí me impresionaba—. Es muy bonito.

Me dejé hundir en la estancia, preguntándome si el señor Becker estaría por allí. Mis zapatos deportivos rechinaban sobre el pálido piso de mármol, incluso nos reflejábamos en contrapicado. Madeline avanzó con naturalidad hacia una de las alas de la casa, y si no me hubiera quedado embelesado con la escultura de un lince en el centro del recibidor, no le habría perdido el paso.

—Fitz, ven, es por aquí —salió otra vez a mi campo visual.

Mientras iba tras ella, apenas alcancé a ver fugazmente algunas de las pinturas y piezas decorativas que llenaban el interior de la casa. Todo era bonito y elegante, pero no en un sentido moderno, sino más bien clásico. Mi atención saltaba en todas direcciones por el pasillo mientras seguía a Madeline.

—Será mejor no hacer mucho ruido, no queremos molestar a mi papá —me haló hacia un cuarto iluminado que resultó ser la cocina.

Lo primero que capturó mi atención fue un enorme cuerno blanco sobre la reluciente encimera, un ornamento hecho de un material similar al resto de esculturas y piezas que me había topado por allí.

—¿Qué es eso? —inquirí.

Madeline dejó las bolsas junto al cuerno y empezó a atarse el pelo en una coleta improvisada.

—Es una cornucopia, a mi mamá solían gustarle este tipo de esculturas. No sé si puedes verlo desde donde estás, pero le falta un pedazo. Jules y yo lo rompimos cuando éramos niños mientras jugábamos a las atrapadas —suspiró—. Eran buenos tiempos.

—Esta casa... —me le acerqué un par de pasos, al tiempo que seguía mirando a todas partes— es muy hermosa, Madeline. Creo que nunca había estado en un sitio a este nivel.

—Esta es una de las primeras casas construidas en el pueblo; tiene ya siglos —comentó y sacó unas bandejas—. Solía ser más fea. Mi mamá le dio vida a todo esto. Bueno..., ella le dio vida a todo en realidad.

Su voz casi se vuelve un susurro al final. Después de acercarme y tenderle la bolsa que llevaba, no supe qué decir o qué hacer.

—¿Me piensas dejar todo el trabajo? —arqueó una ceja sin dejar de sonreír y pude ver un poco de Jules en la expresión—. Ayúdame sacando las cosas y luego lávate las manos.

—Sí, señora —obedecí.

Ella se limitó a soltar una ligera risa y siguió trayendo y ordenando utensilios.

—Mi papá no nos molestará si eso te preocupa. Pero se irrita fácilmente, así que lo mejor es no hacer mucho ruido.

—¿Él sale poco?

—¿Poco? —soltó una risa silenciosa y se acercó a ayudarme a ponerme un delantal—. Ojalá saliera poco, no sale nunca. Al menos no desde hace unos meses, cada vez se cohíbe más.

—¿Y cómo le hace para...?

—Sus empleados hacen todo por él, deben estar por ahí rondando. No contrata nueva gente constantemente; intentaré ver si consigo que haga las paces con Dito, pero lo dudo. Es muy cara dura, no confía en la gente.

Al terminar de atarme el delantal, la chica abrió con unas tijeras tres de los paquetes de galletas que habíamos traído y sacó un recipiente transparente.

—Ve sacando las soletas de sus empaques, prepararé la crema.

—¡Sí, chef! —respondí como si fuera un concursante de *Hell's Kitchen*.

Cocinar nunca había sido lo mío y estar tanto tiempo en la cocina podía ser suficiente para estresarme como un gato en una bañera. Pero hoy no iba a sacar las garras, porque disfrutaba de la compañía y dirección de Madeline. Además, esta era una de las mejores cocinas en las que había estado.

—¿Quieres probar? —me preguntó cuando la crema ya había tomado forma.

—Claro —asentí sin dejar de acomodar galletas.

Madeline me dio un poco con una cuchara y sentí que me había quedado sobre la mejilla después de que me la sacó de la boca.

—Espera, te quedó un poco... —murmuró antes de pasarme una servilleta por la cara con movimientos suaves.

Sentí que nunca la había tenido tan cerca y no pude evitar girar la cabeza para mirarla. Me encontré reflejado en el iris marrón de sus ojos, que me escudriñaban como si pudiera ver más allá de mí. Casi le pregunto si aún me quedaba crema en la cara, pero ella se adelantó a hacer a un lado un mechoncito que me había caído sobre la frente.

—Me gustaría dibujarte algún día —comentó.

De inmediato, pensé en Jack y Rose de *Titanic*.

—¿Dibujarme como tus chicos franceses?

Madeline rio y asintió con la cabeza.

—Tendrías que quedarte quieto por un largo rato... ¿Lo harías?

—Bueno..., podría tomarme una foto y así no me movería para nada.

—Se perdería la magia —dijo en un tono que, para mi sorpresa, sonó más romántico que pragmático.

Fitz, sácate esas ideas de la mente, te las estás haciendo tú solo.

Por suerte, no tuve que responder. Madeline se giró y metió la mezcla que había hecho dentro del refrigerador. Hice lo posible por concentrarme en las galletas.

—Y entonces, ¿le llevarás a tus amigos?

—Sí, a lo mejor me vea con ellos luego. No he hablado con Mario hoy.

—Tengo que dejarle a Evan el *jeep*, vamos juntos y ya.

—Podría invitarte —respondí sin pensar—, quiero decir..., a que vengas a comer con nosotros. Al final, fuiste quien hizo el tiramisú, así no me llevo todo el crédito.

Volvió a ponerse a mi lado. Miré de reojo sus manos apoyadas sobre la encimera.

—¿Podrías o me invitarás?

—Yo, yo... —vacilé; el rostro se me calentaba cada vez más.

—Iré contigo —dijo decidida y se deshizo su coleta—. Voy a ducharme, ¿me esperas?

—Claro —forcé una sonrisa y seguí disponiendo las galletas una al lado de otra en las que serían las distintas capas del platillo, sintiendo que estaba a punto de desvanecerme—. Aquí te espero.

Ella me mostró el pulgar antes de perderse en la oscuridad del pasillo. Mi mente era un lío terrible.

¿Es Madeline Becker mi Yoko Ono?

* * *

Debido a que Mario se encontraba trabajando y Evan ayudaba a Julian a grabar un video, les guardamos el postre para luego e hicimos un picnic para comer nosotros. Tendimos un mantel sobre la hierba del patio trasero de la mansión Kingdom y, después de compartir, me quedé viendo cómo el sol del atardecer llenaba el horizonte de tonos rosas y anaranjados mientras ella dibujaba en mi brazo.

—Terminé —dijo y le colocó la tapa a su bolígrafo—. Mira, ¿qué te parece?

Le eché un vistazo a su trabajo. Se trataba de una flor con muchas capas de detalles; sus líneas lucían muy limpias para haber sido sobre piel. Hasta me sentí bien de tenerlo, a pesar de mi turbulenta relación con las flores.

—Qué bonita flor, Madeline.

—Es un mandala —aclaró—. Significa círculo y representa cómo se estructura el universo y su infinitud. Si un día estás estresado, sirve para aclarar la mente. Solo concéntrate en las líneas y los detalles —sostuvo mi brazo y acarició el área del dibujo con su pulgar—. Al menos a mí me ayuda.

—Bueno, espero que la tinta del bolígrafo aguante hasta entonces —bromeé.

Madeline sonrió y me soltó.

—Nunca calculamos tu número de vida, ¿quieres saber cuál es?

—Claro —asentí y ella sacó un pequeño cuaderno engargolado de su mochila.

—Dame tu fecha de nacimiento —dijo con el bolígrafo apuntando sobre el papel.

—Catorce de abril, mil novecientos noventa y seis.

—Es muy fácil conseguirlo —anotó y se acercó a mostrarme—. Solo tienes que sumar los números de tu año de nacimiento, con tu mes y el día. Sería, entonces, uno más cuatro, más cinco, más uno, más nueve, más nueve, más seis —explicó a medida que separaba mi fecha de nacimiento dígito por dígito—. Si no estoy mal, esto nos deja un resultado de treinta y cuatro.

La chica sacó una calculadora para comprobar.

—No, treinta y cinco —corrigió—. Y entonces tres más cinco nos daría... ocho.

Encerró el resultado en un gran círculo y pasó a mirarme.

—¿Soy un ocho?

—Eres un ocho —afirmó.

—Bueno, eso es mejor que un siete; aunque habría apostado por un nueve, no mentiré.

—No es así como funciona, Fitz, no es un *ranking* —Madeline rio—. Ningún número supera a otro. Es más bien para encontrar tu destino..., tu misión.

Asentí con la cabeza.

—Interesante, cuéntame más.

—Me recuerdas a alguien que también es un ocho —dijo y tomó mi mano—. Una persona que llegó muy lejos y, aunque tuvo momentos difíciles, pudo salir adelante y hacer cosas increíbles.

—¿Cómo? —inquirí—. ¿Cómo consiguió salir adelante?

—Con apoyo —Madeline me soltó y desvió la mirada hacia la hierba—. Tuvo un aliado que la acompañó en su viaje y la ayudó a darse cuenta de que era mucho más audaz de lo que creía.

Miré hacia la misma dirección. Un pedacito de tiramisú que se me había caído ahora estaba lleno de hormigas.

—¿Y qué pasó con ellos después de conseguir lo que se proponían?

—Se casaron, tuvieron hijos...

Nos mantuvimos en silencio, solo observando la hierba por unos segundos.

—¿Quiénes eran esas personas, amigos tuyos? —rompí el hielo.

—Eran mis padres —Madeline rio y se llevó una mano al rostro—. Lo sé, los romantizo mucho. En realidad eran personas muy normales, dentro de lo que cabe. El problema es que se complementaron tanto que, al final, se volvieron uno. Cuando ella partió, mi papá quedó... incompleto.

Suspiré.

—Entiendo... A mi madre nunca le gustó la metáfora de las medias naranjas.

—A mí tampoco, pienso que un aliado ideal debe ser una naranja completa primero.

La miré.

—¿Te sientes como una naranja completa, Madeline?

En lugar de responder, se giró hacia mí. No estaba a tan poca distancia como cuando estábamos en la cocina de su casa, pero la sentí más cerca, porque ahora podía concentrarme en solo verla y no en los paquetes de galletas para tiramisú.

Y entonces sentí un impulso similar al que me había hecho ponerme de pie antes de que mi mundo diera un vuelco en esa primera clase. Madeline me miraba como si esperara que hiciera algo y yo no estaba muy seguro de si era lo que mi cuerpo deseaba en ese momento, pero estaba a centímetros de que sus labios se encontraran con los míos.

Tiré la toalla. Ladeé la cabeza hacia la hierba apenado y tosí para intentar disimularlo.

¿Cómo se me ocurre?

—Ey —ella me tomó de la barbilla y me hizo mirarla—, ¿ibas a besarme?

—Per... perdón, yo no... no debí... —balbuceé.

Antes de conseguir decir algo con claridad, Madeline me tomó del rostro con ambas manos y apretó sus labios contra los míos. Sin oportunidad de tomar aire antes de la movida, me sumergí en la intensidad de nuestro encuentro y todo lo demás se esfumó. Su boca era casi tan intensa como su mirada. Sentí que mis mejillas ardían y jadeé cuando nos separamos.

Solo nos miramos los primeros segundos.

—Creo que nunca había conocido a nadie como tú, Lucas Fitzgerald —Madeline tomó mi mano y entrelazó mis dedos con los suyos.

Su piel se sentía suave como pétalos de flores. Me dio nervios sudarle la mano, así que luché por calmarme y mantener controlada mi respiración, a pesar de que sentía que un huracán acababa de batirme como un licuado.

—Por lo que acabas de hacer, asumiré que lo dices en buen sentido.

25

ESPEJOS

Hacía tiempo que no pasaba por Grind Spot. Esta debía ser una de las pocas veces que iba después de caer la noche, pero necesitaba contarle a alguien lo que me acababa de suceder y Mario era la única persona que se me ocurría.

—Fitz, no esperaba verte por aquí —dijo al acercarse a mi mesa—. Si no nos viéramos todos los días, hasta diría que te extrañé.

—No seas modesto, sé que me extrañaste por aquí de todas formas.

—A decir verdad..., un poco, sí. —Mario rio—. ¿Te traigo de lo de siempre?

Miré a ambos lados y le indiqué que se acercara más.

—Sí, ¿pero antes puedo contarte algo superloco que me acaba de ocurrir?

—Claro, dime —dijo curioso y se inclinó para oírme mejor, con su anotador de órdenes contra el pecho.

—Me vi con Madeline Becker hace un rato, estábamos sentados en la hierba detrás de la mansión. Nos besamos, Mario.

—¿Qué? —frunció el ceño.

—Sí, nos besamos. Bueno..., ella me besó a mí. No estuve seguro de dar el primer paso y ella lo hizo. Estábamos hablando de numerología y no sé cómo una cosa nos llevó a la otra, ¿puedes creerlo?

—Vaya —murmuró y se irguió.

Parecía decepcionado, tal vez esperaba que le contara algo más interesante. Aun así, para mí era mucho, sobre todo porque con Madeline solo había aspirado a una bonita amistad.

—Y... ¿no dirás nada?

—¿Qué quieres que te diga, Fitz? —esbozó una sonrisa—. Felicidades, supongo.

—Sé que tal vez es muy pronto, apenas hemos compartido lo suficiente, pero ya me llevó a su casa. Tal vez solo fui muy ciego para ver que está loquísima por mí.

—De acuerdo —asintió con la cabeza lentamente—. Em..., ¿quieres que te traiga...?

—Sí, tráeme el café. Tengo algo más que decirte.

Mario se dio la vuelta sin decir nada. No se veía muy entusiasmado, aunque tal vez lo que tenía por decirle acerca de mis planes de llevar a Madeline con nosotros a Tahití lo animaría.

—Aquí tienes —dijo al regresar con mi café—, ¿quieres comer algo?

—¿Hay pan de pollo sin pollo? —inquirí y sujeté mi vaso.

Su respuesta fue un movimiento de cabeza negativo.

—Está bien con el café —sonreí—. Gracias.

—De acuerdo.

—¿Puedes sentarte? —halé una silla—. La pareja que estaba en la otra mesa se fue, así que no tienes trabajo ahora.

—Pero... ¿y si llega alguien?

—No hay nadie aquí, vamos —insistí—. Por favor, por favor, por favor...

—Ya, ya, está bien —accedió mientras tomaba asiento—. ¿Qué otra cosa quieres contarme?

Le di un sorbo al café y lamí la crema sobre mis labios.

—Pensé en invitar a Madeline a Tahití, incluso antes de lo de hoy. A lo mejor ese beso era todo lo que necesitaba para validar esto que ahora ni sé cómo poner en palabras.

—Bien.

—¿Qué opinas?

—¿Qué opino? —Mario rio brevemente—. Creo que ya tomaste esa decisión.

—Bueno, pero... ¿no te molesta si la invito?

—Fitz, si ganamos la competencia, dos de los boletos serán tuyos: puedes ir con quien quieras.

—Pero será nuestro viaje y... no pareces muy feliz de que venga con nosotros.

—Solo creo que es muy pronto para pensar en eso, ¿no? —entornó los párpados—. Te sugiero que no se lo digas todavía, por si no lo conseguimos.

—Oh, por supuesto, no se lo iba a decir hasta después de ganarlo —no pude evitar reír al imaginar aquel escenario—. ¿Te imaginas? Iría al concurso más presionado que un panini.

—No lo dudo... Y dime, ¿es crédito de ella esa obra de arte que traes ahí? —señaló el dibujo que Madeline me había hecho sobre el brazo.

—Ah, sí. Si no me equivoco, es un mándala.

—Sí, sé que es. Solía dibujarlos cuando me aburría en la escuela —me tomó del brazo para verlo de cerca—. Nunca uno me ha quedado tan detallado y bonito como este; es buena.

—Ah, es que es artista en su tiempo libre. De hecho, quiere pintarme. Me lo dijo —recordé la forma en me había mirado en la cocina de su casa—. Creo que le gusto en serio, Mario.

Él me soltó y arqueó una ceja.

—¿Y a ti te gusta ella?

Di unos sorbos de café y alcé la mano que tenía libre para indicarle que esperara. A medida que tragaba, me sentía menos seguro de mi respuesta.

—Manuel, ¿qué haces ahí sentado?! —exclamó una voz del otro lado de la cafetería.

Pronto me percaté del señor pelirrojo con una redecilla detrás del área del mostrador, observándonos a través de un agujero cuadrado en la pared desde la que debía ser la cocina.

—Descuida, Felix, aquí no hay nadie —respondió Mario para mi sorpresa—, solo mi amigo.

—¿Tu jefe te llama Manuel? —murmuré y no pude evitar reír.

—Al igual que tú, no es muy bueno con los nombres —bromeó antes de ponerse de pie—. Iré a ver si me necesita.

—Por supuesto que te necesito. Tengo unos buenos trastes aquí atrás que no se fregarán solos —se quejó el tal Felix—. ¿Es ese tu amigo del pan de pollo?

—Sí, soy yo —respondí.

El señor salió de la cocina por la puerta detrás de la barra y se detuvo a mirarme con la frente arrugada en una expresión molesta.

—Ese día preparé tu orden y te fuiste antes de que te la sirvieran.

—Disculpe, es que fue una mañana complicada —di un pequeño sorbo a mi café, apenado.

—Iré a fregar —dijo Mario antes de marcharse hacia la cocina, evadiendo la incomodidad del momento.

—Y... ¿hay algo más en que podamos servirte? —añadió el señor.

—La cuenta, me voy a casa —empecé a buscar mi billetera—. Tengo bastante que estudiar.

—El moca grande es cuatro con cuarenta y cinco.

—Cuatro con cuarenta y cinco... —repetí mientras luchaba por encontrar mi billetera en los bolsillos de los ya viejos jeans que traía—. Deme un segundo.

Me puse de pie para ver si la tenía en los bolsillos traseros, pero, al chocar mi muslo contra el

borde de la mesa, esta se tambaleó hacia atrás y mi vaso cedió ante la gravedad. Lo que quedaba del café se regó por la blanca tela del mantel.

—Mierda, mierda, mierda —farfullé y volví a levantar el vaso, pero ya no quedaba nada dentro de él—. Perdón, qué torpe.

—Ahora con el mantel son seis con cuarenta y cinco.

—¿Es broma? —reí—. ¿También me va a cobrar el mantel?

—No el mantel, la lavandería. El detergente en polvo está carito.

—Mire... —me cansé de buscar—, creo que dejé mi billetera en mi otro pantalón, ¿qué le parece si llegamos a un acuerdo?

El señor se cruzó de brazos.

—Entonces quieres hacer un acuerdo... Cuéntame a ver.

—Sí, quiero decir... No puedo pagarle ahora, pero la próxima vez que venga...

—Nada de eso —me interrumpió negando con la cabeza—. Llevo mucho tiempo en el negocio y ya he escuchado la misma historia un montón de veces, ¿qué garantía tengo yo de que volverás?

—Soy cliente regular, pregúntele a Mario... o a cualquiera de sus otros empleados.

Su mirada me escudriñó por unos segundos. Me pregunté si estaba pensándolo o si quería asesinarme. Tal vez ambas.

—Sígueme —se limitó a decir antes de darse la vuelta.

Confundido, obedecí y fui tras él hacia el área detrás de la barra. El señor se detuvo y empezó a abrir apresurado cajones bajo la caja registradora.

—Así que no tienes para pagar —prosiguió mientras rebuscaba.

—Sí... Bueno, no ahora. Pero le pagaré, lo prometo.

—Sí, claro que me pagarás —sacó un delantal igual al que usaba Mario y los otros meseros—. ¿Con qué prefieres empezar: limpiando mesas o trapeando los baños?

Lo último que esperaba era que saliera con tal alternativa.

—¿En serio me hará trabajar para usted?

El señor me indicó que me diera la vuelta y me ató el delantal en un rápido nudo.

—Si quieres saldar tu cuenta, deberás hacer cuatro horas de trabajo.

—¡¿Cuatro horas?! —chillé.

—Hay mucho que limpiar.

—Pero ¿qué tan puercos están sus baños?

Trajo un trapeador que estaba allí cerca, recostado junto a un muro. Sonrió mientras me lo tendía.

—Supongo que tendrás que averiguarlo.

Luchando por procesar la tarea que me acababa de ser asignada, lo seguí por el local con el trapeador en la mano. A pesar de que esto me sobrepasaba de mil maneras, debía ser algo que Mario y sus compañeros hacían todo el tiempo. Me aferré a esa idea.

Nada de qué avergonzarse.

Cuando entramos al baño de hombres, el señor llenó una cubeta en uno de los lavamanos y la depositó a mi lado en el piso. Me pasó una botella de desinfectante y se sacudió las manos.

—Bien, amigo, los baños son todo tuyos. Después de trapear, no olvides pasarles un paño a los espejos y echarle un ojo a los uriniales y los retretes. No te pediré que los limpies, no soy tan explotador como debes estar pensando, pero al menos asegúrate de que estén en condiciones de

volver a ser usados por si algún cliente entra —avanzó hacia la puerta—. En un rato paso a supervisarte. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Nunca me presenté —ahogué el trapeador en la cubeta—. Puede decirme Fitz.

—Amigo de Manuel será más fácil de recordar —me guiñó el ojo—. Paso en un rato.

Sus pasos alejándose me dejaron hundido en un áspero silencio. Sin tener idea de dónde empezar, regué agua y desinfectante en todas direcciones con el trapeador. El piso no tardó en volverse un desastre burbujeante. Por suerte, recordaba haber visto a la señora que nos ayudaba con la limpieza en Santo Domingo trapeando en múltiples ocasiones. Escurrí el agua lo más que pude las siguientes veces que volví a pasar el trapeador y el desastre pasó a mostrar unas baldosas relucientes.

Hice el mismo ejercicio en el baño de las mujeres. A pesar de las múltiples pasadas, el piso mantenía algunos parches acuosos como si se rehusara a secarse, por lo que tuve que mantenerme pasando el trapeador por un buen rato. Los entrenamientos de las últimas semanas me habían servido para ganar resistencia. No estaba muy seguro de si el Fitz del pasado hubiera aguantado esto por tanto tiempo.

Cuando las baldosas quedaron secas y me puse a limpiar los espejos con unas toallitas húmedas, el señor Felix volvió a aparecer.

—Creí que a estas alturas ya irías por el otro baño —comentó—, aunque al menos parece que hiciste un trabajo decente con el piso.

—Ya trapeé el otro baño. Siento que trabajo mejor si avanzo con los dos al mismo ritmo.

—No, así no se hace.

—¿Qué?

—No me gusta tu método.

—Pues lo siento, estoy siendo autodidacta en este momento, no acostumbro a limpiar —lo miré de reajo—. Mucho menos baños públicos.

—Para todo hay que prepararse en la vida, niño.

Justo al decir esto, el sonido de la campana sobre la puerta de la entrada robó su atención. El señor se giró y asomó la cabeza fuera del baño.

—Me parece que acaba de llegar un cliente —dijo y volvió a mirarme desde allí—, ¿te crees que puedas atenderlo?

—Pero yo ni siquiera he terminado de limp...

—Excelente, esa es la actitud —se acercó y me quitó el pañuelo con el que limpiaba el cristal—. Si eres cliente regular como dices, ya te sabes el protocolo. Ve a la barra, toma una libreta y anota su pedido.

—De acuerdo —suspiré—. Este es un día muy extraño.

Salí del baño mientras el señor terminaba lo que había empezado en aquel espejo. Avancé por el local viendo de reajo al chico que había entrado, quien ahora estaba sentado cerca de mi mesa. Su semblante estaba fijo hacia la ventana, dándome la espalda. Tomé una de las libretas y un bolígrafo retráctil junto a la caja registradora y me giré al escuchar un siseo insistente.

—Ey, Fitz —oí que dijo Mario.

Me acerqué al agujero que daba hacia la cocina y alcancé a verlo del otro lado limpiando una olla enorme con sus manos cubiertas por guantes de fregar. Me sonreía con el ceño fruncido, como si no pudiera creer que me estuviera viendo en esta situación.

—Creí que te habías ido hace rato. Felix recién me contó que te puso a trabajar porque dejaste tu billetera, ¿por qué no me dijiste? Te los habría prestado.

—No lo pensé, pero no pasa nada. Ya estoy aquí, he asumido mi penitencia —aguanté una risa y me encogí de hombros—. Mario, acaba de llegar un cliente y tu jefe me pidió que lo atienda. Solo... deséame suerte.

—Suer... te —le oí decir, no con muchas seguridad, al tiempo que me daba la vuelta.

Caminé hacia a la mesa en la que estaba el chico con pasos cortos, intentando ponerme en el estado mental de un mesero veterano. Algo debía haber aprendido después de tanto tiempo recibiendo pedidos.

—Bienvenido a Grind Spot, ¿en qué puedo servirle?

Por alguna razón, mi voz sonó como la de un sujeto *gay* flirteando. Hasta me sorprendí por la manera en que había enunciado estas palabras.

Mierda, ya la cagué, nadie aquí habla así.

Cuando el chico se giró hacia mí, desvié la atención hacia la libreta para anotar su orden sin perder tiempo —y de paso ocultar mi vergüenza—, pero pronto sentí la necesidad de volver a mirarlo para comprobar si era quien había saltado en mi mente en el roce de nuestras miradas.

—¿Liam?

Como un niño en una dulcería, al chico se le iluminó el rostro al reconocermelo.

—¡Fitz! —se puso de pie y extendió los brazos—. Mi socio, no esperaba encontrarme aquí contigo. ¡Qué sorpresa!

—Yo tampoco, cosas de la vida, ¿eh?

Nos dimos un fuerte abrazo y me sentí raro por unos segundos. No es como que fuéramos tan cercanos tampoco, pero opté por seguirle la corriente. Al separarnos, su mirada cayó sobre mi delantal y frunció el ceño.

—Vaya, ¿trabajas aquí?

—Bueno, se podría decir que sí... —reí—. Es una historia curiosa.

La mirada de Liam estaba muy seria, como si algo andara mal.

—¿Y qué pasó? Creí que estabas estudiando.

—Lo estoy, estudio en la mañana —su expresión me desconcertaba cada vez más—. ¿Sucede algo?

—No, nada, es que... no creí que te vería atendiendo mesas: me ha tomado por sorpresa. Aunque parece que te está yendo bien, te noto más fuerte —me jaló de un brazo—. No creo que sean solo ideas mías.

Tuve que esforzarme por mantener mi sonrisa.

—Sí, últimamente he estado intentando sacar tiempo para hacer ejercicio. Balancear una carrera como la mía con otras cosas no siempre es tan sencillo.

—Lo imagino, lo imagino... —asintió y volvió a sentarse—. La verdad, lo intenté un par de veces, eso de la universidad, pero al final acepté que lo convencional no es lo mío. Me gusta vivir el día a día, ¿sabes? Hacer dinero rápido con lo que más disfruto, ser mi propio jefe. Tuve que buscar y rebuscar mucho en mí mismo para llegar a la conclusión de que simplemente no soy bueno entrando en moldes ni cumpliendo expectativas, aunque admiro a la gente que lo hace, no te vayas a sentir ofendido. Hablo de mi caso en específico.

Me encogí de hombros. La verdad me daba igual, solo me hacía gracia que aún saltara con sus ideas intensas y profundas.

—No, no me ofende en absoluto, Liam.

—Claro, tú sabes que eres de los míos aunque seamos diferentes.

En efecto. Tú y yo somos muy diferentes.

Preferí cambiar de tema.

—Y dime..., ¿qué te trae por esta zona?

—Ah, es que estaba pensando en hacer una serie de videos aquí en Halcyon para mi canal. Se trata de un proyecto secreto en el que llevo tiempo pensando. Acordé reunirme con unos amigos que me ayudarán a conocer mejor el área. No tenía idea de que vivías aquí ahora: te habría escrito.

Estaba seguro de que le había comentado durante el verano que me mudaría al pueblo en más de una ocasión. Me extrañó que no lo recordara.

—Sí, estudio en la universidad de aquí.

—Aquí entre nos, no debería grabar en este sitio —confesó en voz baja con su misma vibra intensa—. Es territorio ajeno. De seguro has oído hablar sobre Mr. Jewels.

Luché por no echarme a reír.

—Sí, me suena familiar.

—Por supuesto, aquí todos lo conocen a él y a su familia. Es mi némesis desde hace años.

—¿En serio? —hice lo que pude por parecer interesado.

—Mr. Jewels se ha mofado de mi contenido en múltiples ocasiones: me ha parodiado, insultado y rebajado a mí y a mis fans de forma gratuita. Yo muy pocas veces lo he mencionado públicamente.

—No puede ser, ese Mr. Jewels debe ser un completo imbécil. ¿Quién se burlaría de tan buen contenido como el que haces? —me hice el más indignado—. De seguro te tiene celos.

—¡Es lo que llevo diciendo! —aseveró.

Estaba listo para continuar siguiéndole la corriente cuando la campana sobre la puerta volvió a timbrar. Dos sujetos, uno joven y otro más mayor, entraron y empezaron a acercarse.

—Ah, ahí llegaron mis amigos, ¿por qué no nos traes la especialidad de la casa? —farfulló Liam.

—Pero yo no...

—Vamos, Fitz, ve, confío en ti —se puso de pie y me indicó que me fuera con un desesperado movimiento con la mano. Me esquivó, se acercó a los sujetos y los saludó de una manera tan simpática que hasta parecía actuado, como todos sus videos.

Avancé de regreso hacia la parte trasera de la barra y me asomé al agujero de la cocina.

—¿Qué pidió el cliente? —inquirió Mario mientras se secaba las manos con el delantal y se acercaba.

—La especialidad de la casa.

Él frunció el ceño.

—Fitz, no hay especialidad de la casa.

—Eso pensé, pero... creo que mi amigo solo quiere que le lleve algo, lo que sea.

—¿Conoces al cliente que entró?

—Sí, es Liam, no sé si te lo mencioné antes; pasamos mucho tiempo juntos este verano.

Mario se asomó para ver.

—Ey, ¿ese no es el tipo de YouTube? —se echó a reír—. ¿Es amigo tuyo?

—No me juzgues, antes de conocerte no era muy bueno eligiendo amistades.

La expresión burlona de Mario se volvió dulce y conmovida. Me arrepentí de haberle dicho esto último.

—Aww, Fitz, ¿lo dices en serio?

—No —me crucé brazos—. Ahora ayúdame, esos sujetos esperan que les lleve a la mesa un

platillo que no existe.

—Bueno..., el pan de pollo de Felix es lo más similar a una especialidad única de la casa, ¿crees que eso les guste?

—No lo sé, a lo mejor.

—Les prepararé eso —dijo antes de trasladarse a toda prisa hacia el otro lado de la cocina.

Me mantuve allí en la barra sin saber qué más hacer. Apoyé el bolígrafo contra el cuaderno de apuntes para fingir que hacía algo mientras tanto. Cuando Mario volvió a aparecer con la orden lista, le susurré gracias y llevé la bandeja a la mesa de Liam rápidamente.

No soy tan malo en esto.

—La especialidad de la casa —anuncié mientras depositaba la bandeja con los tres pedazos de pan de pollo sobre la mesa—. ¿Qué quieren que les traiga para beber?

—¿Qué tienes? —preguntó el chico más joven.

—Bueno... —recogí un menú de otra mesa lo más rápido que pude y se los pasé abierto—. Esto.

—¿Tiene carne este pan? —inquirió Liam al tiempo que examinaba su plato con el mismo desdén con el que me había mirado después de notar que traía el delantal puesto.

—Sí, aquí lo llamamos pan de pollo. Es una receta exclusiva del local —me aseguré de exhibir mi mejor sonrisa.

Liam alzó su plato hacia mí.

—No como carne, ¿puedes traerme otra cosa? —parecía estar batallando por ser amable—. Te lo agradecería.

—Claro, Liam —sujeté el plato—. ¿Una tostada de queso estaría bien?

—Sí, ¿te importa si te acompaño? —se puso de pie y avanzó a mi lado hasta llegar a la barra. Su expresión se tensó otra vez—. Escucha, Fitz, esta reunión que tengo ahora es muy importante. Como te dije antes, es todo muy confidencial y...

—Oh, no le diré a nadie si eso es lo que te preocupa —reí y puse su plato sobre el borde del agujero donde Mario pudiera verlo—. No te preocupes por mí.

—Sí, pero... tal vez si no me llamas por mi primer nombre mientras me atiendes podríamos mantener un margen, ¿no crees? Para... diferenciar las cosas.

Sentí que una bofetada habría sido más fácil de recibir. Por más ridículo que pudiera ser con sus ideas, no lo creí capaz de decir algo así.

¿Cómo se atreve?

Me limité a asentir con la cabeza, a pesar de que cada célula de mi cuerpo quería echarlo a patadas.

—Quiero decir, si hubiera sabido que un amigo mío ahora trabajaba aquí, habría acordado reunirme con ellos en otro sitio.

—Hay que mantener una buena imagen, ¿no? —le seguí el juego igual que antes.

—Claro, lo entiendes ¿verdad? —me palmeó el hombro—. La vida es así, depende de con quién te juntes y cómo te presentes. Por eso los márgenes, no porque yo piense que tu trabajo...

—No, para nada, Liam. Lo entiendo perfectamente.

—Y para proteger tu imagen como mi amigo, es gente importante la que está ahí sentada; querrás ser cuidadoso de quien pueda verte por ahí con un delantal preparando sándwiches y limpiando mesas. Eso es para gente de otro nivel.

Lo subestimé. No creí que pudiera decir algo peor y acababa de redoblar las cartas. Mis mejillas ardían de la vergüenza.

—No, no las hiciste. Aunque creí que habías dicho que no entrabas en moldes, Liam.

—A veces uno no tiene opción —tomó una galleta de un frasco sobre la barra y le dio una mordida—. Uff, delicioso, esto sí me gusta.

—Descuida, te tengo cubierto. Puedes ir a sentarte —ya estaba cansado de esta conversación—. Les llevaré de mi café favorito y tu tostada.

Liam tomó otra galleta, me guiñó el ojo y se fue de regreso a la mesa. Ahora no sabía qué me indignaba más: lo que me había dicho o que alguna vez pudiera haber pensado de manera similar.

«Escucha, Mario Bros, no sé de dónde se supone que nos conocemos, pero aquí eres un empleado y yo un cliente. Te aconsejo que bajes la dosis de confianza».

—Ey, Fitz, ¿qué pasó?

Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, Mario apareció en el agujero y tomó el plato con el pan de pollo que había rechazado Liam.

—Perdón —fue lo único que pude decir.

—¿Qué sucedió?

Negué con la cabeza. No podía creer las cosas que había dicho o pensado hacía tan poco tiempo. Me dolía solo recordarlo, sobre todo por el hecho de que Mario ahora era mi mejor amigo. No quedaba duda de que no merecía su amistad.

—Liam quiere una tostada —hice lo que pude por apartar los pensamientos punzantes que se me clavaban al mirarlo—. Acordé llevarles tres moca también.

—¿Estás bien? —salió de la cocina y sacó un paquete de vasos plásticos debajo de la barra—. Suenas decaído, ¿ya te cansaste?

Intenté reír pero no dejaba de pensar en lo de Liam. Después de llenar los tres vasos en la máquina de café, me los pasó y se quedó mirándome con los párpados entornados.

—¿Qué pasa, Fitz?

No podía ni moverme. Me quedé mirando uno de los vasos mientras pensaba en la confesión de Mario cuando me disculpé con él por primera vez y dijo que estábamos a mano. No me había enojado porque parecía algo tan sensato, como ahora.

—Mi amigo, el que está sentado en esa mesa, acaba de hacerme pasar un muy mal rato. Mario suspiró.

—¿Por lo del pan de pollo? Pero ni es para tanto.

—No, no es por eso —murmuré—. Algo mucho más estúpido.

—¿Y qué vas a hacer?

—Estaba pensando en escupir en su bebida —admití y solté una breve risa— y así quedar a mano, ¿no?

—Puedes hacer lo que quieras, pero esto te hará sentir peor a la larga. —Mario se acercó un par de pasos y puso una mano sobre mi hombro—. No vale la pena, solo los débiles son crueles.

Al igual que con Madeline, me sentía extrañamente cómodo reflejado en su mirada. Quizá más, porque detrás de la de Mario no sentía que hubiera secretos. No había nada que descifrar.

Invasado por una sensación de alivio, suspiré y asentí con la cabeza. No solo me había dado respuesta a mi situación con Liam en sus palabras, ahora sabía lo que tenía que hacer para responder la pregunta que me había hecho el rector Donovan en su oficina. Actuar desde el resentimiento era una opción, pero no para mí.

—Les llevaré sus bebidas, gracias. —sonreí y avancé hacia Liam y sus amigos—. Tres mocas calientes y una tostada de queso para mis tres nuevos clientes favoritos —canturreé mientras les

dejaba sus pedidos sobre la mesa: ya ni me importaba sonar como un *gay* enamorado—. Si quieren otra cosa, estaré en la barra, solo tienen que llamarme.

—No será necesario —dijo Liam con la sonrisa más falsa que alguien alguna vez hubiera esbozado—. Ahora, si nos disculpas...

—Claro —asentí—, espero que disfrute la tostada, señor cliente que desconozco por completo y con el que definitivamente no compartí hasta la cama durante el verano.

Como era de esperarse, su cara se volvió un poema. Los otros dos sujetos se habían limitado a mirarme como si hubiera hablado en mandarín. Estuve a punto de obedecer y marcharme cuando Liam saltó:

—Ey, ¿cuál es tu puto problema? —su mirada rebotó de mí hacia los que lo acompañaban y se llenó de pánico—. No le hagan caso a ese sujeto, apenas nos conocemos, nunca nos acostamos juntos. Claramente está frustrado con su vida.

Me tomé un momento para tragar mi orgullo y no soltarle unos insultos de vuelta.

—Sí, tienes razón, Liam, puede que no esté viviendo la gran vida y tenga que aguantar clientes odiosos de vez en cuando, pero tengo un mejor amigo, alguien en quien sé que puedo confiar —no pude evitar reír—. Alguien que es tonto, quisquilloso, no muy buen bailarín, casi tan amable como tú... Un día escupí en su bebida y no me sentí bien para nada, no porque fuera mi amigo en ese entonces, porque al momento no lo quería ver ni en pintura, sino porque a diferencia de ti —proseguí y miré de reojo su silueta alargada detrás de la barra— en el fondo soy buena persona, incluso cuando no es fácil.

A pesar de que no tenía cómo demostrar que Mario veía las cosas de esta forma, estaba convencido de que así era. Quizá lo único fuera de la realidad era la idea de que lo admitiera.

—¿Ya terminaste? —dijo Liam con los dientes apretados.

—Sí. Bueno..., a no ser que deseen alguna otra cosa.

—No, solo que nos dejes a solas.

Sin nada más que agregar, asentí con la cabeza y me incliné para tomar la cartilla del menú. Igual que en la otra mesa, un ligero movimiento fue suficiente para que el mundo se viniera abajo.

—¡¿Qué mierda, Fitz?! —Liam saltó de su silla al ver el desastre de café y crema que se había derramado sobre su regazo.

—Ay, no, perdón —recogí las servilletas sobre la bandeja—. En mi defensa, nunca dije que era bueno en este trabajo.

—No, ni se te ocurra acercarte —chilló y empezó a intentar secarse por su cuenta con unas servilletas en la mesa de al lado.

El señor Felix apareció desde el baño con la expresión crispada en confusión e ira.

—No, pero tú eres un caso serio, niño —me reprendió—. ¿Y ahora qué hiciste?

—Fue un accidente, ya lo arreglo, Felix —respondí mientras limpiaba el desastre que había quedado en la silla donde estaba Liam luchando por no reír.

Los dos hombres, quienes aún seguían en la mesa, parecían encontrarlo hilarante también. Comían sus panes de pollo sin dejar de reír mientras veían a Liam luchando torpemente por quitarse el marrón del café que había caído sobre sus *joggers* blancos, como si las servilletas pudieran realmente hacer algo. Al final, no pude contenerme y me eché a reír con ellos.

—No, no fue un accidente, arruinaste mis pantalones a propósito y por eso te estás riendo —refunfuñó el *youtuber* con cara de asco y sin dejar de pasarse papel.

—Ya está. Ha sido suficiente, chico, puedes marcharte —Felix me tomó del hombro para que

me detuviera—. No te quiero aquí causando desastres y espantando a mis clientes.

—Gracias —suspiré y me giré a darle un abrazo—. Eres el mejor jefe que he tenido, y no lo digo porque hayas sido el primero y único —lo solté y me miró anonadado—. Extrañaré trabajar aquí.

—¿De verdad?

Me quité el delantal y se lo tendí. Mi mirada pronto se encontró con la de Mario otra vez. Sonreía, aunque no muy convencido. En el fondo, también debía darle algo de gracia.

—No, Felix, pero estaré feliz de regresar por un café de vez en cuando. Así veo a mi amigo.

26

HALLOWEEN

The Rise and Fall of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars. Recordaba haber visto aquel CD incontables veces cuando me colaba en el que solía ser el estudio de mi padre en nuestra vieja casa.

Entre las pocas cosas tuyas que conservamos después de que se divorciara de mi mamá y se marchara sin regreso, estaba una caja llena de libros —a los que les tenía recelo porque de niño no conseguía engancharme a nada que tuviera solo letras—, figuras de superhéroes —que al final terminé rompiendo una por una porque no eran juguetes sino piezas para coleccionar— y aquel curioso disco con un hombrecillo rubio solitario en medio de la noche —que reproduje en la radio de la sala en múltiples ocasiones por curiosidad—. En mi mente, la intensa voz detrás de las canciones provenía de ese misterioso personaje a quien llamé K. West, ignorando el «Ziggy» y el aún más evidente «David» en la portada.

A pesar de que no tenía ningún recuerdo de mi padre escuchando aquella música, fantaseaba con el hecho de que le gustara y que pudiera estar escuchando lo mismo justo en ese momento, estuviera donde estuviera. Luego crecí y perdí interés en todo lo relacionado con él, incluso en el hombrecillo.

Ahora, mientras me aseguraba de que la pintura en mi cara siguiera perfecta, todo eso vino a mi mente. Me encontraba de pie frente al espejo de uno de los baños tras bambalinas, había puesto la foto de la que me guiaba entre el marco y el cristal. El hombre pelirrojo en ella era el mismo hombrecillo rubio que estaba en la portada del empaque que protegía aquel viejo CD. El personaje que interpretaba en esta foto no era el mismo. Un rayo rojo y azul le atravesaba un ojo y su nombre era Aladdin Sane. Debido a que Samuel había preferido ir disfrazado como Elton John a la feria de Halcyon, creí que sería buena idea retomar esa visión descartada.

A diferencia de lo que sospechaba, Bowie seguía vivo. Al parecer, pronto sacaría una nueva canción llamada *Blackstar*. Le había gritado a Samuel por nada el día de la feria.

Al terminar de pasarme sombra roja alrededor del ojo donde me parecía que hacía falta, di dos pasos hacia atrás para ver mi imagen completa por última vez. Con mi traje colorido, mi pelo lleno de grasa y mi rostro partido en dos por el rayo, me veía como una fusión entre un alienígena y una estrella de rock. Justo como Bowie.

Mario y yo habíamos tenido que salir agachados de la mansión Kingdom. En otras circunstancias, que se fijaran en nosotros en una noche donde la mayoría llevaba disfraces igual o incluso más llamativos no era para tanto, pero éramos conscientes de que hoy los ojos no se nos despegarían porque nuestros queridos hermanos nos habían convertido en el centro del evento. Cuando Jules se enteró de que participaríamos en el concurso, convirtió la fiesta de Halloween de Kappa en la fiesta para ver el concurso de baile de Halloween en el canal 6. Incluso había hecho que trajeran una enorme pantalla a la mansión: alcanzamos a ver a unos sujetos montándola en el patio antes de irnos. Me pareció escuchar que también tenían pensado hacer apuestas, cosa que solo sirvió para crisparme aún más los nervios.

Ahora era un caballo a punto de salir al hipódromo.

Guardé la brocha en el kit de maquillaje que me había prestado una chica de producción y fui a devolvérselo. Luego regresé con mis amigos que esperaban detrás de unas pantallas junto al resto de concursantes.

—¿Nervioso? —Mario rio y empezó a tronarse los dedos—. Porque yo lo estoy.

—Un poco —admití—, pero... todo saldrá bien. Tenemos el mejor número.

Mario respiró sonoramente y asintió. Su disfraz consistía en un traje brillante de lentejuelas color dorado, intentando asimilar el clásico de lamé que usó Elvis en los cincuenta. Traía el pelo mojado en gelatina, similar al mío. Lo que llevábamos puesto era muy diferente, pero hacíamos juego de una extraña manera.

—Pero mira quien está aquí —comentó Samuel, cuyo disfraz consistía en una peluca roja enmarañada, un suéter de arcoíris con un overol por encima y una línea roja con puntos que se había dibujado en el rostro.

—¿De quién hablas? —asomé la cabeza hacia el pasillo.

Formado delante de nosotros con su grupo de amigos se encontraba Roger, quien no tardó en acercarse al percatarse de que lo mirábamos. Llevaba puesto un disfraz de ángel que encontré muy irónico, ya que el aura que exudaba no era precisamente inocente y angelical.

—Vaya, vaya, miren lo que tenemos aquí —nos miró de arriba a abajo—. Los hombres de Jules tomándome por sorpresa una vez más.

—Mejor vuelve a tu lugar, Roger, hoy no estamos para tus cosas —me crucé de brazos.

—Descuiden, no vine a buscar pelea, solo sentí la necesidad de pasar a desearles suerte para el concurso —dijo con la barbilla alzada—. Como competirán contra mí, la necesitarán.

Forcé una sonrisa.

—Gracias, eres tan considerado.

La mirada necia de Roger pasó de mí a Mario, quien lucía muy incómodo por su presencia. Su semblante estaba tenso y apretaba los puños.

—Y dime, ¿quién es tu compañero de número? —inquirió—. ¿David Bowie o Chucky?

—Bowie —me adelanté a responder.

Roger asintió con la cabeza sin despegarle la mirada.

—Interesante... Imagino que Bowie sabe por qué lo arrastraste aquí. Diría que es patético tu plancito de venganza, pero me impresiona un poco. En otras circunstancias, te habría invitado a unirte a mi club.

—A nadie le interesa ser parte de tu estúpido club —intervino Samuel—. Desaparece, no quiero que sigas distrayendo a mis concursantes que tanto esfuerzo puse en entrenar.

No comprendía qué pasaba con Mario, era como si se hubiera quedado congelado. Roger esbozó una sonrisa ladina y le guiñó el ojo antes de marcharse de regreso con su grupo. Tarantino, nuestro otro entrenador, se acercó del mismo lado del pasillo con una malteada en la mano. Su disfraz consistía en una pijama y una bata de bañarse roja por encima. Nos había dicho que le hacía gracia la idea de hacer referencia al verdadero Tarantino en su cameo en *Pulp Fiction* después de que lo bautizara con ese apodo. Roger lo miró con recelo al cruzar a su lado.

—¿De qué me perdí? —dijo y se llevó el sorbete del vaso a los labios.

—De nada. ¿Eso es para mí? —dijo Samuel y él le tendió la malteada.

—Prueba, tiene coco y limón.

Me giré hacia Mario.

—Ey, ¿qué fue eso con Roger? —inquirí—. ¿Habían hablado antes?

Al cabo de un rato de solo verlo haciendo gestos con los labios como si no le salieran las

palabras, obtuve mi respuesta:

—No, nunca. Digamos que me conoce por alguien que tenemos en común —señaló hacia el frente con la barbilla.

Lo siguiente que vi fue a Roger besándose con una chica en medio de su grupo con mucha pasión. Noté que sus ojos estaban abiertos y fijos en nuestra dirección mientras la sostenía contra su cuerpo. No comprendí por qué parecía que nos estaba presumiendo su romance hasta que la chica vestida de rojo intenso con una diadema con cuernos se separó de él y alcancé a ver su rostro con claridad.

Su compañera de baile y aparente novia era la misma a quien había visto besándose con Mario en Grind Spot.

—No puede ser —me llevé una mano a la boca, sin poder creer lo que sucedía ante mis ojos.

Roger puso una mano sobre los hombros de la diablita y ambos nos dieron la espalda. Mario negó con la cabeza: parecía estar a punto de estallar de la impotencia.

—Tenemos que ganar, Fitz; quitarles ese premio —una sonrisa fría se dibujó en su rostro—. A ver qué tan felices son después de eso.

Puse una mano sobre su hombro; ni siquiera me miraba. Ojalá hubiera prestado más atención cuando me mencionó lo del rompimiento.

—Mario..., ¿estás seguro de esto?

—Por supuesto, ahora más que nunca.

Samuel y Quentin aguardaban en silencio, tan perdidos como yo.

—Creí que lo del concurso tenía otro significado para ti. Si tan solo me hubieras dicho que tu novia te había dejado por Roger...

—¿Qué? —ahora sí me dirigió la mirada—. ¿Te habrías negado?

—Claro que sí, hasta un ciego podría ver que esto no es sano —respondí y lo solté—. Tu novia te engañó con el tipo más insoportable en la faz de la tierra, eso es terrible. No puedo decir que entiendo por lo que estás pasando porque nunca he vivido nada similar, pero puedo usar tus propias palabras del otro día en Grind Spot y asegurarte que esto solo te hará sentir peor a la larga —sentí mi teléfono vibrar en el bolsillo de mi colorida chaqueta, pero lo ignoré—. No vale la pena, solo los débiles son crueles. ¿No fue eso lo que dijiste?

Mario se llevó ambas manos al rostro.

—Por favor, Fitz, tengo que hacerlo; te lo pido —rogó—. Si te consideras mi amigo, apóyame en esto.

—Porque te considero mi amigo es que te digo esto. Sé que muy en el fondo lo sabes.

—Bien, bien, ¿por qué no nos tomamos un momento para calmarnos? —intervino Samuel—. Es una linda noche, tenemos planes, vamos a hacer como que Roger no está aquí. Ven, Mario.

Una música muy estruendosa hizo al suelo vibrar y las pantallas se llenaron de color. El momento más esperado estaba por empezar, pero mi entusiasmo ahora estaba por el piso. Mi teléfono volvió a quejarse y lo saqué para ver qué era mientras los chicos acompañaban a Mario a sentarse en unos bancos cerca. Tenía varias llamadas perdidas de Madeline y un único mensaje:

Madeline <3: Estoy con mi papá en la casa y necesito que vengas lo más pronto que puedas. URGENTE.

27

ILEGÍTIMO

La residencia Becker lucía aterradora en la penumbra, mucho más que la mansión Kingdom. Las copas de los árboles reunidas bajo la luz de la luna creaban sombras delgadas y copiosas que cubrían los muros de ladrillo y apenas me permitían ver por donde iba. No escuchaba nada más que la brisa y el crujido familiar de mis pasos.

Al llegar a la entrada, toqué el timbre, le pegué a la puerta con el llamador de hierro que la decoraba, vociferé su nombre como un loco, pero no recibí respuesta.

—¡Madeline, soy yo, llegué! —saqué mi teléfono y llevé mi otra mano al cerrojo, el cual cedió al tacto.

La puerta se abrió delante de mí en un gemido tímido: el interior estaba más oscuro que el exterior. No parecía que hubiera nadie por ahí, aunque tampoco podría verlo de ser así. No había manera de que Madeline se hubiera marchado después de escribirme y mucho menos que hubiera dejado la puerta de su casa destrabada. Le marqué, pero la llamada ni siquiera le entró.

Encendí el foco de mi teléfono. No alcancé a ver mucho más allá del recibidor y había visto suficientes películas de terror como para saber que entrar a averiguar por mi cuenta no era la mejor idea. Consideré más sensato marcharme, llamar a Jules o a Evan mientras iba de regreso con Mario.

¿Me perdonará por dejarlo de esa forma?

El concurso era historia. El ángel ya debió haber bailado con la diablita para las cámaras y yo aquí de pie, con mi traje galáctico sin decidirme qué hacer. Reflexionaba otra vez al respecto — como hice durante todo el camino en autobús— y, por más que me desagradaba la idea de que se fueran a casa con el premio, lo prefería antes que salir al escenario sabiendo que solo alimentaba un rencor que consumía a mi amigo.

Un grito estremecedor cortó el silencio y me hizo saltar. A pesar de que nunca la había escuchado rugir con tanta fuerza, me sonó a su voz.

—¡Madeline! —entré a la casa sin pensarlo, guiándome el camino con el foco—. ¡Madeline!, ¿dónde estás?

Me detuve delante de una pared con un interruptor y le di varias veces. Nada se encendió. Opté por seguir el camino de mi anterior visita; las sombras de las esculturas en la oscuridad eran mis únicas acompañantes. Casi choqué con las alas de un ave de yeso, pero conseguí esquivarlas a último momento.

En la cocina, alrededor de la encimera sobre la que reposaba la cornucopia todo parecía en orden, a salvo de la puerta trasera que, al igual que la principal, no estaba cerrada con seguro.

—¡Madeline! —la volví a llamar.

Avancé de regreso al recibidor y, viendo donde empezaba la escalera al segundo piso no muy lejos, supe dónde me quedaba revisar. El Fitz prudente de mi consciencia me pedía salir e intentar contactar a Jules y a la policía, pero un sonido de pasos pronto resonó encima de mí de forma muy clara y no me resistí a subir.

Sentía mi pulso acelerándose tras cada escalón. Los pasos se detuvieron poco antes de encontrarme de pie frente al último peldaño. Un tenue resplandor de la luna rozada por nubes en

el cielo nublado se colaba por la serie de ventanales que decoraban esta parte de la mansión. Me debatí entre cuál de las dos alas del pasillo debía checar primero.

—Hola —mi voz nerviosa reverberó en el espacio—. ¿Hay alguien aq...?

Una corpulenta figura se vino contra mí a toda prisa como un espectro y vi estrellas. Caí de lado sin soltar el teléfono, amortiguándome un poco con la columna que tenía fija el pasamanos de la escalera. Mi teléfono no se escapó de mi agarre.

Un familiar gemido de dolor me hizo apuntar la luz instintivamente hacia el cuerpo que se retorció a un par de baldosas de distancia. Me incorporé sin dejar de mirarlo. Traía una capucha sobre la cabeza como el día marítimo en el que me hizo perseguirlo sobre esa plataforma de desfile. Su rostro minado de pecas seguía igual que siempre, solo que ahora estaba perplejo.

—¿Luc Luc?

—Dominic —murmuré de vuelta.

Sosteniéndose un brazo, también se puso de pie. No sabía qué pensar de su presencia. En mi mente saltaron mil preguntas, pero él me se adelantó.

—¿Qué te pasó en la cara? Y... por Dios, ¿qué traes puesto?

—Mi disfraz de Halloween, soy David Bowie —expliqué—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué corrías de esa forma? —estiré el cuello para ver si alguien lo acompañaba—. ¿Dónde está Madeline?

—Madeline —bufó—. No sé a dónde se metió y no me importa.

—¿Le hiciste algo? —apreté el puño de la mano que traía libre. Gracias al ejercicio me sentía mucho más capaz de darle buena pelea que la última vez que nos vimos —. Escuché un grito muy fuerte, no te atrevas a mentirme.

En lugar de responder, Dominic se inclinó hacia delante y recogió una mochila que al parecer se le había zafado en la caída. Estaba rota de un lado y papeletas de dólar no tardaron en empezar a salirse y revolotear a nuestros pies, una cantidad mayor a la que podía estimar a simple vista.

—Joder, no, no, no, no, no —farfulló mientras recogía los billetes torpemente.

Como si las cosas no pudieran ponerse más raras.

—Dominic..., ¿qué haces?

Sin detenerse, me arrojó una rápida mirada con la ceja arqueada.

—Por Dios, Luc Luc, este dinero es mío, espero que no estés asumiendo nada raro —esbozó su clásica sonrisa necia—. Creí que me conocías lo suficiente como para saber que no soy de esos.

—Apenas me sé tu nombre, no te conozco de nada —me hice a un lado para que terminara de recoger las papeletas cerca de mí—. Y por algún motivo cargas con más dinero que el que traería en efectivo una persona en circunstancias normales.

Al terminar, Dominic se puso de pie y sostuvo la mochila con ambas manos de forma que pudiera salvaguardar el contenido.

—Mira, te lo explicaría, pero mantener el pico cerrado es una de mis virtudes; gracias a eso tengo mi vida resuelta por ahora —miró a ambos lados y se acercó un par de pasos—. Si me disculpas, tengo que ir a alcanzar un autobús del otro lado del pueblo que sale en media hora.

—¿Te marchas?

—Sí, esto es un adiós, Luc Luc. No pienso volver a pisar este sitio.

—¿Qué hay de tu carrera?

—Lo sé, es desalentador irme a estas alturas, pero lo hago por mi seguridad —disminuyó la voz poco a poco hasta susurrar—. Digamos que... la lista de personas a las que no les agrado se

ha expandido más de lo que me siento cómodo. Aunque sé que serás de los que me extrañarán.

Solté una risa.

—En tus sueños.

Dominic me guiñó el ojo y pareció tener intención de cruzar a mi lado, pero me interpusé. Madeline me había escrito por algo, no podía dejarlo ir sin saber lo que sucedía.

—Mejor dime, ya que te vas, ¿a qué le huyes exactamente?

—No, recuerda: mantener el pico cerrado es mi virtud —canturreó en su bajo tono de voz—. Por cierto, ¿es verdad que ahora sales con Madeline?

Me encogí de hombros y desvié la mirada por un breve momento.

—Somos amigos.

—Por supuesto —exageró su sonrisa como si fuera el gato en el país de las maravillas—. No puedo hablarte mucho de Madeline debido a un acuerdo que recientemente pactamos, pero como hermano mayor, Luc Luc, te aconsejo que le arrojes el anzuelo a otro pez.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué tipo de acuerdo haría contigo?

—Estuvimos juntos por un tiempo, ¿no sabías? —dijo y se acercó a susurrarme directo al oído—. Esta familia oculta cosas por las que pagarían millones para que no salgan a la luz; Madeline intentó atropellarme cuando le dije que lo sabía todo. Apenas me hice un rasguño, pero estaba tan borracha que me dio por muerto y huyó.

Negué con la cabeza y lo hice a un lado con el brazo. Quizá no llevaba tanto tiempo conociéndolos como lo llevaba Dominic, pero mi idea de ellos se había solidificado lo suficiente. Evan era mi amigo, Madeline mi aliada y Jules podía ser excéntrico, pero no lo imaginaba envuelto en nada realmente turbio. Su padre era el único Becker del que no sabía qué pensar.

—Si algún día todo esto sale a la luz —añadió—, no será por mí.

Alcancé a escuchar un trueno lejano. La noche que encontré a Madeline en el pasillo era lo único que me detenía de descartar sus palabras por completo. Su historia no era descabellada basándome en lo que vi, y Jules había insistido en que lo mantuviera entre nosotros.

—¿Y qué harás cuando se te acabe el dinero y ya no te queden motivos para mantener cualquier pacto que hayas hecho?

Un zumbido eléctrico fue mi respuesta. Entorné los párpados cuando las luces sobre nosotros se encendieron. La mansión se expandió en la claridad y Dominic dejó de ser un espectro. Mis ojos no demoraron en acostumbrarse al cambio.

—Parece que el apagón terminó, Luc Luc.

Mi atención había caído en un cuadro familiar cerca de los ventanales con una pareja y tres niños que solo podía asumir que se trataba de ellos cuando un estruendo rápido me hizo contraerme y apretar los párpados.

No tardé en percibir un desagradable olor a plástico quemado. Abrí los ojos y me encontré con la imagen de Dominic dejando caer su mochila. Su rostro se había apretado en una mueca de dolor. El severo y breve sonido se repitió dos veces más. Dominic berreó como un animal, se sacudió hasta que sus piernas cedieron y colapsó de frente contra el piso.

Ahogué un grito y mi teléfono se desprendió de mi agarre. El destello blanco que irradiaba el aparato desapareció. La espalda de Dominic estaba manchada de pintura de colores pastel y sangre. Risas resonaron desde el otro lado del pasillo y me sentí en medio de una pesadilla.

—Te equivocas, Dominic —esta voz de jovencito se me hizo más familiar que las risas—. Acaba de empezar.

Separé mi atención del herido y miré hacia la figura que se acercaba con un tipo de arma que

ya había tenido oportunidad de conocer.

Una escopeta de explosibolas.

—¿Tú? —inquirí incrédulo.

En lugar de responder, el asistente de Jules disparó más bolas de colores hacia Dominic, quien las recibía con movimientos pasmosos. Sangre se deslizaba por el piso y su cuerpo empezó a desprender humo.

—¡No, espera, alto! —grité al salir de mi desconcierto—. ¿Qué haces? ¡Para!

El asistente disparó unas cuantas más y sacudió un poco la escopeta antes de proceder a apuntarme. Me cubrí con las manos por instinto. Me sorprendió que no abriera fuego de inmediato.

—Hola, Fitz —me saludó como si nada—. Lindo disfraz.

—Por Dios, ¿qué hiciste? —me moví hacia Dominic con la intención de ayudarlo; se había quedado muy quieto.

—Ey, ey, ey —protestó el asistente en un tono mucho más serio—. Ni se te ocurra.

Mis manos temblaban en el aire. Luchaba con mi respiración y la impotencia de que no me dejara moverme. La mirada siniestra que había adoptado el muchacho casi lo hacía irreconocible.

¿Cuál es el problema de los niños en este pueblo?

—Vamos, no me mires así —regresó a su tono casual—. Exterminar a esta escoria le haría un favor al mundo. Es insoportable, ¿no? Me parece que fue de lo que hablamos cuando nos conocimos.

El pálido parpadeo de un rayo se coló a través de los cristales, procedido por un intenso estruendo que me hizo estremecer.

—No, ya me cae bien, de verdad —farfullé—. Por favor, baja eso.

El asistente le propinó una mirada a Dominic y volvió a reír.

—Él creyó que iba escapar así de fácil de todo lo que hicimos, pero de mí nadie escapa.

—Hicimos... ¿De... de qué hablas? —luchaba por poder articular las palabras—. Tú y él...

—Dominic y yo éramos socios trabajando por distintos fines. Él buscaba encontrar respuesta para el mayor misterio que azotó esta ciudad en los últimos años. ¿Tienes idea de cuál es?

El recuerdo de mi conversación con Henry en mi viejo dormitorio me dio la respuesta.

—Es sobre la madre de los Becker.

—¡Bingo! —exclamó como si de un juego se tratara—. La alcaldesa Wanda Becker y su penoso fallecimiento por cáncer terminal —soltó un dramático suspiro—. Recuerdo como si fuera ayer cuando sucedió, todos en este sitio estaban destrozados. Ella era como la Princesa Diana de aquí, ¿sabes?

Tragué en seco.

—Sí, me lo han dicho.

—Dominic sabía que acercándose a Madeline sería mucho más sencillo dar con la verdad. El tiempo que estuvieron juntos fue como un trabajo encubierto.

Una parte de mí, la que no estaba nublada por el horror y el desconcierto, fijó su atención en la escopeta que tenía medio bajada. Solo un par de pasos de distancia me separaban de la oportunidad de replicar el truco de ese niño beisbolista que me desarmó el día de la feria. Si tenía suerte, podría arruinar sus planes como arruinaron el nuestro aquella vez.

—Sí, Dom era un espía. Y tal vez, si no hubiera tomado la estúpida decisión de jugar sucio en ambos bandos y traicionarme, habría salido de esto mejor parado —prosiguió y le disparó otra

explosibola en la columna. Dominic no se movió—. Soy más que un hijo bastardo y más que un plan para rascar dinero y huir.

Tensé los músculos, luchando por no exponer mi precipitada y riesgosa idea. Si podía mantenerlo hablando, seguro no lo esperaría.

—¿Un hijo bastardo?

—Supongo que tendré que presentarme nuevamente, mi nombre no es Denver Harris —dio una serie de pasos a mi alrededor con la sonrisa más fría y retorcida que algunas vez hubiera visto. Parecía un pequeño animal salvaje a punto de saltar sobre mí y devorarme con sus afilados dientes—. Soy Boris Reed, hijo no reconocido de Joshua Becker

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y mi plan se desprendió de mi mente hasta que volví a tenerlo de frente.

—¿Y cuál es tu plan si no es rascar dinero? —inquirí a media voz y di un pequeño paso adelante—. Boris Reed, hijo no reconocido de Joshua Becker.

Su sonrisa se hizo aún más amplia.

—Hacer la vida de los Becker un infierno.

Era ahora o nunca. No me di tiempo a vacilar y me lancé hacia él con las manos extendidas hacia el cañón de la escopeta. Por poco pierdo el equilibrio al tomarla, pero pude mantenerme firme. Sus párpados se separaron como si hubiera visto un fantasma. Lo empujé hacia atrás con la escopeta, pero no conseguí quitársela. El asistente se tambaleó y no me quedé a esperar su siguiente movimiento.

Bajé saltando por los escalones. Lo último que vi al llegar al recibidor y escabullirme detrás de los pasamanos fue al asistente apuntándome desde arriba. Solo sentí la caricia de la explosibola al rozarme la sien antes de que estallara contra el muro detrás de mí.

Me tiré al piso con las manos aferradas en la cabeza, la cual seguía conservando a duras penas, pero no tenía tiempo para detenerme a pensar en mi suerte. Me incorporé de un salto y corrí hacia la boca del pasillo que llevaba a la cocina. Cuando estuve delante de la cornucopia, mi primer instinto fue salir por la puerta y cruzar el jardín lo más rápido que me permitieran mis pies, pero eso debía ser justo lo que el asistente esperaría.

La lluvia que empezaba a caer afuera no me ayudaba a concentrarme. Debía tomar una decisión de inmediato si quería salir con vida. No iba a subestimar al pequeño monstruo en lo más mínimo. Un explosibalazo suyo podría alcanzarme mientras corría, incluso con el agua y la oscuridad de por medio.

A pesar de que el Fitz prudente de mi conciencia y cada parte de mi cuerpo se estremecía ante la idea, lo sensato sería tomar otra oportunidad.

Abrí la puerta hacia el patio lo más que pude. Las gotas de lluvia arrastradas por la brisa no tardaron en colarse dentro. Tomé un cuchillo de picar de la encimera y corrí a esconderme en el muro junto a la entrada de la cocina, con ambas manos aferradas al mango. Todo mi cuerpo temblaba y apenas podía procesar lo que estaba por hacer.

No tienes opción, Fitz. Pase lo que pase será en defensa propia.

Mi respiración agitada se detuvo al ver su figura entrar presurosa en la cocina, justo delante de mí. Con la adrenalina ardiendo en mis venas, alcé el cuchillo y lo dirigí a la mano con la que sostenía la escopeta en un movimiento fugaz. La hoja plateada impactó contra el duro metal y lo último que vi fue el arma escapándose de su mano antes de que me propinara una patada voladora en el estómago.

El impacto me lanzó hacia atrás, dejándome sin aliento. El cuchillo saltó fuera de mi mano al

chocar de espaldas con la superficie fría y no tan firme la nevera: sonó como si algo se hubiera roto ahí detrás. A pesar del punzante dolor en el abdomen, yo seguía en pie, así que no debía tratarse de mi columna.

Apreté los dientes, tomé una sartén que colgaba cerca y esta vez fui a por su cabeza. El asistente se agachó a tiempo para evitarla y, al alzarse de nuevo, volvió a empujarme de una patada, esta vez en el costado. Pude mantenerme firme y no choqué contra el refrigerador. Me mordí el interior del labio y opté por dejar pasar el creciente dolor antes de volver a atacarlo.

—Patético —soltó entre risas—. ¿Quién te crees con esa sartén, Fitz, Rapunzel de *Enredados*?

Me le acerqué un par de pasos para asegurarme de que no intentara alcanzar la escopeta otra vez.

—¿Quién te creías tú? —luché por mantener la voz firme—. ¿Chris Kyle?

—Me sorprendes, de verdad. Cuando te escribí que vinieras, no creí que en verdad morderías el cebo —retrocedió un par de pasos y alcanzó uno de los cuchillos sobre la isla—. ¿Qué no tenías algo importante esta noche?

—¿De qué hablas? Madeline me escribió que viniera.

—¿Esta Madeline? —dijo y usó la mano libre para sacar del bolsillo de su pantalón el mismo teléfono plateado que ella me había tendido para que pusiera mi número en él—. También le escribí a Joshua para pedirle que la pase a buscar fuera del pueblo, debe seguir en camino a Boca Ratón ese viejo miserable.

—¿Dónde está ella?

—Si es inteligente, lejos de aquí. Lo bueno de joder a los Becker es que puedes tenerlos en la palma de la mano y nunca pondrían un pie en una comisaría. Lo menos que quieren es a la policía husmeando en sus asuntos.

Di un ligero paso hacia atrás, intentando calcular si me sería posible llegar hasta la escopeta a un par de metros de distancia. Necesitaba hacer tiempo.

—Escucha, sé que tal vez crees que tienes que hacer esto, pero no es así. No dejes que el rencor que sientes por tu padre dicte el resto de tu vi...

Sin darme chance a terminar, me atizó un cuchillazo a la cara. Salté hacia atrás, a pesar de que difícilmente habría conseguido alcanzarme por la distancia. Su risa no tardó en aparecer.

—Ya es muy tarde.

Noté de reojo que me encontraba a una mejor distancia de la puerta, por lo que tenía más accesible esta vía de escape. Intentar alcanzar la escopeta desde aquí sería muy arriesgado, así que ya no lo consideraré. Huir era mi única opción ahora.

—Más vale tarde que nunca.

Como era de esperarse, volvió a intentar alcanzarme con la hoja del cuchillo, solo que esta vez a menor distancia y en dirección a mi adolorido abdomen. Habiendo esquivado este segundo intento con éxito, ejecuté mi plan.

Arrojé el sartén hacia el asistente, quien se encogió de la impresión y me disparé hacia la puerta como un torpedo. El agua de la lluvia que se había colado me hizo derrapar como un patinador sobre el hielo. Mi ventaja se escurrió entre mis dedos cuando no conseguí mantener el equilibrio y colapsé sobre la dura superficie.

Intenté incorporarme lo más rápido que pude, pero el asistente saltó sobre mí y me estampó contra el piso con una fuerza que no tenía idea de dónde la sacaba. Forcejeamos hasta que encontró la manera de presionar el cuchillo contra mi cuello y ya no me moví.

—Oh, pobrecito... —dijo en un tono de pena exagerado— estuviste tan cerca de escapar, pero

olvidaste lo que dije antes, Fitz: de mí nadie escapa.

—Niño... —sentía la hoja bajo mi mandíbula abriéndome la piel con su roce—. De verdad, no hagas esto.

—Tengo que, Fitz. Este es solo el principio. Aún me quedan muchos planes con mis hermanos. Jules sigue sin tener idea de quién tiene al lado —volvió a reír—. El líder de una fraternidad... Todo acerca de fraternidades y sororidades. Qué insultante. Yo soy un hermano de sangre y nunca fui una prioridad. Nunca se interesaron en saber quién era. Pero ya verán lo que les espera.

—¿Qué les espera? —inquirí para hacer tiempo.

—Bueno, a diferencia de ti y Dominic, no veo el punto en simplemente deshacerme de ellos. Quiero que sufran, ver sus vidas haciéndose más miserables día tras día. Considera la rapidez de esto como un regalo.

Apreté los párpados y esperé a que todo terminara. Al menos me iba con la noción de que lo intenté. No dejé que el miedo me doblegara y tomé mis chances. En definitiva, una pequeña victoria.

El tiempo se suspendió en la caótica oscuridad y, por un momento, me pregunté si así se sentía la muerte. Nunca pensé que me sorprendería tanto seguir con vida como al momento que abrí los ojos justo a tiempo para ver como todo el peso del asistente caía sobre mí, igual que el cuerpo de aquella señora en la morgue.

El chico había quedado inconsciente de alguna forma, pero no me quedé a preguntarme cuál había sido el motivo. Lo hice a un lado como pude para poder incorporarme y entonces... la vi.

Madeline aguardaba del otro lado de la cocina con la escopeta de explosibolas entre las manos. Acababa de salvarme, pero seguía allí de pie sin bajar el arma. Separó los labios mientras me miraba con terror puro en sus ojos.

—Ya lo sabes todo, ¿verdad?

28

MER GIRL

Tuve que sentarme en una mesa distinta al llegar a Grind Spot porque un árbol navideño forrado de bolas colgantes de colores y galletas de plástico había sido colocado en mi espacio junto a la ventana. En otras circunstancias, esto me habría hecho rodar los ojos, pero andaba de muy buen humor.

Más temprano en la mañana había sido la última clase de Anatomía General, la cual había terminado de forma abrupta por mi culpa.

* * *

Fui el primero en entregar la prueba escrita con todos los temas que el profesor Donovan había impartido durante el cuatrimestre: una monstruosidad de cuatro páginas a lado y lado. Cuando me preguntó si estaba seguro de no querer invertir más tiempo, afirmé haber revisado las respuestas lo suficiente y me puse de pie.

Escéptico, el profesor cogió mi prueba. Echó una ojeada que se prolongó a medida que lucía cada vez más embelesado. Su rostro se tensó como si no pudiera creer lo que tenía en las manos. Si no hubiera estado convencido de mi buen desempeño, fruto de prácticamente no dormir la última semana preparándome, habría creído que lo llené tan mal que resultaba indescifrable.

—No veo un solo error —dijo al fin y alzó la mirada—. En mis veinte años dando docencia, nun... nunca...

No terminó lo que iba a decir. En lugar de eso, dejó caer la prueba, se llevó una mano al pecho y se tambaleó hacia atrás con la mirada perdida. La mayoría de mis compañeros no tardaron en levantarse alarmados. Si su rostro no se hubiera tornado de un tono tan pálido, habría creído que el profesor Donovan me estaba jugando una broma pesada. Lo tomé de un brazo, pero apenas conseguí hacer su caída un poco menos estrepitosa.

Esto de verdad estaba ocurriendo.

De inmediato, supe que tal reacción iba a ser parte crucial de resto de mi vida académica, y ni siquiera había sido lo más loco que me sucedió.

Después de que yo y mis compañeros nos pasáramos el resto de la mañana afuera del hospital del pueblo —ya que no nos dejaron entrar a todos— y nos informaran que el patatús había sido solo eso, un patatús, la mayoría se marchó. Me quedé esperando a Samuel que le estaba haciendo tema de conversación a un apuesto médico residente.

Evan se me acercó y me dijo que su hermana quería hablar conmigo en persona más tarde. Las cosas seguían raras entre nosotros desde esa noche; no respondía sus mensajes y había regresado a la residencia con Henry porque quería olvidarme de ellos como el mundo pareció haberse olvidado de Dominic y del asistente. Supuse que era lo que sucedía cuando te ibas sin tener nadie que pregunte por ti.

No me negué ni accedí porque Evan se marchó justo al decirme. Entré al recibidor del hospital para sacar una soda de la máquina expendedora cuando me encontré con el rector Donovan que al parecer iba a hacer lo mismo. Me saludó con una sonrisa y un apretón de manos.

—Cuando nos conocimos, dijo que nos volveríamos a ver —comenté—. Ojalá hubiera sido en mejores circunstancias.

—Bueno, nada sucedió, por suerte —se agachó a tomar la lata de Halcyon Bay Pop que había caído de la máquina—. Hierba mala nunca muere, ¿verdad?

No me creía que hubiera dicho eso de su propio hermano. Asumí que solo bromeaba.

—Sí, creo que por eso tengo la fortuna de estar vivo.

El rector rio, destapó la lata, dio un sorbo y me dio unas palmaditas sobre el hombro.

—Espero que tengas una muy feliz Navidad, Fitzgerald. Nos vemos devuelta en enero.

Sonreí y asentí con la cabeza. Mientras lo veía alejarse, pensé en Mario. Al igual que los Becker, me había distanciado de él desde Halloween, resultado de ya no vivir en la mansión y solo vernos en clases. Supe que, después de marcharme del concurso, Samuel y Tarantino optaron por hacerse pasar por nosotros e hicieron el número tal cual nos lo enseñaron. Vi la grabación en la página web por mi cuenta y me emocioné igual que el público de verlos llevarse el premio gordo.

Samuel y Tarantino querían que fuéramos a Tahití los cuatro, pero me dijeron que Mario no pareció muy entusiasmado cuando celebraron. En los últimos días había dejado de intentar acercarme porque sentía que él hacía todo lo posible por evitarme. Quizá por eso terminé decidiendo ir a ver a Madeline a pesar de que cada célula de mi cuerpo seguía horrorizada por lo que sucedió esa noche.

Sin embargo, verla recostada contra uno de los muros del quiosco delante del mar azul que resplandecía bajo el sol radiante me trajo una extraña sensación de calma. Traía puesto un suéter color gris y rosa que le quedaba muy bonito. Tenía los párpados un poco entornados y cruzaba los brazos como si deseara estar en cualquier lugar excepto aquel.

—Hola, Fitz —me saludó cuando entré al quiosco.

—Hola, Madeline —guardé las manos en los bolsillos e hice lo que pude por no parecer incómodo—. ¿Cómo estás?

—He estado mejor —esbozó una pequeña sonrisa y se encogió de hombros.

Silencio.

—Me gusta mucho tu suéter, creo que te queda precioso.

—¿En serio? —Madeline se acercó un par de pasos—. Gracias, fue el regalo de una amiga.

Era difícil mirarla y mantener los sentimientos al margen. Una parte de mí quería sacudirla de los hombros y pedirle explicaciones de lo que sucedió en su casa la noche de Halloween, contarle sobre las pesadillas, cómo algunas noches despertaba sudando y con el corazón desbocado... Y, por otro lado, quería abrazarla y decirle que nada importaba.

—Tu amiga tiene buen gusto —me limité a decir.

Madeline frunció los labios y tardó unos segundos en responder.

—No me queda mucho tiempo aquí. Estos días he estado poniendo mis cosas en orden.

Deseé haber entendido mal.

—Poner tus cosas en orden... ¿En qué sentido?

—Me voy de Halcyon, Fitz —aclaró a media voz—, y es de forma indefinida.

—¿Qué? Pero... pero ¿a dónde? —balbuceé intentando mantenerme compuesto, aunque la idea de no volver a verla hacía que se me encogiera el pecho.

—Me voy a Francia. Tengo una conocida allá que fue mi compañera en una vieja escuela de arte en la que estuve hace un par de años. Ella tiene un piso y me invitó para que viviéramos y

trabajábamos juntas. Es dueña de un taller y conoce gente relacionada con galerías. Es... es una buena oportunidad.

—Ah, pues... —forcé una sonrisa—. Eso suena bien.

—Sí, de verdad me entusiasma —asintió mientras se acariciaba un mechón de pelo—. Te voy a echar de menos.

Como si estuviéramos sincronizados, ambos extendimos los brazos y nos apretamos en un fuerte abrazo. La escuché sollozar copiosamente y tuve que luchar por no quebrarme de igual forma.

—Yo también.

—Lamento mucho lo que pasó, de verdad —dijo cuando nos separamos; su delineador se había corrido y ahora se pasaba los dedos por debajo de los ojos para limpiarse—. Sé que debes tener muchas preguntas, pero es mejor que no sepas. No quiero arrastrarte a mi mundo lleno de horrores.

—Eso quizá sería lo más sensato, pero no sé si ya es muy tarde —me encogí de hombros y sentí que las mejillas se me calentaban—. Empiezo a creer que sí lo es.

Madeline me soltó. Su expresión pronto se crispó en una mueca de dolor. Cualquier cosa que estuviera ocultando no era buena en absoluto.

—No le puedes decir a nadie lo que te voy a decir, nunca.

A pesar de lo inquietante de sus palabras, meforcé a asentir con la cabeza.

—No lo haré, te lo prometo.

Madeline respiró hondo, se pasó las mangas del suéter por los ojos y se irguió un poco con la mirada enfocada, como si estuviera haciendo todo lo posible por no volver a romper en llanto. Al escuchar su respuesta, recordé una de mis últimas pesadillas y la historia de Henry tuvo un nuevo significado.

—Fitz, yo maté a mi madre.

* * *

Will, el mesero de turno, era un chico ágil y rápido, apenas tardó un minuto en traer mi café y unos aros de cebolla con salsa que, al parecer, se integrarían en el menú muy pronto. Estaban dando muestras gratis para conocer las opiniones de los clientes. Después de acceder a probarlo, me di cuenta de que había sido un error. La ansiedad y la emoción no me tenían el apetito muy abierto. El humo de la pequeña taza entre mis manos escapaba del oscuro líquido y rozaba mi barbilla, mientras pensamientos de Madeline seguían cruzando fugazmente dentro de mi cabeza.

Al parecer, cuando la señora Becker enfermó no hubo mejorías en absoluto, pese a su firme voluntad. Fue como si todas las medidas que usaron los doctores ralentizaran el proceso, pero el cáncer nunca dejó de avanzar, al punto de tornarse en nada más que un terrible martirio.

Madeline me contó que en la única oportunidad que tuvo de dejar el internado en el que estaba recluida en ese entonces, decidió ir a visitar a su madre al hospital. La encontró en tan mal estado que apenas la reconoció. Cuando se acercó para sostener su mano, la señora Becker ni siquiera abrió los ojos para ver de quién se trataba. Pensó que la persona que entró había sido el señor Becker y sus primeras palabras fueron para rogarle que finalmente acabe con su sufrimiento.

Destrozada, Madeline accedió a cumplir el último deseo de su madre.

No me sentía capaz de imaginar lo que debió haber sentido en ese momento. Le dije en el quiosco que no pensaba que era una asesina. Tal vez los deseos de la señora Becker pudieron

haberse hecho cumplir por otros medios, pero Madeline sintió que era lo correcto darle ese sosiego en ese momento, aunque perderla fuera el peor de los castigos. Ya que el asunto de Boris había terminado y con sus planes fuera del país, conseguiría seguir con su vida.

Le deseé buena suerte.

Por nada más que simple curiosidad, remojé uno de los aros de cebolla en la salsa y le di una pequeña probada. Desvié la mirada al árbol de Navidad y pude apreciar a Mario del otro lado del cristal de la ventana, acercándose desde la acera de enfrente. Tenía las manos metidas en la misma sudadera caqui que traía puesta esa mañana en clases y se veía sereno.

De la nada, sentí una rara sensación en el pecho, como si algo me apretara. Me pegué un par de palmadas hasta toser, pero la sensación solo continuó agudizándose muy rápido. Apenas tuve tiempo de ponerme de pie antes de que se tornara en una sensación demasiado desagradable para soportar.

Alcancé a ver cómo una señora en una mesa de enfrente me miraba anonadada, segundos antes de apretar los párpados y desplomarme en el suelo. Apenas conseguí volver a abrirlos, mientras luchaba por mantener el ritmo de la respiración. No tardaron en rodearme todas las personas que, anteriormente, se encontraban distribuidas en las mesas y en la barra. Me miraban aterrados.

—¡Abran paso! —oí que dijo el mesero Will antes de aproximarse y arrodillarse junto a mí.

—Creo que estoy teniendo un infarto —jadeé.

—¿Cómo es eso posible? Tienes como veinte.

—Sí, y también alergias —el sabor en mi lengua solo podía tratarse de una cosa—. Ahora tengo la ligera sospecha de que la salsa que acabo de probar ti... tiene... —gemí de dolor.

Mariscos.

—Oh, por Dios, amigo, no lo sabía.

—No es tu culpa... Debí darme cuenta... Me ha pasado antes. Creo que hoy no traigo mi lápiz de epinefrina. Yo... creo que no.

Sentía que cada oración que decía me quemaba. Los párpados se me hicieron pesados y empezaba a sentir que los oídos se me llenaban. Luchaba por mantenerme compuesto, pero el miedo me invadía cada vez más.

—No hables, solo respira, ¿sí? Mi jefe ha llamado una ambulancia; viene en camino.

No pude seguir manteniendo mis párpados separados.

—Me estoy hinchando. En... en unos segundos mi garganta se cerrará... y no llegará suficiente oxígeno a mi cerebro.

¿En serio estoy narrando mi final?

—Shhh, Fitz, guarda fuerzas —intervino otra voz.

A pesar de no poder verlo, supe de inmediato que era él y, por un breve momento... ya no sentí miedo.

—Mario, yo... yo...

—Fitz, no hables, pronto vendrá la ambulancia. Vas a estar bien, solo sigue respirando.

Usé todas las fuerzas que me quedaban para apretar su mano.

—Lo siento... por no bailar contigo. Eres mi mejor amigo.

Solo hubo silencio por unos segundos. Sentía su agarre mucho más fuerte ahora.

—No, yo lo siento; tú tenías razón —lo escuché responder entre la presión que me aplastaba los oídos—. Eres mi mejor amigo, Lucas Fitzgerald.

Forcé una última sonrisa para despedirme y ya no alcancé a escuchar nada más. Era como si me hundiera muy despacio en un océano profundo. Habría deseado tener más tiempo, pero, al

desvanecerse el dolor y con el sosiego de haber tenido una última oportunidad de hablarle, se sintió como una pequeña victoria.

Con la oscuridad se había ido el dolor y la suave corriente me dio paz. Sentí que la vida me abandonaba y la solté.

Espero que tengas una feliz y larga vida, Mario Bros.

29

LA ESTRELLA

Me estremecí cuando mis manos rozaron el frío metal bajo mi cuerpo. Estaba tendido sobre una plancha de acero como un pastelito recién sacado del horno —solo que mejor vestido—. Traía puesto mi traje azul claro y botas de látex como el día del concurso. Alrededor de mí no había nada. Donde terminaba el metal empezaba la hierba y, más allá de la hierba, solo había oscuridad.

Me incorporé y, cuando mis piernas rozaron la verdosa superficie, vi arañas emerger y dispersarse como luces pirotécnicas al estallar en el cielo. Se esparcieron por la hierba hasta que ya no vi ninguna más. Las arañas no eran muy grandes, pero esto había sido suficiente para no querer mover un dedo fuera de la plancha.

—No tienes por qué temerles —dijo una voz resonante sobre mí—, es solo la migración.

Desconcertado, miré en todas direcciones intentando diferenciar algo entre la penumbra. A juzgar por la distorsión e intensidad, aquella voz masculina y grácil provenía de unos altavoces, pero desde aquí solo alcanzaba a ver hierba y la luna llena cernida sobre mí, cuyo pálido brillo era reflejado por el metal.

—¿Dónde estoy?! —pregunté a viva voz—. ¿Qué es este sitio?! ¿Qué hago aquí?!

—Imaginé que tendrías muchas preguntas —respondió la voz.

Creí que diría algo más después de eso, pero en su lugar solo hubo silencio durante unos segundos... Hasta que, de pronto, luces a la distancia empezaron a encenderse en fila, rodeándome en un círculo gigante y permitiéndome ver con claridad el sitio en el que me encontraba.

Estaba en medio de un campo de béisbol, de pie en el jardín central con mi atuendo brillando por el resplandor en esta extraña plancha. Me sentía como un ser que acababa de descender del cielo.

Un alien caído.

Las gradas estaban vacías y la apariencia del lugar se me hacía familiar. Era un campo pequeño y rudimentario. Chasqué los dedos cuando vino a mi mente. Este había sido el escenario de mi primera aventura con Madeline el día que me volví su «aliado» y la ayudé a persuadir a ese niño beisbolista para que confesara sus fechorías.

—¿Y ya no dirás nada? —le exclamé a la voz desconocida—. Me trajiste aquí... ¿para qué? ¿Tenerme confundido y... solo?

—Él no fue quien te trajo, Fitz —respondió una voz que creí no volvería a escuchar jamás—. Tú terminaste aquí porque no tuviste dos dedos de frente como para percatarte de la salsa en jugo de mariscos que reposaba sobre tu plato.

El asistente de Jules se encontraba a varios metros de mí, de pie sobre la tercera base. Estaba cruzado de brazos y su expresión era mucho menos macabra e intimidante que la última vez.

—Supongo que ese mesero hizo el trabajo de deshacerte de ti mejor que yo —añadió con una fina sonrisa.

—No, esto no es posible... Tú estás muerto, ¿no? —luchaba por asimilar lo que atestiguaba—. ¿Cómo... cómo lo hiciste?

El asistente no respondió nada, solo rio mientras negaba con la cabeza.

—Ay, mi muchacho, cuánto has crecido —respondió entre risas una voz rasposa indiscutible.
Mi abuelo.

Al girarme y encontrarme al señor octogenario observándome de manera cálida desde el jardín izquierdo, quien compartía tantos rasgos conmigo —incluso a su avanzada edad— como para ser mi gemelo de otra época, sentí que cualquier conjetura que pudiera hacer sería en vano. Nada de lo que sucedía a mi alrededor tenía sentido alguno. Apreté los párpados y me llevé ambas manos a la cabeza.

Esto no es real, esto no es real...

—Se acercan las arañas, Luc Luc —escuché la necia voz de Dominic hacerse presente—. Creo que no querrás estar aquí cuando eso suceda.

Negué con la cabeza sin molestarme siquiera en mirarlo.

Esto no es real, esta gente está muerta, esto no es real...

—Fitz, abre los ojos —ordenó una voz femenina muy cerca, la cual no reconocí—. Tienes que salir de aquí.

Separé los párpados muy despacio y la encontré de pie frente a mí. Se trataba de una mujer alta y rubia, usaba ropa formal y tenía la misma mirada astuta de Madeline. Pronto, la abrasadora sensación de comprender lo que sucedía me arrojó.

Nadie me había traído hasta aquí y solo debía haber un motivo por el cual podía ver a todas estas personas.

—¿Estoy muerto?

—Duh —asintió Dominic—, bienvenido al club, amigo. Ponte cómodo.

—No, no, no, no puede ser —farfullé y salté fuera de la plancha—. Sucedió muy rápido, necesito tiempo... Mi mamá..., mi hermana..., Mario.

Cuando empecé a caminar por la hierba, sentí las arañas trepando sobre mí y tuve que sacudirme para sacármelas.

—¿Te acuerdas del día de la boda? —comentó mi abuelo—. No entiendo cómo es que no cargabas tu lápiz después de lo que sucedió.

—No, no, pero... ¿qué hay de mi familia... y mis amigos? —inquirí mientras corría por el campo alrededor de ellos sacudiéndome las arañas—. Esto va a herirlos.

Dominic se encogió de hombros.

—Debiste pensarlo antes de llevarte ese aro de cebolla a la boca.

—Jódete —espeté—. ¿Ni siquiera la muerte te cambió un poco?

Sin dar tiempo a alguna respuesta, la tierra empezó a sacudirse de la nada y casi pierdo el equilibrio. Por suerte, el temblor no se prolongó por mucho tiempo. Los demás apenas se inmutaron, incluso a pesar de que una de la vallas de luz colapsó en un estruendo horrible, levantando una nube de humo y cristales.

—Pero... ¿qué acaba de pasar?

—Tienes una oportunidad, Luc Luc —dijo Dominic antes de acercarse a donde me encontraba y tirar de mí con fuerza en dirección a las gradas—, pero debes mover el trasero fuera de aquí ahora mismo.

—Pero... pero... ¿a dónde voy?

—Al salón de control —intervino la señora Becker, también impulsándome—; allí te espera el anfitrión.

—¿Anfitrión?

—Es la persona destinada a acompañarte en tu viaje —explicó.

—Y... ¿esa persona también está muerta?

Justo al decir mi pregunta, nos encontramos en el pasillo detrás de las gradas con la cosa más espantosa que alguna vez hubiera tenido delante. Una tarántula del tamaño de un rottweiler nos observaba con sus pequeños ojos oscuros a unos pocos metros de distancia. Sus largas y peludas patas no tardaron en empezar a moverse en nuestra dirección.

—¡Sí! —exclamaron al unísono y corrimos a toda velocidad por el lado opuesto.

Las sacudidas constantes del piso no hacían más sencillo mantener el ritmo. Cuando creí que esa cosa nos alcanzaría, llegamos al cuarto del locutor y Dominic y la señora Becker me empujaron dentro, antes de que la puerta se cerrara en un severo estruendo. Caí de frente contra el piso cubriéndome con los brazos, pero no sentí dolor alguno.

Desorientado por lo que acababa de suceder, me tomé mi tiempo para incorporarme. Los temblores parecieron haber cesado de la nada. Tenía el corazón acelerado y no dejaba de preguntarme cuál era el sentido de todo esto.

Ya estoy muerto, ¿qué es lo peor que puede pasarme?

El extraño olor químico en el aire me hizo estremecerme y reforzó mi convicción respecto al lugar. Me había escondido aquí el día que vine con Madeline. El panel lleno de botones seguía donde lo recordaba, al igual que la gran ventana que tenía delante. Ahora no conseguía ver nada a través del cristal, solo un pequeño resplandor grisáceo que iluminaba la habitación, como la pantalla de un televisor encendido que no mostraba nada.

Pronto una serie de pasos acompasados hizo eco en el lugar y eso bastó para crisparme los nervios. Al girarme, di varios pasos hacia atrás mientras un hombre vestido de negro salía de la penumbra y se me acercaba.

—Hola —dije tontamente.

—Bienvenido a control terrestre, pequeño amigo —sin duda era la misma voz que me había recibido en el campo y la que cantaba las canciones de aquel viejo disco de mi padre. Su pelo era blanco y una de sus pupilas estaba notablemente más dilatada que la otra.

—Mhm..., entonces, ¿se supone que eres mi anfitrión?

—Compañero de cápsula me gusta más, no hay jerarquías —sonrió y avanzó hasta sentarse frente al panel sin dejar de mirarme—. Te vías más chico allí abajo.

No quedaba duda, la muerte no se comparaba a ninguna pesadilla que hubiera tenido. Acepté con naturalidad que de verdad estábamos teniendo esta conversación. Me preguntaba qué hacía él aquí, si hasta donde tenía entendido aún vivía.

—Entonces... mi compañero de cápsula —reí.

David me señaló con el dedo.

—Te ves muy bien, ¿es la araña parte del atuendo?

Me sacudí sin pensarlo como si estuviera en llamas, hasta que vi el pequeño animal caer al suelo y desaparecer entre las sombras. Gruñí.

—Gracias por el cumplido.

—De nada —tamborileó sobre el panel estrepitosamente—. Dime, ¿quieres ver algo?

—Ver algo... ¿A qué te refieres?

—Puedo mostrarte lo que quieras aquí en esta pantalla.

Como había sospechado, el resplandor de la ventana era como el de un televisor. Su propuesta me resultó curiosa.

—¿Lo que quiera?

—Lo que quieras.

—¿Cómo un show de *reality*?

David soltó una risa.

—Bueno, pero tendrás que ser más específico, compañero.

De todas las cosas que podía pedir, solo pensaba en salir de aquí y volver a mi vida de antes, pero era consciente de que esto ya no sería posible, aunque un último vistazo no estaría mal.

—¿Qué tal si quiero ver qué pasó después de mi muerte? —inquirí.

Su respuesta fue un movimiento de cabeza negativo.

—Oh, créeme, no quieres ver eso.

—¿Por qué no?

—Te pondrá triste y no quiero que esto nos arruine el viaje. ¿Por qué no mejor vemos una película? ¿O alguna de mis presentaciones? —empezó a presionar los botones y el ruido de una multitud se hizo presente los altavoces—. Estoy seguro de que te gustará ver el concierto que di en Santa Mónica durante la primera etapa de mi tour en América cuando...

—No, David —lo interrumpí—. Por favor, muéstrame lo que digo.

Imágenes suyas durante una presentación se mostraron en la pantalla y pronto empezó a cantar a viva voz al ritmo de sí mismo.

—Por favor —insistí.

David se puso de pie y tocó una guitarra invisible imitando su presentación. Cantaba cada vez con más vehemencia. Miles de personas seguro pagarían cantidades exorbitantes por tener un concierto privado suyo, pero en este momento no quería escuchar una estrofa más.

—No, David, por favor... ¡Alto! —rugí.

Observándome con los párpados muy separados, finalmente se detuvo. Cerré los ojos y suspiré pesadamente. Hacía tiempo que no me exasperaba así con alguien.

—Perdón, es solo que... quiero saber, necesito saber —proseguí apenado—. No podré marcharme si no sé qué pasó después.

—De acuerdo —murmuró con una pequeña sonrisa y volvió a tomar asiento—; pero, veas lo que veas, fue tu idea.

Asentí con firmeza.

—Lo sé.

—¿Quieres que sea en orden de importancia o aleatorio?

—Mhm... Yo...

—Será aleatorio —soltó antes de presionar una serie de botones y echarse hacia atrás en su asiento con las piernas extendidas sobre el panel y las manos en la nuca—, que empiece la función.

Me crucé de brazos y me coloqué a su lado, algo nervioso. Una parte de mí lo deseaba, pero otra temía que él tuviera razón y no fuera a llevarme nada bueno de esto. No hubo nada más que estática en la pantalla hasta que un extraño zumbido se hizo presente. Sobre nosotros empezó a mostrarse una grabación de lo que parecía el reporte de un periodista. Un pitido continuo, similar a los de las máquinas de los hospitales, era todo lo que alcanzaba a escuchar.

—¿De qué es esto? —inquirí.

Antes de que Ziggy pudiera responder, el reportaje que se mostraba empezó a resonar en la bocinas y pudimos escuchar lo que decían. El sujeto con el micrófono se encontraba fuera del local de Grind Spot y hablaba sobre mí:

—... *Apenas una hora después de lo sucedido, miembros de la comunidad de Halcyon*

lamentan este trágico fallecimiento. Se presume que el joven identificado como Lucas Fitzgerald, quien tenía solo diecinueve años y se encontraba estudiando Medicina en la universidad del pueblo, era cliente regular de esta cafetería y esperaba encontrarse con un amigo cuando el incidente sucedió. Aquí algunos de sus compañeros que se encuentran desolados por la noticia.

La cámara pronto pasó a mostrar a Roger y su grupo, quienes lucían como si estuvieran a punto de audicionar para una obra shakespeariana.

—Sigo sin creer lo que le pasó. Nos conocíamos tan bien, él era un gran amigo —comentó y soltó un pequeño sollozo—. De hecho, le propuse que formara parte de nuestro club, pero él tuvo que negarse porque... sabes, Medicina es una carrera compleja y... como era becado, no podía darse el lujo de dejarse llevar por las distracciones. Dios, era tan centrado en sus estudios.

Otro de los miembros de su grupo se metió al plano de la cámara mostrando una pancarta con un enorme recorte de mi cara en ella y «Descanse en paz» escrito arriba.

—¡Fitz, esto es por ti; te extrañaremos, amigo! —exclamó y los demás hicieron algarabía.

—Vaya, tus compañeros sí que te querían —comentó David.

Resoplé.

—Ni siquiera recuerdo a la mitad de esos sujetos.

—¿Quieres pasar al siguiente?

—Sí, sí, por favor —asentí entre risas.

David presionó un botón y la imagen del reportaje se fue, reemplazada por una ceremonia en la que se veía el mar al fondo y un montón de gente reunida frente a una tarima. Al igual que en la pancarta que sostenía aquel chico del club de Roger, una foto de mi cara estaba en un mural rodeado de flores y velas. El rector Donovan estaba diciendo algunas palabras conmovedoras, pero toda mi atención estaba en el feo mural.

¿De dónde sacaron esa foto? Es mi peor ángulo.

El rector no tardó en llamar a Samuel al escenario para que diga algunas palabras. La cámara lo encontró en la multitud, pero él hizo gestos con la mano de cortarse el cuello para indicarle que no quería. El rector insistió y no tuvo más opción que subir a la tarima. Su cara era un poema.

—Samuel, tú eras muy cercano a Fitz, ¿podrías decir algunas palabras sobre él para el resto de tus compañeros?

—Yo... no sé qué decir —murmuró contra el micrófono.

—Piensa en tres cualidades que mejor lo definieran.

Samuel tardó unos segundos en responder.

—Bueno... Fitz era un chico increíble... —respondió—. Increíblemente molesto, poco atractivo y subnormal.

No pude evitar reír. Un murmullo no tardó en correrse por el gentío y el rector frunció los labios en desconcierto.

—Parece que sí eran buenos amigos —comentó David con las cejas alzadas.

Samuel siendo Samuel.

¡Cómo lo iba a extrañar! Cuando el rector estuvo a punto de retirarle el micrófono, él lo sostuvo del brazo y añadió algo más:

—... Pero él era mi amigo. Tal vez no era perfecto, pero... ¿quién aquí lo es? Así que, en lugar de lamentarse por un alguien que muchos de ustedes ni siquiera conocieron, ¿por qué no

se largan e intentan darle sentido a sus vacías y tristes vidas? Todos aquí podríamos morir en cualquier momento...

—De acuerdo, gracias, Samuel, por tus palabras —lo interrumpió el rector.

David se echó a reír.

—Parece que no le estaba inspirando mucho el discurso.

Samuel volvió a tomar el micrófono con convicción.

—Y también quiero decirles a todas las lesbianas, gays y guarros allá afuera: ustedes pueden, yo creo en ustedes; no se rindan...

—De acuerdo, ya, ¡suficiente! —exclamó el rector y las personas que ayudaron a traerlo lo acompañaron fuera del escenario a la fuerza.

A pesar de lo hilarante del suceso, sentí angustia de no poder cruzar por la pantalla y estar ahí. David volvió a presionar los botones y ahora se mostraron imágenes de menor calidad. Era como si estuviéramos viendo a través de una cámara de seguridad, ya que aparecía la fecha y la hora corriendo debajo en la grabación y, además, el ángulo era picado y cubría todo el local. Aquel, en definitiva, era el interior de Grind Spot y, si no me equivocaba, la figura que estaba allí sirviendo mesas era Mario. No escuchábamos nada.

—Él... está bien, al parecer —comenté y me acerqué para ver mejor—. ¿No hay una mejor grabación suya?

—Al parecer es todo, aunque hay un montón de registros.

David presionó varios botones y la imagen avanzó a toda prisa. Mario parecía haber empezado a trabajar de forma corrida, ya que había grabaciones continuas desde muy temprano en la mañana hasta caer la noche sin que dejara el local. Hubo un punto en que ya no me hizo sentido.

—¿Cómo es que Mario se mantiene trabajando por tantas horas?

—Desde que dejó la universidad tuvo suficiente tiempo libre para trabajar en Grind Spot a tiempo completo —explicó.

Esto no me hizo sentido en absoluto: Mario cuidaba mucho la beca como para hacer tal cosa.

—¿Dices... dices que dejó la carrera? —inquirí desconcertado—. ¿Por qué lo haría?

David no dejó de pasar estas imágenes a toda velocidad.

—Mario nunca superó tu muerte. Al día de hoy, sigue sin aceptar lo que pasó y sirve mesas porque aún espera la mañana en que aparezcas para pedirle el café moca que siempre ordenabas.

Salté de la impresión. Tan solo la idea de aquella posibilidad era suficiente para horrorizarme. No había manera de que fuera cierto.

—Dime que solo bromeas, por favor.

Tener la expresión incómoda en el rostro de David como única respuesta me hizo llevarme el puño a la boca. De pronto sentía que iba a vomitar o llorar... o ambas.

Mi muerte arruinó la vida de Mario.

—No, no, no, no, no, ¡¿qué?!

—Bien, creo que lo mejor será pasar al siguiente —murmuró David y volvió a estirar los dedos hacia los botones.

—¡No, detente! —lo detuve del brazo—. No quiero ver más.

David retiró sus manos del panel muy despacio y se puso de pie.

—Te lo dije: solo te pondría triste. Lo mejor es simplemente dejar todo atrás —dijo y extendió su largos brazos hacia mí—. ¿Un abrazo, compañero? No suelo darlos, pero luces como si realmente necesitaras uno.

En ese momento, el ligero pitido que había escuchado antes y que creí que provenía de la

pantalla volvió a capturar mi atención. Estuve a punto de aceptar el abrazo que me ofrecía, pero algo aún no me cuadraba.

—Dominic y la señora Becker me trajeron corriendo por una razón y... creo que aún no me la has dicho.

—Una razón —repitió y se acarició la barbilla, pensativo—. A lo mejor estaban entusiasmados de que me conocieras.

Negué con la cabeza. Lo último que iba a hacer era engullir lo que me mostró tan fácilmente, sobre todo después de lo que dijo sobre Mario.

—No, no, no... Ellos... Ellos dijeron que si me apresuraba podría salir de aquí, lo recuerdo bien.

David volvió a tomar asiento con la misma expresión de desconcierto, pero no dijo nada.

—Dime la verdad —insistí—, ¿en serio estoy muerto?

—Bueno... —sonrió apenado y se encogió de hombros—. Puede que aún no lo estés del todo

—¿No del todo? —reí—. ¿Y que fue todo eso que me mostraste?

David entrecerró los párpados y ladeó la cabeza.

—Una proyección de lo que... quizá..., tal vez..., probablemente... podría pasar.

Como si me hubieran jugado la peor broma de la historia, me eché al piso entre lágrimas y risas histriónicas de alivio. Esto no era real.

—Por Dios, David, qué susto. Por favor, dime ya... ¿De qué manera regreso?

Él no respondió, volvió a presionar una sucesión de botones y la presentación musical que había proyectado antes volvió a aparecer en la pantalla. Sin darme oportunidad de insistirle, saltó de su asiento y me hizo ponerme de pie y bailar con él de forma alocada al ritmo de su canción.

Aunque me hacía algo de gracia todo esto, ya era hora de darle fin.

—¡David Bowie!

—¡La hay, pero si te digo, ya no tendré compañero de cápsula! —exclamó y continuó cantando la letra de la canción a todo pulmón.

There's a starman waiting in the sky

He'd like to come and meet us

But he thinks he'd blow our minds

There's a starman waiting in the sky

—David, necesito regresar. No puedo irme contigo ahora... Estaría encantado de ser tu compañero, pero hay muchas cosas que debo hacer antes.

—Pero... pero no me queda mucho tiempo —explicó sin dejar de moverse—. No podré esperarte.

A pesar de tener la respuesta en la punta de la lengua, había sido tan fácil soltarme cuando estaba en el piso de Grind Spot junto a Mario, y por un momento ya no estuve tan convencido. Si me marchaba con David, todo sería tan sencillo.

Aquellas imágenes eran todas suposiciones. A lo mejor todos estarían mucho mejor sin mí.

—Cualquier cosa que decidas debes hacerlo ahora, el pitido que escuchas es porque estás comatoso y llevas mucho tiempo así. Habrá un momento en que no tendrás opción —me señaló con la barbilla una puerta detrás al fondo que daba a una salida trasera del estadio.

Solo era cuestión de cruzarla y estaría de regreso... o podría quedarme con David y esperar lo incierto. Cantar canciones a todo pulmón y desaparecer en una cápsula a través del espacio junto a una estrella de rock no parecía tan mala propuesta.

Entonces me di cuenta de que, por primera vez, estaba totalmente solo en algo. Ahora sí, no

como vine al país por mi cuenta. Todo aquello fue una ilusión, solo que una muy diferente a esta.

Ni siquiera el Fitz prudente de mi consciencia apareció para dar su punto de vista en esta debacle.

—Entonces, compañero —David dejó de bailar al concluir la canción y tomó mi mano; casi me perdí en el brillo de sus pupilas desiguales—, ¿qué piensas hacer?

EPÍLOGO

Tenía un trompo en el bolsillo de arriba de mi maleta. Por más que intentara dejar todo de lado, no podía evitar pensar en la posibilidad de que el mundo a mi alrededor no fuera más que otra alucinación dentro de esa última alucinación, como en esa película de Christopher Nolan que me mostró mi examigo Liam en su yate.

Así que me aseguraba de que todo siempre indicara que estaba despierto: checaba la hora en los relojes, revisaba los periódicos y revistas, me pellizcaba de forma ansiosa cada tanto... Ahora, mientras me movía entre la gente en el aeropuerto, estaba más tranquilo. El lugar no podía estar más vivo. Cientos de personas iban de un lado a otro en rápidas corrientes humanas, un claro reflejo del fin de las vacaciones y el ávido regreso a la faena.

Crucé junto a una pantalla que mostraba imágenes haciendo un homenaje que me trasladó de inmediato a la noche en el estadio.

El mismo día que había despertado del coma salió la noticia de que David Bowie había fallecido. Al parecer, había estado batallando con una enfermedad terminal en silencio, cosa que hizo que la noticia fuera una sorpresa para todo el mundo. No le comenté a nadie que lo había visto mientras estaba inconsciente. Habrían dicho que solo se trataba de delirios —y era bastante probable que lo hayan sido—, pero una parte de mí lo recordaba de forma muy vívida.

Mientras me movía entre la gente, capté el sonido inconfundible de una voz llamando mi nombre. No tardé en localizarlo acercándose a toda prisa. Mi corazón se aceleró.

—¡Fitz! —jadeó al detenerse frente a mí y respiró hondo—. Espera... Por favor.

—Mario —no pude evitar reír apenado—. ¿Qué haces aquí?

—Leí tu mensaje y te fui a buscar a tu dormitorio; ya te habías ido —respiró hondo nuevamente—. ¿A dónde crees que vas?

Su pregunta me penetró como una daga. Si no me hubiera tomado tantas horas llegar a esta decisión, habría dicho lo mismo.

¿A dónde creo que voy?

Pero lo tenía muy claro, por desgracia.

—Me voy a casa.

Mario frunció el ceño.

—¿Por qué?

Solté el mango de mi maleta e hice el mismo recorrido mental que me trajo hasta aquí. Las palabras motivadoras de ese chofer que me recibió al llegar al país regresaron con nostalgia. A lo mejor no hubieran resonado tanto conmigo si no fueran las de alguien que reconocí como un buen padre.

También pensé en el asistente de Jules, en el señor Becker y en el hombrecillo rubio del CD: el enigma más grande de mi vida.

—Quiero reencontrarme con mi papá, Mario —expliqué al fin—. No sé si eso me ayudará a obtener respuesta a lo que estoy buscando en este momento, pero prefiero una desilusión a vivir con la incertidumbre. El menor de dos males, supongo.

Era la primera vez que ponía esto en palabras. Si no fuera un sentimiento tan intenso, a lo mejor me habría retractado ahí mismo. Le habría dicho que fue una decisión apresurada y que lo mejor era regresar a Halcyon a comer pan de pollo y ser estudiantes meritorios.

Mario asintió con la cabeza en silencio. A lo mejor, se identificaba con el sentimiento de alguna manera o simplemente era parte de su naturaleza ser comprensivo, pero me sentí muy validado por su reacción. Al final, gracias a él había aprendido tanto de mí mismo estos últimos meses. Su apoyo no era una sorpresa.

—Entiendo.

Nos sumergimos en el barullo a nuestro alrededor, no de forma incómoda, sino cada uno envuelto en nuestros propios pensamientos. Repasé en mi mente todo lo que vivimos y, por la forma en que sonreía y soltaba una risa cada tanto, asumí que hacía lo mismo.

—¿Viste la presentación de Samuel y Tarantino? —comenté—. Arrasaron en el concurso esos dos.

Mario suspiró.

—Todavía no me creo que se hayan hecho pasar por nosotros... y que hayan arrasado así.

—Debe ser porque, a diferencia de nosotros, son verdaderos *gays*.

Nos miramos a los ojos durante unos breves segundos y nos echamos a reír al unísono. En eso se me ocurrió algo muy loco.

—¿Qué tal si hacemos el número ahora?

—¿Ahora? —inquirió y se secó las lágrimas que se le habían escapado.

—Sí, ahora —me quité la chaqueta y la dejé sobre la maleta—, aquí.

Mario me miró incrédulo mientras avanzaba entre la gente como si estuviera desfilando por un escenario. Ya que no habíamos bailado juntos en las pantallas, su presencia aquí sería la oportunidad perfecta. Como no teníamos equipos, en lugar de hacer *hyp sinc*, hice como el día de la feria y canté a viva voz.

It's all an illusion

There's too much confusion

Repetí ambas líneas con los movimientos lentos de la primera parte de la coreografía. Podía sentir algunas miradas que empezaban a caer sobre mí, pero mi atención estaba en Mario, quien ahora se acercaba apenado.

Down, down, down in your heart

Find, find, find the secret

Cuando estuvo a mi lado, hice como Evan el día de la feria y lo invité a cantar conmigo con un ligero codazo. Mario me mostró una sonrisa y todas las inhibiciones cayeron de inmediato. Este era nuestro momento.

Do you believe in love at first sight?

It's an illusion, I don't care

Do you believe I can make you feel better?

Too much confusion, come on over here

Una multitud pronto se armó a nuestro alrededor. Ignoré las palmadas fuera de tempo, las lentes de los celulares que nos apuntaban, los movimientos aleatorios de los que decidieron unirse al baile. Toda mi alma estaba en nuestro número. Este era nuestro momento y mi corazón estaba lleno por la noción de que mi mejor amigo no bailaba desde el rencor, sino el amor.

Hicimos todas las partes, no nos saltamos una estrofa y concluimos con el final épico de Samuel que trajo inmediata algarabía. Al incorporarnos, mientras el sonido de los aplausos y silbidos nos envolvían, en lugar de hacer una reverencia me acerqué a darle un abrazo.

—Te amo, Mario Bros, eres mi mejor amigo —murmuré entre jadeos.

Alcancé a oírlo soltar un sonoro suspiro y nos separamos de espacio. Sudor bañaba nuestras

frentes y el pecho de Mario subía y bajaba.

—Te voy a echar de menos, Lucas Fitzgerald —parecía hacer lo posible por sonreír a pesar de que ahora sonaba afligido—. Suerte con tu papá.

Respiré hondo, asentí con la cabeza y recogí mi maleta. Iba a asegurarme de tomar la última palabra en esta despedida porque necesitaba que supiera que no iba a deshacerse de mí tan fácilmente.

Podía diferenciar la hora en los relojes, alcanzaba a leer los títulos de los periódicos y revistas, me dolía cada ansioso pellizco. Cada vez que hice girar el trompo sobre la mesa del dormitorio en la residencia, este se detuvo. Todo apuntaba a que esto era real y, de ser así, no podía desperdiciar la oportunidad de guiar mi futuro en la dirección correcta.

—Volveré.

FITZVERSE

El mundo de Fitz, más allá de las páginas, es poco tangible. Algunos lugares, como el hotel en el que se quedó a principio de la novela, Ocean Drive, Sambil y otros también mencionados sí son reales. Sin embargo, el pueblo de Halcyon Bay y todo dentro de él no existe en la vida real. Eso incluye Grind Spot, la universidad, el estadio de béisbol, las fraternidades (sí hubo una fraternidad llamada Kappa Kappa Kappa en Estados Unidos, pero el nombre fue cambiado y no tiene que ver con esta), el concurso, etc.

Lo que son redes sociales, productos, celebridades, en su mayoría, son reales. *Influencers* como Liam y Jules no existen, ya que son personajes que intervienen de manera directa en la trama. Tampoco las explosibolas ni la soda Halcyon Bay Pop, pero sabemos que David Bowie, Madonna, las barritas de Kit Kat, Facebook, Tumblr, Lip Syncing... todo eso sí es real. La idea era que Fitz pudiera movilizarse con naturalidad en un entorno que nunca he visitado en persona y la forma en que lo encontré más factible fue inventando muchos de los datos. Al final, no me desagradó el resultado e incluso me permitió tomar algunas decisiones creativas que, a mi parecer, son muy orgánicas y le han aportado más identidad a la historia.

Fuera de eso, todo lo que tengo para decir es que no podría estar más agradecido. Primero con Bienetre Editorial: admiro mucho su dedicación por hacer el mundo editorial más accesible y abrir espacio a nuevas voces; con Ateneo Insular, una organización de escritores que me parece de lo más interesante: me agrada la idea de que mi país cuente con personas que comparten ideales tan fervientes por el arte de escribir y los promuevan con iniciativas como el concurso Manuel Salvador Gautier con el que fui premiado; con los jueces por creer en la novela; y con Banreservas por apoyar este tipo de iniciativas tan bonitas e inspiradoras.

Gracias a mis padres, Mariano Ureña y Liduvina Díaz, a mi hermano Alejandro Ureña Díaz y a mi hermana Mariela Ureña Díaz. No sé qué persona sería hoy en día sin su influencia.

Una mención especial a Perla Rosario (Pearl), Massiel Rodríguez y al profesor Keily Alcántara, las mejores personas que tuve conmigo en el bachillerato. De igual forma, a todos los buenos profesores de UNICDA y a mis compañeros de carrera por ser la mejor comunidad educativa de la que he sido parte. Le agradezco en especial al profesor Jaison Jiménez (Mr. J) por validar esta aspiración mía con tanta honestidad y ánimo. Su clase de Composición Avanzada y el mensaje que me dejó en ese primer parcial fueron de gran valor para mí. Sé que seguirá inspirando a sus estudiantes a donde sea que vaya.

Gracias a Fitz que, sin existir, me enseñó tanto sobre mí mismo. ¡Y gracias a ti por dedicar tiempo a leer e imaginar! La única forma de magia que nadie puede decir que no existe.

ACERCA DEL AUTOR



Victor Xavier es un escritor dominicano nacido en Santo Domingo en el año 2003. Su pasión por la lectura y la escritura se solificó durante su adolescencia, cuando empezó a sumergirse en obras literarias de diversos géneros y estilos.

Después de completar sus estudios secundarios como Técnico en Desarrollo y Administración de Aplicaciones Informáticas en el Instituto Politécnico El Ave María, recibió una beca por parte del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM) para estudiar una Licenciatura en Inglés Orientada a la Enseñanza en la Universidad Domingo Americano (UNICDA). Esta oportunidad no solo le permitiría profundizar en el idioma, sino también en la pedagogía.

Fue durante la cuarentena de la pandemia de COVID-19 cuando su pasión por la escritura lo llevó a embarcarse en la que se convertiría su novela debut: Un futuro prometedor. A pesar de la adversidad y los desafíos que enfrentaba el mundo durante este período turbulento, Victor encontró en la escritura una vía de escape y expresión, reflejando no solo su ingenio creativo, sino también su capacidad para encontrar humor y esperanza en medio de la incertidumbre.

Fuera del ámbito literario, Victor disfruta pasar el tiempo explorando sus intereses en la ciencia y la tecnología. Encuentra fascinación particularmente en áreas como la terraformación, el trabajo de Elon Musk, los telómeros y la investigación sobre la inmortalidad.